

LA
ARITMÉTICA EN EL AMOR

NOVELA DE COSTUMBRES,

por

ALBERTO BLEST GANA,

OBRA PREMIADA

POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE



VALPARAISO:
IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO
DE SANTOS TORNERO.

—
1860.

I.

Entraré en materia advirtiéndolo al lector que los sucesos siguientes acaecieron en el año de gracia de 1858.

Fortunato salía de su casa como salen muchos: sumidas ambas manos en los bolsillos del pantalon y con el cigarrillo de hoja de Talca humeante entre los labios. Llegado al umbral de la puerta de calle, detúvolo un espectáculo delicioso, de esos que hacen latir el corazón de un joven con una fuerza motriz de muchos caballos: una mujer de negra basquiña y de mas negro manton, inclinada con indecible gracia, apoyaba un pequeño y bien calzado pié sobre una piedra y con sus blancas manos arreglaba el cordón de su botín. Fortunato no era un libertino, ni pertenecía a esa clase de hombres que, a causa de su admiración acalorada por el bello sexo, se llaman *enamorados*. Era un buen muchacho de veintitres años, sencillo como un seminarista, que rezaba una *salve* al acostarse y

en sus primeros años ayudaba la misa al cura de su parroquia; pero la sangre se le agolpó al cerebro como la ola que azota el costado de un buque, sus pobres ojos vieron prodijios, y sin dar cabida a la reflexion, se arrojó de rodillas, tomando entre sus manos el pié de la desconocida en ademan de acomodarla el cordon. Ella dió un grito agudo y se alzó llena de majestad, arrojando sobre el jóven una mirada de espanto. Mas el buen Fortunato solo vió que aquella mujer era jóven, notablemente bella, y que las proporciones de todo su cuerpo parecian en armonia con la aristocrática elegancia del pié. En una sola mirada ideó todo un poema, él, mozo prosaico y positivo, que siempre habia vivido libre del dominio fatal de la imaginacion. Ah mujer! ¿En qué consiste tu misteriosa fascinacion? Muchos se reirán al leer esta pregunta, cuando el autor se siente al hacerlo mas sério que un juez que pronuncia una sentencia. Pienso que el mas obstinado ateo sentirá la fuerza de un ser superior a todo lo humano si considera su destino respecto de la mujer. No admito como réplica el ejemplo de tal o cual individuo que las desprecia o hace alarde de indiferencia, como tampoco el de los monstruos que las maltratan; y aun el voto que nuestra religion exige de los que se consagran a su ministerio,

no tiene ante mi juicio fuerza ninguna para convencerme de nuestra pretendida superioridad. Vivimos para ellas, nuestros únicos y legítimos señores.

Fortunato experimentó la fuerza de esta verdad, al sentir el fuego de los ojos de la desconocida.

—Caballero, dijo ella, no sé con qué derecho.....

—Con ninguno, señorita, dijo tímidamente el mozo, fué un deseo involuntario de ahorrarla el trabajo de arreglar el botín.

Y era tan comunicativa la franca admiración que espresaban los ojos de Fortunato, que la desconocida le agració con una de esas sonrisas de perdon, que caen sobre una alma tímida, como el rocío sobre las plantas sin riego. Parecióle que un aire tibio y voluptuoso acariciaba su frente con sus oleadas magnéticas; sacudió sus cabellos cual si pesasen demasiado sobre sus sienes, y entreabrió los labios para decir algo en su abono; mas las ideas habían desertado de su cerebro, o mas bien, se agolpaban de tal manera a su imaginación, que las unas impedían el paso a las otras.

—Entre tanto, dijo la desconocida, mi botín no está arreglado por culpa suya.

—Permítame reparar el mal, dijo Fortunato, en cuya memoria el pié de la jó-

ven se habia grabado como un delicioso recuerdo.

El deseo que dictaba a Fortunato estas palabras era el mismo que nos pierde a todos los hijos de Eva: queria volver a ver lo que habia turbado su alma hasta el punto de darle osadia. Este deseo de repetir las sensaciones agradables es el verdadero flaco de nuestra no mui robusta organizacion moral.

—¿Está Vd. loco? preguntó la desconocida.

—No lo creo, dijo Fortunato, pues no advierto nada de estraordinario en lo que pido.

—En tal caso tenga la bondad de seguir su camino: se lo agradeceré infinito.

Fortunato obedeció al tono imperioso de estas últimas palabras y dejó el puesto desconsolado y mohino, bien que prometiendo seguirla hasta averiguar su domicilio. Sentia en su pecho la rabia del cazador que ha dejado escaparse una perdiz por no matarla en el suelo.

Poseido de su idea, olvidó que al salir de su casa se dirijia a la de su tio, abogado antiguo y de valer, su único apoyo en el laberinto de nuestra buena capital.

II.

Jóvenes que correis tras la felicidad con el ahinco de un comerciante tras el despacho de sus pólizas; vosotros para quienes la vida sin amor, o a lo menos sin mujer, es como una taza de té sin azúcar; mozos que aun conservais la dulce fé del alma, intacta y reverenciada, como una niña pura conserva la primera flor de su primer amante ¿qué habrias hecho en la posicion de nuestro héroe?.....

Fortunato miró con ojos ávidos el cuerpo de la bella desconocida que, enderezándose de la graciosa actitud en que se hallaba, tomó de nuevo la posicion vertical. Luego la vió cubrirse hasta los ojos con el emboce de su manton, oyó el ruido cariñoso de su basquiña de velos y la contempló deslizarse aérea y misteriosa sobre el suelo, como un ángel rozando la tierra o cual una mujer que acude a una cita. Porque estas dos imágenes son una misma cosa, lector amigo. Cierto que el mas indiferente mortal debe sentirse conmovido al ver a uno de estos ángeles de nuestro mundo, andar por esas calles de la capital, fugaces como dinero de empleado, evitando las miradas de los curiosos, que siempre los hai en donde quiera,

y dirijiéndose quién sabe a dónde. ¿Ese ángel va a una iglesia o a una cita? A una o a otra, o bien, lector, a ambas partes, porque, como dicen vulgarmente, *en todas partes se cuecen habas*, y no veo por qué en la lengua de tierra que llaman Chile, los miembros del sexo amable han de privarse de satisfacer sus deliciosos caprichos. ¿Sentís el roce de la seda que comunica a los nervios un extraño magnetismo, que los fabricantes de Lyon ni sospechan tal vez en sus tareas? Fortunato, inocente y jóven, dos calidades que no es tan comun encontrar reunidas por mas que asi parezca, Fortunato, experimentó la fascinacion de ese ruido y le fué imposible impedir a sus piernas que echaran tambien a andar en seguimiento de la desconocida del manton.

Atravesaron calles y plazas, pantanos y lodazales, tropezaron en las grietas de las veredas, cuyas losas parecen haber declarado abierta guerra al calzado de los transeuntes, con beneficio tan solo de unos pocos tenedores del artículo, y llegaron, por fin, a una calle, tan sucia como todas las otras, ella delante y él atras como la mentira y la verdad.

Paróse la jóven un instante, y volviendo ácia atras los ojos, divisó a Fortunato marchar resueltamente ácia ella.

—Estrañó mucho, señor, le dijo cuando

este se acercó con el rostro risueño como solicitante de empleo cerca de algun ministro; estraño mucho, señor, que un caballero, como Vd. parece, se atreva a seguir así a una señora que.....

—Señorita, no la he seguido a Vd., replicó Fortunato con un aplomo imperturbable, cuando el lector sabe que el bribon mentia como un jesuita.

—Y sin embargo, replicó ella, Vd. ha venido tras de mí, y nos hallamos juntos de nuevo, despues de habernos separado a diez cuadras de este lugar.

—Lo confieso, es mui cierto; pero no es mas que el efecto de una estraña y feliz casualidad.

—¡Feliz, caballero!

—A lo menos para mí, exclamó el mozo con tan seductor acento, como si estuviese avezado al vocabulario de la galantería.

Hai dos cosas que el hombre y la mujer aprenden con perfeccion sin necesidad de prévia práctica: a amar y a engañar. Dulces atributos de felicidad sobre la tierra, ¿cómo es que el hombre se atreve a quejarse de las mezquindades de la naturaleza? Al daros en herencia a los mortales, ¿qué mas podia hacer esta buena y previsora madre? Amando, se habita, segun dicen, un pedazo del paraíso que perdió nuestro padre comun por un esceso de

sensibilidad; amando se reina sobre otro corazon tanto y talvez mas rico que el nuestro, y puesto que el hombre aspira al dominio por su mala estrella, ¿qué mas grato imperio que el de otro ser delicado y puro que multiplica hasta lo infinito nuestros goces, cuando todos conocemos tantos individuos que no reinan mas que sobre los inquilinos de sus haciendas? Amando, en fin, componemos con la mujer de nuestro afecto, un par de seres felices sobre la tierra, lo cual debe ciertamente enorgullecernos, ya hai tantos pares que son infelices hasta inspirar una caritativa compasion.

Y engañando ¿quién no ha visto abrirse ante sus ojos las sendas casi inaccesibles de la felicidad?

Mas al ver juntos estos dos infinitivos, *amar* y *engañar*, se preguntarán algunos si el amor es un engaño, sin mas que por esa maldita tendencia investigadora que ha hecho a los filósofos descubrir nuestras mas recónditas sensaciones, dejándonos, despues de tan brillantes tareas, tan avanzados como antes. Por mi parte, para librarme del compromiso de la respuesta, delego mis poderes a jueces mas competentes que yo y encargo de la contestacion a las mujeres.

Lábios rosados de seductora humedad, no os sonriais, por Dios, al fallar en la ma-

teria: mas que árdua es la cuestion para nosotros. Pensad que desde nuestros primeros pasos aspiramos al amor como las avecillas a dejar el nido y hender los aires con su vuelo; pensad que a él se ligan nuestra ambicion, nuestras esperanzas y deseos, cosas por supuesto mas respetables que el corte de un vestido o el adorno de una manteleta, y pensad, en fin, que en medio de tantas decepciones, tenemos necesidad de una creencia, porque todos hemos amado, amamos o amaremos, desde el mas encumbrado ciudadano hasta el labriego mas tosco e incivil, y que si no todos aman, no es por cierto por falta de deseos.

Fortunato entre tanto, balanceaba su cabeza con el aire de un hombre que cree haber dicho una frase digna de esculpirse en mármol, jesto que el lector puede ver en accion por poco que se dé el trabajo de frecuentar nuestros aristocráticos salones, internándose en el riñon de la sociedad santiaguina, ya que tiene riñon esta *gran dama*. Y allí, reclinado sobre un muelle sofá de *palisandra*, forrado de rico *lampas*, puede observar a tanto mozo con bigote y a tanto bigote con mozo, lanzar a quema ropa sus galanteos, ofreciéndolos como si fuese agua bendita.

Fortunato, pues, estiró el cuello de su camisa en señal de satisfaccion y perma-

neció, como dijimos, balanceándose delante de la dama que le miraba con creciente sorpresa.

—En fin, señor, dijo ella, tenga Vd. la bondad de pasar de largo; esta es una casa respetable y no quisiera que al entrar yo le vieran a Vd. en observacion delante de la puerta.

—Pierda Vd. cuidado, dijo nuestro improvisado Lovelace, no me verán en la puerta, porque entraré junto con Vd.

—¡Oh! exclamó sonriéndose la jóven, esto ya pasa los límites, caballero, y le suplico tenga la bondad de irse.

—Imposible, contestó Fortunato, pues como tuve el honor de decir a Vd., una estraña casualidad nos ha reunido aquí, y yo, por mi parte, confieso que me dirigia a esta casa cuando tuve el placer de verla a Vd.

—¿No es esta la casa de D. Anselmo Rocaleal?

—Sí, señorita, mi honorable tio, abogado de notoria distincion y.....

Mas la voz pareció anudarse en la garganta del mozo, que palideció hasta el punto de parecer que sufría una fatiga.

—¡Ah, Vd. es su sobrino! exclamó la bella desconocida, lanzando sobre el jóven una terrible mirada, la misma que parecia haberle hecho el efecto de una mordaza. Y al proferir esta exclamacion,

sus lábios se comprimieron, haciendo un jesto de indecible desprecio. Volviéndose despues sin saludar, se internó en las habitaciones de la casa, mientras el buen Fortunato tenia el aire de un hombre que, habiéndose acostado en su cama, se despierta rodando por el suelo.

III.

Presumo que el lector preferirá conmigo seguir a la bella desconocida al interior de la casa de D. Anselmo Rocaleal, abogado de notoria distincion, segun las testuales palabras de nuestro héroe.

En una pieza de pequeñas dimensiones, con las paredes cubiertas por un papel de dudosos colores y amueblada con sillas, mesas y un sofá de atrasada fecha, se encontraba D. Anselmo sumido en una poltrona, estirando la mano para tomar un mate, que una vieja criada de indijesto semblante le presentaba. Rayaba el buen hombre en los sesenta, bien que el cuidado que en acicalarse gastaba, le hacia aparecer con diez años menos de los que en realidad habia vivido: era, pues, un viejo bastante verde, de buena estatura y de no poco abultadas dimensiones; amante de la buena mesa y apreciador de las seducciones del bello sexo, cerca del

cual sus pretensiones, lejos de disminuir con los años, como natural parece, habian aumentado en progresion inversa de la pérdida de sus ventajas físicas, mientras que él se empeñaba en creerlas en su resplandeciente apojeo. ¡Oh vanidad! prenda de todos, notable punto de nuestra semejanza con Lucifer, a donde conduces a veces a los mas honrados corazones! de cuán distinto modo haces reflejarse en el espejo de la vida la imájen del rei de la creacion! Para convencerte lector, de la verdad de este apóstrofe, ve al teatro o a los bailes, cuenta las personas que se ocupan de divertirse, sustráelas del total y hallarás por residuo una inmensa mayoría que tan solo se ocupa de sí misma. ¿Qué mucho, pues, que un hombre rico, pasablemente conservado, como sucede con las ciruelas en aguardiente, un hombre que en su mocedad habia dado y recibido numerosos cadejos de pelo; un hombre soltero sobre todo, qué extraño es que aspirase a las atenciones femeninas? Ah! si el tiempo que desbasta nuestros atractivos, se encargase tambien de apagar en el corazon esa sed de amor que Adan nos legó en el catálogo de nuestra mísera herencia, entonces y solo entonces podria esperarse que el mundo anduviese tal cual por su camino. Mas, entre tanto, fuerza es que nos resignemos a ver todos los dias

hombres que se niegan a dejar el puesto a las jeneraciones que desde atras les vienen empujando: fuerza es que miremos con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, para que las propias nos perdonen y que, andando el tiempo, no desoigamos sus consejos como si fuera sermón de diez y ocho de setiembre. Arquimedes pidió solo un punto de apoyo para mover la tierra: yo, por mi parte, que de mecánica me abstengo, tan solo pediria que nos quitasen la vanidad para dejar al mundo en la quietud mas envidiable, pues tengo para mí que no es movimiento lo que nos falta a nosotros pobres peregrinos en este valle de incesantes afanes. Sin la vanidad, es decir, sin brillantes, sin blondas ni *valenciennes*. ¿qué seria doña Fulana, que todos admiran en la Alameda? Sin sus ricos vestidos de aterciopeladas flores, sin su coche, sus lacayos y su palco en la ópera ¿qué seria doña Sutana, la altiva dama de envidiadas riquezas? En qué se tornaria su pompa y su insolencia si, despojadas de los atavios prestijiosos del lujo, quedasen reducidas a las amargas penalidades de la pobreza? ¿Sus amantes y aduladores las tributarian los mismos homenajes?

Consolaos, niñas sencillas y modestas que aun guardais intacta la santa pureza del corazon. Ah! pensad que llevais en

vuestro pecho una joya que nadie puede recobrar despues de perdida. Vosotras que al salir el sol lo saludais como las aves; vosotras que leéis en una mirada amante todo un casto poema de indefinida ventura, consolaos de vuestra humildad y vuestra pobreza, pues hai corazones bastante nobles para recojer la modesta flor que se oculta a las miradas y elevarla en su alma un trono al que la mas orgullosa de esas damas jamas logrará subir.

Llevó D. Anselmo la bombilla a sus labios y comenzó a sorberse el mate con la gravedad de un hombre desocupado.

—Una señorita dice que desea hablar con su merced, dijo, apareciendo, la criada que se habia retirado despues de pasar el mate.

—¿Una señorita? preguntó D. Anselmo con los ojos radiantes de esperanza; hazla entrar, Matea, hazla entrar.

Y esto diciendo, el buen caballero dejó su mate sobre la mesa y se paró, echando a rodar por tierra la cigarrera que tenia sobre sus piernas.

—Señorita doña Julia, dijo viendo entrar a nuestra desconocida, siéntese Vd. ¿A qué debo el honor de esta visita? Su mamita está buena? y.....

Aqui D. Anselmo interrumpió su frase para recibir con mayor recojimiento la

dulce mirada con que Julia pagó sus atenciones.

—Mi mamita mui buena, Sr. Rocaleal, dijo sentándose la jóven y echando ácia atras, con indecible gracia, su manton que dejó ver una bellísima frente, sobre la cual los ánjeles de la inocencia parecian andar revoloteando.

Arregló su basquiña, humedeció sus labios y se colocó, en fin, en esa actitud de inocente voluptuosidad que conocen las mujeres para pescar al vuelo a los corazones inespertos.

Don Anselmo se creyó trasportado en plena zona tórrida; parecióle que el ardiente sol de los trópicos lanzaba sobre su peluca sus rayos abrasadores.

—¿Con que su mamita buena? repitió confuso el buen abogado; ¡cuánto me alegro!

Julia le miró con imperturbable seriedad, haciéndole una espresiva afirmacion con la cabeza.

—Y Vd., dijo D. Anselmo, cada dia mas bella y mas....

—Ah, Sr. Rocaleal exclamó ella, interrumpiéndole, Vd. cada dia mas galante.

—Es que cerca de Vd., prosiguió don Anselmo envalentonado, nadie podrá dejar de serlo.

—Hablemos de algo mas sério, replicó Julia, afectando una divina confusion.

—Estoi a sus órdenes, señorita.

—Me he acordado que Vd. ha tenido ya la bondad de prestarme sus consejos en asuntos de intereses y me he tomado la libertad de venir a incomodarle de nuevo.

—No diga Vd. incomodarme, pues para mí es un placer servirla en algo y siempre la tengo a Vd. presente.

—En cuanto a esto último me permitirá Vd. dudar, exclamó Julia sonriéndose.

—¡Dudar! ¿Y por qué?

—Porque rara vez le vemos por casa.

—Mis ocupaciones me roban muchas veces ese placer, dijo D. Anselmo, inclínándose lleno de coqueta galantería.

—Venía pues a decirle, añadió Julia, despues de una lijera pausa, que D. Fabian Contreras se niega a reconocer el total de la suma que adeuda a la testamentaria de mi marido.

—¿Y en qué se funda? preguntó Rocaleal, tomando toda su gravedad ¿tiene recibos del finado o documentos que acrediten su pago?

—Creo que no.

—Pues entonces demándeles Vd.

—Ya vé Vd., señor Rocaleal, que soi mujer y que nada entiendo de estas cosas y.....

—Déjelo Vd. todo a mi cuidado, yo la prometo conducir este negocio.

—Ah, señor, le deberé un eterno reconocimiento. Y al pronunciar estas palabras, con el timbre mas suave de su voz, la bella Julia alzaba sobre D. Anselmo sus ojos que revelaban la mas íntima y sentida emocion. Volvió el buen abogado a sentirse en la zona tórrida y pareció vacilar sobre su base, tal era el vaiven de su cuerpo dominado por su sistema nervioso que obraba directamente sobre el cerebro.

—Señorita Julia, dijo fijando sobre ella una mirada asesina, toda mi ambicion seria cambiar ese reconocimiento en otro afecto que.....

—Ah, Rocaleal, Vd. dice lo mismo a todas las mujeres, los hombres son tan inconstantes.

—¡Inconstante yo! exclamó D. Anselmo, si Vd. me permitiese amarla, si me aceptase por esclavo, Julia, no dudaria Vd. de mi constancia y hallaria siempre en mí el mas rendido de los adoradores.

D. Anselmo, al proferir esta acalorada declaracion, recordando que muchos héroes de Mma. Cotin, cuyas novelas habia leído siendo colejial, hincaban en tierra la rodilla para producir un efecto decisivo, se arrojó delante de Julia con sublime menosprecio de sus pantalones, estirados por trabillas de cuero, que hicieron saltar las hormillas que las sostenian.

En este instante la puerta del cuarto se abrió precipitadamente, y el rostro alegre y rubicundo de Fortunato apareció, dominando aquella dramática escena.

IV.

—¡Ah diablo! exclamó Fortunato, al divisar a su respetable tío en tan crítica situación. Y dió al cerrarla tan fuerte golpe a la puerta, que D. Anselmo creyó que la casa se desplomaba sobre su cabeza.

Julia ocultó su rostro entre los pliegues del manton, mientras el abogado se levantaba rojo de despecho. Mas al ver la blanca frente de la aflijida.jóven y la lujosa profusion de sus cabellos, D. Anselmo pensó, con todo el orgullo de su sexo, que la divina criatura acababa de oír placentera su irresistible declaracion.

—Bah, se dijo atentándose la peluca para asegurarse de su fidelidad, este malvado Fortunato no podrá menos que enviarme; ya querria él que alguien le sorprendiese a los pies de una buena moza.

Esta reflexion fué rápida como un relámpago y pasó por su cerebro acariciando los mas delicados resortes de su vanidad. Acercóse en seguida a Julia y tomó una mano que pareció abandonársele por el esceso del dolor.

—¿Por qué se aflige Vd? dijo, dando a su voz la mas melíflua acentuacion.

—Ah! Vd. me lo pregunta, Rocaleal, exclamó Julia, mostrando llenos de lágrimas sus hermosos ojos. ¿Qué va a ser de mí, de mi reputacion, despues de lo que acaba de suceder? Ese jóven se creerá autorizado para suponer las mas atroces calumnias.

—Tranquilícese Vd., Julia; ese jóven es mi sobrino y yo puedo imponerle silencio.

—Vd. sabe mui bien que los jóvenes son poco discretos y tienen mui corto miramiento por la reputacion de las mujeres. ¡Quién sabe, Dios mio, lo que ese jóven va a decir!

—Vamos, Julia, tranquilícese Vd., yo me encargo de velar por su reputacion y no será, la aseguro, mi sobrino quien se atreverá a empañarla.

Julia estrechó la mano del galan abogado como impelida por un irresistible arrebató de reconocimiento. D. Anselmo se sentia conmovido al punto de prorumpir en doloridos sollozos.

—Sí, dijo, tratando de tragarse el nudo que la aflixion ponía a su garganta, yo velaré por su reputacion, Julia, porque si Vd. consiente, me será tan preciosa como la mia propia, pues quiero obtener de Vd. el favor de que me permita reparar el

mal que por culpa mia pudiera sobrevenirle.

—¡Un sacrificio, no, jamas! exclamó Julia con el acento de una monja a quien dirijiesen un galanteo.

—Vd. puede llamar mi oferta un sacrificio, porque ignora la profunda veracidad de mi amor, y los reflejos de la llama que abrasa mi pecho, no pueden irradiar al exterior, porque solo es una llama moral; pero si Vd. leyera en mi alma, Julia, y viera la idolatria que por Vd. me domina, ah! entonces no diria Vd. que hago un sacrificio y consentiria en hacerme dueño de esta mano, que estrecho como un don del cielo.

—Señor, aquí está el barbero, dijo entreabriendo la puerta la criada del mate, en el momento en que D. Anselmo besaba lleno de satisfaccion la mano de la jóven.

—Dile que se vaya al infierno y tú con él, exclamó exasperado D. Anselmo, dando una furiosa patada, mientras la bella Julia ocultaba de nuevo el rostro entre los pliegues del complaciente manton.

—¡Jesus, Jesus! dijo Matea espantada de la furibunda expresion de su amo. ¿Qué le ha entrado por Dios al patron? Está como si le hubiesen ortigado.

Julia entre tanto se levantó, y puesta de pié junto a la puerta en la actitud de

la inocencia oprimida, su frente parecia brillar con la mas evanjélica resignacion.

—Otra vez, dijo ella, podré hablarle mas detenidamente de mis intereses; usted comprende que no debo permanecer aquí por mas tiempo.

Y entreabriendo la puerta, hizo a don Anselmo un profundo saludo y se retiró, dejándolo entregado a la mas violenta desesperacion.

V.

Lector ¿has vivido en provincia?

Allí cesan la agitacion y los cuidados con que en las grandes poblaciones la dura necesidad nos espolea; mas plácido es allí el aire que se respira, mas barata la comida que se coloca bajo el diente, mas sencillos los amores de los jóvenes y mas francamente viejas las señoras que pasan de los cincuenta. En el orden moral casi todo es pequeño, modesto y apacible: el veneno de la civilizacion se infiltra con gran dificultad entre las buenas jentes que allí moran y sus sabrosas conversaciones, a tener las cualidades del vino, serian impagables, pues casi siempre son añejas.

Allí, en esa tierra de bendicion, recibió nuestro héroe el primer hielo de la atmósfera. Fortunato nació en provincia.

Bienestá; ¿pero en cuál de las trece? me dirán los espíritus curiosos que todo quieren saberlo a punto fijo.

En una de ellas, no importa cuál, exceptuándose solo la que el Mapocho, con sus turbias aguas, baña cuando hai avenida.

Corria el año de 1835, cuando la madre de Fortunato, niña que a los treinta años habia pronunciado el sí nupcial, anunció a su respetable esposo D. Cándido Esperanzano, la fausta noticia de llevar en su seno un fruto de su lícito amor.

—¡Ah, ah! exclamó D. Cándido, que como todo fiel cristiano aspiraba a verse reproducido en otro bípedo a su semejanza, si es hombre, Barbarita, le amanso un potrillo para el año que viene.

El buen D. Cándido administraba una hacienda de su hermano materno don Anselmo Rocaleal, gozando por todo beneficio de la módica entrada producida por una pequeña siembra y algunas vacas lecheras. Su espíritu jamas habia traspasado los límites que su vista abrazaba, y el digno administrador no veia, como dicen, mas allá de sus narices. Esto, no obstante, no le habia impedido salvar cuarenta y cinco primaveras en el goce completo de la mas cabal felicidad.

Honradas existencias al abrigo de toda tormenta intelectual, libres del azaroso

choque de las ideas; bienaventurados que vivis a la sombra de una indolente ignorancia ¿quién mas feliz que vosotros? ¡La imaginacion! triste laboratorio de mas tristes ilusiones; el estudio, pozo de insondables vaciedades; la pasion, el entusiasmo, el amor! reios de todo esto, como de las espantosas quimeras de una pesadilla fatal! Vosotros vejetais en paz, porque no pensais, y os importa un bledo que el aire se cômponga de oxígeno y de azoe para sustento de vuestros inalterables pulmones.

Don Cándido Esperanzano, padre de nuestro héroe, pertenecía a ese número no pequeño de ciudadanos estafermos sobre los cuales reposan las bases de todo orden social que presta garantias de estabilidad. Respetaba ciegamente, en política, las providencias del subdelegado del lugar, en religion las palabras del cura de la parroquia y en materia social eran principios fijos en su espíritu que, todo hombre, llegado a cierta edad, debia casarse para tener hijos y tener hijos por haberse casado. La lógica de su espíritu no se detenía en tan bello camino y siempre miró como incontestable verdad que, habiendo la mujer recibido una constitucion mas débil que la del hombre, éste debia ejercer sobre aquella su imperioso dominio, porque si ellas fueran mas fuer-

tes, decia él, nosotros seriamos las mujeres.

Consecuente con estos principios, nacidos en su entendimiento con la misma naturalidad que la barba en el rostro del adulto, es decir, en fuerza del tiempo, D. Cándido eligió por mujer a doña Bárbara Castaños, jóven de treinta sonados, sumisa como un colejial novicio, y deseosa de unir su suerte a la de otro mortal, con tal que fuese varon, como toda hija de vecino que se vé amenazada de la *gota* moral de las mujeres: la perpetua solteria.

Uniéronse en el rigor del invierno, estacion, segun cuentan, la mas a propósito para esta clase de felicidad: hubo gran concurrencia en la noche del enlace y llanto jeneral de todos, como si se tratase de un duelo: lloró la madre y el padre, los novios, las criadas y los chiquillos lloraron, despues de lo cual todos discretamente se marcharon, como en tales ocasiones se practica, no sin hacer variados comentarios sobre la actitud y comportamiento de los novios durante la solemne ceremonia del juramento, pretendiendo varias señoras de respeto que Barbarita habia pronunciado el *sí* con demasiado despejo, lo que siempre cae en desdoro del sexo tímido, que jamas debe manifestar sus deseos con la misma franqueza que los hombres. Una de las asistentes a la fiesta, que habia ido a Santiago en el último

verano, declaró que la novia estaba mal vestida, lo que podia tolerarse en personas que no habian visto sociedad, mas no perdonarse a su madre la poca decencia del escote que llamaba las miradas de los hombres, los que nunca son cegatones para esta especie de espectáculos. A estos graves asuntos de discusion las buenas provincianas añadian sus puntillas de crítica sobre el servicio, y el mate de la casa, despidiéndose despues con la satisfaccion de haber sido cada una de ellas el punto notable de la fiesta.

Los tiernos esposos salieron del pueblo dos dias despues de su enlace, instalándose en la hacienda vecina, que, como hemos dicho, D. Cándido Esperanzano administraba en nombre de su hermano D. Anselmo Rocaleal: fué su union ejemplar y tan larga como sus vidas la luna de miel que disfrutaron, desmintiendo con esto la atrevida asercion de los partidarios del amor en el matrimonio.

Don Cándido, que era lo que ahora se llama con tanto aprecio un *hombre práctico*, se consideró mui dichoso al encontrarse con su Bárbara; él gobernando, en su calidad de hombre, y ella obedeciendo con sus fueros de mujer. Al decir esto, no pretendo sentar como verdad averiguada que en el matrimonio todos los hombres mandan, y obedecen todas las mujeres:

maridos hai que son de suyo mandables, que nacieron con el instinto de la obediencia, como todo judio con el de la usura, hombres pasivos y benignos que llegan a contraer el hábito de repetir en sociedad el final de cada frase que ensartan sus mujeres. Otros obedecen por amor, aceptando gustosos el dorado yugo que los sujeta a la voluntad de un ser delicado y adorable, que sabe imprimir el sello de su gracia a los mas descabellados caprichos. Esta clase de esclavos, no mui abundante, en verdad, viven felices mientras el amor les dura y cuando sus mujeres quieren darse el trabajo de hacerse adorar como *queridas*: de todas las esclavitudes imaginables, esta es la única llevadera, máxime cuando por su larga duracion no se convierte en hábito la obediencia, que fatalmente dejenera entonces en fastidio. Otros hai, en fin, y estos componen la respetable mayoria, que, creyendo mandar como sultanes, obedecen, sin saberlo, como eunucos. Estos no son hijos de sus propias obras, como se dice a veces, sino que lo son de las obras de sus mujeres, que en el manejo de esta clase de vivientes, despliegan la admirable agudeza con que el cielo las dotó en abundancia. Y al paso que algunas logran sus fines, ayudadas por las felices disposiciones del paciente, otras no dan cima a su intento

sino despues de poner en práctica, con una perseverancia superior a todo elogio, algun sistema de su propia invencion, que indudablemente las conduce al resultado que se propusieron: estas mujercitas, lector discreto, tienen toda la perseverancia de una hormiga que conduce a cuestras un grano mayor que todo su cuerpo; esfuerzo de Hércules, imposible de creerse si repetidos ejemplos no nos lo probasen cada dia.

Trascurridos nueve meses..... término fatal en los fastos matrimoniales, doña Bárbara anunció a su señor los primeros dolores de su primera maternidad.

—Ola, dijo D. Cándido, con una prevision digna de elogio, esos dolores, Bárbara, son el anuncio del parto.

Y esto diciendo, ordenó los aprestos del viaje para conducir a su esposa al pueblo, en donde nuestro héroe hizo oír por primera vez el timbre de su voz.

Corria entonces el año de 1835, hallándose a punto de alcanzar el subsiguiente.

Inútil nos parece referir la infancia de nuestro héroe, que fué vacunado, tuvo tos y alfombrilla, como casi tolos los niños, manifestando despues, segun la opinion de sus padres, una agudeza y discernimiento mui raros a su edad.

Si todos hubiesen de realizar las predicciones de los padres, la existencia de los tontos seria un problema insoluble;

mas, por desgracia no sucede así en este variado mundo, lo que a muchos ha sujerido la idea de comparar a sus semejantes con la raza de los pollinos, tan vivos y agraciados en su niñez y tan soberanamente asnos cuando alcanzan su completo desarrollo. Fortunato no pertenecía a estos últimos, ni tampoco demostró en su pubertad nada que saliese del comun de los hombres. Alma injénua y sencilla, bello y apacible carácter, inclinaciones un tanto materiales, como el espíritu de nuestra edad, hé aquí el personaje que ofrecemos al lector: individuo prosaico y comun, incapaz de las violentas pasiones que de ordinario adornan a todos los héroes de novelas.

El nuestro no tiene mas recomendacion que la de ser conocido de todos los que esta série de capítulos tengan la paciencia de leer. Todos le hemos visto por la calle, en la alameda, en el teatro, matando el tiempo como buen santiaguino; todos le hemos saludado y conocido sus aspiraciones. Fortunato Esperanzano es un amigo tuyo, lector paciente, que recordarás, si lo has perdido de vista, así que de estas pájinas te vayas imponiendo.

Su infancia fué feliz. ¿Dónde está el hombre cuyas lágrimas de niño hayan dejado en su alma un rastro doloroso? Todos recordamos con dicha esa edad en

que el llanto, fácil como la risa, es mas que un sufrimiento, un desahogo de la exuberancia de vida que poseemos. Cuando la mano descarnada de la esperiencia no ha helado aun en nuestras venas el fuego del entusiasmo, somos felices, porque vivimos identificados con la naturaleza a cuya sublime armonia contribuimos con el alma, así como las flores prestan al aire su aromática esencia; vivimos contentos, porque gozamos del sol sin preguntarnos de dónde viene, y vemos en cada semejante un amigo sin sospechar que llegan días en que una buena mina es lo que mejor caracteriza a un individuo. La humanidad no ha tenido infancia moral. Hé aquí por qué el mundo se halla tan léjos de realizar el sueño igualitario de algunos locos sensatos. Adán, ese tunante de problemática existencia, segun algunos sabios, conoció el interes mucho antes de lo que llamamos desprendimiento, legando a su prole todas las pasiones que como bolas de nieve, rodando al traves de los siglos, han llegado al nuestro, llamado de las luces, oscureciendo todo lo que de noble y grande pudiera surgir de la familia humana. En el adelanto material de los pueblos puede observarse un fenómeno moral de mui curiosos detalles: cada paso en la via de! progreso, aumentando ciertas felicidades particulares, se realiza con perjui-

cio del bien jeneral. Enriqueced a un hombre y añadireis un egoísta al gran catálogo de ese sinnúmero de idólatras que, creyendo adorar a Dios, no profesan mas culto real que el de los pesos fuertes que entalegan. La infancia pues, que está a mil leguas de sospechar estas verdades, que abraza con fé toda creencia y practica con candor todo sentimiento, se convierte en el fresco oasis de la vida, cuando nuestra alma lastimada busca un reposo en el pasado, desesperando de la aridez del porvenir.

Por dicha suya, Fortunato no habia aun llegado a tan dura estremidad: todas sus desgracias, hasta la edad de diez y seis años, se redujeron a sufrir la esclavitud del aprendizaje, que los maestros de primeras letras se empeñaban en hacer lo mas odioso posible, poniendo en activo ejercicio ese adajio esencialmente español de que *la letra con sangre entra*.

El cura del lugar se encargó por su parte de hacer entrar en la cabeza del niño todas las reglas de Nebrija con sus correspondientes escepciones, de modo que con un gran caudal de conocimientos se presentó nuestro héroe en las puertas de la capital de la República.

VI.

Hai un placer casto y natural, rico en variadas modificaciones, comun a todo ser racional que puede confesarlo con frente serena; placer inocente que a nadie ha perjudicado cuando se disfruta con moderacion y que, pasada la ardiente edad de las pasiones, puede servir de consuelo en la completa ausencia de los otros: este placer es el de la comida.

Los espíritus que afectan vivir en la region brillante del idealismo, y las niñas que se mecen al compas de deliciosas ilusiones, soñando en los triunfos de la belleza, me acusarán, estoi seguro, de un chocante materialismo, indigno de un hombre que conserva algun respeto por su propia dignidad. Y ellos serán injustos porque, desmintiendo su propia naturaleza, pronunciarán su fallo bajo la engañadora influencia de un estado escepcional de los nervios. Los perfumados besos de la brisa y el humo consolador de una buena sopa, puestos en comparacion ante un espíritu sério, no creo que harian vacilar su decision por largo tiempo, y en cuanto a los dorados sueños de las bellas criaturas, en cuanto al amor..... mi opinion es que uno de los placeres mas caba-

les que en esta tierra nos es dado disfrutar, es el de sentarse con quien se ama a una mesa bien servida. El estómago comunica al alma su expansiva alegría, así como un niño hace reírse a la más glacial de las madres cuando manifiesta su cándido contento; la palabra se desliza fácil por los labios, el ruido de los vasos se llena de inspiradoras armonías, y el vino, el verdadero mágico del mundo, hace chispear los ojos con ese fuego que turba los sentidos y lanza al alma estasiada en la región inmensa de un placer bien sentido.

Quiero decir, lector, que D. Anselmo Rocaleal, a más de su natural galantería y pronunciada afición al bello sexo, tenía entre sus buenas dotes la de gustar en sumo grado de las delicias de la mesa.

A más, el hombre era devoto hasta rayar en timorato.

Hé aquí dos nuevas cualidades que aun no habíamos anunciado en nuestro amable jurisconsulto, porque somos de sentir que, así como en un amigo vamos conociendo las prendas de su carácter a medida que más frecuentamos su comercio, así el autor debe revelar poco a poco las dotes morales que poseen sus distintos personajes, sin aglomerarlas en una sola descripción que puede tener el defecto de confundir la memoria.

¿Y quién se atrevería a vituperar en D. Anselmo las calidades que adornan a la mayoría de los vivientes? Además, dígase lo que se quiera, nuestras cualidades y aun nuestros defectos, nos granjean cierta consideración en determinados círculos, razón que explica muy bien la existencia de tanto tunante que, sin profesión conocida, invade nuestros salones, eclipsando con su garbo a los jóvenes modestos y laboriosos que esperan para surgir que le llegue al mérito su turno.

Los hábitos que señalamos en D. Anselmo no eran, nos apresuramos a decirlo, el resultado de un cálculo malicioso, inspirado por el deseo de fascinar la imaginación siempre impresionable de las mujeres, ni de introducir el desarreglo en las familias. No que el buen abogado dejase de tener para con el bello sexo sus pretensiones de buen calibre, como ya lo hemos dicho, sino porque sus costumbres, hijas de su carácter, eran en él tan naturales como la humedad en donde quiera que hai agua. D. Anselmo era gloton por apetito, aficionado a las mujeres por temperamento y timorato por un exceso de superstición llevada hasta el extremo.

Esta última propiedad encierra un fenómeno de fisiología moral muy curioso de estudiarse y lleva naturalmente el espíritu a investigar las causas de la beatería

de nuestra tierra, suscitando en el ánimo la pregunta siguiente: ¿La existencia de tanto beato de ambos sexos, arguye en favor de la piedad relijiosa de nuestra patria? El tema es árduo en verdad y digno por cierto de una séria dilucidacion.

Nosotros que tenemos el firme propósito de no entrar en discusion de ninguna materia grave, para amoldarnos al gusto de la jeneralidad de los lectores, responderemos sin embargo negativamente, pareciéndonos que el número de beatos dice tanto en pró de la relijiosidad de un pais, como si se contase el número de borrachos para calcular la abundancia y escelencia de sus viñedos. Testigo la vieja Inglaterra, que en medio de sus hábitos constitucionales, se ha constituido, desde tiempo inmemorial, en la odre insaciable de las producciones espirituosas del orbe.

Sin embargo, como un punto de partida para este estudio, que no consideramos sin utilidad, nos permitiremos apuntar la siguiente nomenclatura de lo mas notable en esta materia. Pueden distinguirse algunas variedades en la especie que nos ocupa:

Beatos por conviccion y por creencia.

Estas jentes, poco numerosas en verdad, deben ser el objeto de una consideracion especial, por poseer ventajas morales sobre la masa de la nacion.

Beatos solo por creencia.

Jente buena y sencilla, incapaz de daño y respetables por consiguiente.

Beatos por supersticion.

Aquí el autor del estudio, armado de eruditas razones, tratará de arrojar la luz en esos espíritus oscurecidos y logrará por lo menos su propia satisfaccion, ya que no los aplausos del público. Debe tambien en caso de *fiasco* consolarse con la apelacion de estilo al tribunal de la posteridad.

Beatos por especulacion.

Este debe considerarse como el renglon mas abundante y susceptible de curiosas subdivisiones. Se recomienda al autor reservar para este punto toda la enerjia de su elocuencia, alentándose con la esperanza de estirpar el mal, objeto que llevan en vista todos los reformadores asi políticos como sociales, por mas que jente envidiosa trate de afejar sus acciones; y ademas como en el caso anterior, apelar tambien a la posteridad.

Nosotros colocamos a D. Anselmo en la clasificacion tercera de nuestros apuntes. Este abogado, hombre de ilustracion por lo demas, estaba sujeto a mil terrores supersticiosos que turban la lucidez de su espíritu ante cualquiera autoridad revestida de sotana, la que cobraba sobre su voluntad el mas despótico imperio. Una

cita latina, pronunciada por Fr. Ciriaco Ayunales, su íntimo amigo y director de conciencia, arrojaba al pobre hombre en el mas extraño descalabro mental. Arrepentíase de sus culpas un minuto despues de cometerlas y no lograba tranquilidad su conciencia hasta no rescatar su falta con alguna accion meritoria, que consistia en un regalillo de valor a la comunidad de su desinteresado amigo.

Fr. Ciriaco Ayunales, el soberano dueño de la voluntad de D. Anselmo, era uno de esos hombres que han pasado los diez primeros lustros de la vida y llegado a la plácida bonanza de esa edad en que se espera vivir mucho aun en la plenitud del goce que todos deben experimentar al verse libres de las tempestuosas exigencias de nuestra organizacion. Tenia 56 años, una salud de solteron y las dimensiones físicas correspondientes a su estado. Sobre sus mejillas brillaban aun los rosados tintes de la niñez, el círculo de su cara descansaba sobre una doble barba que muchos tomaban a primera vista por un coto y, salvo su principio de obesidad y cierto sonido gutural que lo preservaba de cólicos, Fr. Ciriaco podia pasar por un hombre fino y de escojida sociedad. Un movimiento nervioso le hacia cerrar el ojo derecho siempre que alguna pasion ajitaba su

cerebro, jesto que Ayunales creia disimular colocando su mano sobre la ceja a guisa de visera y que cualquiera creia mas bien el ademan que hace un hombre para mirar cuando los rayos del sol hieren su vista. Su estatura era de cinco pies, siete pulgadas, estilo de filiacion; su pelo crespo, sus cejas abultadas y sus labios gruesos.

La pasion predominante del amigo y confesor de D. Anselmo se esplica perfectamente por lo que acabamos de decir y lo que vamos a agregar sobre su vida. Frai Ciriaco, llegado a los cincuenta años, se confirmó en la persuasion en que habia vivido, de que el mejor modo de ser considerado por los demas es colocándose en algun puesto de representacion. Mas, como los estatutos de su órden le cerrasen las puertas a tantas de las ambiciones que son permitidas a los legos pecadores, él contrajo toda la enerjia de su voluntad para llegar a dirijir los negocios de su órden y se propuso ser Provincial. Pero para esto le faltaba el prestijio entre los suyos, y por una *chambonada* que él mismo no acertaba a esplicarse, pertenecia al partido *cola* en los dos últimos períodos. Frai Ciriaco juró vencer estos escollos a fuerza de maña y perseverancia, que es el jénio de ciertas jentes. D. Anselmo Rocaleal fué designado por Ayunales como

la piedra angular del edificio de su poder: parte de su fortuna, legada por su influjo al convento, debia atraerle los disidentes de su partido y hacerle cobrar la popularidad que le habia sido imposible conquistarse. Desde entonces principió para D. Anselmo la esclavitud moral a que frai Ciriaco supo sujetarlo con el poder de su elocuencia y con tan agudos artificios que el pobre abogado tenia las mas veces que emplear la súplica para hacer aceptar sus liberalidades.

VII.

La distinguida familia de Rocaleal, diezmada por el tiempo y la incuria de sus varones, se hallaba reducida, a la fecha de esta historia, a D. Anselmo que ya conocemos, a doña Petronila Rocaleal y dos hijas del matrimonio de esta señora con D. Tiburcio Rostroalbo, empleado subalterno en una oficina fiscal, caballero que parecia haber resuelto el problema del reposo absoluto, tal era su paciencia para soportar las postergaciones que diariamente sufria en su oficina y la evangélica resignacion con que habia soportado el carácter un tanto irritable de su señora esposa, como decia el mismo.

Doña Petronila, delgada y esbelta en sus años floridos, habia sentido despues

de los treinta, desarrollarse en ella tan notable predisposicion a la obesidad, que la gracia natural de su carácter se trasformaba en constante irritabilidad a medida que la gordura la robaba la finura y delicadeza de su persona, lo que habia hecho decir a Fortunato que el mal carácter de su tia debia calcularse por libras. Agréguese a esta circunstancia la de hallarse con dos hijas que, por su larga solteria, podian clasificarse entre los efectos llamados *huesos* por los comerciantes, y el lector podrá esplicarse asi el estado mórbido de la índole de doña Petronila, que se veia condenada por el destino a sufrir en estremo de los calores y a oir continuamente la chillona voz de su par de doncellas, que siempre hablaban a un tiempo y arrebatában a sus padres la palabra, sin el menor miramiento filial y con absoluto olvido de la urbanidad que se las habia enseñado.

—Creo que soi bastante grande para tener mi opinion propia y decirla cuando se me antoje, exclamaban Raimunda y Feliciana a un tiempo cuando alguna persona se aventuraba a hacerlas la mas lijera observacion.

Raimunda y Feliciana habian heredado la exuberante robustez de la madre, desarrollada en ellas antes de los treinta años. Raimunda contaba veinte y nueve

primaveras y Feliciano veinte y siete. Ambas eran de breve estatura, de ojos pequeños y penetrantes, de labios finos y de dientes bastante blancos, colocados a notable distancia los unos de los otros. El abuso del mate habia comunicado a sus mejillas, verdaderos cachetes de huasa, ese tinte amarillento que causa un esceso de bilis en el estómago. Su traje habitual era la basquiña y manton, a favor del cual podian recorrer solas las calles de la ciudad, entrar a las tiendas de baratura, prodigando codazos a diestro y siniestro i hacer sus visitas de comadrazgo sin la necesaria compañía de baron.

Estas tres mujeres ejercian sobre don Tiburcio Rostroalbo un imperio absoluto como lo es ordinariamente el dominio femenino. La madre recibia puntualmente de manos de D. Tiburcio el sueldo que el buen hombre ganaba en fuerza de su mansedumbre, única prenda que lo recomendaba a sus superiores, y entre la madre y sus hijas disponian de la inversion de los fondos, dejando a Rostroalbo lo necesario para cigarros. Mas este triunvirato de manton reconocia por jefe supremo y árbitro poderoso a nuestro amigo frai Ciriaco Ayunales, para quien el mejor mate estaba reservado siempre, como asi mismo el asiento de preferencia en la modesta mesa del empleado.

A las cuatro de la tarde del día en que hemos abierto la narracion de esta historia, doña Petronila y frai Ciriaco conversaban amigablemente en la pieza que servia de salon en la pequeña casa ocupada por la familia Rostroalbo, situada en la calle de San Isidro. Aquella pieza estaba amueblada con la sencillez de la pobreza: ocho sillas de palo con asiento de junquillo de fabricacion indíjena, un viejo sofá de caoba oscura, forrado en tela de crin negro, comprado a lance juntamente con una mesa de la misma madera, colocada en la testera del cuarto y sobre la cual habia un San José de fábrica quiteña, dos candeleros de bronce, un mate y un braserito de lata para el fuego de los fumadores. El piso, cubierto con un jergon de color borrado por el tiempo, presentaba algunas sinuosidades sobre las cuales la alfombra dejaba ver sus hilos gastados por el uso. Las paredes ignoraban la invencion del empapelado y las puertas suspendidas por el antiguo método, facilitaban, aun estando cerradas, la libre ventilacion del aposento, circunstancia que tenia a D. Tiburcio en un perpetuo romadizo.

—Sí, mi señora, una sopa deliciosa, decia frai Ciriaco pasando la lengua por sus labios como saboreando el potaje que recordaba.

—Aunque sea su amigo, frai Ciria-
co, respondió doña Petronila, y aunque
sea mi hermano, le diré que Anselmo
podia dejarse de tantas comidas y acor-
darse un poco de sus pobres parientes.

—No maldigamos, hermana, observó
Ayunales; el buen hombre hace lo que
puede y no veo qué pecado haya en re-
galar a los amigos.

—Padre, le apuesto a que no habia un
solo pariente en su mesa?

—Perdóneme, señora, habia uno.

—¿Quién?

—Fortunato, su sobrino.

—Buena alhaja! Mejor haria en irse a
sembrar trigo con el huaso de su padre,
que venir aqui a arrancar los reales a
su tio. Todo lo que ese muchacho re-
cibe.....

—Que no es gran cosa, dijo el padre
interrumpiéndola.

—Como no; pues bien, todo lo que ese
tunante recibe nos pertenece de derecho
a nosotros que hemos cuidado a Anselmo
en sus enfermedades y alojádole en casa
en tiempo de los pleitos con D. Diego Al-
miro, y todo esto con el sueldo solo del
pobre Tiburcio.....

En la corta conversacion que precede
el lector habrá conocido que nuestra ami-
ga doña Petronila, mui locuaz en el ca-
pítulo de las quejas, no olvidaba algun

calificativo de desprecio al nombrar a su sobrino Fortunato.

—A propósito, y mi amigo D. Tiburcio, ¿qué es de su vida? Hace dos días a que no le he visto.

—Ahí está el pobre hombre, dijo doña Petronila sorbiendo su narigada de polvillo, le ha vuelto a dar romadizo.

—¡Otra vez!

—Sí, parece un pilon, él se queja de la casa y yo digo que son sus narices.

—Y qué hubo del aumento de sueldo de que me habló?

—Ah! no me hable Frai Ciriaco, él siempre está pensando en eso y no se convence de que en los gobiernos se observa la lei del embudo: lo ancho para los grandes y lo angosto para los pequeños.

—Paciencia, paciencia, dijo Ayunales, todo no puede marchar al vapor, como dice mi amigo D. Anselmo.

—Sí, no es malo el vapor, hace veinte años que estamos esperando este aumento de sueldo y nunca viene.

—Y sus otras entradas, en qué las gasta?

—¿Cuáles? lo que ganaba en casa de D. Diego Almiro?

—Si, pues.

—Que no sabe Vd. que desde que perdió el pleito con Anselmo, el pobre don Diego ha quedado *vuelto para la pared*?

—Sí, lo sé; pero creia que aun estaba litigando.

—Bien puede ser, pero ya no emplea escribiente, porque no tiene con que pagarlo.

—¡Pobre hombre! exclamó frai Ciriaco, alzando al cielo sus ojos pequeñitos.

—Tiene Vd. razon: ¡pobre hombre! Don Diego cuando era compañero de mi hermano parecia mas que él nuestro pariente, pues ademas de lo que daba que ganar a Tiburcio, nos estaba siempre mandando regalos, y ya ve Vd. que para una familia pobre.....

—Como no, señora, D. Diego Almiro es un caballero.

En este instante D. Tiburcio Rostroalbo se presentó en el aposento.

—Oh, mi amigo D. Tiburcio! exclamó frai Ciriaco sin moverse de su asiento, cuántos deseos tenia de verle!

El empleado estrechó la mano del reverendo con la misma veneracion que si estrechase la del presidente de la república, el dispensador de todos los bienes; luego con una voz delgada y suplicante:

—Mi padre, dijo, ¿nos hará el favor de acompañarnos a comer?

—Mil gracias, me esperan unos amigos, contestó Ayunales que queria hacerse rogar.

—Pero por esta vez, padre, dijo la se-

ñora, sus amigos lo tendrán otro día; tenemos un chanchito asado que debe estar mui bueno.

—Vaya, cedo a sus instancias, mi señora, contestó frai Ciriaco, en quien el nombre del chanchito parecia haber producido una alegría verdadera.

—El padre es tan bueno, exclamó D. Tiburcio estornudando con estrépito.

—Dios le ayude, dijo el padre.

—Mil gracias, contestó D. Tiburcio estornudando de nuevo.

—Siempre con romadizo mi amigo, dijo Ayunales a Rostroalbo, que se habia sentado respetuosamente al lado suyo.

—Qué quiere V. mi padre ¡hachí! hachí! el aire es tan dañino.

—Toma un poco de polvillo, Tiburcio, dijo doña Petronila.

—Gracias, poco ¡hachi! me aprovecha. ¿Y las niñas?

—No tardan en llegar; fueron aqui cerca, contestó la señora impacientada con los estornudos del marido que no dejaban anudar la conversacion.

—¿Y el aumento de sueldos, D. Tiburcio, preguntó Ayunales.

—Creo, padre, que en poco tiempo.....

—Sí, duérmete en esa confianza, dijo doña Petronila, y te despertarás poderoso.

—Pero hija.

—Aqui le estaba diciendo lo mismo

que Vd. va a decir, repuso frai Ciriaco sacando del apuro al empleado que no hallaba cómo continuar, la paciencia es la primera virtud cristiana.

—La paciencia es virtud de tontos, con perdon de Vd., mi padre, exclamó doña Petronila que se exasperaba siempre que se trataba del sueldo de su marido.

—Y de santos tambien, hermana, replicó el padre.

—Pero hija, añadió D. Tiburcio con su voz de tiple y sonándose con gran ruido.

—Mi padre Dios le guarde, dijeron Raimunda y Feliciano que entraron desprendiéndose el manto de la cabeza.

—¿Cómo están, pichonas? dijo Ayunales saludándolas amistosamente.

—Mamá, adivine lo que hemos visto esta mañana, exclamaron las dos hermanas con voz chillona.

—Buena pregunta, contestó la madre, habrán visto tantas cosas.

—Habrán visto tantas cosas, replicó D. Tiburcio con su tono suplicante y sacando precipitadamente el pañuelo.

—Veamos primero por dónde han andado, dijo Ayunales.

—Por la calle de las Capuchinas, dijo Feliciano arrebatando la contestacion a su hermana, cuando ésta doblaba su manto.

—Por la calle de las Capuchinas, habrán visto el pilon, dijo D. Tiburcio con los ojos llenos de lágrimas, esperando un estornudo.

—Suénese no mas, dijeron las dos hijas.

La madre y Ayunales se echaron a reir de la agudeza de las niñas, hilaridad a la que el buen D. Tiburcio tomó parte como pudo.

—Habrán visto a su tio Anselmo, observó doña Petronila cuando la risa se hubo calmado.

—Por ahí va, dijo Raimunda.

—¿Quién? preguntó D. Tiburcio con inocencia.

—El burro, contestó riéndose Feliciano.

Nueva risa jeneral en la que el empleado llevaba el tiple, frai Ciriaco el contrabajo y las tres mujeres los intermedios.

—Este mi papá, que se hace tonto, dijo Raimunda, ¡las cosas que pregunta!

—Te aseguro, hijita, que no oí bien, contestó D. Ciriaco.

—¿Se los decimos? se preguntaron picarescamente las dos hermanas.

—Hemos visto, exclamaron a un tiempo las dos con acento tan agudo, que el buen Ayunales se tapó las orejas.

—Vamos por partes, pichonas, dijo, cuente una sola para que nos entendamos.

—Hemos visto a Fortunato, dijo Raimunda.

—Gran cosa, interrumpió doña Petronila estirando el labio inferior.

—Con una niña mui donosa, replicó Feliciana aprovechándose de la interrupcion hecha a su hermana.

—Hola! ¿con una buena moza? preguntó Ayunales.

—¿Con Amelia, la hija de D. Diego Almiro?

—No, contestaron las niñas.

—¿Con quién entonces? preguntaron todas.

—Con una niña mui buena moza, con Julia Valverde, respondió Raimunda.

—¿La viudita? preguntó Ayunales.

—Sí, la misma.

—Bueno, ¿y qué mas? dijo la madre que hasta allí no encontraba nada de mui curioso.

—Estaban en la puerta de la casa de mi tio Anselmo.

—Ah! ah! exclamó doña Petronila ¿qué le parece mi padre?

—Digo que se habrán equivocado Vds.

—No, no, tenemos mui buenos ojos.

—No veo nada de raro en que..... observó tímidamente D. Tiburcio.

—Y tú, cuándo ves nada, le contestó su mujer torciéndole la cabeza.

—Pero hija..... dijo el empleado.

—Piénsenlo Vds., dijo frai Ciriaco, porque si es cierto.....

—Tan cierto que les vimos entrar juntos a casa de mi tío.

—Ah! ah! exclamó D. Tiburcio como volviendo en sí de su desmayo.

—Ves ahora, le dijo su esposa.

El empleado contestó por un estornudo afirmativo.

—Esto es mas sério de lo que creíamos, dijo a doña Petronila frai Ciriaco.

—Ya está la comida, dijo una de las niñas.

Las cinco personas se dirijieron al comedor, cerrando el paso D. Tiburcio que en calidad de amo era el que obedecía a los demas.

VIII.

La noticia que las dos hijas de doña Petronila acababan de dar ante sus padres y Ayunales, sin embargo de haberles preocupado al parecer en cierto modo, no habia tenido el suficiente poder de privar al buen religioso de su admirable apetito. Ayunales era de esas jentes *gustadoras* que en la mesa concentran todas las fuerzas de sus potencias en el sabor de la comida que las deleita. Comia por arte y por principios, saboreando cada plato con la aficion característica que los placeres de la gastronomia parecen haber reservado a sus adeptos. El chanchito je-

mia bajo su diente y los huesos de las aceitunas caian sobre el plato con asombrosa lijereza, despojadas de su succulenta vestidura. Durante algunos momentos solo se oian en la pieza las palabras de la señora que reprendia a la criada, los estornudos de D. Tiburcio que, comprimidos por el respeto a su esposa, producian en su cabeza las mas cómicas contorciones, y las voces de Raimunda y Feliciano que, sin cuidarse de mascar lo que tragaban, ofrecian a frai Ciriaco de todos los platos que poblaban la mesa. La conversacion interrumpida habia cedido el puesto a la actividad de las mandíbulas, cuando Fortunato invadió la estancia, tirando la trenza a la criada y sentándose al lado de frai Ciriaco, antes de ser visto por nadie.

—Mi padre, que Dios le conserve el apetito, dijo el jóven, mientras el reverendo Ayunales daba su último y mas riguroso ataque al chanchito.

—Este mocito anda siempre de broma, dijo frai Ciriaco al oido de doña Petronila, que no fruncia el ceño al ver a Fortunato, porque esperaba oir de él la aclaracion de la noticia.

—Diantre, tio Tiburcio, dijo el jóven, otra vez con romadizo; parece que fuera promesa. Hermosas primas, añadió volviéndose ácia las niñas que le miraban de

rejo, veo que la salud está buena; yo a su servicio, tia Petronila. Maria, un plato, que tengo un hambre de los demonios.

—¡Niño! Qué espresiones! y delante de un sacerdote! exclamó doña Petronila roja de despecho, cuando el jóven apoderándose del pan de frai Ciriaco se disponia a principiar su almuerzo.

—Ah, diablo! se me habia olvidado, exclamó Fortunato; dispénseme, padre, la juventud es propensa a estos *lapsus-lingüe*.

—Vd. tiene ya bastante razon para moderarse, amiguito, dijo Ayunales con tono indijesto.

—Gracias, contestó el mozo, tragando una cucharada de sopa, mientras D. Tiburcio miraba lleno de angustia a su señora.

—El buen humor es lo primero que debe reinar en una mesa y la confianza lo segundo, como dice el tio Anselmo a quien Vdes. y yo respetamos, dijo Fortunato, limpiándose el bigote con el pañuelo.

Esta observacion fué seguida de un profundo silencio que manifestaba la preocupacion de los circunstantes.

—¿Has tenido noticias de tu familia? preguntó D. Tiburcio que no queria desairar a su sobrino.

—Mui recientemente, hace tres meses, por el último de nuestros conocidos que ha venido de allá, porque Vdes. deben

saber que mis respetables padres no quieren infringir las costumbres de su tierra; de modo que se valdrán para todo del correo, menos para enviar una carta.

—Mira, Fortunato, exclamó Raimunda que ardía en curiosidad, nos hemos llevado hablando de tí.

—Mil gracias si ha sido en alabanza mía, dijo el mozo.

—Estas niñas nos han traído una noticia, dijo doña Petronila.

—Una noticia, repitió D. Tiburcio con su voz de súplica.

—Nos dicen que Vd. conversaba esta mañana con una buena moza, añadió frai Ciriaco, sitiando por el flanco a Fortunato, a quien estas últimas palabras pusieron en guardia.

Fortunato, que conocía mui bien el espíritu de aquellas preguntas, se quedó callado, diciéndose para sí: Ola, esto parece inquisición y el pobre tío Anselmo el pato de esta boda; yo les arreglaré, señores curiosos.

—Vamos, cuéntanos eso, Fortunato, dijo doña Petronila, buscando su mas dulce entonacion de voz.

—Figúrense Vdes. que es la cosa mas orijinal del mundo.

—A ver, gritaron las dos niñas, poniendo los codos sobre la mesa para escuchar con mas atencion.

—Ante todo les confesaré que venia con la intencion de contarlo aqui, pero solo al tio Tiburcio que.....

—¿A mí? preguntó el empleado lleno de asombro.

—Papá, Vd. no deja oir, exclamó impaciente Feliciano.

La señora le pasó imperiosamente la caja de polvillo, de la que el pobre D. Tiburcio sacó mal de su grado una nari-gada.

—Decia, pues, continuó Fortunato, que venia para hablar a solas con el tio Tiburcio por no alarmarlas a Vdes. y.....

Aquí frai Ciriaco dejó pasar por su garganta uno de esos sonidos que lo libertaban de las incomodidades de estómagos.

—Si me interrumpen a cada instante, no podré contarles nada, exclamó el joven, al paso que las señoras y las hijas se miraban llenas de impaciente curiosidad.

—Vamos, mocito, adelante, dijo el reverendo, a mis años ya verá Vd. que tendrá de estos achaques y muchos otros.

—En el siglo del vapor, dijo Fortunato aludiendo al sonido gutural del padre, se inventarán otros medios de aliviar nuestro estómago.

—Vamos al caso, exclamaron las dos niñas, quitando la palabra a frai Ciriaco que se aprontaba a responder.

—Al caso, repitió como un eco D. Tiburcio.

—¿En qué estábamos? preguntó Fortunato, que se complacia en escitar la curiosidad de sus oyentes.

—Decias que por no alarmarnos, querias hablar a solas con mi papá, contestó Raimunda.

—Ah, ya estoi. Figúrense Vdes. que esta mañana al entrar a casa de mi tio Anselmo me encuentre en la puerta con una jóven bellísima.

—Si te vimos, dijeron a un tiempo Raimunda y Feliciano.

—¿Dónde estaban Vdes? preguntó Fortunato.

—Pasábamos casualmente por alli, respondieron Feliciano y Raimunda.

—¿No es verdad que la niña es lindísima? dijo Fortunato.

—Es mui flaca y es agachada para andar.....

—Vamos, vamos, dijo interrumpiéndolas la madre, este cuento no se acabará nunca de contar.

—Pero mamá.....

—Dejen hablar a Fortunato y despues disputarán sobre la belleza de la niña.

—Yo que soi corto de jenio, continuó él, me llené de confusion con semejante encuentro y no hallé qué decir, hasta que ella se acercó a mí, preguntándome

si era aquella la casa de mi tío, y sobre mi respuesta afirmativa me hizo un saludo lleno de gracia y entró en la casa, dejándome pasmado en la puerta.

—Pasmado en la puerta, repitió D. Tiburcio para manifestar el interés que tomaba en la narración.

Fortunato hizo un saludo a su tío y continuó.

—En la casa reinaba un silencio sepulcral.

—¿Cómo? preguntó doña Petronila.

—Quiero decir que no se oía ningún ruido al interior, lo que me hizo caer en la tentación de introducirme muy despacio y ponerme en la pieza vecina a la de mi tío, desde la cual podía perfectamente oír cuanto iba a decirse. La curiosidad, mi padre, añadió volviéndose a frai Ciriaco ¿qué quiere Vd? Somos hijos de Eva, según el Génesis, y descendientes de orangutanes según algunos naturalistas, orígenes ambos que nos han legado la curiosidad por herencia.

—¿Y?.... preguntaron los oyentes.

—Me coloqué en mi puesto, apliqué el oído, y por lo que alcancé a entender me convencí de que la curiosidad no es siempre perjudicial. Así, niñas, añadió Fortunato volviéndose hacia sus primas que le escuchaban con tamaños ojos; no siendo con manzanas, lo que perdió a

nuestra madre comun, muchas veces es útil la curiosidad.

Frai Ciriaco dejó pasar por alto tan funesto principio, porque el mismo pecado le tenia absorto en aquel instante.

—¿Y qué oiste? preguntó llena de ansiedad doña Petronila.

—Algo que concierne a mi tío Tiburcio y mi amigo Ayunales.

—¿A mí? preguntaron a un tiempo los dos nombrados.

—Sí, señores, a Vdes.

Hízose un momento de silencio, durante el cual todos se miraban indecisos. Fortunato, entretanto, tocaba llamada con el cuchillo sobre su plato.

—La conversacion era la siguiente, dijo cuando todos se volvian para interrogarlo.

—«Señora, decia mi tío con el lenguaje elevado y correcto que Vdes. le conocen, esplíquese Vd. para caer en conocimiento de los hechos.

—»Lo he sabido por una casualidad y mi interes por su familia me ha dictado este paso decia la jóven.

—»Siempre la conservaré a Vd. mi indeleble reconocimiento. A ver, veamos lo que Vd. me dice.

—Vdes. me permitirán callar los nombres propios, dijo Fortunato interrumpiéndose, pues quiero hacer el bien sin comprometer a nadie.

—Bueno, bueno, exclamaron todos.

—»Vengo de casa de doña N., la que Vd. sabe está mui bien relacionada, tanto con el clero cuanto con el gobierno, contestó ella.

—»Es verdad, dijo mi tio.

—»Allí como Vd. sabe, se habla de todo y rodaba entonces la convesacion sobre el capítulo de los padres de.....»

—Los de su comunidad, frai Ciriaco, dijo Fortunato a Ayunales.

—Sí, sí, dijo éste; continúe Vd.

Fortunato continuó:

—«Vd. sabe, dijo la jóven, que la opinion se halla dividida entre frai Ciriaco Ayunales y frai Saturnino Gorrión, siendo éste último, segun doña N., el mas poderoso de los dos.»

—Eso es lo que hemos de ver, exclamó Ayunales con indignacion; yo no sé con qué derecho esos caballeros gorriónistas...

—Pero, padre, Vd. no deja continuar, dijo doña Petronila que hasta allí no veia figurar a su marido.

—El padre cede a una justa indignacion, dijo Fortunato con una seriedad cómica admirable, y en verdad yo no diviso con qué derecho esos caballeros gorriónistas...

—Se atreven a propalar semejantes falsedades, gritó el padre Ayunales, cuyo color subia por grados.

—Al cuento, al cuento, vociferaron los

demas, mientras D. Tiburcio estornudaba a riesgo de romperse las narices.

—Cálmese Vd., mi padre, dijo Fortunato divertidísimo con aquella escena; ya ve Vd. que soi mas su amigo que lo que Vd. piensa.

—Si, amigo, contestó lleno de efusion frai Ciriaco, y el tiempo le probará a Vd. que.....

—Cálmese, padre, dijeron la mamá y las niñas.

—A ver, Fortunato, sigue pues.

—Continúo, dijo Fortunato restableciendo el silencio.

—«Yo creo que entre Gorrión y mi amigo Ayunales, es ofender a este último el parangonarlos.»

—Bien contestado, exclamó frai Ciriaco mirando a la señora.

—¿Qué es eso parangonándolos? preguntó tímidamente D. Tiburcio, que tenia la necedad de confesar su ignorancia.

—Colocarlos en parangon, le contestó Fortunato dejándolo en la misma duda.

—«Yo lo creo como Vd. dijo a mi tío, la hermosa jóven, continuó Fortunato; pero doña N. dice que Ayunales perderá el capítulo, que lo sabe de mui buena tinta i tendrá que quedarse *cola* con todas sus intrigas.»

—Esa señora miente con toda la boca, dijo frai Ciriaco sin poder contenerse.

—Jamás he visto mentir con la mitad, replicó Fortunato.

Todos se echaron a reir mientras Ayunales parecía próximo a una apoplejía.

—Sigue, niño, sigue, gritó doña Petronila.

—«Y lo que es peor, Rocaleal, continuó la delicada jóven, es que doña N. asegura que el jefe de esas intrigas es el respetable D. Tiburcio Rostroalbo.»

—Eso es una negra falsedad, exclamó doña Petronila, porque Tiburcio no se ocupa nada mas que de su oficina y nosotras no nos mezclamos nunca en cosas de capítulos; porque las mujeres no deben meterse en esas cosas y la señora N. es una solemne mentirosa y....

—Basta, basta, señora, dijo Ayunales que vió que la arenga de su amiga no tendria término si la dejaban libre. Siga Vd., Fortunato, siga Vd., amigo.

—Prosigo, amigo mio, dijo Fortunato tomando la cigarrera de frai Ciriaco y sacando lleno de confianza un cigarro.

—«Lo que Vd. me refiere, bella señora, la dijo mi tio, me parece enteramente falso. Mi cuñado Rostroalbo es un hombre incapaz de tales procedimientos y creo que su amistad con el reverendo Ayunales no está basada sobre intrigas de convento, de las cuales, estoy seguro, viven ambos mui ajenos.

—«Yo pienso como Vd., dijo la graciosa interlocutora, y me he alarmado al extremo viendo el jiro mui sério que las cosas han tomado.

—»¿Cómo así? preguntó mi tio.

—»Sí, dijo la esbelta jóven, tan sério que doña N. ha hablado de esto con su marido, gran amigo como Vd. sabe del ministro de..... y entre los tres han jurado hacer triunfar en el capítulo a frai Saturnino Gorrión y hacer destituir de su empleo a D. Tiburcio.»

Una aclamacion jeneral acojió estas últimas palabras, que Fortunato habia pronunciado con su tono mas solemne, haciendo enrojecer de ira a frai Ciriaco y ponerse lívido al pacífico empleado.

—Y serian mui capaces de hacerlo, exclamó doña Petronila, porque los gobiernos son como pagados para desdeñar a los buenos servidores y acojer a los intrigantes. ¡Quitarle el empleo a Tiburcio y por influjos de esa señora! Mira, niño, añadió volviéndose exasperada ácia Fortunato, díme ¿quién es esa doña N.?

—Tia: al principiar advertí que callaria los nombres propios, dijo Fortunato gozándose en su triunfo.

—Pero hombre, qué te cuesta decirlo, añadió D. Tiburcio por apoyar a su mujer.

—A ver la primera letra, dijeron las dos niñas.

—Yo creo haberles hecho un servicio y pido que sobre eso no se me interrogue mas, dijo Fortunato levantándose; mi interés por Vdes. creo que lo he probado bien; en cuanto al nombre, traten Vdes. de averiguarlo si pueden.

Y diciendo estas palabras, se retiró silbando un trozo de ária y dejando petrificados a sus buenos parientes y al reverendo Ayunales.

IX.

Hai hombres que, dotados felizmente por la naturaleza, llegan a la edad en que la reflexion comienza ordinariamente a reemplazar a cada movimiento espontáneo del alma, y poseen la envidiable facultad de entregarse a su destino exentos de toda idea enojosa. Para ellos la vida, este oscuro problema de tenebrosa solucion, es una continúa esperanza, sin la amarga sensibilidad que acibaran las decepciones; sin el desaliento que se apodera de los espíritus delicados al contacto de las asperezas de la suerte; sin la poesia fatal que embellece los horizontes lejanos para cambiarlos despues en desesperantes realidades: sin ese maldito afan, en fin, en el que las imajinaciones idealistas gastan el vigor de su juventud, engalanando con

prestijios de divino lo mui terreno de nuestra tierra de miserias.

Fortunato era de este número de vivientes que gozan de la vida, porque jamas pierden el tiempo en dorar las facces infinitas del porvenir. Tenia veintitres años, buena salud, jamas habia hecho versos ni perdido su tiempo en idealizar ilusiones, lo que el hombre debe guardarse siempre de idealizar.

Como todos aquellos que prescinden del influjo de la imajinacion aplicada a los sucesos de la vida ordinaria, Fortunato vivia dominado por una aspiracion superior al resto de sus deseos: queria ser rico, escalar ese templo del vellocino de oro, y tratar de igual a igual con los venturosos elejidos de la fortuna.

Su juventud y lozania le demandaban con imperio ese medio de conquistarse los goces materiales de la vida; de huir de la pobreza, esa madrastra enojosa y torva, para pisotear con orgullosa planta los ricos tapices de aristocráticos salones. Y sin embargo, estos violentos deseos, que constituyen la parte activa de los hombres materialistas, se hallaban templados en nuestro héroe por la enfermedad endémica de la humanidad, por el mal hereditario que llamamos *amor*. Hé aquí una palabra que ha costado mas lágrimas que sangre se ha vertido por la libertad,

esta esquivada querida de todos los pueblos. No hai niño de quince años que no haya llorado por los desvios de alguna prima precoz. No hai jóven que no haya regado con llanto alguna prenda de la querida ausente. No hai hombre que haya mirado sin llorar los desengaños de su corazon. No hai viejo que, en su interior, no llore de no poder llorar ni siquiera desengaños de amor. (Amar es llorar; hé aquí una verdad que no deben perder de vista los jóvenes que se lanzan en el mundo con el alma henchida de diáfanas ilusiones y que en el umbral de la vida, como el que acaba de penetrar en un jardin, aspiran con delicia el perfume de las flores que la esperanza embalsama, sin pensar que al cojerlas han de hallar en muchas de ellas traidoras espinas, que harán brotar la sangre de sus manos, crueles desengaños que harán verter amargas lágrimas de sus ojos. Pero esta advertencia es de temerse no aproveche a nadie, porque la misma se hizo a Adan, y Adan no paró mientes en ella. El destino nos arrastra sin consultarnos; y nosotros, pobres seres débiles y presuntuosos, nos dejamos llevar por nuestra mania de conocerlo todo por esperiencia propia. Además, en la edad de la inesperienza, cuando no conocemos el poderoso influjo de los sentimientos y solo juzgamos de la

voluntad por sus aplicaciones materiales, nos cuesta trabajo creer que una fuerza puramente moral, como el amor, pueda avasallarnos tan despóticamente que ante su influjo cedamos como esclavos. Mas los doctores están todos de acuerdo en esta materia y nosotros no intentaremos tampoco ponerla en duda. Amar es llorar, y sin embargo, el amor, todos lo saben, es la única fuente de consuelo en esta vida de azares. En el primer amor y cuando vemos marchitas las ilusiones vírgenes del alma, ajadas por el soplo del materialismo, todos prometemos a nuestra conciencia, este severo tutor del alma, todos prometemos no volver a amar: pasamos indiferentes al traves de un grupo de mujeres, orgullosos de nuestra frialdad, llevando el tesoro de nuestra juventud con sus deliciosas ilusiones, que nos damos tambien el placer de creer agotadas, y despues, cansados de nuestro indiferentismo, nos dejamos avasallar por los primeros ojos hermosos que dirijen a nuestra alma el lenguaje siempre májico del sentimiento. Despues, amando, volvemos a llorar, maldecemos el peso de nuestra esclavitud y conviniendo en que amar es llorar, empezamos de nuevo esta comedia cuantas veces podemos hacerlo.)

Volvamos a nuestro héroe. Fortunato amaba, o al menos creia amar. La juven-

tud es tan rica en sentimientos fogosos, que basta finjirlos en esa dichosa edad, para gozar con ellos. El objeto de su amor era una niña de dieziocho años, de dulce nombre: se llamaba Amelia; de ojos lánguidos, azules y apasionados; de cuerpo esbelto, torneado seno y cabellos castaños.

Amelia era pobre tambien como Fortunato. Su padre era un viejo militar, patriota del año 10, con nevado bigote, algunas cicatrices y muchos recuerdos de sus tiempos de gloria: esto y su sueldo de retiro no formaba, como bien puede calcularse, un capital mui envidiable. La noble carrera de las armas, en la cual todo hombre, mientras es subalterno, debe hacer abnegacion del *yo* tan querido de los filósofos y demócratas, tiene el pequeño inconveniente de desheredar a todos sus hijos. En su calidad de noble y no teniendo dinero, les paga con títulos, cruces y despachos, y con todo esto, por San Martin, como decia D. Diego, el aguerrido padre de Amelia, nadie ha descubier-to el modo de mandar a la plaza. La patria, como una querida, se cansa y olvida del adorador que se envejece, despues que en ese amor ha gastado la primera lozanía de la juventud. Asi es que D. Diego y su mujer vivian con Amelia en la calle de Duarte, buscando el módico precio de los arriendos en aquel barrio distante.

Fortunato dirigió a ella sus pasos al día siguiente de los sucesos que llevamos referidos. Amelia lo esperaba: encontrábase sola en una pieza pequeña con puerta al patio que servia de cuarto de costura y comedor durante el día y de salón de recibimiento durante la noche. El joven se detuvo en la puerta de la habitación, interrogando con la vista el interior.

—Entra, Fortunato, estoy sola, dijo la niña, abandonando su costura y dirigiendo sobre él, su amante mirada llena de placida alegría.

Fortunato salvó de un salto la distancia que lo separaba de Amelia, tomó entre sus dos manos la cabeza de la niña, e imprimió en su frente un beso que resonó en toda la pieza.

Todo esto se efectuó en un instante y sin que la joven hubiese podido sustraerse a tan repentino e inesperado ataque. ¿Debia o no ofenderse? Hé aquí la duda que surgió en su espíritu al mismo tiempo que sentia el contacto de los ardientes labios de Fortunato. La cuestion era grave, y entre diez mujeres, ocho por lo menos habrian perdonado aquella imprudencia de parte de un mozo de nada problemática belleza. Además, en esto apelo al sentimiento de las mujeres: ellas saben que un beso no tiene mas valor que el que le dan las circunstancias que lo pre-

ceden o motivan. ¿Se aplica para finalizar una frase amorosa, como resúmen de lo que acaba de decirse? Oh, entonces..... está revestido de un carácter agravante que no vacilamos en condenar. Pero dado por juego, de improviso, como una broma sin consecuencia, no pasa de ser una inocente espiritualidad. Amelia creyó que era bastante castigo del delincuente bajar la vista y dejar que el rubor de sus frescas mejillas confundiese la osadía del temerario mancebo. Este se echó a reir, como hacen tantos para salir de un aprieto, y siendo la risa, de todas las necedades la mas comunicativa, Amelia mostró tambien sus dientes de una blancura casi azul.

—Vamos, no te enojés, dijo el jóven, fué solo un arranque inopinado.

—Bien hubieran podido verte, replicó Amelia, tomando su costura y sentándose en frente de Fortunato.

—Por fortuna no me han visto, repuso él, y yo, entre tanto, he realizado mi sueño.

—¿Tu sueño? preguntó Amelia, alzando con curiosidad la vista sobre Fortunato.

—Sí, mi sueño, dijo este, tratando de acercar su silla a la de la niña.

—No tienes necesidad de acercarte para contármelo, dijo ella sonriéndose,

no sea que te venga algun nuevo arranque inopinado.

—Es que asi me oirás mejor, objetó el jóven.

—Tengo mui buen oido, habla no mas.

—Figúrate que anoche soñé que nos casábamos.....

Amelia bajó los ojos y dió un suspiro.

—No es mas que un sueño, dijo tomando la costura que habia abandonado.

—Pero en fin, es un sueño que algun dia puede realizarse.

—Vaya por el sueño, dijo Amelia, con una sonrisa llena de dulce melancolia.

—Todas las dificultades que entorpecen la realizacion de nuestros deseos habian desaparecido como por encanto, continuó Fortunato; mi tio Anselmo me tenia conseguido un magnífico empleo y tu padre que habia hecho las paces con él.....

—¡Mi padre! exclamó admirada la jóven.

—Sí, tu padre.

—¡Se ha hecho amigo con D. Anselmo! volvió a decir ella con mas admiracion.

—No te olvides, observó riéndose Fortunato, que todo esto no es mas que un sueño.

—Ah, es cierto, dijo Amelia, haciendo una mueca deliciosa con el labio inferior.

Fortunato acercó mas su silla a la de la niña.

—Vamos, exclamó esta, respetemos la distancia, Sr. Esperanzano.

—¡Cruel, tú no me amas! dijo Fortunato, con el tono que emplea un enamorado para hacerse repetir las eternas promesas que son su eterno delirio.

—Si lo creyeses no me lo dirias, contestó Amelia.

—¿Por qué?

—Porque me pedirias que te amase.

—Eres adorable, dijo el jóven haciendo ademan de tomar una de las manos de Amelia.

—Volvamos al sueño, replicó ésta retirándose vivamente. Estábamos en que todos los obstáculos habian desaparecido.

—Como por encanto: todo nos sonreia en ese dia venturoso y, como me decia mi madre «para abreviar el cuento» todos nos hallábamos reunidos, y tu padre me dijo con ese tono de cañon de a veinticuatro: «Vamos, niño, abraza a tu novia,» y yo entonces me adelanté ácia tí lleno de júbilo y....

—Alto, alto, exclamó Amelia, viendo avanzarse al jóven en ademan de repetir prácticamente la última parte de su sueño.

—Vamos, estás mui asustadiza.

—Y tú incorregible, me vas a hacer llamar a mi madre.

—No la incomodes, ya estoi corregido, dijo Fortunato sentándose.

Amelia volvió a su labor y ambos quedaron en silencio durante algunos momentos.

—Mil veces he querido preguntarte y lo he olvidado, dijo Fortunato, la causa de la enemistad de tu padre con mi tío Anselmo.

—Te diré lo que sé sobre eso, contestó Amelia, dejando su costura y apoyándose graciosamente sobre la mesa; mi padre despues de retirarse del servicio militar entró en compañía de D. Anselmo a trabajar una hacienda.

—Dejó la espada por el arado, como Cincinato, eh?

—No me interrumpas si quieres saber algo, dijo sonriéndose la niña.

—Me convierto en orejas para oírte.

—En el contrato de compañía, continuó Amelia, parece que hubo ciertas cláusulas que despues perjudicaron notablemente a mi padre, el que al cabo de trabajar doce años en la hacienda, se vió tan pobre como al principiar, mientras D. Anselmo se habia enriquecido, sin haber puesto mas que el casco del fundo y un capital mui reducido. Hubo entre mi padre y D. Anselmo un pleito, sentenciado por los tribunales en favor de este último, despues del cual mi padre no ha vuelto a verse con tu tío.

—Ai! dijo Fortunato, mi sueño de ano-

che se desvanece con lo que me cuentas.

—¿Por qué?

—Porque andando el tiempo, mi buen tío podía haberse arrepentido; cuentan que suelen verse viejos que se arrepienten, y hasta reparan a veces en cuanto pueden las travesuras de su niñez.

—Bien, supongamos que se arrepintiera, dijo Amelia.

—En ese caso, volvía a tu padre lo que le corresponde y tú quedabas rica.

—¡Ai! qué dicha sería esa! entonces podríamos casarnos.

—Pero mi buen tío no se arrepentirá.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo, yo mismo que me lo estoy diciendo.

—¿Qué es lo que te lo hace pensar?

—Que mi tío está enamorado, dijo Fortunato con voz apagada.

Amelia alzó los ojos con admiración y aire de duda.

—¡Enamorado! exclamó riéndose. ¿Qué edad tiene?

—Cincuenta años, o la vida de un solteron, contestó Fortunato; pero la edad no importa nada en esta materia: hai viejos que son mas enamorados que un co-lejial.

—¡Pero a cincuenta años! volvió a exclamar Amelia riéndose.

—Cincuenta son dos veces veinticinco,

replicó el jóven. (Los hombres se enamoran de veinticinco a treinta como unos inocentes; de treinta a cuarenta, se desengañan y se fastidian; pero a los cincuenta se vuelven a engañar y a enamorarse, no ya como inocentes sino como locos. El amor de los viejos tiene algo de ese furor que todos los niños sienten por la fruta; y si es verde tanto mejor.)

Fortunato parecia un gran conocedor del corazon humano. Amelia seguia riéndose de la melancólica seriedad con que su amante hacia sus observaciones.

—¿Y..... quién es la feliz mujer que ha elejido tu tio?

—Se llama Julia por el bautismo y Valverde por su padre: es viuda de estado y mui buena moza de físico.

—La conozco, dijo Amelia.

—¿Dónde la has visto?

—La he encontrado de visita en casa de una amiga de colejio.

—¿Que se llama?

—Margarita Monteverde.

—Ah! hija de D. Modesto Monteverde y de doña Rita Castillejo, no menos orgullosa que D. Modesto. ¡Cómo! ¿Tú tienes amistad con jente de tan alto copete?

—Tengo con Margarita mucha amistad desde el colejio: es una niña inmejorable.

—¿Y buena moza?

—Qué te importa, curioso!

—Fué una mera curiosidad; pero volvamos a mi tío. Mi temor es que se case con la viuda y nos deje a todos a la luna de Valencia.

—¡Ai! exclamó Amelia, ¿y qué hacer?

—Primero ver si se puede impedir ese matrimonio, y si no, resignarse.

—Con qué frialdad dices eso, observó la niña, haciendo al jóven ese movimiento delicioso en una mujer bonita, que vulgarmente llaman un *torcido*.

—La cosa no es para desesperarse aun, repuso Fortunato.

—Bueno, y entre tanto.....

—Te seguiré adorando como hasta ahora.

—No es eso lo que quise preguntar, replicó Amelia.

—Pero eso es lo que yo siento, dijo Fortunato.

—¡Mentiroso! exclamó ella tomando un pañuelo de la mesa y lanzándolo a la cara del jóven con una alegría de niño.

El tomó el pañuelo y lo cubrió de besos. Amelia bajó los ojos ruborizándose. Cualquiera que haya amado comprenderá la gracia de aquel movimiento. Casi todas las mujeres en igual actitud tienen un aire de ángeles. Y nunca mas que entonces son capaces de esclavizar a un hombre delicado. Pero Fortunato, ya lo hemos dicho, no era un ser superior: él

solo vió que Amelia se ponía colorada, segun la espresion jeneral. Esta no es culpa de la naturaleza, sino probablemente de la mala mezcla de razas. ¡Los españoles de la conquista fueron pocos y los araucanos eran mui numerosos!

—Yo, sin embargo, dijo el jóven tras una breve pausa, he dado ya algunos pasos que talvez influyan contra las inclinaciones de este tio que amenaza desmandarse y reirse de todos sus herederos.

—¡Sí! ¿qué has hecho?

—He puesto en movimiento a algunos parientes y al reverendo frai Ciriaco Ayunales, un eterno errador de capítulos.

Aquí Fortunato contó a la niña su visita a casa de D. Tiburcio.

—Ya ves, concluyó diciendo, que aunque tu me acuses de frialdad, yo me ocupo siempre de nuestro porvenir.

La jóven recompensó esta advertencia con una mirada llena de profundo cariño. Cualquiera que la hubiese visto habria adivinado que en el corazon de aquella graciosa criatura existia un amor tan casto y risueño, como la diáfana espresion de su semblante; uno de esos amores que solo necesitan de contratiempos para cambiarse en intensas pasiones. Tal es la humana condicion: todo lo grande que en materia de sentimientos ha producido la humanidad, ha sido siempre el

resultado de alguna lucha del alma con un obstáculo. En el camino igual de la felicidad, las pasiones toman el paso tambien igual de bestias connaturalizadas en ese tránsito: sin obstáculos que vencer, van perdiendo su brio a medida que avanzan en la senda. Mientras que principian-do por el respetable Adan, pensando en Eloisa y despues en muchas Evas modernas, el alma sentimental se complace en la contemplacion de tanto amor nacido en la atmósfera escitante de la contrariedad. La dicha que llega fácil a nuestro alcance, pierde gran parte de su sabor. ¡Es una lástima que todos debemos deplorar!

Al fin de esta conversacion Fortunato se despidió de Amelia, que le siguió con la vista hasta que el jóven salió del patio de la casa.

X.

La casa de Amelia se hallaba, como dijimos, en la calle de Duarte. Fortunato caminó hasta llegar a la alameda y tomó la calle del medio de nuestro hermoso y monótono paseo. Ya por entonces Neptuno, Dios de las aguas, se hallaba al fin de la alameda, trepado en la pintoresca roca de granito desde la cual domina con su tridente la situacion, amenizando ese

lugar de recreo. No existia allí como antes la pila vieja, que todo buen santia-guino debe haber conocido: la pobre pila habia sido arrojada de su puesto a mas baja colocacion con poco respeto y miramiento por sus años. Nuestro héroe tomó en direccion opuesta a ella, es decir, ácia el punto donde alguna Municipalidad amiga de los contrastes, colocó una palma en años no mui remotos, que todos vimos perecer de nostalgia, estirando sus ramas secas y descoloridas, como en protesta de la violencia que se habia cometido en su persona. Estos son recuerdos locales de nuestra buena capital, de gran valor para nosotros: ¡entonces eramos niños!

Al llegar al óvalo, Fortunato se sintió llamar por una voz de hombre, penetrante y destemplada como el pito de un policial, y al volverse ácia el lugar de donde aquella voz habia salido, vió adelantarse a un jóven pequeño y delgado, con un jesto bastante feo, que tenia todas las pretensiones de una sonrisa.

—¿A dónde vas tan de prisa? preguntó aquel individuo.

—Oh! Anastasio, me alegro de verte. ¿Cómo estás? dijo Fortunato, sin contestar a la pregunta del otro.

—Bueno, ¿y a dónde vas? volvió este a preguntar.

—¿Yo? A mi casa.

—¿Y de dónde vienes?

Fortunato se ruborizó con aquella pregunta, contestando a ella por un subterfugio.

—Vamos, sé franco conmigo, dijo Anastasio, tomándose del brazo de Fortunato y obligándole a andar.

—¿Qué quieres decir con esto? preguntó el jóven.

—Que yo sé perfectamente de dónde vienes, por mas que quieras ocultarlo. ¿No es en la calle de Duarte donde vive D. Diego Almiro?

—Precisamente, dijo Fortunato con voz seca.

Anastasio Bermudez era un empleado de oficina fiscal, que tenia todas las aspiraciones que puede tener un hombre pobre que lucha dia a dia con un corto sueldo. Sus facciones, lejos de recomendarlo, formaban un conjunto desagradable a primera vista. Los ojos, dotados de una estraña animacion, manifestaban uno de esos caracteres para los cuales la curiosidad es la primera de las ocupaciones: cada una de sus miradas parecia una pregunta. La porfia se hallaba retratada en su frente pequeña y prominente, mientras que sus lábios delgados y contraídos, le prestaban un aire de reflexiva concentracion, en abierta disonancia con sus ojos.

Anastasio era, en suma, un hombre feo, calificativo al que nadie agregaba el de simpático, como suele hacerse para templar en algo la crueldad de la suerte.

Con una tenacidad infatigable, Anastasio habia conseguido penetrar en la mas escogida sociedad de la capital, en donde, cediendo a su inclinacion natural, conocia la vida de cada persona y podia con sus revelaciones hacer talvez palidecer mas de un semblante risueño o desdeñoso. La reserva en punto a la vida ajena, no era una de sus virtudes: un hombre curioso y reservado seria un fenómeno. Larrochefoucauld lleva su escepticismo hasta creer que el hombre siente un pequeño placer en el mal de su mejor amigo. Sin apurar los principios hasta la temeridad, nadie ignora que la maledicencia es una plaga social de todas partes, que por desgracia encuentra mas eco que el que debiera: de aquí la aceptacion que los escrutadores de la vida del prójimo encuentran en el mundo, en donde sin hacer uso de la envenenada punta de la calumnia, un hombre maldiciente encuentra sobrado pasto para su dañino apetito. Anastasio era recibido en algunas casas por temor, y en otras, fuerza es decirlo, por el placer que jeneralmente se tiene al saber las debilidades del prójimo.

XI.

—Veo que quieres hacer el reservado conmigo, dijo Anastasio rompiendo el silencio: haces mal, Fortunato, yo soi tu amigo y no adivino por qué me ocultas tus secretos.

—¡Secretos! no los tengo, dijo Fortunato.

—¿Y tus amores?

—¿Con quién?

—Con la hija de D. Diego Almiro.

—Bah! si no es cierto.

—Y entonces ¿por qué vas todos los dias a su casa a la hora que sale el papá?

—¿Quién te ha contado eso?

—Ah! todo se sabe. Vamos, cuéntame tus amores. ¿Quiéres mucho a la chica?

—Sí, mucho.

—Cosa de casarte con ella?

—Ese es mi mayor deseo.

—Diantre ¿entonces es cosa seria?

—Sin duda, es mui seria.

—¿Y con qué recursos cuentas para hacerlo?

—¿Yo? con ninguno.

—¿Y ella, cuánto tiene?

—Nada.

—Poca cosa es para casarse. Dime ¿te has preguntado alguna vez lo que harías

tú, mozo sin mas esperanzas que la lejana y problemática herencia de tu tio, casado con una niña hermosa y llamada por su belleza y nacimiento a figurar en una esfera social demasiado elevada para tus recursos negativos?

—Bien lo he pensado y por eso espero que mejore mi suerte.

—Mi pobre Fortunato, harias el papel mas triste del mundo. ¿Que esperas, dices tú? Pero asi gastarás tu juventud, que es tu único caudal, y te hallarás al fin tan pobre como ahora.

—¿Por qué?

—Porque tu tio no está viejo para que pienses en heredarlo tan pronto y cuentan que ahora le ha dado por casarse.

Fortunato miró con admiracion a su amigo.

—¿No lo crees? dijo éste, pues haces mui mal. Entre tú y tu tio, los dos enamorados, yo apostaria a que tú eras el mas juicioso de los dos.

—Quien sabe.

—No, tú eres jóven; tienes, si quieres, un hermoso porvenir, mientras que el tio Anselmo se halla en la funesta edad de la crisis. Si una mujer consigue hacerle creer en su amor, el viejo se rinde y pasa sin condiciones por las horcas candinas: entonces adios herencia, adios amores románticos, a menos que te resignes a vivir

toda tu vida en la pobreza, rodeado de chiquillos y tu mujer surciéndote las roturas del levita para que puedas salir a ganar algun sueldo miserable.

Fortunato siguió andando en silencio. La fria y positiva lójica de Anastasio le ponía frente por frente con sus propios temores.

—Con la mejor fé del mundo, continuó éste, harías desgraciada a esa pobre niña, que ignora los escollos de la vida, y al despertar en tus brazos se encontraria en la miseria, lo mas antipático a la organizacion femenina, que es esencialmente sibarita. ¿Te figuras bien la posicion de una pobre niña que, despues de pasar la primera parte de la vida soñando en palacios encantados, se vé encadenada en la segunda mitad a las matadoras privaciones de la miseria, con niños mal abrigados y pobremente vestidos?

—¡Ah, eso es terrible! exclamó Fortunato, abismado por aquel cuadro de dolor.

Los ojos de Anastasio brillaron con estraños resplandores. La serpiente que nos hizo desterrar del paraíso, debió mirar así al ver morder a la madre de la humanidad la indijesta manzana.

—¡Pero qué hacer! exclamó Fortunato.

--¿Qué hacer? No fomentar en una criatura inocente ese amor, hasta que no puedas ofrecerla algo mas que tu persona.

—Te confieso que me costará mucho dejarla de ver.

—¿Y a qué hacerlo, cuando este sería un sacrificio estéril? Lo que tú debes procurar es darte a conocer, frecuentar la alta sociedad, en donde hallarás poderosas protecciones. Ya me ves a mí; yo salí del colejio pobre como Job, pero no me enamoré como tú, sino que pensé en mi porvenir. Frecuenté la sociedad, contraje relaciones, hice visitas y conseguí el empleo que tengo.

—Sí, pero yo no tengo jénio para eso.

—¿Quieres colocarte bajo mi protección? En la sociedad, como para cortar el nudo gordiano, se requiere mas maña que fuerza. Yo te presentaré en una familia rica y orgullosa; con ser de los visitantes de la casa de D. Modesto Mantoverde, tendrás una especie de posicion social; tu figura y el tiempo harán lo demas: despues, cuando tengas algo te casarás con Amelia si te da la gana; pero entre tanto, piensa en tu porvenir y no pierdas e' mas precioso tiempo de la vida. ¿Cuándo quieres que te presente en casa de Mantoverde?

—Cuando quieras.

—Bueno, espérame mañana a las nueve y pasaré a buscarte.

XII.

Aun quedan en nuestro suelo feliz muchos vestijios de la sangre noble que, entre tantas cosas buenas que nos vinieron de la patria de Valdivia, se sirvieron importar directamente algunos ilustres varones de aquella tierra de hidalgos. Nuestra forma republicana, que ha borrado muchos defectos del coloniaje, para crear, es cierto varios otros, no ha conseguido aun destruir enteramente los grandes recuerdos de aristocráticos abuelos, que de jeneracion en jeneracion van trasmitiéndose a los dignos herederos de tan precioso legado. La Constitucion abolió los títulos, mas no pudo abolir la nobleza, por dicha nuestra, sin la cual nos veriamos en la dura precision de no encontrar un solo *caballero* a quien dar la mano por esas calles de Dios. Y bien que muchos pretendan que no es la ilustracion y brillo intelectual lo que esas familias nobles se han encargado de perpetuar, puede a los tales respondérseles que en cambio han conservado la pureza de la raza, lo que es una base de progreso en todo pais sensato, y van trasmitiendo tambien a sus herederos la blancura del cútis, sin la cual cualquiera podria

tomarnos por verdaderos *indios*, sin que nos quedase el derecho de ofendernos por tan insultante equivocacion.

La familia de D. Modesto Mantoverde era uno de esos nobles restos de aquellos tiempos de prosapias ilustres. Un Mantoverde, segun refieren las crónicas de esa familia, siendo palafrenero de S. M. Felipe II, habia tenido la dicha de prestar a su soberano, en una caceria, un manto para resguardarse de la lluvia que incipinadamente principió a caer con poco miramiento por las reales espaldas del soberano, quien no halló otro modo mas cómodo de darle las gracias, que ennoblecíéndole la sangre por medio de un pergamino; le confirió el título de Conde, por haberle salvado de un romadizo inminente, dolencia a que su majestad estaba sujeto como el mas ruin de los pecherros, siempre que cojia un constipado. Desde entonces los Mantoverde se llamaron asi, abandonando el triste apellido de Zúñiga, que les venia desde que los descendientes de Adan dieron en llevar apellidos. Uno de ellos despues vino a Indias, a esta buena tierra de cucaña: llegó a Chile con mas orgullo en el pecho que pesetas en la chupa y fundó la noble casa de Mantoverde, de la que D. Modesto era el último y esclarecido varon.

D. Modesto tenia una mujer digna de

su nombre, y una familia compuesta de una niña de dieziocho años y varios niños pequeños. Vivía también con ellos una hermana de su mujer, a quien los hombres habían dejado célibe hasta la edad incómoda de treinta años, época de los equinoxios en la vida de la mujer soltera, por ser entonces sus aspiraciones iguales a sus desengaños: los días y las noches del corazón. Esta niña se llamaba Virginia y conservaba la fé de que el tiempo le reservaba un Pablo digno de su larga expectativa, fé que con los contratiempos y borrascas de su corazón, lejos de disminuirse había cobrado en su alma las proporciones de la obstinada creencia que los judíos tienen en la venida del Mesías, o la de los calorosos republicanos en la llegada de la radiante igualdad.

Virginia luchaba, pues, a brazo partido con la soltería, que es el mas terrible enemigo del bello sexo, en todo país que desprecia las leyes del Koran; tenía, como tiene el sol, su día aparente y su día verdadero, veinticinco años para la sociedad y treinta para el cura de su parroquia; poseía muchos talentos caseros que podría utilizar siendo dueña de casa, y fuera de las desigualdades de su carácter, debidas al tira y afloja en que había vivido esperando al Pablo redentor, podía reputarse-

la como una mujer de mui buen jénio, en todo caso en que no se tratase de cuestiones personales, es decir, durante un pequeño número de horas al dia.

Virginia, a la época de esta historia, entonaba por la vijésima vez la primera estrofa de un poema amoroso, a la que siempre habia faltado el consonante: daba y recibia ardientes ojeadas de Anastasio Bermudez, el jóven que debia presentar a Fortunato en la casa de aquella ilustre familia.

D.^a Rita Castillejo y su hija Margarita componian, fuera de algunos niños pequeños, el resto de la familia de D. Modesto Mantoverde.

D.^a Rita era digna mujer de este caballero, tanto por la distincion de su familia, cuanto por su carácter intolerante siempre que se trataba de recuerdos jenealójicos de las familias de la capital y provincias, cuya ascendencia conocia con todos sus detalles. Por lo demas, D.^a Rita, mujer de hábitos sencillos y patriarcales, no tenia otra pasion dominante que la de casar a su hermana con un hombre digno de su cuna. Pero en la humana vida no siempre las buenas intenciones conducen a resultados satisfactorios; asi es que doña Rita, aplicando sus esfuerzos a libertar de la solteria a su hermana Virginia, lejos de favorecer los asuntos de esta involuntaria

vestal, habia desbaratado sus esperanzas condenándola a echar incesante pábulo al fuego sagrado de sus esperanzas.

Margarita Mantoverde, hija de estos ilustres esposos, era una hermosa niña de 18 años. Sus ojos eran bellos, como lo son jeneralmente entre las chilenas; bello tambien, largo, abundante y sedoso era su pelo; blanco su cútis y animado con tintes rosados que daban a sus ojos la viva espresion de la salud, esta madre de la belleza. Habia en la espresion del rostro de la niña mas pasion y sentimiento, mas elevacion y amor que el que su alma era capaz de abrigar. Mui rara es la mujer en cuyo corazon pueden desarrollarse las dotes que nosotros las suponemos cuando son bellas: las que cumplen con ellas son escepciones, destinadas a llorar mas que las otras. Felizmente el hombre que ama, cree siempre a su querida una mujer escepcional para satisfaccion de su orgullo. Margarita tenia un corazon, como tienen tantas, dispuesto a amar con ese amor tibio, sensato, razonador; escollo y desesperacion de las almas delicadas, manjar esquisito para los que buscan en la mujer una buena dueña de casa. Su ambicion era la misma que ajita a la mayor parte de los espíritus femeniles: brillar; poder eclipsar con su belleza y su elegancia a las demas mujeres; atravesar por la

alameda arrebatando la admiracion de todos. El amor propio es en el corazon humano la hidra de la fábula con sus cabezas siempre renacientes: él multiplica sus formas bajo mil maneras diversas, en este espacioso foco de multiforme orgullo que llamamos alma. Fuera de esta ambicion, Margarita miraba el porvenir como todos lo miran a su edad, engalanado de un marido, lleno de complacencia y bondad, risueño siempre y pronto a darla el brazo para salir a paseo: el marido modelo, en una palabra, al que se pide, mas que amor, paciencia y buena voluntad; mas que cariño, atenciones constantes y garetta floja en el bolsillo de las finanzas. La práctica, sin embargo, con sus amargas lecciones, las demuestra despues que tal marido es casi un ser ideal, siendo la última de las condiciones citadas a la que casi siempre falta su naturaleza. Las bellas criaturas ignoran que cada hombre pone sobre su dinero el ingenioso epitafio del licenciado que figura en el prólogo de Gil Blas: «aquí está el alma de D. Fulano.» Y en esto el hombre es lógico las mas veces y asaz consecuente con su naturaleza. Si las mujeres pudiesen imaginarse los esfuerzos de ingenio, la constante perseverancia, los acerbos desvelos, las agudezas infinitas, las intriguillas, las humillaciones, las bajezas, y las argucias que

mas de la mitad de los hombres emplean para alcanzar el dinero que ellas miran con tan jeneroso desprendimiento cuando se trata de las tiendas, por cierto que serian mas indulgentes con este pobre ser tan vilipendiado que se llama marido. Gastar es gozar, puede decir el arjentino acento de una voz de mujer; pero que escuche el eco, y no tardará en oír alguna voz bronca y desapasible como la verdad que la responda: ¡adquirir es sufrir!

Pero Margarita tenia solo diez y nueve años: es decir, que la esperiencia no la habia mostrado aun el áspero reverso de la medalla de la vida. Además, ella era rica. La mano descarnada de la pobreza no la habia nunca presentado un tosco vestido de quimon para cubrir su cuerpo elegante. Todos sus vestidos eran de seda; sus batas abundantes en valenciennes; sus cuellos, vueltas y manguillas variaban del punto de Inglaterra al d'Alençon, y de éste a los encajes de Bruselas con primerosa elegancia. Esta felicidad suprema está solo al alcance de las mujeres, las que nos agradecerán este detalle descriptivo a despecho del epíteto de frívolos que los hombres sérios nos lanzarán sin trepidar.

XIII.

La casa de D. Modesto Mantoverde era lo que se ha convenido en llamar una casa de buen tono. En ella habia establecidas dos tertulias nocturnas: la una del marido, compuesta de jentes respetables y sérias que a falta de mas espiritual ocupacion se entregaban al juego de los naipes, con el ardor de los que han perdido ya sus ilusiones en el juego del amor. La malilla *cara de perro* y la primera, se dividian las preocupaciones de aquel círculo intelijente, en el que la fria influencia de los años habia templado el ardor de mas juveniles pasatiempos. La política, cuando la habia (porque en Chile hai épocas en que no hai política) exaltaba a veces a todos aquellos encanecidos caballeros, los que atravesaban sus opiniones, mientras se barajaba el naipе y al encender un cigarrillo, como para dejar un instante de reposo a la imaginacion, tiranizada por las combinaciones del *abarrote* y del *flus*.

En los salones principales se hallaba la tertulia de la señora. Allí mostraban sus gracias, pululando en derredor de Margarita, los solícitos galanes; allí ostentaban su donaire y jentileza, sus lujosas corbatas y bordadas camisas, sus charoladas botas y sus guantes de Preville, los

niños mimados de la moda que anticipan los gastos que estos artículos acarrean, con la esperanza de indemnizarse por medio de un matrimonio conquistado a fuerza de constancia y maestría. Una heredera de gran fortuna es el lote mas preciado en la azarosa loteria de la vida. Si la chica es viva, todos se creen llegados al *cuaterno* y esperan el número decisivo para cantar victoria. Estas esperanzas dirigidas al mismo centro, hacen de la vida de una niña rica una verdadera batalla, abundante en sentimentales peripecias. ¡Cuántos suspiros! Cuántas miradas lánguidas! Cuántas declaraciones a quema ropa! Cada galan es un volcancito en miniatura. La esperiencia nos prueba que el amor interesado, el amor elegante, es el mas decidido y el mas fogoso de los amores. Un jóven de buena sociedad, un mozo que se aprecia en algo, enamorado de una niña pobre, es capaz de amarla como a una divinidad, de consagrarla casi todos sus pensamientos y ternuras; pero apasionado de una rica, es capaz de mui superiores esfuerzos, porque está pronto a sacrificarla su libertad, casándose con ella. La civilizacion ha conducido las cosas al punto de hacer que el dinero sea al amor lo que el aire es a la vida animal: una condicion indispensable para su existencia.

Margarita vivia, pues, rodeada de adoradores en la época en que Anastasio Bermudes debia presentar a Fortunato en casa de D. Modesto Mantoverde.

XIV.

A las ocho de la noche del dia fijado por los jóvenes para la visita, Fortunato se presentó en casa de Anastasio, vestido y perfumado con irreprochable elegancia.

—Estás magnífico, le dijo Bermudes, satisfecho del talante y belleza de su protegido.

Fortunato se miró a un espejo, y al introducir un artístico desórden en sus cabellos, halló mui fundada la observacion de su amigo. Este se vestia con la pausa del hombre acostumbrado a la vida del mundo elegante.

—Al presentarte en casa de doña Rita, dijo Anastasio, cuento con tu penetracion y viveza para que sepas conducir las cosas con tino y llegar a un buen resultado. Si quieres hacerte el hombre querido de la casa, es necesario que atiendas con amabilidad a la señora, sin descuidar por supuesto a la niña. No te olvides que las exigencias de una mujer crecen en directa proporcion con sus años y que para alcanzar la fruta de un árbol, el método mas seguro es subirse por el tronco.

—Pero hombre, dijo Fortunato mas bien para tranquilizar su conciencia que para dar una disculpa, yo voi a esta casa sin pretensiones, tú sabes que jamas amaré a otra que a Amelia.

—No te sostendré lo contrario, replicó Anastasio, puedes amarla cuanto te dé la gana y casarte sin embargo con Margarita. Es preciso, amigo, presentarse las cosas tales como son y no andar embobándose con ilusiones. Los chilenos no hemos nacido para sustentarnos con esas necesidades; somos, gracias a Dios, mas positivos. El hombre que nace sin fortuna, tiene por mision el buscarla sobre la tierra. Es el único medio de llegar a ser algo: sin riquezas no puedes ser ni elector, ni diputado, ni hombre de peso. Pobre, tu sensatez será necesidad: rico, tu necesidad se convierte en sensatez. Estas son verdades de Pero Grullo que solo te repito porque me das la idea de no comprender su valor. Tú, ni eres rico, ni tienes esperanzas de herencia: tu tio Anselmo se casará sin dejarte un centavo; es preciso, pues, que hagas valer tu buena cara y te cases con mujer que no baje de cincuenta mil pesos.

Fortunato era débil como la jeneralidad de los vivientes, era jóven y por consiguiente ambicioso; de manera que las palabras de Bermudes le impedian oir la

apagada voz de su conciencia, que lo acusaba de traicionar un amor inocente y puro por las dudosas probabilidades de una fortuna problemática.

El corazon humano tiene tan bajas indulgencias por sus propias debilidades, que encuentra en su misma bajeza la fuerza necesaria para convertirlas en virtudes. Al llegar a la casa, Fortunato creia hacer un noble sacrificio, olvidando el amor de Amelia, sin quererse confesar la ambicion que le aconsejaba ese olvido.

—¿Por qué he de unir su suerte a la mia, condenándola a una eterna pobreza? se decia mui satisfecho de aquel argumento. Ademas, pensaba con magnánimo desprendimiento, Amelia es bonita y encontrará bien pronto un hombre rico que la hará feliz.

Mas la idea de verse olvidado por la niña hizo estremecer su corazon. El hombre no deja de ser nunca como el niño: abandona un juguete, mas se encoleriza si otro quiere apoderarse de él. La mujer que deja de amar olvida para siempre: su amor se seca de raiz. En el hombre el amor no acaba nunca de secarse, porque su raiz mas profunda es el orgullo.

Pero aquella idea de celoso presentimiento atravesó el cerebro de Fortunato al pasar el patio de la casa de doña Rita: se oia en el interior el piano que lanzaba

armoniosos acordes; las luces reflejaban la riqueza de los muebles y cortinas al traves de las ventanas abiertas: de modo que la idea aquella fué rechazada violentamente por mil ambiciones súbitas que asaltaron la mente del jóven. Y entró al salon palpitando de placer y esperanza.

Y al mismo tiempo, Amelia se inclinaba sobre un bastidor en el que bordaba con amante desvelo una corbata, mientras la imájen de Fortunato llenaba su alma de un bienestar indefinido. Muchos filósofos sostienen que en amor mas vale el engaño que una desagradable realidad. La opinion puede ser buena, segun la edad y el estado del paciente. El mejor modo de resolver la cuestion seria no amando nunca; pero.....

Amelia, en su amorosa preocupacion se clavó uno de sus dedos rosados y finos y pensó con mas amor en Fortunato. En ese mismo instante, el jóven hacia un profundo saludo ante Margarita Mantoverde! El destino, este viejo burlon de las humanas miserias, parece complacerse siempre en los amargos contrastes!

XV.

Hai seres para los cuales la vida es siempre una mañana de estío: siempre rosada y brillante, porque ellos están siempre alegres. Las venturas perdidas de su

niñez nunca proyectan en sus almas una sombra melancólica y dulce; la ambición del día no les permite contemplar las asperezas de la vida presente, y tienen el bendito privilegio de divisar el porvenir siempre risueño como la cara de una novia que vive persuadida del amor de su marido. D. Anselmo era así: no tenía recuerdos; porque su alma era demasiado estrecha para contenerlos; tenía ambición porque era rico: en los tiempos que alcanzamos, solo un pobre puede dispensarse de tenerla, y miraba el porvenir de color de rosa, porque amaba ¡el buen hombre de cincuenta años! y en esta edad el amor es mas que una aspiración del alma, mas que el sueño ideal de la juventud, es un desarreglo del sistema moral. Y la ciencia no ha inventado aun un específico para esta dolencia; porque así como las leyes no preveen una infinidad de delitos comunes de la vida, aquella docta señora no ha querido ponerse en el caso de un hombre viejo enamorado, sin recordar que, según Byron y muchos otros amadores de nota, el corazón no envejece jamás enteramente.

Así era el de D. Anselmo, que al atravesar el patio de la casa que habitaba la bella Julia Valverde, latía como el de un colegial al recibir el clásico cadejo de pelo de alguna amartelada primita.

Julia, como dijimos al principio de esta historia, era pobre. Habitaba con su madre una vieja casita de la calle del Mosquito, en donde, a fuerza de valerosa economía, habian conseguido amueblar con decencia una pieza con ventanas al patio que servia de salon de recibo. Nadie, al ver las antiguas y enormes puertas de la casa, al divisar una palma con canastillos amarrada a una reja de ventana, al detener su vista en la vejétation del patio, en las paredes mal blanqueadas, en las sinuosidades del empedrado del zaguán, nadie, decimos, hubiera sospechado allí la existencia de un ser ambicioso, en el que las continuas aspiraciones, ponian en perenne movimiento las vanidades que alberga el corazon humano. Julia era ese ser: su ardiente aspiracion era ser rica; su vanidad inquieta era figurar en la alta sociedad, de la que su nacimiento y pobreza la alejaban.

Casada a diez y seis años por su madre, Julia habia enviudado a los veinte, heredando de su marido una suma de seis mil pesos, con cuyos intereses se sustentaba. Pero Julia era bella, habia envidiado en los paseos el lujo de las grandes señoras; habia contemplado con fascinacion desde las ventanas de las casas en noches de baile en calidad de tapada, los brillantes de las reinas del lujo; habia respi-

rado la atmósfera de esas reuniones espléndidas, las agitaciones de la danza, el reflejo de las luces, la profusion de los mas preciados encajes, y desde entonces, si bien los intereses de sus seis mil pesos la sustentaban, como dijimos, no llenaban por cierto las violentas aspiraciones de su orgullo. Desde aquel día, su único sueño era salvar las gradas que la separaban de esa sociedad elegante y presentarse en ella con el prestigio de la riqueza, que con su brillante fulgor deja en la sombra el oscuro rincon de un nacimiento humilde y sirve de marco a la belleza, prestándola el poderoso encanto del lujo. Una mujer bella y pobre puede inspirar muchos amores; pero una mujer bella y rica inspirará sin duda muchas envidias. Hé aquí el raciocinio que espontáneamente habia surjido en el espíritu de esta oscura ambiciosa. La gran mayoría de las mujeres, comprenderán el grado de exaltacion que este solo pensamiento introdujo en el alma de Julia.

A poco tiempo de enviudar, Julia se vió rodeada de esos adoradores que hacen del celibato el arma de sus conquistas. Todos eran jóvenes elegantes de mas o menos problemática fortuna; todos eran rendidos, apasionados y solícitos; muchos de ellos la hicieron versos, porque es de hombres galantes el ser aficionados a la

rima; pero la jóven viuda tropezó con un escollo grave contra el cual amenazara estrellarse si su ambicion no la hubiese servido de guia: estos Lovelace aspiraban todos a sus favores y ninguno solicitaba su mano. Del amor al matrimonio hai la inmensa distancia que representa la ambicion del hombre, el que a pesar de las leyes sociales y divinas, conserva siempre una repugnancia formal por lazos indisolubles. Julia conoció todo esto por experiencia propia, y pagó sin embargo su tributo al corazon. Entre sus adoradores, uno de ellos, llamado Carlos Peñalta, supo hacerla infringir su sistemática indiferencia, y hacerse amar por Julia con la delicadeza de un primer amor. Hubo cartas, citas platónicas, prendas y suspiros: el bagaje de pequeñas ridiculeces que acompaña a las pasiones sinceras antes de bajar a la rejion hostigosa del materialismo. Hai mujeres que marchan como sonámbulas en la senda amorosa y que tienen la felicidad de despertar al borde del precipicio. Si esto ha de llamarse razon o virtud, nos declaramos incompetentes para resolverlo. Julia despertó cuando estaba a punto de arrojar su virtud al olvido: negóse a una cita por la observacion que habia hecho de que el vocabulario de las declaraciones y protestas se agota como todo en el mundo, y por-

que Carlos Peñalta era pobre aunque vivía en el lujo, fenómeno mui comun en toda sociedad civilizada que entiende el uso de los naipes. De este hecho, Julia dedujo que su amor podia perderla, condenándola, cuando menos, a una eterna pobreza: al dia siguiente, el amante fué despedido llevándose su rencor y su desengaño.

Por aquel tiempo nuestra viuda conoció a D. Anselmo. Una mujer jóven sabe apreciar, sin hablar con un hombre, la impresion que su belleza ha producido: en esto tiene el bello sexo la lucidez y espontaneidad de la inspiracion; porque la mujer es el verdadero artista del amor. Julia no se engañó sobre la ansiosa mirada del viejo célibe; contó en sus ojos los latidos de su pecho; en su frente la veneracion que su belleza infundia, y al despedirse le lanzó una de aquellas miradas de fogosa candidez de que se sirven las hijas de Eva para clavar su imájen en el cerebro del hombre, especie de cáustico moral que solo puede curarse aplicándole el principio de los semejantes, base fundamental de la homeopatía.

Las visitas de D. Anselmo a Julia se hicieron de dia en dia mas frecuentes. La viuda supo cultivarlas con la maestria consumada de su ingenio, haciendo pasar al buen hombre por las faces diversas de esa progresion creciente que

se llama amor, cuyo primer término, en el hombre de edad, es el orgullo y el deseo amalgamados. El lector ha visto, en los primeros capítulos de esta historia, la declaracion amorosa en que D. Anselmo fué sorprendido por Fortunato: desde aquel dia la noticia del enlace del tio con la bella Julia Valverde se difundió por toda la sociedad, con la rapidez con que entre nosotros corre toda novedad de la crónica casera. En las grandes sociedades europeas las noticias políticas y sociales preocupan especialmente a los que juegan en la *bolsa*: aqui, en nuestros círculos americanos, se está jugando siempre a la alta y baja de las reputaciones, de los amores, de las herencias, de las fortunas, de los matrimonios y de los adulterios. Hai corredores sociales asi como los hai en el comercio, y al ver el empeño con que cada cual comenta, sin piedad, la vida ajena, diríase que la fortuna y bienestar de cada uno, dependen esclusivamente de los actos de su vecino.

XVI.

Don Anselmo atravesó el patio de la casa de Julia, como hemos dicho, con el corazon palpitante de turbacion y alegria.

—Cuando entró, muchas voces resonaban en la pieza que servia de salon: oíanse

mezclados los acentos varoniles con el tiple femenino, formando un concierto de los mas animados. Julia, para conquistarse la voluntad de la familia, habia hecho relaciones con D. Tiburcio Rostroalbo, su mujer y sus hijas. Todos ellos en buena compañía, y secundados por frai Ciriaco Ayunales, el árbitro de la familia de D. Anselmo, se ocupaban en el inocente pasatiempo de la loteria.

Las emociones del cuateno tenian de tal modo preocupados a los jugadores, que solo Julia notó la llegada de su adorador.

—Por fin, se ha acordado Vd. de nosotros, caballero, dijo adelantándose a recibirle.

—Bien sabe que de Vd. me acuerdo a todas horas, ingrata, contestó D. Anselmo, estrechando la mano de la jóven.

—Alonso, mientras mas grande mas sonso, gritó Feliciano Rostroalbo que a la sazón cantaba la lotería.

—¿Cuál es ese? preguntó D. Tiburcio estornudando.

—El once, papá, vociferó Raimunda; mi papá no aprende nunca los nombres de los números.

—Vamos ¡qué entretenidos están Vdes! dijo D. Anselmo, acercándose a la mesa.

—Ah! señor D. Anselmo! exclamó Ayunales. ¿Vd. por acá?

Y en la precipitacion que puso al le-

vantarse, echó a rodar bajo la mesa todos los números que habian salido.

—¿Cómo está tío Anselmo? gritó Felicianana..... Vaya, ya frai Ciriaco botó todas las bolitas!

—Tío ¿cómo está? dijo Raimunda al mismo tiempo.

D. Anselmo al entrar habia dejado entreabierta la puerta, lo que hacia estornudar a D. Tiburcio a riesgo de romperse la levita.

En este concierto de gritos, salutaciones y estornudos, D. Anselmo fué saludando una por una a todas las personas. El silencio se restableció, por fin, poco a poco.

—Continúen Vdes. su loteria, dijo don Anselmo, que contaba con la algazara de sus parientes para entablar libremente su conversacion con Julia.

—No, si solo lo haciamos por pasar el tiempo, dijo D. Tiburcio, que se habia parado a cerrar la puerta.

—Pasa la vela para buscar las bolitas, dijo Felicianana a Raimunda.

—Ahora hai que contarlas de nuevo, dijo Ayunales.

—Si Vd. las botó, pues, padre, dijo doña Petronila.

—¿Yo?.... si fué D. Tiburcio de un estornudo.

—Padre, no mienta! exclamó Felicianana debajo de la mesa.

—¡Niña! la gritó doña Petronila, ¡contestarle así a un sacerdote! y al mismo tiempo envió con disimulo a su hija tan furioso puntapié, que asestando en la mano de Feliciano, echó a rodar el candelero y la vela apagada por la alfombra de la pieza.

—Déjela Vd., ha sido una lijereza de niña, dijo frai Ciriaco al oído de doña Petronila, cuando, por el correctivo aplicado por ésta, se halló vengado suficientemente.

Entretanto la pieza habia quedado a oscuras. Julia salió inmediatamente en busca de otra luz, y D. Anselmo, queriendo aprovecharse de las tinieblas, se acercó al lugar que la viuda habia dejado y en el cual D. Tiburcio acababa de colocarse, huyendo del aire que entraba por la puerta que Julia, al salir, habia dejado abierta.

—Bendigo la oscuridad que me permite estrechar esta blanca mano, dijo el enamorado caballero, apoderándose de una mano de D. Tiburcio.

El buen empleado no se atrevió a reírse en las barbas de su pariente, y acercándose al oído de D. Anselmo le dijo con voz de cómplice y confidente:

—Vd. se equivoca.

Doña Petronila, entretanto, huyendo de los gritos de sus hijas, se habia sentado junto a D. Anselmo.

—Este oyó el crujir de su basquiña de seda al mismo tiempo que las palabras de D. Tiburcio y, volviéndose inmediatamente ácia doña Petronila, se apoderó de una de sus manos, empezando de nuevo su frase galante:

—Bendigo la oscuridad que me permite..... Mas no pudo terminar, porque doña Petronila lanzó un grito agudo que heló a todos los circunstantes. Al mismo tiempo apareció Julia trayendo una luz.

—Ah, ah, ah, buen susto te has llevado, Petronila, exclamó D. Anselmo queriendo disimular su chasco.

—¡Eras tú! dijo doña Petronila, mientras que su marido se estremecía por contener su risa delante de Don Anselmo.

Restablecióse por fin el órden, contáronse los números de la loteria y los jugadores volvieron a ocupar sus asientos al rededor de la mesa.

—Yo cantaré, dijo Fr. Ciriaco que, segun todos, tenia una suerte loca para la loteria.

—Padre, hagamos compañía? dijo Raimunda, creyendo que la sotana tenia influjo en la suerte.

—¡Se va la bolita! gritó Fr. Ciriaco, haciéndose sordo a la invitacion de Raimunda.

—Espérese, padre, dijo Feliciano, déje-

me cambiar mis cartones que están mui malos.

—¡Se va la bolita! volvió a gritar el padre, comenzando su tarea.

Entretanto Julia y D. Anselmo conversaban en otra estremidad de la pieza valiéndose del bullicio jeneral. Julia, bien que satisfecha del amor de D. Anselmo, hallaba sin embargo que su adorador era mui lento para decidirse a solicitar su mano de una manera formal, mientras que el matrimonio para ella era la cima de sus esperanzas y ambiciones. Al ir a traer una luz, Julia se propuso hacer decidirse a D. Anselmo en aquella noche. Para realizar su plan, afectó una profunda tristeza apenas se halló sola con él. Jóven o viejo ¿qué hombre resiste a la tentacion de averiguar lo que motiva la tristeza de la mujer que ama? D. Anselmo cayó en el lazo.

—¿La veo a Vd. triste? preguntó lleno de interes.

Julia inclinó la frente ácia el pecho, alzó en seguida sus grandes ojos ácia don Anselmo, los bajó despues, desplegando la belleza de sus párpados, y dió un suspiro.

—Julia, Vd. no es franca conmigo, dijo D. Anselmo, tomando el tono de un galan de teatro.

—¿Qué quiere Vd. que le diga, Roca-

leal? contestó ella valiéndose de la misma pantomima que acababa de emplear.

—Que me cuente la causa de su tristeza.

—¡Loteria! loteria! exclamó frai Ciriaco con voz atronadora.

—¿Y por qué supone Vd. que yo esté triste? dijo Julia.

—Porque lo noto en su semblante, y Vd. sabe que nada de Vd. puede serme indiferente.

—Ah! yo siempre le agradezco a Vd. su amistad, Rocaleal.

—Es mas que amistad lo que me hace interesarme por Vd., es un amor que si Vd. correspondiese.....

—Anselmo, habilítame hijo, le gritó doña Petronila, esta jente me ha ganado cuanto traje.

—Toma, toma, la dijo impaciente don Anselmo, parándose a pasarla un peso; está visto, añadió para sí, que esta noche no me dejarán hablar dos palabras seguidas.

—Ah! contésteme Vd., Julia, dijo a la jóven sentándose de nuevo a su lado.

—A qué? preguntó ella con una sonrisa maliciosa.

—A mi pregunta.

—¿Sobre mi tristeza?

—Y sobre mi amor.

—¿Quiere Vd. que le hable con franqueza?

—Sí, con entera franqueza.

—Pues bien.....

—Tío ¿hagamos compañía? le dijo desde la mesa Feliciano.

—No, ya he dicho que no quiero jugar, exclamó furioso D. Anselmo.

—Si es para ver si le quitamos la suerte a frai Ciriaco, que se saca todas las loterías.

—Bueno, que se las saque, que me importa a mí.

—Cállate, niña, no incomodes a tu tío, ¿no ves que no quiere jugar? dijo doña Petronila.

—Don Tiburcio quiso añadir algo a la amonestacion de su mujer, pero un estornudo le cortó la palabra.

—¡Se vá la bolita! dijo frai Ciriaco.

—Bueno, que se vaya, dijeron todos.

D. Anselmo se volvió ácia Julia tratando de serenar su rostro.

—¿Qué me iba Vd. a contar? la dijo.

—Que no creo en su amor, murmuró Julia.

—¿Qué pruebas quiere Vd. que la dé? exclamó D. Anselmo, hable Vd. y al punto se cumplirán sus deseos.

—Eso es lo que Vdes. dicen a todas las mujeres, replicó la viuda, bajando candorosamente la vista.

Esta frase recordó al viejo célibe los dorados tiempos de su juventud, haciéndole creer que aun se hallaba en ellos.

Llevó lleno de satisfaccion su mano al nudo de su corbata, acaricióse despues la barba y entre apasionado y risueño:

—Crea Vd. en la sinceridad de mis palabras, dijo, nunca he amado como ahora, pues cada dia siento que Vd. es mas indispensable a mi vida.

Julia volvió a suspirar y D. Anselmo, aplicando al caso presente el adajio «quien calla otorga», se inclinó ácia atras con indecible satisfaccion.

—Ya que Vd. no quiere contestarme a esto, dijo, espero que será mas franca para contarme la causa de su tristeza.

—Sí se la diré porque Vd. tiene parte en ella.

—¡Yol

—Sí: Vd. recuerda la mañana que estuve en su casa.....

—Los instantes de felicidad no se olvidan jamas.

—Entonces falta una bolita, dijo Feliciana, parándose: porque el 50 no ha salido en toda la noche.

Este movimiento volvió a interrumpir la conversacion de los amantes.

—Tio, le dejo mis cartones, dijo Feliciana a D. Anselmo.

—Ya he dicho que no juego, contestó éste desesperado.

—Entonces, habilítame e iremos a medias.

D. Anselmo tuvo que comprar su tranquilidad a costa de otro peso que pasó a su sobrina.

—Me hablaba Vd. de la mañana en que me hizo el honor de ir a casa, dijo D. Anselmo anudando la interrumpida conversacion.

—Desde esa mañana he sufrido mucho, continuó Julia.

—¿Por qué?

—Porque todos se ocupan de mí desde entonces, haciendo reflexiones injuriosas a mi honor: Vd. sabe que el mundo es tan maldiciente.

—Siento en el alma, exclamó D. Anselmo, lo que Vd. ha sufrido por mí, y si yo conociese a los que hablan de ese modo de Vd., la aseguro que.....

—Todo será inútil, porque esta es la conversacion jeneral, y al contemplar mi situacion es cuando he conocido que una mujer no debe jamas dejarse arrastrar por sus simpatias.

D. Anselmo sintió el soplo de la vanidad alhagar lo mas sensible de su corazon y se persuadió de que aquella pobre víctima de su amor disfrazaba su pasion con el nombre de simpatia. Este fué el golpe de gracia. Julia le pareció una divinidad ante la cual el sacrificio de su independencia no era mas que una ofrenda insignificante.

—Si Vd. cambiase esa palabra simpatía por otra que respondiese a mi amor, dijo, yo consideraría como mi mayor felicidad que Vd. aceptase mi mano y así acalláramos las injustas murmuraciones de la sociedad.

--Es una noble jenerosidad de su parte, contestó Julia, manifestando la mayor turbacion, que yo no aceptaría sino estando mui convencida de su amor.

—Y yo puedo jurarla que.....

En este momento los jugadores de lotería abandonaron la mesa pasmados de la prodijiosa suerte de Fr. Ciriaco.

—Muchos dias a que no veo a Fortunato, dijo D. Tiburcio para romper el profundo silencio que reinaba en la pieza, mientras que todos tenían la vista fija en Julia y en D. Anselmo que tomaba mil actitudes en su silla.

—Allí estará con su Amelia, dijo Feliciano, que no perdonaba a su primo la indiferencia con que siempre la habia tratado.

—Yo no le creo ese amor, porque Fortunato es ambicioso y la niña esa es mui pobre.

—¿Sabe Vd. que el otro dia nos hizo creer que una señora habia estado en casa de Vd., D. Anselmo, y que.....

D. Anselmo, que recordaba la escena en que fué sorprendido por su sobrino,

se puso rojo y balbuceó algunas palabras que cambiaron la conversacion.

Al retirarse Fr. Ciriaco acompañó a D. Anselmo y recibió la confidencia de sus amores.

—Es decir que la que esa mañana estaba en casa de Vd.....

—Era Julia, dijo D. Anselmo lleno de misterio.

--Y ese malvado Fortunato que nos dejó creyendo que D. Tiburcio estaba a punto de perder su empleo y yo de errar el capítulo, por lo que dijo que habia oido a la persona que estaba con Vd.

--En fin, tiene el mérito de la reserva, dijo para sí D. Anselmo, prometiéndose recompensar a Fortunato por su discrecion.

XVII.

Fortunato desplegó en su visita, en casa de la Sra. Castillejo, toda la gracia de su persona. Su ropa, que deberia aun por mucho tiempo al sastre, hacia valer la elegancia de su porte y la simpática regularidad de sus facciones, mientras que su abundante cabello negro, peinado con artístico descuido, realzaba la belleza de su frente y el rosado color de sus mejillas. Condujo al piano a Margarita, mientras las demas personas, divididas en diversos

grupos, conversaban en voz baja. Anastasio y Virginia se contaban sus amores al compás de unas variaciones sobre temas de Lucia, por Prudent, que ejecutaba Margarita. Varios jóvenes, entre los que se encontraban Marcos Montalva (*), que nos hacemos el honor de creer que conozca el lector, y Carlos Peñalta, el amante despedido por Julia, conversaban ojeando algunos libros con láminas, colocados en la clásica mesa del medio. D.^a Rita, sola en un sofá, sorprendida por el sueño, este inseparable compañero de las señoras de cierta edad, parecía saludar de cuando en cuando al grupo que formaban los jóvenes alrededor de la mesa.

Margarita y Fortunato conversaban con animación, mientras que la joven dejaba vagar sus dedos sobre las teclas del piano. Entre una niña y un mozo, la confianza se establece con facilidad.

—Vd. es aficionado a la música? decía Margarita.

—Oh! mucho, contestaba Fortunato; la música es el lenguaje del alma y no puede dejarla de apreciar el que siente en ella todo el fuego de la vida.

Fortunato desarrolló aquí con pomposas palabras, esas teorías informes que improvisan los jóvenes al lado de una

(*) Personaje de "El primer amor."

niña, para llegar a decir que el amor es el indispensable complemento de la vida. Animado con su propia elocuencia, Fortunato hizo frases a su sabor, mientras que Margarita acompañaba su discurso con trozos sentimentales, ejecutados tal vez por ella en cien ocasiones idénticas. Hai niñas que tienen sus piezas de música predilectas para oír declaraciones amorosas, así como abundan jóvenes que tienen una fórmula igual para esta clase de declaraciones.

En aquellos mismos momentos Anastasio decia a Virginia.

—Todos estos jóvenes no tienen mas interes que el del dinero y son incapaces de tributar a una mujer un amor desinteresado y puro como el mio.

Anastasio Bermudes era de aquellos que tienen por sistema deprimir a todo rival posible, para triunfar en el corazon de una mujer, sistema mui comun en la guerra amorosa, en la que no es por cierto la jenerosidad la táctica mas en uso. Pero Virginia le escuchaba distraida: fijábanse sus ojos en Fortunato, recojiendo las miradas del jóven. La desenvoltura de nuestro héroe, su alegría y natural afabilidad, habian producido una profunda impresion en esta víctima del celibato. Parece que el corazon de una mujer llegada a los treinta años sin haber sido amada, se

halla espuesto a combustiones espontáneas como el cuerpo de los hombres con-
suetudinarios en los escesos alcohólicos. Esos corazones, en efecto, entregados a la
orfandad del sentimiento, escitan sus pro-
pias facultades en razon de ese amor,
único sueño de la vida, del que la suerte
los ha desheredado: de aquí que cual-
quiera impresion repercute sobre ellos,
despertando violentos arranques de pa-
sion.

Virginia se sintió arrastrada ácia For-
tunato desde el primer instante en que le
vió, y esta era la causa de su distraccion
para escuchar las palabras de Bermudes,
quien con la fatuidad propia del hombre,
traducia aquella preocupacion de su amada
por esa deliciosa turbacion que sorprende
a la mujer que se siente fascinada por el
lenguaje amoroso.

La conversacion del círculo de los jó-
venes alrededor de la mesa era menos
sentimental que la de las otras personas.

—Vamos, ya está D.^a Rita en su tarea
de saludos, decia Marcos.

—Estas señoras parece que siempre
pasan malas noches, dijo otro; voi a hacer
un esfuerzo para sacarla de su letargo.

Y el jóven que acababa de hablar, fué
a sentarse al lado de la señora, la que
sorprendida de repente, dió un salto en su
asiento al despertar.

—¿Qué tiene Vd., señora? la dijo el jóven con aire de interes.

—Nada, contestó D.^a Rita, fué que creí ver una barata que me subia por el vestido.

—El mocito Esperanzano parece que viene aquí con esperanzas, dijo Carlos Peñaalta, haciendo notar a los otros jóvenes la prolongada conversacion de Fortunato y Margarita.

—Y Bermudes, dijo otro, está agotando su elocuencia, cuando lo que la otra quiere no es amor sino matrimonio.

—Tras lo uno vendrá lo otro, observó un tercero.

—Es que para lo otro no hai necesidad de lo uno, dijo Carlos.

—¿Cuánto tiene ella? preguntó el de la primera observacion.

—Bermudes debe tener el apunte, contestó Carlos.

—Y él hace bien de sitiarla, porque no parece que con su cara podrá encontrar otra.

—Al fin es hombre.

—Pero tan feo.

—¡Y pelador!....

—Cosa que a Vdes. debe horrorizarles, dijo Marcos.

Todos se echaron a reir, porque en esto de hablar del prójimo, todo el mundo se cree con derecho de hacerlo por sí y poder vituperar al que lo haga.

—Este Fortunato tiene amores con otra niña, dijo uno para cambiar la conversacion.

—¿Con quién?

—Con una hija de un militar: creo se llama Amelia Almiro.

—¿Y es buena moza? preguntó Marcos.

—Sí, pero mui pobre.

—Dios la tenga en su santa guarda.

En este momento llegó el té. Cesó la música, se interrumpieron las conversaciones y todos se reunieron al rededor de la mesa.

—¿Qué tal estuvo el sabado el baile de D.^a X? preguntó un jóven tomando una tostada.

—Hubo mui poca jente.

—Al paso que vamos, creo que pronto se acabarán en Santiago todas las diversiones.

—¿Y habia algunas elegantes? preguntó Margarita.

—No puede Vd. figurarse los adefecios que se veian, contestó uno de los jóvenes, que se preciaba de hombre de buen gusto.

—¡Eso nunca falta, dijo la niña.

—Figúrese Vd. que habia una niña con vestido caña y lazos de cinta azul.

—Oh, oh, eso es mui grave, dijo Marcos.

—Señor Fortunato, dijo doña Rita, ¿hallará Vd. indiscreta una pregunta que voi a hacerle?

—De ningun modo, señorita.

Entre nosotros, a la mas adusta matrona la sonará mal oirse llamar señora; así lo pensaba Fortunato que acababa de contestar a doña Rita.

—He oido decir que su tio va a casarse ¿es cierto?

—En eso, señorita, yo estoi tan adelantado como Vd., pues mi tio es hombre de reserva.

—Pues todos aseguran, dijo Marcos, que se casa mui pronto con una viuda..... ¿Cómo se llama, Cárlos?

—No la conozco, contestó Peñalta mordiéndose los lábios.

—Se llama Julia Valverde, dijo uno de los jóvenes.

—¿Es rica?

—No, mui pobre.

—¿Tiene familia?

—No.

—Yo lo sentiria por mi amigo D. Anselmo, dijo doña Rita.

—No le compadezca Vd., dijo Marcos, porque la viudita es bellísima.

—No importa, es de una familia mui oscura.

—Yo ereo que todos recibimos igualmente la luz del sol, replicó Marcos, de modo que no veo por qué la familia de esa jóven sea mas oscura que cualquiera de las de nosotros.

—¡Jesus, Marcos! Vd. no piensa lo que dice, contestó doña Rita. Cómo quiere Vd. comparar la familia de esa niña, que nadie conoce, con la de D. Anselmo; los Rocaleal son de nobleza española.

—Y ella tambien es noble.

—¡Noble!

—Sí, porque es bonita.

—Con esa condicion el hijo de un bogonero tambien puede serlo.

—Si es rico ¿por qué no?

—¿Va Vd. el viernes a la procesion? preguntó Margarita a Fortunato.

Advertiremos aquí que Fortunato se hallaba de visita en casa de doña Rita Castillejo en la semana de Dolores que precede a la Semana Santa.

—¿Y Vd. irá? dijo Fortunato contestando con otra pregunta.

—Talvez, respondió Margarita bajando suavemente los ojos.

Fortunato sintió palpar de orgullo su corazon. Un jóven interpreta siempre a su favor esas turbaciones de las niñas en sociedad, que, si a veces provienen de alguna emocion fuerte, muchas nacen de que no saben qué contestar.

Fortunato se dijo que aquella era una cita tácita y llena de delicadeza. El amor propio le envió su oleada de incienso, haciéndole maravillarse de su buena suerte.

Sus miradas sobre Margarita se hacian

cada vez mas tiernas, y absorto en su contemplacion no veia ni la obstinacion con que Virginia fijaba su vista en él, ni oia la conversacion jeneral que seguia rodando sobre las mil superfluidades, insípidas noticias y crónicas privadas que componen el fondo de las conversaciones de tantos estrados de gran tono.

Media hora despues del té, Anastasio y Fortunato se despidieron de doña Rita y su familia.

—¿Qué tal te ha parecido la chica? preguntó Anastasio, apenas se hallaron en la calle.

—Magnífica, contestó Fortunato.

—Pues no tienes mas que seguir visitándola.

—No encuentro para ello mas que una dificultad.

—¿Cuál?

—La de que no puedo luchar en elegancia con todos esos jóvenes que van alli, y esta sin duda, es una gran desventaja.

—Eres un inocente ¿qué dificultad tienes para ser tan elegante como todos ellos?

—Una mui pequeña: que no tengo dinero.

—¿Y tú crees que todos esos jóvenes son ricos?

—No lo sé, pero a juzgar por el lujo que gastan.....

--Bah! te repito que eres un inocente, porque puedes vestirme sin necesidad de plata.

—¿Cómo?

—No pagando al sastre.

—¿Y despues?

—Despues, si te casas, pagas y quedas rico.

—Bien está; pero es el caso que se paga cada seis meses y si en este término nada tengo.....

—No faltará.

Fortunato siguió andando pensativo. Su índole perezosa e indiferente se acomodaba mui bien al sistema de Anastasio, que allanaba todas las dificultades opuestas a su ambicion. El lujo de los Mantoverde, por otra parte, sus aristocráticas pretensiones, la elegancia de Margarita, todo halagaba de tal modo sus menores inclinaciones, que en la noche no tuvo un solo pensamiento para Amelia.

Al llegar a la casa de Bermudes los dos jóvenes se pararon.

—Si me esperas mañana a las ocho, dijo Anastasio, te llevaré donde a casa de unos amigos y pasaremos una noche agradable.

—Con mucho gusto, dijo Fortunato.

Diéronse las buenas noches y se separaron.

Al acostarse, nuestro héroe se sentia completamente trasformado. Repasaba en

su memoria las menores palabras de Margarita, estudiaba las que debia decirla en su próxima visita y aspiraba de antemano las delicias de verse amado por una jóven rica y elegante. Su espíritu se engolfaba con placer en esas orjias de la vanidad, delirio constante de los pobres, viéndose rico y considerado; arrojando con desden su protectora mirada a sus amigos desde el fondo de un magnífico coche al pasar por la Alameda; llegando al teatro tarde con Margarita a uno de los mejores palcos y saliéndose en la mitad de la representacion. Estas pequeñas vanidades, que son el fondo de la humana naturaleza, formaban en el alma de Fortunato el brillante y májico concierto de la esperanza: ella traia de la mano al porvenir que le brindaba un ramo de lozanas flores y su perfume llegaba al cerebro del jóven haciéndole palpar hasta en la última fibra de su organismo.

Las palabras de Anastasio Bermudes habian producido su efecto: Fortunato al levantarse estaba decidido a buscar en el matrimonio la fortuna que el destino le negara.

Despues de almorzar se fué a casa de su tío.

D. Anselmo unia en aquel momento a la natural alegría de su carácter, la benevolencia que la felicidad infunde siempre

al corazon humano. Hallábase voluptuosamente reclinado sobre su poltrona, sorbiendo el mate que le servia de desayuno.

Fortunato golpeó discretamente a la puerta.

—Adelante, dijo la alegre voz del tio.

El jóven entró, acomodando su rostro a la entonacion de aquella voz.

—Ah! ¿eres tú, Fortunato? dijo el viejo. Me alegro de verte ¿qué te habias hecho?

—No he venido por temor de ser indiscreto, dijo Fortunato lanzando a su tio una mirada llena de malicia.

Don Anselmo comprendió perfectamente aquella mirada y se contorneó con orgullo soplando la bombilla.

—¿Me hablas de la señorita que viste aqui en dias pasados?

—Precisamente.

—¿Qué tal te pareció?

—Lindísima.

—¿Qué dirias si llegase a ser tia tuya?

—Que Vd. es hombre de mui buen gusto.

—Pues acá entre nos, Fortunato, te diré que no me faltan mis razones para pensar que Julia corresponde a mi amor.

—En eso ella tambien acredita su buen gusto.

—¿Y en la sociedad qué se dice?

—Los hombres envidian la suerte de Vd. y las mujeres la de ella.

—Ya que lo sabes todo, te confesaré que estoi decidido a casarme: tarde o temprano uno ha de llegar ahí.

—Cabal, y mas vale tarde que nunca, pensó en sus adentros Fortunato.

—¿Y cuándo piensa Vd. hacerlo?

—Dentro de un mes.

—Pues hace Vd. mui bien en decírmelo, porque habria llegaba el dia del enlace y me sorprendia sin poder asistir a él.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ni un frac ni un pantalon con que hacerlo.

—¡Hombre! nada me habias dicho, sabiendo que siempre estoi pronto a satisfacer tus necesidades.

Fortunato bajó con modestia la vista mientras D. Anselmo abria un cajon y sacaba de él cien pesos.

—Toma, hijo, y sé franco conmigo, le dijo pasándole el dinero.

Fortunato le dió las gracias, se entusiasmó hablando de Julia y dejó a don Anselmo embriagado de amor, de esperanza y de orgullo. Estos tres gaces morales hacen subir a un hombre mas alto que el mas encumbrado de los globos aerostáticos.

—Este chico es una alhaja, exclamó para sí cuando Fortunato salia, despues de halagarle el amor propio en todos sentidos.

—Vaya que un viejo enamorado se pone tonto a remate, se decia Fortunato al mismo tiempo que su tio hacia la anterior reflexion.

A la oracion del mismo dia Anastasio llegó a casa de Fortunato.

—Sabes que mi tio se casa? le dijo este.

—Con Julia Valverde?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Dentro de un mes.

—Malo, tú debes impedirlo.

—¿Y por qué?

—Porque la viuda se llevará la herencia y tú quedas dado vuelta para la pared, como dicen.

Fortunato se puso pensativo: con sus nuevos planes, habia perdido de vista la herencia de su tio, que siempre tambien habia mirado como mui lejana.

—Aunque tú nada tienes, continuó Anastasio, la sociedad te mira como heredero de D. Anselmo y esto equivale a una posicion social, sin la cual nada podrás hacer. D. Modesto Mantoverde y su mujer son bien ricos y por lo mismo no admiten para marido de Margarita sino a un hombre rico, de modo que si tu tio se casa, no te darán a la niña aunque ella se enamore de tí.

—Tienes muchísima razon, dijo Fortunato, pero ¿cómo impedir ese matrimonio?

mi tío está enamorado como un *prime-rizo*.

—Yo pensaré y haremos cuanto sea posible por desbaratar ese enlace.

—Será un servicio que te agradeceré toda mi vida, exclamó Fortunato lleno de fé en el ingenio de su amigo.

—Ahora, dijo Bermudez, te llevaré a casa de unos amigos, donde pasaremos la noche agradablemente.

Ambos salieron y tomaron la direccion del centro de nuestra hermosa capital. Despues de andar algunas cuadras, llegaron a una casa de esas que forman la jeneralidad de la poblacion: portada con mojinete, alero, techo bajo, gran patio con puertas al interior y ventanas con antiguas rejas de fierro.

Anastasio introdujo a Fortunato en una pieza con puerta al zaguan. En esta pieza nuestro héroe reconoció a varios de los jóvenes que habia visto en casa de doña Rita Castillejo de Mantoverde. Algunos tomaban café al lado de una mesa, otros recostados sobre sus sillas, enviaban al techo espesas nubes de humo de sus enormes habanos y otros conversaban junto a las ventanas que daban a la calle. En todos ellos se notaba esa elegancia que distingue a nuestra juventud santiaguina, en la que la moda del vestido ha llegado en su aplicacion y uso a tan alto grado como en

Paris, el foco de donde parten todos los primores tanto útiles como superfluos.

—Señores, dijo Anastasio, tengo el honor de presentarles a mi amigo Fortunato Esperanzano.

El dueño de casa y sus amigos hicieron a Fortunato una cordial acogida.

—Para pasar el tiempo podíamos jugar primera, dijo Anastasio despues de algunos momentos de conversacion.

Dos mesas de juego fueron preparadas al instante y varios de los jóvenes tomaron asiento convidando a Fortunato.

—Apenas sé jugar, dijo éste, consultando con la vista a Bermudes.

—Yo te enseñaré, le dijo Anastasio señalándole un asiento.

Fortunato principió por perder algunos pesos; pero la suerte se le mostró propicia poco a poco, dándole una série de ganancias que pronto repusieron las pérdidas.

La conversacion, entretanto, habia cobrado mas animacion a medida que las apuestas aumentaban. Los afortunados hablaban de paseos, de comidas, de amores y de dinero, mientras los que perdian seguian las combinaciones del juego, esperando avasallar a la suerte a fuerza de observacion y silencio.

Carlos Peñalta, el antiguo amante de Julia, infatigable comensal de esta clase

de reuniones, se acercó a Bermudes y le llevó a la estremidad de la pieza.

—Parece que te has propuesto patrocinar a este mocito, le dijo mostrando a Fortunato.

—Es mi amigo, contestó Anastasio secamente.

—¿Tiene algo?

—No le falta y será rico despues.

—Pero ahora, si pierde ¿con qué puede responder?

—Oh! no te inquietes por eso; su tio Anselmo le quiere como a un hijo y paga por él cuanto le piden.

En este instante se acercó uno de los jóvenes que visitaban en casa de doña Rita.

—¿Y cómo van los amores, amigo Bermudes? dijo golpeando el hombro a Anastasio.

—¡Amores yo! ¿Me cree Vd. loco, Gavilan? dijo Bermudez.

Rafael Gavilan era el mismo que en la casa de Mantoverde habia disertado sobre los trajes femeninos; uno de esos hombres de problemática existencia, como Carlos Peñalta, sin profesion ni bienes al sol, que ostentan sin embargo un lujo digno de un millonario y están siempre al cabo de los menores incidentes sociales.

—Vamos, Vd. disimula, mi amigo Anastasio; pero hace mal, porque yo soi

confidente de Virginia y ella me lo ha contado todo.

Entretanto Carlos Peñalta se habia acercado a la mesa en que jugaba Fortunato y tomado el asiento de uno de sus amigos, que éste le cedió por un cóndor. Fortunato se hallaba en aquel momento bajo el influjo de ese vértigo que se apodera de todo jugador al cabo de algunos momentos de accion. El interes, la mas violenta pasion de la jeneralidad de los hombres, le hacia olvidar su pobreza y lanzarse en envites cada vez mas osados y temerarios. A la primera habia sucedido el *monte*. Fortunato no sentia el curso del tiempo, ni el cansancio de tres horas de inmovilidad en su asiento, ni el peso de la atmósfera cargada de humo de cigarro, ni la aspereza del lenguaje de sus compañeros, que poco a poco abandonaban toda fórmula de urbanidad, para dar rienda suelta a la miseria de sus pasiones: no oia mas que el ruido del oro sobre la mesa y no veia mas que el movimiento de las manos del *tallador*, que arrojaba las cartas que traian la suerte o la pérdida. ¡Habia entrado con los cien pesos de su tio y en tres horas se hallaba dueño de mill!

Todos aquellos jóvenes, ajitados por las violentas emociones del juego, habian perdido, entre tanto, la gracia natural de la juventud, y contraídos, ajitados, bri-

llantes de sudor, o desencajados de palidez, no habrian sido por cierto reconocidos por las niñas a quienes cada uno de ellos habia pintado, tal vez en la noche anterior, las venturas inefables y plácidas del amor. Diríase que el alma, en el juego sobre todo, envia con placer sus malas pasiones al rostro del jugador, asi como el mar arroja a la playa todo lo que es extraño a su elemento. No es en verdad aquella la espresion del vicio, no es la marca del desenfreno, la contraccion del odio ni la repugnante saciedad del licor; pero es algo de mas imponente y misterioso, algo que inspira menos compasion y mas desprecio: es el jesto de la avaricia, desnuda, palpitante, envidiosa, con su séquito de instintos mezquinos y vergonzosas inspiraciones. Hai algo que hiere en lo mas vivo los nobles instintos del corazon, en el espectáculo de esa lucha de exterminio, de ese sacrificio de la felicidad ajena, de esa codicia temblorosa que ahoga la elevacion de todo sentimiento, la pureza de todo afecto, la debilidad sublime de todo cariño, la voz porfiada y leal de la conciencia. El interes, este sombrío artista del juego, se complace en pintar con los mas sombríos colores el rostro de sus creaciones, trasformando la faz humana, sobre la que Dios puso un rayo de su divina intelijencia, en el rostro fatídico

que los mas fanáticos pintores de la escuela española han dado al ángel despeñado por la envidia.

Pero Fortunato, como dijimos, no veia nada de eso: el brillo del oro fascinaba su vista, el ruido del metal heria sus oidos como una música divina. Por esto no pudo notar el signo de intelijencia que Carlos Peñalta hizo a uno de sus compañeros de juego al principiar. Ademas, en ese momento, al contar con una rápida ojeada sus ganancias, alineadas en pilas de cón-dores sobre la mesa, Fortunato tuvo ese terrible momento de escitacion, mui comun entre los jugadores novicios a quienes ha sonreido la suerte: quiso pararse. Primera peripecia de ese gran drama que concluye con la estincion de todo sentimiento jeneroso. Miró su reloj, que daba la una ; pero nadie pareció conocer su deseo: murmuró algunas tímidas palabras sobre lo avanzado de la hora, que nadie oyó tampoco, y la vergüenza entonces le clavó en su asiento, inundando su cuerpo de un sudor glacial.

Al cabo de una hora, sus ganancias habian pasado de sus manos a las de Carlos y solo le quedaban cincuenta pesos. Entonces uno de los jóvenes propuso suspender la partida, diciendo que tenia que asistir a un baile y Fortunato se sintió sin fuerzas para pedir su desquite.

—¿Cuánto ganaste? le preguntó al salir Anastasio.

—Perdí cincuenta pesos, exclamó tristemente Fortunato.

—Otro día ganarás el doble, replicó Bermudes, tienes mui buena suerte. Te encargaré sí que no juegues mucho con Carlos Peñalta, porque creo que no juega limpio.

XIX.

La misma noche en que Fortunato perdía al juego la mitad de su dinero, don Diego Almiro, despues de cerrar su modesta tienda, volvía a su casa con el paso incierto de un hombre engolfado en profundas reflexiones. Una sombra de melancólica preocupacion nublaba el rostro del viejo veterano, y su vista, que parecia no distinguir a ninguna de las personas que pasaban a su lado, se fijaba vagamente en cada objeto, manifestando la preocupacion de su espíritu.

Al entrar a la pieza en que doña Rosa y Amelia le esperaban ordinariamente, se dirigió silencioso ácia una silla, colocó sobre ella, por un movimiento maquinal, su baston y su sombrero, y sentándose despues al lado de su mujer, pasó una mano sobre su frente, apartando de ella sus

abundantes cabellos blanqueados por la edad.

—Hijita, hágame dar un mate, dijo dirigiéndose a la niña con una voz llena de paternal dulzura.

Amelia salió y D. Diego guardó por algunos instantes el mas profundo silencio.

—Hija, el negocio va cada dia peor, dijo como contestando a la mirada interrogativa de su mujer.

—¡Cómo ha de ser! exclamó doña Rosa alzando la vista al cielo.

Y en aquella mirada, iba envuelta la resignacion sublime de esas almas piadosas, para quienes la religion es una fuente de inagotables consuelos.

—Por mí nada me importaria, prosiguió D. Diego, he sido militar y no es la pobreza lo que me espanta; pero te confieso que al pensar en nuestra hija y al ver que podemos morir dejándola desvalida y pobre, siento que las fuerzas me faltan para luchar contra mi mala suerte. Tres años he trabajado sin descanso y al fin de ellos, ya lo ves, me encuentro sin ganancia alguna y bajo el peso de un documento de cuatro mil pesos cuyo plazo espira dentro de un mes.

—Y ese documento ¿quién lo tiene? preguntó doña Rosa.

—D. Modesto Mantoverde, dijo el militar.

—Ese caballero es mui rico y no te apurará, observó la señora.

—Rosa, tú no conoces el mundo, replicó D. Diego; en materia de intereses el rico y el pobre, todos son iguales, todos han reemplazado su corazon por un peso fuerte y no tienen mas sensibilidad que la que éste tiene. El comercio, hija, es una guerra en la que por un aliado tiene uno veinte enemigos y no hai cuartel en ella, sino a costa de grandes sacrificios, porque para prorogar un plazo es preciso aumentar los intereses.

—D. Anselmo Rocaleal, que te debe su fortuna, podrá talvez serte útil ahora.

—D. Anselmo es rico y no me servirá porque no tiene necesidad de mí. Además, tú sabes que nunca pediré un servivio a un hombre que me ha arrebatado el fruto de mi trabajo, aun cuando supiese que él me sacaria de este apuro.

Amelia entró en este momento trayendo el mate a su padre. El risueño semblante de la niña, lejos de disipar la tristeza de D. Diego, pareció aumentarla. Hablaron durante algunos momentos de cosas indiferentes, y a las nueve se retiraron silenciosos. La noche para los que sufren, lejos de ser la hora de la alegría como lo es para los felices, es la hora de la meditacion del pesar. Estas tres personas se retiraban a buscar en el sueño lo

que buscan en él todos los desgraciados: el olvido.

Al siguiente día Fortunato se presentó en casa de Amelia a la hora en que don Diego se hallaba en su tienda.

Los bellos ojos de la niña conservaban aun las señales de un llanto reciente, lo que Fortunato notó al saludarla.

—Si habrá sabido algo de mi visita a su amiga Margarita, se dijo para sí, con la fatuidad propia de todo hombre que cuenta con el amor de una mujer.

—Mi mamá va a venir dentro de un momento, le dijo Amelia cuando el joven iba a indagar la causa de aquel llanto.

—Pero mientras ella llega, tú podrás decirme la causa de tu tristeza, la dijo Fortunato.

Ella sintió sus ojos humedecerse como sucede siempre a una persona a quien hablan de su aflixion despues de haber llorado. Y así estaba tan bella, habia tan ideal dulzura en su dolor, que Fortunato sintió en su alma un verdadero remordimiento y juró no traicionar el amor de aquella criatura.

—Es cierto que hoi he estado mui triste, contestó Amelia enjugando sus ojos.

—¿Por qué?

—Por asuntos de familia, dijo la niña.

Fortunato respiró con mas libertad,

pues se acusaba ya de ser la causa de aquel llanto.

—A tí puedo decírtelo, continuó Amelia; mi padre se encuentra mui mal en sus negocios y esto me ha hecho sufrir, pues preferiria tener yo mil pesares a verlo desgraciado.

—Pobre D. Diego! murmuró Fortunato, tratando de dar a sus facciones un aire de tristeza.

Pero mientras hablaba Amelia, él recordaba, con la lucidez del egoismo, todos los consejos de Anastasio y se espantaba de la idea de asociar su vida pobre con la de aquella niña condenada a la miseria. La revelacion de Amelia, lejos de hacerle repetir el juramento que un instante apenas acababa de hacerse a sí mismo, despertó por el contrario los mezquinos instintos de su ambicion. Y Fortunato estaba mui lejos de ser un hombre escepcional. Es tanto el empeño con que se predica por los intereses materiales, que los hombres se persuaden que el buscar la fortuna, no es ya una conveniencia sino un deber: y en materia de deberes, todos cumplen con escrúpulo y celo aquellos que tienen por resultado la riqueza.

Oyéronse entonces los pasos de doña Rosa.

—En la procesion, el viernes, tendremos tiempo de hablar con mas libertad,

dijo Amelia, interpretando el silencio de Fortunato por el sentimiento que debía darle la noticia que le habia comunicado.

La madre de Amelia entró y saludó cariñosamente a Fortunato, a quien habia conocido desde niño. La conversacion rodó entonces sobre los acontecimientos del dia, sosteniéndola doña Rosa, mientras su hija buscaba en los ojos del jóven el amor que no habia tenido tiempo de manifestarle. Pero Fortunato estaba distraido y ponía demasiada atencion a las palabras de doña Rosa, circunstancia que no hizo nacer en Amelia la menor sospecha. Los corazones leales están, por su propia lealtad, al abrigo de esa inquietud contínua de los que son capaces de engañar.

Despues de media hora de conversacion, Fortunato se despidió de doña Rosa y de Amelia. Dirigióse a casa de Bermudes, calculando que éste debía haber salido ya de su oficina.

—¡Pobre Amelia! pensó mientras caminaba.

La imájen aflijida de la niña despertó en su memoria los primeros dias de su amor. La memoria y la conciencia son siempre agradecidas a pesar de los extravios del corazon. La una evoca los recuerdos felices, mientras la otra, con su voz severa, murmura su constante reproche a las defectuosas inconsecuencias de nues-

tra organizacion. Asi, Fortunato pensó en la divina emocion de los primeros juramentos, en el casto delirio de las primeras miradas, en la diáfana pureza de las emociones primeras, en esa selva encantada del primer amor, en fin, dónde respiramos el perfume de todas esas flores del alma, robadas al paraíso para consuelo de nuestra humana miseria.

Pero Fortunato, engolfado en su amorosa reminiscencia, habia llegado a la calle del Estado y era precisamente la hora en que nuestras elegantes santiaguinas invaden las tiendas en busca de esas fruslerias de exorbitante precio que componen el traje y la segunda vida de la mujer. Detúvose ante un hermoso coche, al que se hallaba enganchada una magnífica pareja de caballos mulatos que, de fogosa impaciencia, golpeaban las piedras con sus herraduras: habia reconocido el coche de doña Rita, la que en ese mismo momento salia de una tienda con Margarita, llevando ambas en sus brazos las compras que acababan de hacer. Fortunato se acercó solícito a ellas, saludólas con toda la gracia que pudo imprimir a su cuerpo y se apoderó de los efectos que traian, siguiendo así con ellas hasta el coche, dirigiéndolas mil risueñas necedades, a las que se le contestaban otras igualmente necias y risueñas, y mui ufano de

ser visto por las personas que pasaban, a todas las que miraba con protectora complacencia.

Aquel cōcne aristocrático, el elegante vestido de Margarita, su orgullosa sonrisa, los ricos encajes de su cuello y manguilas, el reluciente brocato del interior del carruaje, toda la pompa del lujo, en fin, ahuyentó sus tiernos recuerdos, arrojándole de nuevo en sus ambiciosos proyectos. Su orgullo rechazó con desden la idea de un amor en la pobreza, con vestidos de percala y muselina, con modestos encajes de algodón por todo adorno, con muebles de palo y viejas alfombras por accesorios. Una mirada de la elegante Margarita le pareció de mas precio que la mas ardiente protesta de Amelia. Y desde ese instante acalló todos sus remordimientos para entregarse únicamente a sus planes de conquista.

Penetrado de la necesidad de realizarlos entró en casa de Anastasio.

—Acabo de hacer un feliz encuentro, le dijo tomando un asiento.

—¿Cómo así? preguntó Bermudes.

—Al pasar por las tiendas me encontré con Margarita y su madre: estaba encantadora.

—¿La madre?

—¡No! ella, Margarita.

—¿Te ha gustado, eh?

—Muchísimo. ¡Qué dientes! qué color! qué elegancia!

—¡Y qué dote!

—No, fuera de broma; me ha parecido lindísima.

—Pues, amigo, manos a la obra: es preciso no dormirse, porque de ese jénero hai mucha demanda y poca cantidad ofrecida.

—Aquí me tienes, fiado en tus recursos, me entrego a tí en cuerpo y alma.

—Decíamos ayer, observó Anastasio, tomando un aire de seria reflexion, que al tio Anselmo se le ha antojado casarse.

—Y dentro de un mes, añadió Fortunato.

—Decíamos tambien, replicó Bermudes, que este matrimonio podia ser la ruina de tus nuevas esperanzas, puesto que te arrebatara tu título de heredero, y concluimos que era preciso destruirlo o por lo menos hacerlo aplazarse.

—Razonas con la lógica de un maestro.

—Falta que acierte con mi plan.

—A ver cuál es.

—Uno mui sencillo: tú sabes que Carlos Peñalta ha tenido amores con la viuda.

—¿Platónicos?

—El dice que no; pero él es un fátuo y la crónica afirma tambien lo contrario.

—Bueno, ¿y....?

—El fruto de estos amores fué una lar-

ga y apasionada correspondencia epistolar, en la cual, si bien por una y otra parte se olvida a veces la ortografía, no se omite en cambio ninguno de los juramentos de estilo. Lo que haremos será enviar a D. Anselmo una de estas cartas para que se imponga del estilo de su amada, advirtiéndole que quedan en nuestro poder las que envuelven sérios y verdaderos compromisos.

—Sí; pero quién firmará la carta que haga esta advertencia?

—¿Quién la firmará? ¡Inocente! los anónimos se ha inventado para esta clase de denuncios.

Fortunato sintió una oculta repulsion ácia aquel jóven que no se detenía ante la infamia para conseguir un propósito.

—¡Qué! ¿te asustas de eso? preguntó Bermudes admirado del silencio de Fortunato. Todo esto lo hago por tu bien, de modo que si tú no lo apruebas no hai mas que dejarlo: el viejo se casará; la viuda te lleva la herencia y los Mantoverde, viéndote pobre, te vuelven las espaldas.

Ante aquel raciocinio, los escrúpulos de Fortunato parecieron desvanecerse y su espíritu le sugirió esa consideración con que tantas conciencias se tranquilizan:

—Como esto nadie lo sabrá..... pensó con menos inquietud, y luego en alta voz dijo a Anastasio que esperaba su respuesta:

—Ya te dije que me entregaba a tu proteccion.

—Es decir que apruebas mi plan.

—Puesto que no hai otro.....

—Al menos por ahora no veo ningun otro.

—Y a todo esto ¿cómo nos procuramos las cartas que Julia escribió a Carlos?

—Aqui están, dijo Anastasio sacando un paquete de cartas del cajon de una pequeña mesa de palo blanco, pintada de colorado, que le servia de escritorio.

Ambos se pusieron a leer aquella correspondencia, en la que una mujer, fiada en la lealtad y honradez de su amante, habia depositado la espresion de su amor, en ese lenguaje ardiente y candoroso que no se repetiria tal vez de viva voz. Todas esas confidencias del alma, esas palpitaciones del corazon, ese fuego del espíritu exaltado por el sentimiento, ese amor de mujer, en fin, cándido, puro, desinteresado, lleno de fé y de entusiasmo, fué analizado por los dos jóvenes a medida que leian, escarnecido con la cínica indiferencia de los que nada respetan, comentado e interpretado de mil maneras burlescas.

—¡Caramba! exclamó Fortunato leyendo la última carta, la viuda me parece que nos vence.

—¿Por qué? preguntó Bermudes.

--Porque es mui persuasiva.

—No importa, nada arriesgamos en esta partida; si sale mal, tanto peor.

Al decir esto, Anastasio se sentó al lado de su mesa, tomó una pluma, una hoja de papel y se puso a escribir. Fortunato entretanto repasaba algunas cartas que mas habian llamado su atencion. Pocos instantes despues Bermudes alzó la cabeza.

—Oye, dijo a Fortunato que seguia absorto en su lectura.

—¿Ya está?

Anastasio leyó en alta voz:

«Sr. D. Anselmo Rocaleal:

»Mui señor mio de todo mi aprecio:

»Movido únicamente por el gran interes que Vd. me inspira, me tomo la libertad de escribirle para hacerle conocer el abismo a que Vd. se encamina. La lectura de la carta adjunta escrita por doña Julia Valverde a D. Carlos Peñalta, bastará para manifestar a Vd. los graves peligros de que se verá rodeado, casándose con esa señorita, puesto que Peñalta se vé con ella en muchas casas amigas y que ese amor existe todavia. Esperamos de la caballerosiddad de Vd. no haga uso ninguno de esa carta, que a la verdad es la menos comprometente que tenemos en nuestro poder, pues no es en manera alguna nuestro ánimo dañar a la reputacion de la que las ha escrito, sino hacer a Vd.

un servicio desinteresado y de pura amistad.»

—Eso del abismo, dijo riéndose Anastasio, le hará recular de espanto.

—¿Y si él sigue la recomendacion y no muestra la carta? observó Fortunato, talvez dude de su autenticidad.

Bermudes se sonrió malignamente.

—Es lo primero que hará, dijo, por lo mismo que se le recomienda no hacerlo.

Cerró la carta, incluyendo la de Julia, y la guardó cuidadosamente en su cajon.

—Esta noche, dijo, D. Anselmo la encontrará a su vuelta y tendrá toda la noche para masticarla.

—¿Iremos a casa de Margarita? preguntó Fortunato para consolarse de aquel paso, que repugnaba aun a su conciencia.

—No, iremos mañana y las convidaremos para acompañarlas en la procesion del viernes.

Despues los dos jóvenes se separaron, dándose cita para el dia siguiente.

XX.

En la noche de ese mismo dia D. Anselmo llegaba a su casa a las once, acompañado por frai Ciriaco que le dió las buenas noches en la puerta.

Don Anselmo recibió de manos de su

vieja criada la palmatoria con luz y la carta que Anastasio habia enviado temprano: tomó ambas cosas y se retiró a su cuarto, todavia bajo la impresion de la mirada de Julia, con la que acababa de formar los mas encantados castillos de felicidad. Colocó la vela sobre el velador, dejó el sombrero, quitóse cuidadosamente la peluca y cubrió su cabeza con un largo y blanco gorro de dormir. En este traje aproximó la poltrona al velador, calóse las antiparras que usaba todos los dias para leer el año cristiano, y sentándose, principió a romper el sello de la carta haciéndose la pregunta de todos: ¿quién me escribirá?

Al concluir la carta de Anastasio, tomó con mano convulsiva la de Julia y la leyó, sintiendo a cada palabra el hielo mortal de los celos discurrir por todas sus venas.

—¡Ah! exclamó al terminar, y ella que me acaba de jurar un amor eterno!.....

Y tras aquella exclamacion, mil ideas contradictorias, mil absurdos proyectos, cruzaron por su cerebro, sometiéndole a la desesperante tortura del amor que se cree ultrajado. D. Anselmo no habia dudado un momento de la veracidad del terrible denuncia que se le hacia, porque la maledicencia encuentra por desgracia cabida en casi todos los corazones, ni se habia hecho la natural reflexion de que el amor

de Julia por Carlos debia ser anterior al suyo, porque el hombre que, como ya hemos dicho, ama siempre con su orgullo, es celoso no solo del presente sino tambien del pasado.

Pasó por fin aquella noche de insomnio, de fiebre y de imprecaciones: la luz de la mañana hizo palidecer la de la vela que alumbraba las dos cartas, sobre las que D. Anselmo fijaba sus ojos estraviados por la velada. Llegó la hora del almuerzo: D. Anselmo no tenia hambre. Los celos son por sí solos la mas pesada de las indigestiones y ejercen una directa influencia sobre el estómago. Llegó tambien la hora de la misa y D. Anselmo no fué a ella. Dominábalo únicamente la idea de ver a Julia y de oir su justificacion de sus lábios. El hombre, siempre esclavo de su debilidad, o acaso porque hace justicia al jenio de la mujer, espera siempre de ella un desengaño que le vuelva la calma de su espíritu: en tal disposicion, toda mujer sabe que su juez pide de antemano su propia absolucion.

D. Anselmo llegó a casa de Julia armado del cuerpo del delito.

La viuda salió a recibirle risueña, fresca y rosada. Su sonrisa, su lánguida mirada, su voz cariñosa y suave, fueron otros tantos dardos que atravesaron el pecho del infeliz enamorado. Sentóse a su lado

sin hallar qué decirla y arrepintiéndose ya del paso que daba, balbuceó algunas palabras incoherentes sin atreverse a mirar de frente a la jóven y buscó en vano alguna espresion con qué salir de tan angustiado trance.

—No esperaba tener la dicha de verle tan temprano, dijo Julia, lanzándole una mirada llena de ternura.

Don Anselmo sintió enfriarse ante aquella voz el fuego de su despecho.

—Ni yo tampoco pensaba venir a incomodarla.....

—¡A incomodarme! exclamó ella, parece Anselmo que Vd. duda aun de mi cariño.

—Vamos, mejor será que se lo diga esta noche, pensó D. Anselmo, sintiendo desfallecer su valor. ¡Yo dudar! dijo en voz alta, no por cierto; pero temo haber venido mui temprano.

Julia habia notado perfectamente la turbacion de D. Anselmo y sus palabras confirmaban su observacion.

—Anselmo, dijo ella tomando una voz de niño mimado, Vd. tiene algo que le preocupa, ¿no es verdad?

—¿A mí? nada, contestó él, que, viéndose atacado de frente, se refugió medroso en la negativa.

En ese momento dudaba ya de la autenticidad de la carta y habian huido de

su memoria todos los cargos que durante doce horas habia arreglado en forma de discurso. Pero Julia no se engañó con aquella negativa. Una mujer que, sin amar domina a un hombre por el corazon, ejerce una especie de magnetismo parecido al de las boas sobre las aves, en las que paralizan todo movimiento. El hombre, bajo esa poderosa influencia, siente embotadas todas sus facultades morales, que llegan a ser esclavas de la que le domina.

—Vd. no me dice la verdad, exclamó Julia con acento de reconvencion, si nada le preocupase, Vd. habria sido mas cariñoso.

Don Anselmo halló que el raciocinio era de una lógica irresistible.

—Es cierto, contestó con la resolucion del que se arroja a un baño de agua fria decidido a sufrir aquella impresion, me preocupa una idea dolorosa.

—Ah! ya ve Vd. que yo leo en su corazon.

—Es verdad, dijo él con aire de necio.

—¿Y Vd. no tiene bastante confianza en mí para decirme esa idea?

Don Anselmo sacó entonces la carta de Julia y presentándosela con aire resuelto:

—¿Conoce Vd. esa carta? la dijo, fijando en ella sus ojos encendidos por la inquietud.

Julia abrió la carta y sintió que su san-

gre refluía ácia sus mejillas poniéndolas encarnadas, mientras D. Anselmo seguía con ansiosa inquietud todos los cambios de su rostro. Luego recurriendo al gran espediente femenino, dejó caer la carta de sus manos, ocultó en ellas su rostro, y llamó en su ayuda un llanto que no tardó en inundar sus ojos.

Don Anselmo se sentía desesperado y quiso balbucear alguna disculpa para calmar aquella aflixion violenta; pero Julia alzó su bello rostro sobre el que las lágrimas habían corrido ya, fijó en su viejo amante una mirada como la de César sobre Bruto al recibir la muerte de sus manos, y sin oír las palabras que D. Anselmo trataba de proferir.

—Ah! Vd. ha dudado de mí, exclamó con desesperacion, esto prueba la sinceridad de su amor, cuando por satisfacer una sospecha injusta no ha vacilado en causarme un profundo pesar. Los hombres sospechan siempre de la lealtad con que les sacrificamos nuestro corazon y siempre nos suponen dispuestas a engañarles: ellos creen que porque les amamos, debemos tambien sufrir resignadas sus ultrajes y si una pudiese arrancarse violentamente ese amor del corazon, les enseñaría que una mujer es mas digna de su respeto que lo que ellos se figuran. Sí, Vdes. son crueles cuando saben que ejer-

cen algun dominio sobre nosotras y en lugar de confiarnos respetuosamente sus dudas, nos las arrojan como una acusacion, sin cuidarse de averiguar primero su veracidad. Si Vd. duda de mí, abandóneme, Anselmo; yo buscaré a mi dolor un consuelo en la pureza de mi conciencia; pero huya de aqui donde Vd. se cree engañado; busque la felicidad en otro amor y olvídese de lo que yo he de sufrir. Yo le vuelvo a Vd. sus juramentos, yo trataré de olvidar, por mi parte, los que le he hecho arrastrada por un amor invencible; ya entre los dos nada habrá de comun, no nos volveremos a ver y.....

Aquí los sollozos ahogaron la voz de la bella afijida, que habia pronunciado aquella improvisada arenga con tan comunicativa desesperacion, con tan desgarrador acento de dolor, que las lágrimas brotaron tambien de los ojos del viejo, y violentos sollozos anudaron la voz en su garganta. Arrojóse desesperado a los piés de Julia y tratando de apoderarse de una de sus manos:

—¡Perdon! perdon, amada Julia, exclamó retorciéndose los brazos.

—No, Vd. no debe pedir perdon, por que lo que hace es mui natural, dijo ella tratando de dar a su vista la espresion de un doloroso delirio; y ademas, esa carta es mia, yo no lo niego.

—¡Es de Vd.! exclamó aterrado D. Anselmo.

—Sí, es mia; esa carta y muchas otras fueron escritas antes de conocerle a Vd. ¿no era yo libre entonces de disponer de mi corazon?

—Sí, es verdad.....

—Pero el hombre a quien iban dirijidas era un infame y yo le arrojé de mi casa antes de tener que acusarme de ninguna lijereza.

—¿De modo que Vd. no le ama ya? preguntó D. Anselmo con tono de súplica.

—¿Quiére que le dé al instante una prueba evidente de ello?

—No, yo la creo a Vd. y pido perdon por mi duda.

—No importa, la prueba es mui sencilla. ¿Cree Vd. que si conservase aun la menor relacion con ese hombre, él habria cometido la infamia de entregar asi una carta mia?

D. Anselmo se quedó mudo ante la fuerza de aquel argumento.

—¿Y cree Vd., prosiguió Julia, que si el hombre que se ha resuelto a enviar a Vd. esa carta, tuviese una sola que comprometiese mi honor, no se la habria enviado a Vd. en lugar de esta?

—Vd. tiene razon, contestó bajando la cabeza D. Anselmo.

En esta esplicacion, como ha visto el

lector, Julia hizo entrar primero el arrepentimiento en el ánimo de su juez antes de satisfacer sus dudas. Despues concedió su perdon cuando estuvo persuadida que D. Anselmo se arrepentia de aquel paso como de un horrendo crimen, y le despidió por fin con mil veces mas amor en el pecho que el que antes de entrar tenia por ella.

XXI.

Todos los santiaguinos conocen la pompa que despliega la iglesia en la procesion del *Viernes Santo*, resucitada en nuestra capital por la piedad relijiosa de un hombre distinguido y popular en Chile por sus virtudes y talento. Santiago, por conocidas razones, es un pueblo amante de esta clase de solemnidades, asi como hai otros que se complacen en menos devotos pasatiempos. Las procesiones son algunos de los pocos usos tradicionales que han resistido entre nosotros a la gradual reforma de nuestras costumbres, lo que arguiriá en pro del espíritu conservador que siempre ha dominado en este suelo chileno, si nuestra carta fundamental, base de tanto jénero de conservaciones, no nos probase con la elocuencia de su letra y la larga duracion de su vida, que ella es la primera y mas indisputable prueba del

cariño con que recibimos los legados de nuestros padres.

La procesion del *Viernes Santo* pone en movimiento a los habitantes de Santiago de todas edades y condiciones. Los viejos van a admirar con su fé religiosa los padecimientos del Redentor; los jóvenes a entregarse a mas profanas admiraciones en ese mar de humanas criaturas que invade la Alameda, la plaza, las calles del Estado y Ahumada; los niños van a oir el grito de los *cucuruchos*, a ver la gala lujosa de las andas, el conjunto de las luces, el aparato de la procesion que deja en sus sencillas imaginaciones profundos y venerados recuerdos; y las mujeres van a ver, a admirar, a rezar, a pasar y repasar, a agolparse, oprimirse, pisotearse, enter necerse, reirse, a criticar, a mostrar su lujo y su elegancia, a seguir cada cual, en fin, sus gustos predilectos, en esta festividad nocturna con la que, si bien se consigue movilizar a la poblacion entera, no creemos que la mayoria de los asistentes vayan penetrados de los religiosos sentimientos que se trata de inspirarles. Bajo el sepulcro del sublime crucificado, se ven mil escenas que alejan por cierto el rejimimiento del espíritu mas sério: la multitud se agolpa para ver el anda que pasa y es rechazada por la enérgica y espresiva amonestacion de las culatas de fusil con

que siempre arguye la guardia encargada de mantener el orden. Unos ordenan la marcha y otros mandan hacer alto a la procesion, consiguiendo con esto que los fieles que alumbran, apaguen muchas veces su vela en la levita del vecino, mientras un niño grita que le ahogan y alguna beata se lamenta de un pisoton que ha recibido. Invocan los sacristanes el silencio, parlamentan los soldados con la chusma, sudan bajo el peso de las andas los infelices que la cargan, grita alguna niña por algun desman cometido en su persona a favor de la sombra y del tumulto, pechan y codean las beatas con furioso fanatismo, atacan los pilluelos a los bolsillos de los espectadores, resuena el lúgubre sonido de la corneta destemplada, y todo ese mundo se ajita, se estruja, se despedaza en convulsiones grotescas y ridículas, mientras que cada santo en su anda se mueve con el temblor convulsivo que le imprime la marcha de los que le conducen. ¿En donde está entre tanto la majestad que debe ser el sello de actos semejantes? En dónde el espectáculo que eleve bastante el alma de los asistentes para distraerles de la confusion y el tumulto que les rodea y a pesar suyo les arrebatara? En dónde, en fin, esa apoteosis magnífica del Calvario, que arroba al alma en impresiones dignas de la grandiosa leyenda y haga olvi-

dar ese conjunto de accesorios estrafalarios que encadenan la atencion mas desprevenida?

En el año en que corre esta historia la concurrencia a la procesion era, como siempre, inmensa. Las veredas, las tiendas, los altos de las casas estaban llenos de espectadores, mientras que la plaza era un mar de cuerpos humanos, con sus oleadas, sus calmas y sus ruidos.

Fortunato y Anastasio habian preparado sillas delante de la cárcel para la familia de Mantoverde. Nuestro héroe, colocado al respaldo de la silla que ocupaba Margarita, desplegaba los mas brillantes recursos de su ingenio para arriesgar su primera declaracion; mientras que Anastasio luchaba con la indiferencia, inesplicable para él, de Virginia, y D. Modesto hablaba con doña Rita sobre los incidentes de las procesiones anteriores.

Margarita oia con placer las palabras de Fortunato, las que halagando su amor propio la infundian ácia el jóven el amor que la niña era capaz de sentir. Este hecho, un poco violento, si se atiende al corto tiempo que Margarita y Fortunato se conocian, se explicará perfectamente recordando la simpatia que el jóven habia despertado en el alma de Virginia. Esta habia manifestado sin reserva a Margarita su aficion a Fortunato. Para una mu-

jer, el mayor elogio que puede hacerse de un hombre, es presentarlo amado por otra. En la súbita pasión de Virginia habia tal espontaneidad, tal admiración candorosa, que Margarita sintió al instante la fuerza del contagio y miró con placer las decididas atenciones que Fortunato la prodigaba. Anastasio, por su parte, habia contribuido a decidir aquella inclinación, presentando a su amigo a los ojos de la niña como un hombre superior, de grandes recursos y heredero de la fortuna de su tío Anselmo. Estas dos circunstancias bastaron, pues, para despertar en Margarita el amor que las palabras del joven desarrollaban en aquel instante.

—Vd. duda de la verdad de mis palabras, decia Fortunato inclinándose galantemente al oído de Margarita, porque hace tan pocos días que nos conocemos.

—Creo que la razón en que me apoyo es bastante poderosa, contestaba ella sonriéndose.

—Para Vd. talvez, pero no para mí.

—Mucho lo dudo.

—Yo la conocia a Vd. antes de visitarla y cuando traté de ser presentado en su casa lo hice por el interés que Vd. me inspiraba. Además, ¿Vd. no cree que el amor pueda nacer en un instante, cuando la persona que lo inspira tiene suficientes atractivos para ello? O es preciso que una

pasion se erie, como un árbol, con el tiempo y no adquiriera su desarrollo sino en un año o mas?

—No; pero.....

—Negar al amor ese poder seria negar esa correspondencia de secreta simpatia, que desde el primer momento se establece entre dos almas que han de comprenderse y amarse; seria negar el fuego de la vida que enciende una pasion antes que la conciencia se haya dado cuenta del hecho, antes que la voluntad haya podido oponer su fuerza, que jamas alcanza a contrarestar ese influjo poderoso y despótico del corazon que, en amor, nunca siente a medias ni puede calcular.

Fortunato continuó durante algunos minutos discurrendo sobre las falsas teorías en las que un hombre que no ama apoya sus argumentos para alucinar el corazon de una mujer, mientras que Margarita le escuchaba sin analizar la verdad de sus palabras y divisando solo el amor en medio de ese concierto de voces.

Fortunato esperaba una respuesta, cuando creyó oír su nombre pronunciado a poca distancia, y al alzar la vista divisó a pocos pasos de la silla de Margarita a don Diego Almiro, su mujer y Amelia. Esta fijaba sus ojos en él y Margarita, mientras que sus padres observaban las luces de la

procesion que empezaban a aparecer por la calle del Estado.

Fortunato quiso apartar la vista, fingiendo no haber divisado a Amelia; pero Margarita la saludaba y hacia señas de acercarse.

—¿Cuándo vas a verme? preguntó Margarita a la hija de D. Diego, estrechándola cariñosamente las manos.

Amelia habia palidecido en extremo y balbuceó algunas palabras mirando a un tiempo a Fortunato y a Margarita. En aquel encuentro habia para ella el presentimiento de amargos desengaños, porque habia esperado que Fortunato la acompañaria en la procesion y le encontraba al lado de una niña rica y hermosa, conversando confidencialmente con ella y turbado al ser sorprendido en su conversacion. El corazon de Amelia se sintió herido por un dolor extraño y la pobre niña tuvo necesidad de un gran esfuerzo para contener sus lágrimas. Fortunato, entre tanto, buscaba en vano una frase para disimular su turbacion.

Amelia se despidió de su amiga y buscó en los ojos de Fortunato algun indicio de justificacion, una de esas miradas que el amor comprende, dichas de corazon a corazon, que calman a veces las inquietudes, derramando en el alma su bálsamo consolador; pero la mirada con que el jó-

ven contestó aquel saludo, fué vacilante como la de toda persona colocada en una posicion falsa, lo que fué un segundo y mas rudo golpe asestado a la sensibilidad de Amelia. Retiróse al instante y fué a continuar con sus padres la vuelta de la plaza.

Pero Amelia no se fijaba en ninguna de las personas que pasaban a su lado, ni veia a los jóvenes que con curiosidad la miraban, ni oia los cánticos lejanos de la procesion, ni el lúgubre sonido de la corneta: caminaba estraña a todo aquel movimiento, sorda al bullicio jeneral, anegada en su melancolia, instintivamente asustada a orillas de ese mar inmenso que llamamos dolor, al que ciertas almas se sienten arrastradas por la fatalidad. ¡Habia salido de su casa con el ánimo alegre, palpitante el corazon a impulsos de la esperanza, y volvía triste y oprimido el pecho por el primero y el mas amargo de los dolores!

Margarita, entre tanto, hablaba de amor con Fortunato, risueños ambos y contando aquella noche como una de las mas felices de su vida.

En medio de esta conversacion, Fortunato sintió que Anastasio le tocaba suavemente el brazo.

—Mira, le dijo, haciéndole señas de mirar al frente.

En ese momento pasaba D. Anselmo dando el brazo a la bella Julia. El buen tio caminaba con aire triunfal, con esa actitud de hombre comprometedor que toman los viejos célibes cuando acompañan a una mujer hermosa: crecen y van erguidos a una altura igual a las envidias que se figuran suscitar a su paso y tienen el buen sentido de ignorar las compasiones y las risas que con ese aire de Lovelaces en ruinas inspiran a los que les contemplan.

Fortunato se quedó atónito mirando a su tio, porque contaba con el éxito de la carta de Bermudes.

—La maldita viuda nos ha vencido, dijo éste al oído de Fortunato.

—Así lo veo, contestó él apesadumbrado, ya creo que se casará a despecho nuestro.

—¡Qué bien acompañado va su tio! dijo a Fortunato doña Rita; como va del brazo con un caballero, la mujercita esa se cree que todos la tomamos por una gran señora.

Fortunato no halló nada que contestar y celebró con una sonrisa complaciente la observacion, aunque se sentia anonadado por la realidad.

—¿Duda Vd. todavia de que se casen? preguntó la obstinada señora.

—Mi tio lo niega a pié juntillas, con-

testó Fortunato, mintiendo con la mayor sangre fria.

—Mucho lo dudo, replicó doña Rita.

Entre tanto, la procesion avanzaba y con ella el torbellino de jente que la seguia. Cuantos que se hallaban sentados tuvieron necesidad de refugiarse al lado de la pared: entre ellos la familia Mantoverde hizo lo mismo, parapetándose con las sillas que colocaron por delante. Mas la *apretura*, valiéndonos del término popular, aumentaba por momentos; las sillas no bastaban ya para cubrir a los que tras ellas querian salvarse: érales necesario formarse un apoyo en el cuerpo del vecino para resistir al constante y progresivo empuje que amenazaba derribarles. La familia de D. Modesto hizo frente por algunos minutos a la corriente, apoyándose los unos a los otros. Margarita se sostenia del brazo de Fortunato, y Virginia, aparentando apoyarse en el de Anastasio, se amparaba tambien de nuestro héroe, el que luchando por sostener a Margarita no hacia alto en aquel nuevo cuerpo que buscaba su auxilio. Doña Rita, lamentándose de haber venido, pasaba su brazo derecho bajo el de D. Modesto y con el izquierdo sujetaba a Bermudes que maldecia en su interior el puesto que le habia cabido en aquella trinchera defensiva.

—¡Jesus! exclamaba doña Rita que en-

traba por grados en una copiosa traspiracion, sáquenme de aquí, yo me ahogo!

--Aguante un momento, hijita, la decia D. Modesto, tratando en vano de apartar la jente a fuerza de codazos; ya va a pasar la apretura.

—Dios mio, ya no puedo sujetarme! exclamó Virginia, tomándose cada vez mas fuerte del brazo de Fortunato y abandonando a Bermudes que doña Rita encadenaba a su lado.

—¡¡*Para el santo entierro de Cristo y soledad de la Virgen!!* gritó un cucurucho, poniendo su luz bajo las narices de doña Rita.

—Aquí está lo bueno, exclamó D. Modesto, viendo llegar esa oleada de jente que arrastran en pos de sí las andas del *Santo Sepulcro*.

Y apenas acababa de pronunciar aquellas palabras, el mar de cuerpos humanos pareció agolparse con toda su furia en ese punto, pisoteando las sillas y arrebatando a todas las personas que se guarecian tras ellas. En medio de gritos ahogados, enérgicas imprecaciones, rudos golpes y desesperadas resistencias, el mayor número arrebató al menor en direcciones diversas, llevándose a D. Modesto ácia la calle de la Catedral, mientras doña Rita y Anastasio eran arrojados bajo el pórtico de la cárcel y Fortunato con Margarita

medio desvanecida en sus brazos y Virginia asida porfiadamente del faldon de su paletot, se dejaba conducir casi en el aire por la muchedumbre que fué a depositarle cerca de la pila.

—¡Rita! Rita! no te sueltes, gritaba el infeliz D. Modesto con voz lastimera, mientras le arrastraba la corriente, lanzando su sombrero sobre las cabezas de la muchedumbre.

—No dejes a las niñas, le contestaba la señora, arrojando este grito de tardia maternidad cuando una fuerza irresistible la empujaba con Bermudes bajo los arcos de la cárcel.

—¿Y mi mamá, Fortunato? preguntaba entre tanto Margarita.

—Aqui atrás debe venir, respondió el jóven, tomando precisamente una direccion opuesta a aquella en que habia visto desaparecer a doña Rita.

Solo Virginia nada decia, siguiendo obstinadamente a Fortunato, tomada, como dijimos, de su paletot.

—¡Maldita vieja! exclamó entre dientes el jóven, viendo a la resignada Virginia que amenazaba destrozarle el vestido.

Don Modesto, durante aquel tiempo, llevado en hombros hasta la calle del Puente, logró, por fin, despues de inauditos esfuerzos, colocarse tras la piedra de esquina del antiguo palacio presidencial

y pudo allí dejar pasar la turba sin ser arrastrado por ella. Apenas vió libre el campo, se dirigió a la cárcel en busca de su perdida consorte y notando solo entonces la falta de su sombrero. A la altura de la puerta de las *Cajas*, hoy *Casa de correos*, divisó a doña Rita que en aquella direccion caminaba con Anastasio, el que en vano habia porfiado por llevarla a la pila, donde suponía que Fortunato, Margarita y Virginia debían encontrarse.

—¿Y las niñas? preguntó doña Rita llena de inquietud, viendo aparecer solo a D. Modesto.

—¡Cómo! no estaban contigo! dijo el caballero estupefacto.

—¿Y el sombrero? qué lo has hecho? preguntó al mismo tiempo doña Rita.

—Poco importa el sombrero, vamos a buscar a las niñas.

Y conducidos por Anastasio, llegaron a la pila, a cuyo borde se encontraban los tres fujitivos.

Al encuentro siguieron las esplicaciones, a estas los reproches, las risas y los propósitos de no volver mas a ver la malhadada procesion.

—A menos de no verlas desde unos altos, observó Anastasio, de otro modo uno se espone a todas estas aventuras.

—Que no son por cierto agradables,

replicó D. Modesto sintiendo el hielo de la noche sobre su cabeza.

—Y nosotros podemos decir que hemos salvado solo por la fuerza de Fortunato, dijo Virginia, para hacerse perdonar por el jóven su intempestiva compañía.

XXII.

Habian pasado quince dias.

Al recojimiento de la cuaresma, a los ayunos, a las confesiones, al uso diario del manton, habia sucedido la monotonía de la vida ordinaria en Santiago, la abundancia en las mesas, los amorios y los lujosos trajes de la estacion de invierno, arreglados a la mas reciente moda de Paris.

Las niñas habian vuelto a sacar su repertorio de sonrisas, de ojeadas, de palabras vagas, tímidas o insinuantes.

Los mozos elegantes y fátuos hacian como siempre mas conquistas que mujeres *conquistables* respiran en la capital.

Todo habia entrado en su ordinaria marcha: en los salones se hablaba del casamiento de D. Anselmo Rocaleal, de los amores de Fortunato y Margarita, de la aventura de la familia Mantoverde en la procesion del *Viernes Santo*, de un coche que doña Rita habia encargado a Europa para el próximo Dieziocho, de lo reñido

que seria el capítulo del convento de frai Ciriaco, y de las ganancias que habia hecho Carlos Peñalta al juego, del frio de aquel invierno, (porque el último invierno es siempre el mas frio) de la voz de la Fabry, en fin, de todo lo que constituye nuestra vida estrecha, casera, apática, indagadora, indiferente, ajena a todo entusiasmo e incapaz de sacudir en otro mes que no sea setiembre, esa capa de absoluto egoismo que parece estenderse cada dia mas en nuestra culta sociedad. Y Santiago es una poblacion de mas de cien mil almas en la que hai una considerable porcion que cree vivir conforme a los usos de los paises mas civilizados.

Don Diego Almiro y su familia, alejados por su pobreza de esa gran sociedad que en tan pequeñas cosas se ocupa, vivian separados de ese movimiento, de esa vida de afanosas superfluidades, con la que nuestra sociedad va consiguiendo materializarse enteramente.

En estos quince dias, la mas espantosa ansiedad habia destrozado el corazon de D. Diego, porque su marcha trajo el vencimiento de varios plazos fijados para cubrir sus créditos. La mayor parte de los acreedores del globo son como el destino: inexorables. Ellos se presentan al dia fijado con su documento en mano, llamando a cuentas al infeliz que cae bajo

su dominio. Los que apiadados de la miseria del deudor, tienen una lágrima de compasion para la víctima y un prolongamiento de plazo para su alivio, son excepciones raras: entre estos, aquellos hombres de una fortuna modesta componen el mayor número. Y por desgracia los acreedores de D. Diego eran muchos de ellos hombres ricos.

El viejo veterano, para hacer frente en los últimos tiempos a las mas urgentes e indispensables necesidades de la vida, habia recurrido a un arbitrio que acusa una de las llagas mas repugnantes de nuestra sociedad, al propio tiempo que es un azote que aflige a una parte mui considerable de nuestra poblacion compuesta de empleados subalternos en los ramos de la administracion nacional y de todas aquellas personas colocadas en cierta esfera social, en la que los gastos precisos esceden el valor de los sueldos o ganancias: D. Diego habia recurrido a esa familia de prestamistas a corto plazo y a exorbitante interes que pululan en Santiago y que muchas veces son los agentes de acaudalados caballeros, que se sirven de ellos para esplotar la miseria y las necesidades apremiantes. Hai hombres que trabajan minas y hai muchos que trabajan la pobreza de los desgraciados: mina siempre en alcance, porque siempre hai jente

que tiene hambre y el hambre es mas inexorable que los acreedores.

Don Diego habia visto, pues, vencerse uno a uno los plazos, tanto los de sus pequeñas transacciones comerciales, cuanto los concedidos por los agentes de la usura: su ruina era inminente y completa. El viejo volvió la vista en busca de un apoyo; pero era pobre, y el pobre es el leproso de las sociedades modernas: nadie le presentó una mano amiga, y entre tanto los acreedores se agolpaban a su puerta con la insolencia del que cobra. En este trance, con la desesperacion en el alma, las lágrimas en los ojos y la vergüenza en la frente, se presentó por quebrado. ¡Su mujer y su hija eran el único consuelo que le quedaba sobre la tierra!

Mientras D. Diego devoraba en silencio su pesar tras el mostrador de su pobre tienda, doña Rosa y Amelia se contaban sus inquietudes, buscando cada una en la otra el valor que las faltaba para sopor-
tar las desgracias que las amenazaban.

Despues de hablar sobre la tristeza de D. Diego y de la ansiedad con que cada dia esperaban su llegada, ambas habian quedado silenciosas, buscando en la costura una distraccion a sus lúgubres presentimientos: este silencio pesó sobre el corazon de la madre, la que furtivamente dirigió su vista sobre Amelia, cuando

las lágrimas rodaban por las mejillas de la niña.

—Muchos dias a que no viene Fortunato, dijo doña Rosa, esperando desviar con aquella observacion las tristes ideas de su hija.

Pero las palabras de la madre, lejos de enjugar el llanto de Amelia, parecieron, por el contrario, hacerlo desbordarse de sus ojos con mayor fuerza: la niña abandonó su costura y parándose de la silla que ocupaba, se arrojó en brazos de doña Rosa, ocultando su rostro.

—¿Por qué lloras? preguntó la señora, sospechando ya la causa de aquella violenta afliccion.

—Porque hace quince dias, dijo Amelia tratando de dominar sus sollozos, que un pesar horrible me hace sufrir a todas horas.

—Confíame ese pesar, talvez es un engaño y yo pueda quizá desvanecerlo.

—¿No acaba Vd. de observar que Fortunato no ha venido?

—Sí, ¿y por eso temes?....

—Temo que me haya olvidado, exclamó la niña, dando rienda libre a un dolor que la oprimia por tanto tiempo.

La madre tembló ante aquella confesion sencilla, porque con su prevision de mujer conoció, la profundidad de ese amor que dominaba el corazon de su hija.

—Te afliges sin razon, dijo besando la frente de Amelia.

—¿No vió a Vd. con quien hablaba él en la procesion?

—Sí, estaba con tu amiga Margarita.

—Y otras veces ha estado conmigo, replicó la niña; ya ve Vd. que no me aflijo sin razon.

En ese momento se oyeron los pasos de D. Diego. Amelia tuvo apenas tiempo para enjugar sus lágrimas y volver a su costura. D. Diego, al entrar, abrazó de una sola mirada la tristeza que revelaban los semblantes de su mujer y de su hija.

—¡Dios mio, dadme valor! dijo para sí mientras dejaba su sombrero. Luego dirigiéndose a doña Rosa:

—Hija, la dijo, es preciso que te armes de resignacion y valor para oir lo que voi a decirte.

—Estoi dispuesta a todo, contestó ella que, sin embargo de haber aprendido a sufrir por largo tiempo en la escuela de la desgracia, el tono de voz con que su marido habia pronunciado aquellas palabras, paralizó el movimiento de su sangre.

—Ya nada tenemos! hoí he hecho cesion de bienes! exclamó el anciano con ese acento desgarrador y concentrado de los grandes dolores, que en los viejos parecen un estallido del alma.

La madre y la hija se acercaron a él.

Amelia olvidaba su propio pesar ante el terrible abatimiento de su padre. Veíase que aquel hombre se declaraba vencido e inclinaba su frente cargada de años, despues de haber luchado cuerpo a cuerpo con el destino, creyendo vencerlo a fuerza de heroicos sacrificios.

—No crean Vdes. que todo se ha perdido irrevocablemente, exclamó D. Diego, aterrado por la espantosa ansiedad que se reflejó en aquellos semblantes para él tan queridos; aun quedan esperanzas, porque varios acreedores consienten en dar esperas.

—¡De modo que podrás rehacerte! dijo doña Rosa, haciendo brillar un rayo de consuelo en los anegados ojos de Amelia.

—Sí, si obtengo las esperas; mas hai algunos que se niegan a firmarlas.

—¿Quiénes? preguntó doña Rosa.

—El principal es D. Modesto Mantoverde, y si él se niega todo está perdido.

Los tres siguieron conversando aun durante largo rato, entregados a esos tristes proyectos que son el reverso de los que forman las jentes felices. Para ellos el horizonte era oscuro y cargado de tempestades: el hambre les mostraba su escuálida faz en medio de las tinieblas del porvenir.

Mas, mientras D. Diego y su mujer conversaban, repitiéndose mil veces sus

inciertas esperanzas para darlas la verosimilitud de sus deseos, Amelia ideaba en silencio un plan, en el que olvidando su resentimiento, queria buscar la salvacion de su padre.

—Margarita es mi amiga, se decia, ella intercederá por nosotros con su padre. Mañana mismo iré a verla.

Y al mismo tiempo su imaginacion la sujeria la elocuencia irresistible que iba a emplear con su amiga, para alcanzar de D. Modesto el plazo que deberia volverles la felicidad.

XXIII.

Durante aquellos quince dias de espantosa angustia para la familia de Almiro, la suerte continuó brindando sus favores a Fortunato y suministrándole los medios de hacer frente a los gastos de la vida dispendiosa en que se habia lanzado, al querer rivalizar en lujo y elegancia con los otros jóvenes que aspiraban a la mano de Margarita. En Santiago, como en todo pueblo que ha llegado a cierta altura en la escala de la moderna civilizacion, un joven que echa a rodar con tino y discernimiento el dinero que llega a su bolsillo, no tarda en conquistarse las simpatias de esa turba de vividores que, en toda socie-

dad, parecen tener la mision de ensalzar a los mimados de la suerte, dando pábulo a la considerable dósís de amor propio que existe en la humana organizacion. Fortunato, ayudado por Anastasio Bermudes, habia encontrado en el juego los recursos pecuniarios que le faltaban para figurar entre los elegantes de la capital. Gracias a su buena suerte hallaba en todas partes numerosos amigos, pasaba entre las mujeres por uno de los jóvenes mas interesantes de la sociedad y para colmo de su dicha Margarita, correspondiendo a su amor, le prometia realizar sus ambiciosas esperanzas. Mas el destino parece empeñarse siempre en manifestarnos que la completa dicha en la tierra es algo imposible como el movimiento perpétuo, esta piedra filosofal de la mecánica. Fortunato era amado por una joven rica, el juego proveia a sus necesidades, halagaban su orgullo aquellos a quienes prestaba dinero; mas los padres de Margarita, sospechosos ya de sus amores con su hija, se dieron por admirados de sus pretensiones, y emprendieron contra él esa guerra sorda y constante que hacen los padres de todas las niñas cuando quieren despedir al que solicita la plaza de yerno. Todas las personas de la familia de Mantoverde que asistian a la tertulia de doña Rita, parecian haberse complota-

do para impedir las conversaciones de Margarita con Fortunato. Los asientos al lado de la niña estaban siempre ocupados cuando nuestro héroe llegaba a la casa, las miradas fijas sobre ellos cuando querian comunicarse con la vista lo que de palabra les era imposible decirse, y en los paseos, en el teatro, en las tertulias, siempre algun oficioso pariente servia de tercero en las conversaciones de los amantes.

Es un hecho mui comun en nuestra sociedad que los padres de una niña admitan en su casa a jóvenes a quienes jamas concederian la mano de su hija. Diríase que llegados a esa edad en que se disipan las ilusiones de la juventud, para dejar tan solo cabida a las realidades materiales de la existencia, los padres se figuran que sus hijas no pueden sentir amor sino por los hombres que, segun ellos, las convienen, persuadidos de que la autoridad puede estenderse al dominio del corazon y que una imaginacion de diez y ocho años debe mirar el mundo con la positiva frialdad de sus espíritus. Esto era lo que habia colocado a Fortunato en esa posicion embarazosa de un mozo a quien el amor y la conveniencia obligan a pasar por una série de pequeñas humillaciones.

Fortunato, al retirarse una noche de la

casa despues de heroicos esfuerzos para obtener un instante de conversacion privada con Margarita, manifestaba a Bermudes el desaliento que principiaba a apoderarse de su ánimo.

—Bien habrás observado, le dijo Anastasio, que la frialdad de doña Rita para contigo, y la declarada guerra de todos los parientes y allegados de la señora, data desde el dia en que tu tio Anselmo ha principiado a comprar los regalos para su novia.

—Bien; pero él no ha dado parte aun de su casamiento y por esto es que yo lo niego.

—No importa, aquí todo se sabe y si no se sabe se infiere, replicó Bermudes: han visto o han sabido que D. Anselmo ha comprado algunos vestidos de lujo, algunas alhajas de valor, y todos se han persuadido de que son los regalos de boda. En Santiago para ocultar un casamiento es preciso no haberlo pensado y aun así hai jentes que suponen cuando no encuentran indicios y tú sabes que un decreto social no necesita como uno jurídico de que la prueba sea clara como la luz del dia. La sociedad ha decretado, pues, que tu tio se casa, y como tantas veces te he dicho, este matrimonio es tu ruina.

—Y qué hacer entonces? exclamó Fortunato.

—Inventar algo que difiera este matrimonio o por lo menos hacer correr la voz de que se ha deshecho.

—Ya ves que es imposible, puesto que nada logramos con la carta anónima.

—Aun queda otro medio, dijo Bermudes.

—¿Cuál?

—Valernos de la influencia de su confesor.

—¿De frai Ciriaco?

—Sí: tu sabes que este cuenta con un legado de tu tío a favor de su convento.

—Pero sobre esto solo tiene vagas promesas de mi tío.

—Tanto mejor. Le haremos ver que casándose D. Anselmo todas sus esperanzas se desvanecerán.

—¡Ah! si lográsemos siquiera aplazar este matrimonio por algun tiempo! exclamó Fortunato, halagado ya con aquella nueva esperanza.

—Mañana iremos a ver a frai Ciriaco y haremos cuanto se pueda, dijo Bermudes; pero entre tanto, es preciso que trates de todos modos de comunicarte con Margarita.

—Ya ves que es imposible, porque todos en la casa nos espían.

—En el paseo que dá tu tío a su quinta, pasado mañana, se te ofrece una ocasion magnífica.

—Bueno, ¿y despues?

—Despues la escribes habiéndola preparado a recibir tus cartas en esa conversacion que tendrás con ella.

—Fácil es decirlo, observó Fortunato, pero suponiendo que ella convenga ¿cómo la podré entregar las cartas?

—Por medio de Virginia yo la prepararé, dijo Anastasio. De este modo mantienes ese amor que a la larga puede entibiarse con la falta de correspondencia, y así tu posicion no será tan desventajosa.

—¡Magnífico! exclamó Fortunato ideando ya las frases de su futura correspondencia epistolar.

Y aquella noche, mientras Amelia imploraba entre sollozos la proteccion del cielo, Fortunato sentia renacer la alegria que principiaba a abandonarlo con la oposicion de los padres de Margarita.

XXIV.

Don Anselmo Rocaleal veia con delirio aproximarse el término señalado para su enlace con Julia; pero no sin una triste inquietud pensaba en la acogida que la sociedad haria a la que iba a llevar su nombre. Entre nosotros el *qué dirán* ejerce aun su despótico imperio sobre todo en las clases que se componen de lo que

conocemos con el nombre de *buenas familias*, es decir, de la parte aristocrática de la población santiaguina. El *qué dirán* arroja a muchas familias de modesta fortuna en el resbaladizo terreno del lujo, campo enemigo de toda economía, teatro de esfuerzos prodijiosos e ignorados por medio de los cuales muchos reducen hasta la mezquindad sus mas indispensables necesidades, a trueque de ostentar en los gastos exteriores la prodigalidad de las grandes fortunas; él ahoga muchas aspiraciones nobles que por temor de su fallo se relegan a una oscuridad que las esteriliza; él sirve de apoyo a todas las preocupaciones, tanto religiosas cuanto sociales, tanto prácticas cuanto teóricas, y bien que sirva de freno a las malas pasiones, que desde el fondo de las sociedades pugnan por llegar hasta su superficie, el *qué dirán* nos hace conservar aun muchos restos del antiguo coloniaje, oponiéndose al desarrollo de las nuevas ideas, gloriosas conquistas del siglo, desterradas por la fuerza de ese arraigado temor.

D. Anselmo queria ver a su futura esposa festejada por las mas distinguidas familias, visitada por las grandes señoras de Santiago, haciendo parte, en una palabra, de la alta sociedad, fuera de la cual sus preocupaciones no le permitian vivir y a la que le ligaban su fortuna, su naci-

miento y sus hábitos inveterados. Julia habia fomentado en D. Anselmo semejantes deseos con la eficacia de su poder y la maestría de su injénio, porque ellos importaban la realidad de sus sueños, el cumplimiento de sus mas ardientes aspiraciones, la satisfaccion de su orgullo de mujer y de su vanidad de mujer bella. La mujer que se propone conseguir un intento tiene a su disposicion un ausiliar mas poderoso que el jénio: la constancia. La irreflexiva lijereza de su organizacion, desaparece ante cualquier deseo, tornándose en la inmutable constancia de una voluntad decidida. Ellas, como los antiguos caballeros ocultaban bajo el brocato la solidez de sus mallas, bajo la frájl organizacion de su delicada y pomposa naturaleza, encierran la incontrastable solidez de sus porfiados corazones. Julia Valverde, gracias a su constancia, se veia pues a las puertas de ese mundo dorado por sus ilusiones, en donde las glorias de sus triunfos futuros enardecian su deseo y estimulaban el poder de su voluntad. Cultivando los temores de D. Anselmo supo hacer que él mismo proyectase un gran paseo a su chacra, al cual se convidaria lo mas selecto de la sociedad santiaguina. La idea fué al momento puesta en ejecucion, pedidos a un hotel los artículos necesarios para una suntuosa comi

da y hechas por D. Anselmo las invitaciones. Este paseo dió márgen a un incidente mui peculiar de nuestras costumbres: los convites de D. Anselmo fueron jeneralmente mal recibidos entre la jente de rango. Varias madres de familia observaron que D. Anselmo era un hombre soltero; que no habria nadie alli para hacer los honores de la casa; que no era posible que una señora acudiese asi a la primera invitacion que le venia de parte de un hombre que, a título de rico, creia poder dispensarse de observar las leyes sociales; que era preciso estar mui ansioso de diversiones para aceptar convites de tal naturaleza; que una señora que conoce su posicion y sabe respetarse, no debia presentarse así con su familia, esponiéndose a *alternar* con jente desconocida.

Las razones para no asistir al paseo de D. Anselmo Rocaleal eran, como se vé, numerosísimas y poderosas; mas la víspera de la fiesta todas ellas habian desaparecido ante la locuacidad de Bermudes, de Fortunato y de varios otros jóvenes encargados de popularizar el paseo a fuerza de elogios. Ellos hablaron de la magnificencia de los preparativos, de la suntuosidad de la mesa, del entusiasmo que reinaria en la concurrencia, de modo que en dos dias el paseo de D. Anselmo era el objeto de las conversaciones en los

mas encumbrados salones de Santiago.

—¿Va Vd. al paseo de Rocaleal? preguntaba un jóven en alguna tertulia.

—No sé, no he pensado aun, contestaba una señora, mientras que sus hijas esperaban palpitantes la respuesta.

—Estará magnífico, decia otro jóven, en la noche se vá a iluminar todo el jardin con luces de colores.

—¡Ai, que bonito estará! esclamaba una de las niñas, consultando el semblante de la mamá.

—Se han comprado para la mesa todas las piñas y chirimoyas llegadas por el vapor, añadía el jóven.

—Las naranjas son traídas de Quillota, decia otro.

Estos anuncios eran seguidos de un corto silencio, que acusaba la profunda sensacion de los oyentes.

—¿A qué horas principiará? preguntaba la señora, sintiéndose atacada por la curiosidad, esta madre de las tentaciones mundanas.

—Oh! Vd. puede irse a la hora que guste, la respondia un mozo, a las dos o a las tres.

—Y como está tan cerca, observaba una de las niñas.

—Legua y media solamente.

—La comida la servirá el mejor hotelero de Santiago.

—Se han comprado las flores de todos los jardines para adornar las piezas y regalar a las señoras.

--Por eso he visto pasar por aquí tantos canastos de flores, decia una de las niñas.

Esta conversacion, con mas o menos variaciones, se repetia en todas las casas de tertulia, dando campo a los comentarios, a las suposiciones, a los proyectos, a las mentiras, a las alabanzas y a la crítica, que de ella nadie está libre, aun cuando se desviva por complacer a los otros.

La víspera del paseo las repugnancias y escrúpulos habian desaparecido, cediendo su lugar al entusiasmo en los convidados y al mas amargo desconsuelo en los que no tenian la dicha de serlo.

La víspera tambien, Fortunato y Bermudes se dirijieron a la celda de frai Ciriaco, preocupados siempre de aplazar el matrimonio de D. Anselmo.

El reverendo Ayunales dormia la siesta, haciendo sentir el trueno de sus ronquidos hasta en la parte exterior de su aposento.

Un lego que conducia a los dos jóvenes al traves de los patios silenciosos del claustro, entró en la celda de frai Ciriaco so pretesto de anunciarle la visita.

Los ronquidos cesaron un instante despues, y los dos jóvenes fueron introducidos por el lego.

La celda era una pieza larga y angosta, de techo bajo y paredes blanqueadas con cal. El mueblaje se componia de una mesa cubierta con un *rito* que servia de tapiz, seis sillas de madera, un lavatorio y la cama, que jemia bajo el peso de la robusta paternidad de frai Ciriaco.

Sobre la mesa y al lado de un libro de oraciones, se veia una pequeña bandeja con una botella de aloja, dos vasos y dos panales.

La pared estaba decorada con algunas imájenes de santos, y dos vidrios de la ventana, por la que el cuarto recibia su luz, estaban suplidos, durante un largo interinato, por pliegos de papel blanco pegados a los marcos de la ventana por medio de obleas.

Frai Ciriaco recibió a sus visitas restregándose los ojos.

—Creo que hemos interrumpido su siesta, mi padre, dijo Arastasio.

—No, no, me habia recostado despues de rezar, dijo Ayunales, llenando de aloja los vasos que habia sobre la mesa y pasándolos a los jóvenes: es de las monjas, añadió, acabo de recibirla.

—Vaya, por ser de las monjas, dijo Bermudes, empinando el vaso.

Fortunato hizo otro tanto.

—Riquísima, dijeron los dos a un tiempo.

Frai Ciriaco llenó uno de los vasos, lo tomó de un sorbo, y llenándolo de nuevo se sentó al frente de los jóvenes y tomó un panal que llevaba a su boca después de empapararlo en la aloja.

—El objeto de nuestra visita, mi padre, dijo Anastasio, es un asunto muy serio.

—¡Hola! ¿cómo así?

—Venimos a pedirle un favor, dijo Fortunato.

—Anastasio hizo una señal a su amigo, como diciéndole que dejara a su cargo las esplicaciones.

—¡Un favor! exclamó frai Ciriaco que mostraba gran cariño a Fortunato desde que conocía sus relaciones con las familias pudientes de Santiago; hablen Vdes. y si está en mi poder....

—Es favor, dijo Bermudes, que Vd. puede hacer a Fortunato, que sabrá agradecersele.

—Fortunato conoce todo el aprecio en que le tengo, dijo frai Ciriaco, sirviendo al joven un nuevo vaso de aloja.

Este se inclinó dando las gracias.

—Mi padre, dijo Anastasio, nos venimos a confiar en su talento.

—Favor que Vd. me hace Bermudes, dijo el reverendo, encantado con tanta amabilidad.

—Conocemos, prosiguió Anastasio, el

mèrecido respeto que D. Anselmo Roca-leal tiene por Vd. y la deferencia con que oye todos sus consejos, y esperamos que Vd. nos valga con su influjo en lo que nosotros nada podemos.

—Oh! con mucho gusto ¿de qué se trata?

—Mi tio quiere casarse, dijo Fortunato.

—Es cierto.

—Este matrimonio, por razones que Vd. sabrá perfectamente, disgusta a toda la familia.

—Pero Julia es una señorita que.....

—Que ha tenido y tiene amores con otro mientras engaña a D. Anselmo, dijo Bermudes.

—¡Sí! exclamó frai Ciriaco con admiracion.

—Vd. es caballero y no tememos en ser francos, dijo Anastasio, pues conocemos su discrecion.

—Oh! en cuanto a eso..... pero yo no sabia!.....

—Es una historia larga de la cual tenemos pruebas. Con esto Vd. imaginará la repugnancia de la familia por semejante matrimonio.

—Si es asi.....

—Ademas, los temores no son solo para el presente: figúrese Vd. que se verifique el enlace ¿calcula Vd. el infljo que esta mujer tomará sobre el buen caballero con el amor que tiene por ella?

—No hai duda que será inmenso.

—Julia es ambiciosa en extremo.

—Cierto que no la falta ambicion, dijo frai Ciriaco.

—Con esa ambicion, prosiguió Bermudes cada vez mas animado, tratará de aislar a su marido de todos sus parientes, para ponerle a cubierto de ejercitar con ellos su jenerosidad, le separará de sus relaciones y al cabo de algunos meses habrá conquistado tan bien la voluntad de D. Anselmo, que conseguirá el despedir de su lado hasta a su mismo confesor.

—¡Cierto! exclamó frai Ciriaco, estremeciéndose a la idea de perder su dominio sobre D. Anselmo.

Bermudes, satisfecho del efecto de sus palabras, continuó:

—De este modo Julia puede llegar a ser omnipotente en casa de su marido, porque ella habrá reemplazado a su familia y, lo que es peor todavia, Vd. no estará allí para guiarle con sus consejos.

—Cierto, mui cierto.

—Figúrese Vd. ahora a un hombre de la edad de D. Anselmo, enamorado de una mujer intrigante que le hará despreciar los consejos de su confesor.

—¡Oh!

—¿No será un hombre perdido?

—Sin remedio, enteramente perdido, dijo Ayunales.

—Fortunato y su familia están tan convencidos de ese peligro, que me han encargado que interceda por ellos con Vd., para que emplee todo su valer con don Anselmo a fin de impedir este enlace.

—Y yo les prometo hacer cuanto pueda para satisfacer sus deseos.

—Vd. nos hará un gran servicio y empeñará nuestro eterno reconocimiento, dijo Fortunato.

—No aseguro el poder triunfar, pero haré cuanto sea posible para ello, le contestó frai Ciriaco.

Despues de esto Bermudes, variando de conversacion, ponderó el valimiento de Fortunato en casa de doña Rita, señora que podia tener un gran influjo en el capítulo del convento de frai Ciriaco. El reverendo Ayunales consideró como un favor de la Providencia la visita de los jóvenes, que le ponía en guardia para poder conservar los favores de D. Anselmo y le granjeaba al mismo tiempo nuevos apoyos, que le servirían poderosamente para escalar el primer puesto de su órden.

—Esta visita, dijo Anastasio a Fortunato cuando se hallaron en la calle, tiene para tí dos esperanzas.

—¿Cómo? tú crees conseguir con ella nuestro objeto?

—No estoi seguro de ello precisamente,

pero aun no lográndolo, siempre puedes recibir un beneficio.

—¿Cómo así?

—Porque si frai Ciriaco no impide el matrimonio, quedará mal probablemente con tu tio y será para tí un enemigo menos que le esté sacando los reales que pueden ser herencia tuya.

Estas palabras, dichas sonriéndose por Bermudes al despedirse de Fortunato, manifestaron a éste que su amigo era de esos hombres que saben sacar partido de todo y para los cuales el fin justifica siempre a los medios.

XXV.

En ese dia tambien Amelia decia a su madre:

—Aun nos queda una esperanza, mamá.

Doña Rosa alzó ácia su hija una mirada llena de melancólica incertidumbre. Los pesares de aquellos últimos dias habian destruido en ella hasta la esperanza, la flor mas duradera del brillante ramo de la ilusion.

—¿Una esperanza, hija? ¿cuál?

—Vd. sabe que Margarita Mantoverde me ha querido mucho siempre y que ella tiene gran influjo sobre su padre.

—En asuntos de dinero lo dudo mucho, dijo doña Rosa, a quien la experien-

cia habia regalado ya muchas de sus amargas verdades.

—Su padre no la niega nada, replicó Amelia y yo he resuelto ir a verla para obtener algun plazo por medio de ella.

Doña Rosa comprendió al momento la sublime abnegacion de su hija, que olvidaba su rivalidad con Margarita para acordarse únicamente de su padre.

—Amelia, la dijo, ese plan revela la nobleza de tu alma.

—No, no hablemos de eso, dijo la niña tratando de repeler las lágrimas que vinieron a inundar sus ojos a la idea del sacrificio que se habia impuesto. Se trata de salvar a mi padre y de enjugar ese llanto que me desespera, añadió besando los húmedos ojos de su madre con anjelical ternura; es preciso, pues, poner mi plan en ejecucion ahora mismo.

—Si tú esperas algo de él.....

—Sí, tengo confianza en la amistad de Margarita; ella tiene buen corazon y estoy segura que hará cuanto pueda por servirnos. Además en mi visita no hai nada de extraordinario. ¿Cuántas veces no he pasado dias enteros en su casa? Ahora iremos como hemos ido siempre: Vd. me acompañará hasta la puerta, me dejará allí y cuando yo quiera volverme, ella me mandará dejar.

Al mismo tiempo que Amelia conven-

cia de este modo a su madre, echaba sobre sus hombros un pañuelo, tomaba para ella una modesta manteleta negra y trataba de comunicar la esperanza a doña Rosa, haciendo sonreír sus labios mientras que el dolor la desgarraba el pecho.

Amelia, con su pobre vestido de percalá y su sencilla manteleta, estaba sin embargo bellísima. La emoción daba a su rostro una palidez suave y diáfana, mientras que sus ojos llenos del fuego de la animación, hacían resaltar la hermosura de las crespas pestañas que los velaban, la indecible gracia de su boca perfecta, la pureza de su frente de niño, tersa, serena, altiva con su noble inocencia.

Al llegar a la casa, la madre y la hija se detuvieron.

—Voi a preguntar si está Margarita, dijo Amelia, dirigiéndose al criado que se hallaba en el cuarto del zaguán.

Doña Rosa esperó la vuelta de su hija, haciendo votos por la ausencia de Margarita. Había en su pecho tan poca confianza en la generosidad de los hombres, que la repugnaba ver a su hija en la necesidad de solicitar inútilmente aquel favor.

—Está en su cuarto, dijo Amelia volviendo. Hasta luego y tenga confianza, añadió apartando su vista para no desmayar con las lágrimas que asomaron a los ojos de doña Rosa.

Separáronse y Amelia se dirigió al cuarto de Margarita.

Al entrar, divisó a la elegante hija de D. Modesto absorta con la contemplacion de un vestido que habia sobre un sofá. La rica tela de aquel vestido se hallaba en perfecta armonía con los muebles y colgaduras de la pieza que ocupaba Margarita. Una blanda alfombra de tripe cortado apagaba el ruido de los pasos. El catre, las poltronas, las sillas y el sofá sobre el cual se veia el vestido eran de jacarandá tapizados de brocato celeste. Las cortinas de la cama y ventanas eran del mismo jénero y bajo de ellas se veian cortinas blancas con ribetes celestes. El peinador se hallaba cubierto de roseadores y botellas de formas diversas llenas con la rica perfumería inglesa de Hoking. La atmósfera de la pieza recibia el perfume de dos hermosos floreros llenos de delicadas flores, que se hallaban sobre una pequeña mesa y al lado de los cuales se veia ese sinnúmero de caprichosos adornos de porcelana y metal que vulgarmente denominamos con el nombre colectivo de *chiches*, palabra mui conocida en nuestro suelo de América.

Aquel lujo y la embalsamada atmósfera de la estancia oprimieron el corazon de Amelia, haciéndola pensar en la superioridad que debian dar a Margarita, a los

ojos de Fortunato, esos accesorios brillantes de la belleza, comparados con la humilde pobreza de su casa. En ese instante y por la primera vez de su vida, sintió Amelia la ambiciosa sed de dinero, la aspiracion al lujo, esta segunda atmósfera vital de la mujer, y como todos los pobres, pensó que el oro era la única llave que podria abrir para ella el templo fantástico de la felicidad.

—Si yo fuese rica, se dijo con amargura, él no me abandonaria.

Y tras esta reflexion, desgarrador lamento de su corazon entristecido, un hie-lo mortal hizo discurrir por sus venas la idea de la miseria que la obligaba a dirigirse a su amiga.

Margarita divisó a la niña, que permanecia inmóvil a la entrada del cuarto, sin atreverse a turbar la profunda contemplacion en que la veia.

—Amelia, exclamó Margarita corriendo hacia ella y estrechándola cariñosamente entre sus brazos, ¿qué buena idea has tenido de venir a verme? ¡Cuánto tiempo ha que no me dabas este placer!

—Muchos dias há que pensaba venir, dijo Amelia, sintiendo ensanchársela el corazon con aquella cariñosa acojida; pero no habia podido moverme de casa.

—Ven, siéntate aquí, dijo Margarita llevándola al sofá y arrojando el vestido

sobre una silla con soberbio descuido. ¡Ingrata! sabes cuánto te quiero y te pasas meses sin visitarme! A ver ¿qué has hecho en todo este tiempo?

—¿Yo? nada, apenas he salido de casa.

—Pues yo me he divertido mucho. Figúrate que nos perdimos en la procesion del viernes Santo.

—¿Sí? dijo Amelia tratando en vano sonreirse.

—Virginia y yo nos perdimos con Fortunato.... Tú le conoces ¿no es verdad?

—Nos conocemos desde niños, contestó Amelia cambiando de color.

—Es decir que son como hermanos. ¡Cuánto me alegro! Fortunato viene aqui casi todas las noches, dijo Margarita poniéndose ligeramente encarnada.

—Así he oído.

—¿Dónde? quién te lo ha dicho?

—No recuerdo, ¿y este vestido? preguntó Amelia para cambiar aquella conversacion que la entristecia.

—¿Ese vestido? ahora te diré; pero dime pues ¿dónde has oído hablar de las visitas de Fortnato?

—No sé, creo que en casa de sus primas.

—¿Y qué mas dicen?

—Oh, nada mas, exclamó Amelia temblando de oír una confidencia que destruiria sus dudas, esta tabla insegura, pero apetecible en los naufragios del amor.

—¡Creo que a sus primas no les gusta mucho las visitas de Fortunato aquí. Cuando me encuentran por la calle me miran con unos ojos espantosos que me hacen morir de risa. ¡Y qué caras tienen tan rubicundas! Nunca las he visto sino con manton. ¿Tú las visitas?

—No, las he visto en otra casa.

—Yo creo que son ellas las que han corrido mi casamiento con Fortunato: ¡son tan habladoras! Y aquí que no hai necesidad de mucho para que se pongan a sacar consecuencias: figúrate que no hacia un mes que Fortunato visitaba aquí, y ya corrian que tenia amores conmigo.

—¿Sí? dijo Amelia que no hallaba medio de evitar la confidencia y temia traicionarse permaneciendo en silencio.

—Te confesaré, prosiguió Margarita, que ello no es de todo punto infundado, porque Fortunato se dedicó mucho a mí desde su segunda visita.

Amelia se puso pálida como un cadáver y un estremecimiento nervioso se apoderó de su cuerpo.

—¿Qué tienes? te veo temblar, dijo Margarita; has palidecido mucho ¿estás enferma?

—No es nada, tengo desde esta mañana un fuerte dolor de cabeza.

—¿Quereis tomar algo? voi a llamar a la criada.

—Mil gracias, es inútil, Margarita, ya me siento mejor.

Y la pobre niña, por un violento y enérgico esfuerzo de su voluntad, serenó su semblante, que el dolor habia demudado.

—Te aseguro que estás bellísima así, dijo Margarita contemplándola; la palidez te sienta divinamente, y te confieso que si no mirases a Fortunato como a un hermano, tendria celos de tí, a quien únicamente temeria por rival.

—No, no lo temas, dijo Amelia, por hablar algo. Pero nada me dices de ese vestido que me parece mui lindo.

—Ahora te diré. Te contaba de Fortunato ¿no es verdad? pero tu no te imaginarás una cosa graciosísima.

—¿Cuál?

—Que hai otra enamorada de él.

—¿Otra? y quién es? preguntó Amelia, conteniendo con fuerza los latidos de su corazon.

—Virginia, contestó Margarita, de manera que nos encontramos de rivales: con esto me divierto muchísimo; porque Virginia me hace sus confidencias creyéndome indiferente.

—¿Y él? que dice de esto?

—El y yo, dijo Margarita, nos alegramos mucho de ese amor porque sirve maravillosamente a nuestros intereses. Mi

mamá principió a disgustarse de mis conversaciones con Fortunato y todos aquí en casa se complotaron para hacernos la guerra; pero él desvaneció entonces las sospechas dedicándose a Virginia, que se contenta con su amistad y nos sirve para desviar la observacion con que nos persiguen.

—¿De modo que tu mamá no aprueba tu amor? preguntó Amelia, sintiendo un alivio con aquella última confidencia.

—Creo que no, porque me han hablado mucho últimamente de un primo de mi papá que debe venir a Santiago a comprar casa y que es inmensamente rico; pero yo me cuido mui poco de eso y espero con impaciencia el dia de mañana, porque en el paseo de D. Anselmo podré hablar con mas libertad con Fortunato. Mira, voi a ir con ese vestido ¿qué te parece?

—Lindísimo.

Amelia no daba ya al vestido la importancia que al principio de su conversacion, de modo que dejó a Margarita detallar las particularidades del molde sin interrumpirla una sola vez. Hallábase perdida en ese sufrimiento espantoso de los primeros celos, que se aferran del corazon cuando las dudas se convierten en certidumbre. De todas las espinas de la vida, esta es la mas punzante sin disputa.

El alma humana, este foco de incesantes dolores, tan vasto para el pesar, tan pequeño para la alegría, repite en todos sus ámbitos el lúgubre sonido del primer desengaño, acallando la consoladora voz de la razon. Interrogad vuestros recuerdos, esas pájinas de la vida que hojeamos con tanto mas amor, cuanta es mayor la distancia que nos separa de la infancia, y no hallareis un solo placer, ni una sola de las plácidas alegrías de la inocencia que pueda en fuerza equipararse a vuestra primera decepcion de amor.

Amelia sucumbia bajo el peso de su duelo. Su frente se inclinaba abatida, asomaban a sus ojos las lágrimas y el movimiento de su pecho manifestaba los arranques tempestuosos de su pena mal reprimida.

—¡Dios mio! qué tienes Amelia! exclamó Margarita al notar la inquieta turbacion de su amiga.

Esta se echó en brazos de Margarita y prorumpió en sofocados sollozos. Su primer impulso fué confesarla su pasion desgraciada. El corazon busca siempre su desahogo en los consuelos de una confianza. Mas, bien pronto Amelia retrocedió ante la idea de implorar compasion de la persona misma que era origen de su mal. Luego el pensamiento de su padre, la noble fuerza de su sacrificio,

dió nuevo vigor a su espíritu abatido, y enjugando sus lágrimas, miró silenciosa por algunos instantes a Margarita.

—¿Pero qué tienes? volvió a preguntar esta, dime lo que te aflige, porque me desespera verte en ese estado.

—He venido con el objeto de pedirte un gran servicio, dijo Amelia consiguiendo al fin dominar su turbacion.

—¿Un servicio?... Habla, y si está en mi poder te juro que lo haré con placer.

—Gracias, siempre te he creído jenerosa y buena. Se trata de salvar a mi padre.

—¡A tu padre! ¿y qué peligro le amenaza?

Amelia confió a su amiga el deplorable estado de los negocios de D. Diego.

—De modo, concluyó diciendo, que la suerte de nuestra familia está en manos de D. Modesto y tú puedes conseguir que él conceda un plazo a mi padre.

—Se me ocurre una idea, dijo Margarita: ¿no seria mejor que tú hablastes a mi padre? Yo te llevaré y estaré ahí contigo para apoyarte; así no podrá negar lo que a mí sola talvez no concederia.

Amelia vaciló algunos instantes, pero cobrando nuevo valor con la idea de salvar a su familia:

—Bueno, dijo, iré si te parece que así puedo alcanzar lo que pido.

—Ven por aquí, esta es la hora en que

mi padre está solo en su cuarto, así tendremos mas libertad.

Y al decir esto se dirigió a la habitación de D. Modesto seguida por Amelia.

Margarita abrió la puerta del cuarto sin golpear ni anunciarse e hizo señas de entrar a su amiga.

Amelia avanzó temblando. Aquel paso era tan extraño en su vida, tan diverso de los modestos hábitos de su existencia aislada y pacífica, que la pobre niña sentía flaquear su entereza al aproximarse el momento decisivo.

D. Modesto se ocupaba en su bufete de arreglar las cuentas de sus numerosas especulaciones. Inclinado sobre el papel y con la pluma en la mano, solo notó la presencia de las dos niñas cuando estas se hallaban ya muy próximas a él. Alzó entonces la vista, abandonando su trabajo, y púsose cortesmente de pié al divisar a Amelia.

—Papá, dijo Margarita, le traigo esta niña que desea hablar con Vd.

—Señorita, dijo el capitalista saludando a la hija de D. Diego, me tiene Vd. a sus órdenes, sírvase Vd. sentarse.

Amelia ocupó la silla que mostraba don Modesto, pidiendo valor al cielo para poder hablar.

Margarita se apoyó en el escritorio de su padre, y se puso a jugar con una plu-

ma, golpeando con ella el tintero para interrumpir con algun ruido el silencio que reinó en la pieza durante algunos momentos.

—Amelia viene para hablar con Vd. sobre un asunto de su padre, dijo Margarita, al ver que su amiga temblaba sobre su silla sin atreverse a tomar la palabra.

—¿De su padre? repitió el capitalista frunciendo el ceño.

—Sí, señor, dijo Amelia con turbada voz y sin ver el jesto poco alentador de D. Modesto; me he resuelto a venir donde Vd. porque sé que tiene en sus manos la suerte de mi familia. Mi padre, señor, ha trabajado largos años con dedicacion y honradez: negocios desgraciados le han hecho atrasarse en sus pagos y mañana será ejecutado y conducido talvez a la cárcel, si Vd. no se compadece de su posicion y no firma las esperas que sus otros acreedores le conceden.

Amelia bajó la vista no atreviéndose a leer su sentencia en el rostro de D. Modesto, mientras que este habia dejado su silla y se paseaba a lo largo de la pieza.

—Señorita, dijo por fin deteniéndose delante de Amelia, yo reconozco el empeño de su padre y acato su honradez; accederia gustosísimo a lo que Vd. me pide si me fuese posible; pero es necesario que Vd. piense que todos tenemos ne-

cesidad de nuestro dinero para poder vivir.....

—Pero, señor, exclamó Margarita interrumpiéndole con admiración, son cuatro mil pesos solamente!

—Esa suma está comprendida en mis cálculos para los pagos que debo hacer, de modo que si ella me falta será un trastorno en mis negocios.

Amelia inclinó su frente sobre el pecho y no trató ya de contener sus lágrimas, que rodaron sobre sus pálidas mejillas.

—Pero, papá, exclamó Margarita, don Diego trabajará para hacer ese pago.

—Cállate, tú nada entiendes de negocios, la dijo D. Modesto secamente; aun suponiendo que yo no tuviese una necesidad imperiosa de esa suma, el conceder esperas sería ya una fuerte pérdida para mí, puesto que muchos de mis deudores, que se encuentran en el caso de D. Diego, se creerían con derecho a obtener igual concesión.

—De modo, señor, que Vd. no puede hacer a mi padre ese servicio, dijo Amelia levantándose y enjugando su llanto.

—Y lo siento en el alma, señorita, contestó D. Modesto; mis deberes de padre de familia me obligan a ahogar la voz de mi deseo: si su padre de Vd. pagase siquiera la mitad de esa suma, en ese caso

tal vez podríamos hacer algun arreglo.

—Le haré conocer esa condicion, señor, dijo Amelia haciendo un profundo saludo.

En sus ojos el llanto se habia secado repentinamente; una fuerza desconocida daba a su voz un tono enérgico y seguro, y al retirarse, su paso era digno sin orgullo ni afectacion.

Margarita la seguia con el rostro encendido por la vergüenza y los ojos anegados en lágrimas.

—Mira, la dijo su padre acercándose a ella antes que saliese y bajando la voz para no ser oido por Amelia, nunca me vuelvas a traer visitas de esta clase.

Llegadas al cuarto de Margarita, las dos niñas se echaron llorando en brazos la una de la otra: la enerjia que Amelia habia hallado en su orgullo herido la abandonó en ese momento y solo vió desde entonces los llantos de su madre y la sombría desesperacion de D. Diego.

XXVI.

En la noche de aquel dia Fortunato y Anastasio entraron de visita en casa de Mantoverde.

Las conversaciones del salon de doña Rita eran animadas y alegres: hablábase del paseo del dia siguiente, contábanse anécdotas y reminiscencias de paseos an-

teriores, estasiábanse todos sobre las delicias campestres como jentes que, viendo solo el campo en dias de diversion, se figuran que todos los del año reina en él la misma alegria y novedad. Tras los recuerdos venian los proyectos y la enumeracion de las personas que debian asistir, dando cada cual sus razones para la asistencia o inasistencia de las familias convidadas. Tal familia iria indudablemente porque se habia visto a una modista arreglando un sombrero para una de las niñas de la casa; tal otra no podria presentarse en el paseo porque la mamá habia dado a luz en aquellos dias un nuevo miembro a la familia: agregábase que esta circunstancia tenia desesperadas a las hijas, porque a la mamá se le antojaba siempre enfermarse cuando ocurría alguna diversion. Unas irian indudablemente, porque nunca perdian paseo, y otras faltarian porque no las habian rogado bastante; continuándose de este modo la charla jeneral, amenizada con particulares observaciones sobre cada familia.

De todas las personas que se hallaban en la sala, Margarita era la que menos parte tomaba en la conversacion jeneral. Era vaga y distraida su mirada, mientras que su rostro mostraba una tristeza mal reprimida que contrastaba notablemente con su habitual alegria.

Fortunato se acercó a ella, aprovechándose de la distraccion de todos los que tomaban parte activa en los comentarios anticipados del próximo paseo. Solo una persona notó el movimiento del jóven y esta fué Virginia, cuyos ojos buscaban siempre los de Fortunato.

Este se colocó con afectada distraccion al lado de Margarita.

—Vd. no parece desear mucho este paseo, la dijo, porque la veo mui preocupada.

—Es cierto que pensaba en una cosa mui distinta, dijo ella con triste acento.

—¿Se puede saber en qué?

—Sí, y Vd. mejor que nadie, porque se trata de una persona que Vd. conoce mucho.

—Mas bien querria que hablásemos de nosotros antes que de un tercero.

—Vd. sabe que aquí es imposible, porque todos nos observan y tratan de oirnos.

—En tal caso, me contentaré con hablar de esa persona que la tiene a Vd. tan preocupada.

—¿Sabe quién es? es Amelia, su amiga de Vd.

Fortunato recibió aquellas palabras como el que siente un golpe dado a traicion, bien que la idea de que Margarita pudiese estar celosa de Amelia, no le dejó de halagar cariñosamente su vanidad.

—¡Nada me responde Vd.! dijo Marga

rita sin notar la turbacion del jóven.

—Espero lo que Vd. va a confiarme.

—Esta mañana, Amelia vino a verme.

—¿Sí?

—Pero Vd. no se figurará el objeto de su visita.

—Es verdad que no lo adivino, contestó Fortunato, esperando oir los celosos cargos que agradaba de Margarita.

—Su padre ha quebrado.

—¡Ha quebrado! exclamó el jóven arrancado violentamente a su esperanza por aquella noticia.

Fortunato recién iniciaba su carrera en el zarzal de la vida, donde a semejanza de las ovejas que van dejando en las ramas del camino su blanca vestidura, el hombre va perdiendo poco a poco los instintos jenerosos de su corazon. Aun habia cuerda de su alma en la que los dolores ajenos encontraban un eco de simpatia, y la idea de Amelia abandonada a las espantosas privaciones de la miseria, despertó de súbito sus instintos jenerosos e infundió a su pecho una inmensa tristeza.

—Sí, ha quebrado, repitió Margarita, y Amelia vino aqui para solicitar esperas en favor de su padre.

—¿Y..... las consiguió? preguntó Fortunato con indecible interes.

—No, fué imposible, dijo ella bajando la vista.

—¡Pobre Amelia!

—La idea que me desespera, añadió la niña, es la de pensar que con solo dos mil pesos esa pobre familia se salvaria tal vez de la desesperacion.

—¡Dos mil pesos! Ah, yo los buscaré, exclamó Fortunato lleno de noble compasion.

Margarita le miró con amor. Todo arranque de jenerosidad encuentra siempre admiracion y aprecio en el alma de la mujer. Sus ojos, en los que a duras penas contenia las lágrimas que aquel recuerdo la traia, tomaron la espresion sublime de la apasionada ternura que Fortunato encendió en su pecho con sus jenerosas palabras. Iba a darle las gracias por ellas, cuando la voz de su mamá la sacó de su elevado arrobamiento.

—Ya está el té, Margarita, dijo la señora, que durante aquella conversacion tomaba mil posturas en su asiento buscando un buen pretesto para interrumpirla.

La niña se paró disimulando su disgusto y fué a la pieza inmediata en la que se servia el té.

Fortunato buscó despues en vano un medio de anudar su conversacion: doña Rita, Virginia y varios otros parientes de la familia, puestos en alarma desde aquel instante, dirijieron con nuevo empeño su

porfiada observacion sobre Margarita.

A las diez de la noche Fortunato salió de la casa, confundiendo bajo el mismo anatema a la madre de Margarita y a sus officiosos parientes hasta la cuarta jeneracion.

Pero bien pronto el recuerdo de Amelia disipó su disgusto y le trajo la idea de pagarla sus pesares salvando a su familia.

—Mi tio Anselmo, se dijo mientras caminaba, puede servirme ahora: el buen tio se encuentra feliz porque se cree amado; es imposible que la felicidad no le haga un tanto mas jeneroso que de costumbre.

Al llegar a la casa de D. Anselmo, Fortunato se halló con la puerta cerrada. A sus golpes y despues de haber esperado mas de diez minutos, la vieja criada de D. Anselmo entreabrió la puerta, diciéndole con voz acatarrada:

—¿Quién es?

—¿Está mi tio? preguntó el jóven queriendo entrar.

—No señor, no ha llegado aun.

Fortunato dió un suspiro y volvió las espaldas a la vieja, tomando el camino de su casa.

XXVII.

Al siguiente día volvió Fortunato a presentarse en casa de D. Anselmo: eran las nueve de la mañana y la criada contestó que su patron estaba durmiendo.

Fortunato dió una vuelta por la plaza, recorrió el portal y el pasaje, se paró a contemplar las ventanas de las tiendas que principiaban a abrirse y anduvo errante por las calles hasta que oyó sonar las diez en el reloj de la casa de correos. A esta hora D. Anselmo dormía aun, puesto que no había llamado para pedir su mate.

El jóven, para engañar su impaciencia pensó en ir a casa de Amelia y comunicarla su proyecto; pero le faltó el valor para presentarse ante la niña sin llevar una palabra de consuelo. Instalóse resueltamente en la pieza contigua al cuarto de dormir de D. Anselmo y esperó pensando en los placeres del paseo y en la necesidad de socorrer a D. Diego Almiro.

La obstinacion con que sus ideas volvian siempre al recuerdo de Amelia, le hacia sentir que el deseo de enriquecerse y su nuevo amor por Margarita no habian aun borrado la traza de su primera pasion. Las primeras sensaciones del hombre, en la rejion del sentimiento sobre

todo, dejan en el alma una memoria indeleble porque son las mas puras a la par que las mas espontáneas. Asi Fortunato, bien que dotado de una de esas organizaciones vulgares y exentas de la exaltacion con que otras mas delicadas acogen la parte poética de la vida, sentia despertar los recuerdos de su amor con Amelia, al ocuparse del modo de salvarla de la desesperacion.

La voz de su tio le sacó del campo siempre dulce y melancólico de los recuerdos, llamándole a la realidad de su situacion. Eran ya las once de la mañana.

D. Anselmo se hallaba en cama y fumaba un cigarro para disipar el sueño, cuando Fortunato entró en el aposento.

—¡Cómo! ¿todavia estas aquí? exclamó al ver a su sobrino. ¿No me prometiste marcharte a las ocho para arreglar las piezas en la chacra?

—He enviado ya a Anastasio que se encarga de todo, dijo Fortunato; yo he tenido precision de quedarme porque debia verme con Vd.

—Bueno, si es asi, no tengo nada que decir, ese Bermudes es un muchacho mui listo. ¿Y habrá mucha jente?

—Cuanta hemos convidado.

Fortunato, para prevenir en su favor el ánimo de su tio, le refirió entonces los medios de que se habian valido para des-

pertar el entusiasmo en la sociedad por el paseo de aquel día, recalcando sobre la repugnancia que al principio se manifestaba para aceptar los convites.

El buen tío le miraba lleno de admiración y reconocimiento. Para él, de aquel paseo dependía la adversa o favorable acogida que la sociedad haría a Julia, lo que era equivalente a jugar su felicidad en la empresa.

—¿Y doña Rita irá también? preguntó D. Anselmo.

—Ella, su marido y toda su familia, dijo Fortunato. Lo que hai de notable es que ahora habla de Julia con mucha mas consideración que antes.

—Bravísimo, ese es un paso mui importante.

—Tanto que ese nos asegura el éxito puesto que, como Vd. sabe, la familia Mantoverde es una de las que dan el tono; si ella recibe bien a nuestra protegida, todos la levantan en palmas de mano.

—Si es así, mi felicidad será completa, exclamó D. Anselmo levantándose entusiasmado.

—Y la mía no, dijo tristemente Fortunato.

—¿Por qué? qué te falta?

—Vengo a pedirle un servicio del cual depende mi felicidad.

—¿Un servicio? cuál?

—Necesito dos mil pesos.

Don Anselmo quiso moralizar, pero su alegría le quitó el valor para hacerlo.

Fortunato se aprovechó de su silencio para contarle la causa de aquella necesidad, empleando en ello su mas elocuente lenguaje.

—Don Diego, dijo el tio, es un hombre mui fastidioso y poco agradecido.

—No es para él el servicio sino para mí, dijo Fortunato; quiero salvar de la miseria a una pobre niña inocente.

—Bien, dijo D. Anselmo, mañana los tendrás; pero es preciso que inmediatamente te vayas a la chacra a arreglar la mesa.

—Y o quisiera antes de irme sacar a esa familia de la angustia en que se encuentra.

—Ahora es imposible, no tengo aqui dinero.

—Todo se salva con un documento que Vd. me firme: esto basta.

Entonces D. Anselmo escribió un vale de dos mil pesos a la orden de Fortunato.

Este se habia hecho la sencilla reflexion de que despues del pasco y cuando todos los proveedores de víveres y frutas acudiesen con sus cuentas, su tio no se mostraria ciertamente tan ascequible y jeneroso.

Cuando Fortunato doblaba cuidadosamente el papel con el que esperaba vol-

ver a Amelia la felicidad, la puerta se abrió con estruendo y la vieja criada introdujo, inclinándose llena de respeto, al reverendo Ayunales.

Fortunato le saludó con cariño y se separó de su tío prometiéndole ponerse en marcha al instante.

D. Anselmo recibió a su confesor con la sonrisa en los labios cediéndole su poltrona.

—¿Con que hoy dá Vd. un gran paseo? dijo frai Ciriaco acomodándose en la silla.

—Sí, es un paseo a mi chacra; ¿quiere Vd. ir conmigo?

—Gracias. ¿Sin duda la Sta. Julia será una de las primeras convidadas?

—La he convidado en efecto, y tengo en ello una segunda intencion.

—¿Cómo así? tambien tiene Vd. segundas intenciones?

—Oh! intenciones honestas y dignas se entiende. Hé aquí mi plan: Julia, como Vd. sabe, bien que de mui buena familia, ha vivido alejada por su pobreza de la sociedad, en la que yo deseo introducirla, de manera que en este paseo la haré conocer y relacionarse con las principales familias de Santiago.

—¿Y con qué objeto?

—Porque ella será mi mujer y.....

—Aun está Vd. con esa idea; pues amigo lo siento.

—¡Lo siente Vd.! exclamó D. Anselmo

palideciendo. ¡Cómo! Vd. mi padre repueba el matrimonio, la institucion mas moral del cristianismo!

—No, no, léjos estoi de reprobarlo en jeneral; pero sí en el caso presente.

—De modo que Vd. me aconseja vivir siempre soltero y espuesto, por consiguiente, a todo jénero de tentaciones.

—Tampoco: Vd. no me comprende, mi buen amigo.

—Confieso que es la verdad: no le comprendo, dijo D. Anselmo buscando el sentido de las palabras de frai Ciriaco.

Este tomó un aire grave y profético, despues de colocarse en una actitud llena de finjida dignidad.

—Vd. no me comprende, mi amigo don Anselmo, dijo, porque Vd. no puede comprenderme.

—Así es, contestó el tio de Fortunato, que, profesando una ciega veneracion por su confesor, creyó que acababa de oir un argumento irresistible.

—¿Sabe Vd. con quién desea casarse?

—Con Julia Valverde, me parece.

—Pero ¿sabe Vd. qué clase de mujer es esta?

—Mui honrada, segun creo, contestó D. Anselmo, inclinando humildemente la cabeza.

—¿Y ha indagado Vd. el estado de su conciencia?

—No, ni he pensado en hacerlo.

—No hablaremos nada de sus amores con un jóven Peñalta, que Vd. ignora talvez; pero vamos a un punto esencial: Vd. sabe que Julia es viuda de un ingles.

—Sí.

—Pero no habrá llegado a su noticia que al casarse ella adoptó la religion de su marido ¡y se hizo protestante!

—¡Protestante! exclamó D. Anselmo dejándose caer desalentado sobre una silla.

—Sí, mi amigo, es protestante: ahora vea Vd. cómo puede arreglar su amor con su conciencia, a menos que Vd. prefiera renegar sus creencias y hacerse protestante tambien.

—Oh! nunca, nunca, exclamó horrorizado el buen viejo; pero ¿qué hacer despues de los compromisos que tengo con ella? añadió dirijiendo a frai Ciriaco una mirada suplicante.

—En primer lugar, prometerme que Vd. no revelará a nadie este secreto.

—Asi lo haré, mi padre; pero es preciso que Vd. no me abandone.

—Yo pensaré en los medios de arreglarlo todo, dijo doctoralmente frai Ciriaco.

Despues de esta revelacion se despidió de su aflijido amigo, dejándole entregado a los terrores de su conciencia.

Don Anselmo, cediendo a un primer

mpulso, pensó dirigirse a casa de Julia y echarla en cara lo que él llamaba un engaño; pero la promesa formal que acababa de hacer a frai Ciriaco le detuvo al salir. Su espíritu, acostumbrado a la mas ciega veneracion por las palabras de su confesor, se aterrorizó a la sola idea de violar su palabra: contúvose, pues, a duras penas y para huir de la fuerte tentacion que le arrastraba á la casa de Julia, se puso inmediatamente en marcha para su chacra a inspeccionar los aprestos del paseo.

XXVIII.

Las viejas costumbres van de partida. Si ellas se llevan su bagaje de preocupaciones, las desearemos un viaje feliz, resignándonos a perder la franca cordialidad que con ellas desaparecerá, los hábitos sencillos que la incómoda etiqueta va reemplazando; la económica simplicidad que ha cedido su puesto al lujoso boato de la moderna civilizacion. El bien, en todas las esferas de la vida, tanto en el dominio material cuanto en las elevadas rejiones de la intelijencia, ha sido siempre un fruto cuyo cultivo ha exigido penosos aunque indispensables sacrificios. Nuestros padres daban paseos al campo, pero no como los nuestros.

Una carreta provista de fiambres, algunas botellas de vino y otras de cerveza, formaban el total de las provisiones que se enviaban anticipadamente al lugar de la cita: una harpa, una guitarra y a veces un ravel tocado por algun rústico Paganini, componian la orquesta, al compas de la cual se ajitaba entusiasta la jeneracion que nos ha precedido.

Nosotros tenemos paseos de mas tono, somos *fashionables* hasta en el campo, y *dilettantis* aun bajo el espeso follaje de los bosques campesinos. La mesa de nuestros paseos la sirve un fondista frances, la música ha de ser delicada y moderna, pues hiere desapasiblemente nuestros oidos lo que deleitaba los de nuestros padres.

Nuestras costumbres, en una palabra, en materia de diversiones campestres, han hecho olvidar los paseos a tomar mate de leche y reemplazarlos por verdaderas *parties de campagne* o *pic-nic* y como es nuestra jeneracion la que dá la despedida a los usos de antaño, creeriamos faltar a un deber dejando de consignar aquí esta faz de nuestra lenta revolucion social.

D. Anselmo, bien que perteneciese por su fecha a la jeneracion que merece nuestros respetos, conocia sin embargo que para llenar las exigencias del dia no bastaban los modestos preparativos que habian satisfecho a los galanes de su tiem-

po. Fortunato fué encargado de los aprestos del paseo y ya conocemos las causas que le obligaron a permanecer en Santiago hasta despues de las once de la mañana.

Daba la una cuando D. Anselmo, perdido en las reflexiones que despertó en su espíritu la reciente e inesperada revelacion de frai Ciriaco, tomaba el camino de su chacra, lleno de amargos y funestos presentimientos. Cada persona que al pasar por la calle divisaba con aspecto de europeo, representaba para él un hereje o protestante y de aquí sus ideas poblaban de horribles fantasmas su apurada situacion.

Al llegar a la chacra fué recibido por algunos convidados que, mas matinales que los otros, habian llegado ya a gozar de las delicias agrestes.

D. Anselmo, con la mira de buscar una distraccion a las ideas que lo atormentaban, convidó a beber a sus amigos, tratando de manifestar una alegria que estaba mui lejos de sentir en aquel instante; de manera que a la llegada de las primeras familias, los humos del oporto habian dado al semblante del anfitrión un tinte rojo y animado, que hacia gran contraste con la espresion pensativa de sus ojos.

Fortunato salió a recibir a las personas que iban llegando, despues de asegurarse de la distribucion y buen servicio de la

mesa, a la que Anastasio daba la última mano.

Bien pronto se presentó la familia de Mantoverde en su magnífico coche de viaje, tirado por una pareja de hermosos caballos negros, conducidos por un *jockey* elegantemente vestido. Del coche bajó primero D. Modesto que sirvió de apoyo para salir a su noble consorte, luego se mostró Margarita, vestida con el traje que habia hecho ver a Amelia en el día anterior: la jóven se apoyó en el brazo de Fortunato que habia ocupado el puesto de D. Anselmo en una vuelta que este dió a arreglar el vestido de doña Rita. Virginia bajó en seguida, dando el brazo a Bermudes que se colocó tras de Fortunato.

Anastasio iba a cerrar la puerta del coche cuando apareció en ella la cabeza de una persona que bajó sosteniéndose con dificultad. Su aspecto era el de un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, bien que la gordura de su cuerpo podia hacer equivocarse al fijar su edad. Su rostro era de esos que revelan la inocencia conservada a despecho de los años, y sus ojos, sujetos a una perpétua movilidad, imprimian a su fisonomia el aire de una persona en la que la curiosidad llega a tomar la fuerza de una pasion.

— ¿Quién es ese caballero tan bien

mantenido? preguntó Fortunuto a Margarita, al pasar una silla que colocó al lado de doña Rita.

—Es mi tío Crispin, el que viene a comprar casa, contestó la niña en voz baja.

—Para Crispin está un poco gordo, dijo Fortunato.

—Así es, estoy mas repuesta, dijo doña Rita que oyó solo la última palabra y creyó que la iba dirigida.

D. Crispin, entre tanto, llegó al corredor de la casa en donde iban sentándose las personas que llegaban, y fué presentado a todos por D. Modesto.

Mientras se hacian las recíprocas saluciones, un nuevo coche habia entrado al patio y parándose a poca distancia de la casa. En él se veia a la bella Julia y a su madre.

En este instante hubo un momento de escitacion por parte de D. Anselmo: la vista de Julia hizo subir en oleadas ardientes a su rostro su sangre avivada ya por los vapores del vino que acababa de tomar. La revelacion de frai Ciriaco resonó en su memoria como un anatema y se figuró que todos los circunstantes, sabedores de aquel extraño secreto, fijaban en él sus miradas investigadoras. Pero su indecision duró solo unos cuantos segundos, porque D. Crispin llamó su atencion diciéndole:

—Creo que llegan unas señoras.

De manera que D. Anselmo, en la imposibilidad de evadirse afectando hallarse distraído, avanzó ácia el coche, del que principiaban a bajar Julia y su madre.

Entre tanto, las conversaciones de las personas que se hallaban en el corredor habian cesado, mientras Julia se adelantaba dando el brazo a Fortunato y doña Clara a D. Anselmo. La ambiciosa viuda tuvo que recurrir a todo su despejo para marchar con dignidad, adelantándose ácia todas aquellas personas que fijaban sus ojos en ella, analizando su traje con insolente curiosidad.

La vergüenza y el despecho hicieron subir las colores al rostro de Julia, aumentándose de este modo su natural belleza y presentándola un aire de inocente candor, que despertó las simpatías de los que la observaban, por el sello de modestia con que ella supo tambien dar mayor realce a la confusion que habia cubierto de tintes rosados su semblante.

D. Anselmo presentó a Julia, a la familia de Mantoverde y a cada uno de los otros convidados, con lo cual se restableció la conversacion. Doña Rita, para halagar la vanidad del autor de aquella fiesta, colocó su silla al lado de la de Julia, que con finjida humildad habia ocupado un asiento distante.

La conversacion se hizo entonces mas animada y jeneral, hablándose del camino, de sus puentes y pantanos, indagándose el nombre de los dueños de las chacras vecinas y ponderándose la situacion de la de D. Anselmo.

Este, alentado con la acogida cariñosa que doña Rita habia hecho a Julia, comenzaba a sentir renacer en su pecho la tranquilidad y el contento, murmurando solo de cuando en cuando:

—¡Ah, si no fuera protestante!

Y fascinado por las miradas que Julia le dirijia en medio de su conversacion, miradas en las que el amor y el reconocimiento iban mezclados con hábil maestria, el amartelado galan añadia, arrastrado por su pasion:

—Le daré a frai Ciriaco lo que quiera por que la convierta.

Su conciencia, acostumbrada desde la infancia a la mas absoluta humildad, no concebía aun la idea de emanciparse de su preocupacion y arrojarse en brazos de su amor, por mas que a cada momento nuevas miradas sentimentales de Julia derretian el hielo de la indiferencia con que habia hecho propósito de armarse durante aquel dia.

El ruido de un nuevo carruaje y la algarazara de los que en él venian, llamó la atencion de los convidados.

Acababa de entrar en el patio de la casa, tirado por una yunta de bueyes, uno de esos vehículos llamados carretones, tan usados por nuestros abuelos para paseos campestres y de los cuales quedan apenas algunos viejos ejemplares en nuestra civilizada capital. En este carreton venia la familia de D. Tiburcio Rostroalbo, compuesta de doña Petronila, sus dos hijas Raimunda y Felicianita, dos niños, de trece años el uno y el otro de once, sin contar una ama de leche que traia en sus brazos a una criatura de dos años.

Los dos niños, José del Cármen y José Dolores, apostados en la puerta delantera del carreton y armados de largos palos de colihue, ayudaban al carretero en su tarea de picanear a los bueyes, que entraron al patio a trote largo, imprimiendo violentos movimientos al carreton, con lo que los de adentro lanzaban descomunales carcajadas y desesperados lamentos, que se confundian con las voces descompasadas que empleaban los dos muchachos para estimular a los bueyes en su carrera.

Los animales, rendidos por tan inusitado esfuerzo, llegaron jadeantes a detenerse a dos varas del corredor, en que don Anselmo y sus convidados se encontraban contemplando aquella entrada estrepitosa.

— ¡Jesus! exclamó para sí D. Anselmo al divisar el número de personas que el antiguo carreton conducia ¡se han venido hasta con el chiquillo y su ama!

Fortunato, un tanto desconcertado con aquel incidente delante de Margarita y su familia, se acercó a D. Anselmo y entre risueño y confuso:

— Para qué fué a convidar a esta familia, le dijo, tratando de engañar su despecho con aquella tardia reconvencion.

— Y si no lo hubiese hecho me desollaban vivo, le contestó D. Anselmo, que no hallaba cómo ocultar los colores de su rostro a la noble familia de Mantoverde.

— Tio, tio, ¿qué le parece? gritaron a un tiempo los dos muchachos, saltando del carreton al suelo con sus largas picanas; les hemos *fujado* tupidito a los bueyes en todo el camino, así es que ya revientan.

— Hablen mas despacio, les dijo D. Anselmo por lo bajo ¡qué no ven que hai jente!

Doña Rita miraba entre tanto a D. Modesto, con ese aire de desprecio aristocrático que puede traducirse por estas dos palabras.

— ¡Qué jentes!

Al mismo tiempo, por la puerta trasera del carreton bajaban D. Tiburcio, su esposa, sus dos hijas y la nodriza, dando cada cual un salto mas o menos caracte-

rístico, pero que todos despertaban la hilaridad de los que desde el corredor los estaban observando.

D. Anselmo y Fortunato, tratando de sonreír con amabilidad a sus intempestivos parientes, se sentían como dos infelices colocados en la picota a la vergüenza pública.

Feliciano Rostroalbo había quedado la última en el carretón y no quería bajar de él.

—Salta, niña, no tengas miedo, la decía doña Petronila, arreglándose el vestido que los vaivenes y saltos del carretón habían ajado notablemente.

—Pero, mamá, si hai tanta jente, decía la niña sin atreverse a saltar.

—¿Y cómo yo salté? dijo Raimunda, riéndose de los temores de su hermana.

—Bueno, pero yo no quiero que me vean las piernas, exclamaba la afligida Feliciano.

—¡Jesus, qué niña tan tonta! dijo la madre.

Fortunato, para poner término a aquel diálogo, y desesperado con las mal reprimidas risas que oía a sus espaldas en el corredor, trajo una silla, y poniéndola a la puerta del carretón, ayudó a bajar a Feliciano.

—¡Eso sí que se llama ser galán! gritó José del Cármen al ver a Fortunato dar

la mano a su prima para ayudarla a bajar.

—¿Y cómo dicen que está templado con otra? dijo en el mismo tono José Dolores, que interrumpió su observacion por una mirada furibunda de Fortunato.

Pero la amenazadora mirada del jóven no produjo tan pronto aquel efecto, que impidiese resonar las alegres carcajadas con que todos los jóvenes acojieron las observaciones de los dos muchachos.

Don Tiburcio miraba a los concurrentes con ese aire de papá que se felicita de la admiracion que las agudezas de sus niños producen en los oyentes.

Don Anselmo quiso poner fin a aquella escena, pasando el brazo a su hermana para alejarla del funesto carreton; pero su tortura no estaba aun terminada.

—Mira, Tomasa, dijo doña Petronila, dirijiéndose a la mujer que cargaba a su último vástago, pásame al niño y baja los canastos.

—¡Canastos! ¿qué canastos? preguntó desesperado D. Anselmo.

—Son algunas frioleras que tu hermana quiso traerte, dijo con semblante risueño.

Fortunato y su tio se miraron palideciendo.

En este intervalo, Tomasa habia bajado dos enormes canastos que puso a los pies de doña Petronila.

—Bien está, que los lleven allá adentro, dijo D. Anselmo, intentando de nuevo arrastrar a su hermana.

—Aguárdate, Anselmo, déjame enseñarte estos duraznos que me mandó frai Ciriaco de regalo, dijo la porfiada matrona.

—Mujer, me los mostrarás allá adentro, la dijo entre dientes D. Anselmo, que invocaba a todos los santos en su auxilio.

Doña Petronila sin oír la amonestacion de su hermano, se habia inclinado ya sobre uno de los canastos y puéstose a revolverlo en todo sentido.

—¿Qué es esto? preguntó alzándose con un atado en la mano.

—Es la ropa del niño, señorita, contestó Tomasa, que luchaba por contener al chiquillo, el que a la vista de las canastas, hacia esfuerzos desesperados por desasirse de los brazos que le sujetaban.

—Creerás, dijo doña Petronila dirigiéndose a D. Anselmo, que hai que cargar tambien con la ropa de este niño, que ya tiene dos años y no avisa?

Todos celebraron la poca precocidad del chico con una homérica carcajada, que dió un temblor convulsivo al cuerpo de D. Anselmo.

Fortunato creia ya que la sangre iba a brotar por los poros de su rostro: tal era el ardor que la vergüenza daba a sus mejillas.

—Vamos, llévense esos canastos, esclamo con voz ahogada, dirijiéndose a dos criados que se hallaban cerca.

El niño se echó a llorar al ver que los criados se llevaban los duraznos que entreveia bajo la ropa, y seguidos por esta música, la familia de D. Tiburcio avanzó ácia el corredor, en donde todos hacian heroicos esfuerzos por ocultar su risa, mientras doña Rita murmuraba mirando a su marido y ajitando cadenciosamente su abanico:

—¡Jesus, qué jentes!

XXIX.

Bien pronto fueron llegando elegantes carruajes, de los que se veian bajar a las aristocráticas familias de Santiago. Bellas y perfumadas niñas, ataviadas con el moderno lujo que por todas partes se ostenta en la capital; jóvenes rizados, airosos y risueños, ajitando entre sus manos, ajustadas en relucientes guantes de Preville, sus delgadas y flexibles huascas; mamaes adustas o complacientes, observando todo aquello en que no pueden tomar parte; padres de familia llenos de estirada importancia, mirando de reojo a los galanes de sus hijas; muchachos imberbes dándose los aires de hombres maduros y martiri-

zando sus labios superiores en requerimiento de problemáticos bigotes; viejos célibes afectando en sus trajes y maneras, en sus risas y movimientos, la natural alegría de la niñez: ese mundo, en fin, con su juventud y su vejez, sus esperanzas y sus desengaños, su indiferencia y sus aspiraciones, que acude a las fiestas de todo jénero en busca de ese fujitivo tesoro que se llama placer; se hallaba allí reunido, observándose, criticándose, riendo, hablando, abanicándose, fumando, haciendo en fin todo lo posible por persuadirse de que se divertía.

Luego aquella jente se derramó en diversos grupos por la estensa arboleda y jardin de la chacra, ora en parejas que se confían sus secretos, ora en grupos bulliciosos, en reuniones calladas y flemáticas, en porciones de a cinco o seis que miran y no hablan, y otros que hablan y no miran, buscando cada cual los lugares mas en armonia con sus sentimientos o ideas.

Margarita, avasallada por la vista de su padre, daba el brazo a su tio Crispin, que preguntaba el nombre de cada planta que encontraba a su paso, mientras que tras ellos marchaban Virginia y otro pariente de la familia, cubiertos a la espalda por D. Modesto y doña Rita, que caminaban sin desplegar los labios como acon-

tece a dos buenos esposos que ya no tienen nada que decirse en sus *tête-a-tête*.

Fortunato y Anastasio trataron en vano de hacer parte de aquella comitiva, que marchaba flanqueada por una escolta de allegados y parientes al traves de la cual les fué imposible penetrar. Al cabo de algunos minutos de marcha, hostigados por el fuego de preguntas de D. Crispin, por las observaciones insípidas de los parientes y por el aspecto grave de los esposos, los dos jóvenes torcieron por una calle de árboles opuesta a la direccion de aquel grupo, maldiciendo la inoportuna amabilidad de los que contrariaban sus proyectos.

—Empiezo a creer, dijo Fortunato, que todas nuestras fatigas serán inútiles y que no podremos hablar con ellas.

—Paciencia, dijo Bermudes, ya verás despues de la mesa si no conseguimos derrotar a toda esa bandada de parientes, incluso el Crispin que es de una curiosidad desesperante.

—Por mi parte te aseguro que esto me desalienta mucho.

—Poca paciencia tienes, amigo, dijo Bermudes.

—No es solo falta de paciencia, replicó Fortunato; te confesaré que no tengo ánimo para divertirme ahora.

—¿Y por qué?

—La idea de Amelia me preocupa desde ayer y no puedo echarla en olvido.

—¡Qué niñería! ¿No has hecho por ella cuanto podías?

—No, porque no fuí a entregar el documento al salir de casa de mi tío.

—Eso no importa; lo tienes ya seguro y esto es lo principal: mañana se lo darás.

—Bien podría haberlo entregado hoy si tú no te hubieses empeñado tanto en venirte.

—¿Y esto es lo único que te tiene desalentado?

—Esto y la dificultad que tengo para hablar con Margarita.

—Yo te prometo que despues de la mesa hablarás con ella.

En este instante un jóven y una elegante niña de diez y nueve a veinte años pasaron junto a Fortunato.

—Mira, le dijo Bermudes, ya ves ese mozo, arrastra coche, tiene una magnífica casa y una renta que le da para vivira sus anchas.

—Bueno ¿y qué hai con eso?

—Lo que hai es que debes tomarlo como ejemplo. Era mas pobre que tú, tenia mas deudas que tú tambien y a fuerza de constancia y de maña consiguió casarse con esa niña, a quien daba el brazo y al dia siguiente se despertó rico.

—Pero ella no tendria parientes.

—¿Crees que se hallaba sola en el mundo como Eva? Tenia Crispines que la rodeaban, primos, primas y tios, pero él tuvo constancia y lo venció todo.

—Buena es la constancia; pero entre tanto yo hago nuevas deudas todos los dias y el matrimonio parece alejarse.

Al llegar a la estremidad de la calle de árboles que recorrian los dos jóvenes se encontraron con Cárlos Peñalta, que se reunió a ellos con varios amigos que le acompañaban.

En otra estremidad de la arboleda don Anselmo seguia a un grupo de persona entre las que Julia ostentaba la gracia de su conversacion. D. Anselmo, bien que prometiéndose huir de los encantos de la viuda, se sentia arrastrado ácia ella por una fnerza irresistible. Llegados a cierta latitud en el mar de la vida, los hombres a quienes azota el violento huracan de amor, carecen de fuerzas para gobernarse con su voluntad. D. Anselmo se hallaba en esa latitud, ese mismo viento le azotaba y sus fuerzas luchaban en vano por encaminar su nave ácia la indiferencia. El buen caballero, aguijoneado por esa misma necesidad de separarse de Julia, sentia redoblar su amor a cada esfuerzo que hacia para conseguirlo. Parecíale que sus ojos, avivados por la febril exaltacion

de su alma, cobraban una lucidez sorprendente para descubrir nuevas bellezas en la adorable viuda: su boca tenia una forma tan llena de fascinante seducción; sus ojos pasaban con tanta gracia de la voluptuosa languidez a la infantil viveza; habia en el majestuoso movimiento de su seno tan indecible encanto; era tan suave la gracia de su talle; tan puras las líneas de su cuello: tenia, en fin, tantas perfecciones, que se figuraba notar por primera vez, que sus ideas, a cada intento de su timorata conciencia, le arrojaban sin piedad en un caos de ardientes y desesperadas vacilaciones, haciéndole esclamar entre dientes:

—¡Caramba! aunque sea protestante!

Ademas, una nueva pasion habia venido a enturbiar la onda pura de su amor: esta pasion eran los celos; pero los celos que se inician, vagos e inciertos, como las primeras luces del sol que despues abraza a la tierra con sus rayos; celos sin forma, sin determinado objeto, pero vijilantes como la primera curiosidad, y con el suficiente poder para comunicar a su corazon ese golpe eléctrico que oprime la franca y normal facilidad de sus palpitaciones. D. Anselmo media sus ventajas físicas con las de los jóvenes que rodeaban a la bella Julia, sirviéndose en esta comparacion de la singular modestia que

se apodera de todo hombre celoso. Los celos son como un anteojo de teatro que abulta por una estremidad los objetos que al traves de sus vidrios se divisan y los disminuye considerablemente por la otra. Ademias, en este caso no habia necesidad de ese anteojo: aquellos hombres eran jóvenes y la juventud es por sí sola una belleza, mientras que D. Anselmo no era mas que un viejo solteron conservado. Y la criatura, por la fatal lei de la naturaleza, al contrario del vino y de los cuadros de pintura, pierde con el tiempo todas sus ventajas. Sin duda fué uno de los castigos con que el Criador quiso hacernos purgar la falta de nuestro padre comun, al imponer la pérdida de las ventajas físicas a medida que las prendas morales van perfeccionándose. D. Anselmo, como toda criatura racional, habia sufrido las deplorables modificaciones de esa lei, y al ver a Julia conversar risueña con los galanes que la rodeaban; al ver brillar para otros el diáfano esmalte de sus dientes; al contemplar su empeño en lucir a los demas la deliciosa humedad de sus lábios, él sentia ese sinsabor acre y punzante que solo los celos tienen la facultad de hacer experimentar. Y luego, cuando ella, salvando la distancia que los separaba, entre una palabra y una sonrisa, le enviaba alguna de esas miradas de inocente lan-

guidez con las que parecia convidarle a tomar parte en la conversacion, el enamorado y celoso amante repetia de nuevo, con una rabia que rayaba en delirio:

—¡Pues caramba! aunque sea protestante!

Pero todo su entusiasmo solo pudo expresarse con estas palabras que aventuró tímidamente:

—¿Demos una vuelta por la arboleda?

Julia se paró, ofreciendo a D. Anselmo la ocasion de presentarla su brazo, lo que éste hizo con la misma timidez de un niño que va a ponerse en baile por la primera vez de su vida. Y al sentir el contacto de aquel brazo que se apoyaba sobre el suyo; al aspirar el perfume con que Julia había embalsamado su ropa; al ver, en fin, aquella mujer, jóven y bella, que un momento antes le desesperaba con su coqueteria, buscar ahora un apoyo en él, abandonándose a su amor; D. Anselmo recobró un tanto su perdida tranquilidad, creyéndose preferido a los otros jóvenes que le rodeaban.

De este modo la pequeña comitiva se puso en marcha, ocupando Julia y don Anselmo el centro y acompañados por las personas que iban encontrando en su camino.

Mientras tanto, doña Petronila y sus hijas se habian apoderado de la mesa para

arreglarla a su manera. En vano el hotelero encargado de ella habia protestado con toda su enerjia e invocado en su auxilio la autoridad de Fortunato, a quien habia ido a buscar al jardin; doña Petronila sostenia que la mesa estaba mal arreglada, y llamando en su ayuda a sus niñas y a los dos muchachos, puso en ejecucion su plan de arreglo, mientras el hotelero recorría la arboleda en busca de Fortunato.

A la llegada de éstos, el comedor parecia un verdadero laberinto, en el que era preciso andar en las puntas de los pies para no quebrar los fruteros, platos y cristales que la familia de Rostroalbo habia esparcido por todas partes. Fortunato y el hotelero se detuvieron a la puerta pasmados de terror: aquel espectáculo y lo avanzado de la hora, les infundió una desesperacion indecible. Doña Petronila guiaba los movimientos de sus hijas, que a su voz cambiaban de lugar los cubiertos, los fruteros, las flores, las botellas y todo cuanto habia sobre las mesas, mientras que José del Carmen y José Dolores, ajitándose en todas direcciones con descompasadas voces y desatinadas cabriolas, daban un sério ataque a los comestibles, que caian bajo sus manos y mas bien desbarataban a cada paso los planes de su madre que lo contribuian al nuevo arreglo proyectado.

Para restablecer el órden en el comedor y poder de nuevo arreglar la mesa, fué necesaria toda la enerjia de Fortunato y la actividad del hotelero, quienes despues de heróicos esfuerzos consiguieron ponerlo todo en órden despidiendo a los muchachos y trasijiendo con muchas de las pretensiones de doña Petronila, cuyo empeño principal era el de hacer figurar entre las frutas de los postres los duraznos que habia traído de Santiago.

Despues de esto, Fortunato dió la voz de servir la comida y de llamar a los convidados, los que fueron llegando poco a poco hasta llenar el salon contiguo al comedor. Entonces las puertas de éste se abrieron de par en par, y el hotelero con una servilleta sobre el brazo, se presentó pronunciando las deseadas palabras:
—La comida está en la mesa.

XXX.

Los ojos de D. Anselmo centelleaban de alegría al ver la escojida y aristocrática concurrencia que se sentaba a su mesa, y al observar las atenciones con que las mas orgullosas damas de la capital colmaban a la humilde Julia Valverde. Sus deseos se habian realizado brillantemente y apenas se divisaba en su semblante, que para

todos tenía una sonrisa, la preocupación vigilante que atormentaba su espíritu desde la confidencia de su confesor.

Durante los primeros momentos de la mesa solo se oían algunas voces de aisladas conversaciones, y el ruido de los platos que sacaban y traían los sirvientes; pero calmadas un tanto las apremiantes exigencias del apetito, la conversacion fué haciéndose jeneral, mas vivas las ojeadas, mas insinuantes las sonrisas y mas descuidada tambien la vijilancia de las madres, con lo cual la alegría de los concurrentes fué tomando mas ruidosas y comunicativas proporciones.

Luego empezaron tambien las invitaciones particulares a beber, haciéndose de dos en dos el saludo de estilo antes de llevar la copa a los lábios. Esta moda pareció cuadrar perfectamente a los dos muchachos Rostroalbo que, colocados en una pequeña mesa aparte, repetían sus saludos con maravillosa rapidez, hasta apurar una botella de burdeos que habían sustraído de la mesa principal.

—Señores, dijo uno de los convidados, el Sr. D. Anselmo tiene la palabra.

—Que la suelte, dijo José Dolores desde su mesita, con los ojos brillantes y el rostro encendido por su copiosa libacion.

—Sí, que la suelte y que la agarre

despues D. Crispin, esclamó José del Carmen, igualmente animado como su hermano.

—Cállense, muchachos, les dijo doña Petronila, mientras que D. Tiburcio, maravillado de la viveza de sus hijos, esclamaba mirando a todos los convidados:

—¡Vea, qué muchachos!

D. Anselmo y Fortunato se miraban, pidiendo cada cual al otro algun medio de librarse de aquellos dos huéspedes terribles.

—Sí, sí, que hable D. Anselmo, esclamaron varios convidados a un tiempo, acallando asi la voz de los muchachos que regañaban a la madre y la de ésta que invocaba la autoridad del marido.

D. Anselmo se paró majestuosamente con copa en mano; interrogó al techo en busca de la inspiracion y bajando despues la vista:

—A la salud de todos los que me han hecho el honor de aceptar mi convite, dijo con voz vibrante de emocion.

—Bravo! bravo! contestaron todas las voces, golpeando varias personas la mesa para aumentar el ruido.

—Bravísimo! gritaron tambien los dos muchachos, lanzando de comun acuerdo dos *pelotillas* de miga de pan a la cabeza de D. Crispin.

Este volvió la vista ácia los muchachos preguntándoles:

—¿Quién me ha tirado?

A lo que ellos respondieron mostrando a su padre que daba frenéticos golpes sobre la mesa, aplaudiendo a su cuñado.

—Señores, dijo D. Crispin tomando la copa, por el bello sexo y por las señoras....

—Bravo! bravo! vociferaron los muchachos interrumpiéndole. Los convidados aplaudieron tambien creyendo que don Crispin habia terminado su brindis, mientras que él se sentaba murmurando:

—Con estos niños no se puede hacer nada.

Estas palabras se perdieron en la algazara jeneral y en las voces de D. Anselmo que invitaba a brindar a D. Modesto Mantoverde.

El padre de Margarita se puso de pié con su acostumbrada gravedad, y despues de tocer varias veces para restablecer el silencio.

—Señores, dijo, nuestro pais está llamado a desempeñar un rol importante en la escena del mundo y..... su destino debe ser un objeto de constante desvelo para todo buen chileno; por esto yo brindo por que el año entrante nos reunamos en este lugar con igual objeto. He dicho.

Un inmenso aplauso respondió a estas palabras pronunciadas con enfática importancia, y una granizada de pelotillas llovió sobre la cabeza de D. Crispin, que

se volvió furioso ácia los hijos de D. Tiburcio, los que echaron a correr antes que éste hubiese podido verles.

A este brindis siguieron varios otros no menos patrióticos, bien que recibidos con menos entusiasmo a causa de la ausencia de los hijos de D. Tiburcio. Los semblantes brillaban de alegría, chocábanse las copas con jeneral entusiasmo y lanzábanse los enamorados quemantes miradas, en las que la pasion reverberaba a la par que los vapores del jeneroso licor.

D. Anselmo, fuera de sí de contento, buscaba incesantemente los ojos de la bella Julia, deplorando cada vez el obstáculo que se oponia a su felicidad y no comprendiendo que tan divina criatura pudiese tener el alma entregada a la herejía.

—He prometido callarme sobre esto, se decia él; pero puedo sondear su espíritu de una manera indirecta.

Y animado por aquella idea, D. Anselmo llenó su copa hasta los bordes, paróse ajitado por su creciente emocion e hizo con la mano una señal pidiendo silencio.

Los convidados, al ver la señal y la actitud del anfitrión, interrumpieron sus conversaciones y el mas solemne silencio reinó en la pieza' que un momento antes resonaba con el entusiasmo jeneral.

Entonces D. Anselmo, fijando una mi-

rada penetrante sobre el semblante de Julia:

—Brindo, señores, dijo, por la religion católica apostólica y romana.

—Amen, contestó una voz que resonó en el silencio extraño y profundo que acogió las palabras de D. Anselmo.

Los convidados se miraron unos a otros como preguntándose el objeto de aquella orijinalidad, y haciendo heroicos esfuerzos por contener la risa, al paso que don Anselmo empinaba su copa diciéndose:

—¡No se ha turbado!

Don Tiburcio, sin embargo, queriendo sacar a su cuñado de la confusion que le infundió el silencio con que sus palabras habian sido acogidas, dió la señal a sus hijas y con un aplauso entusiasta, aunque tardio, hicieron que la conversacion y la alegria se restableciese de nuevo en el comedor.

Pasados algunos instantes, los convidados abandonaron la mesa volviendo nuevamente al paseo de la arboleda.

Esta vez Fortunato pudo ofrecer su brazo a Margarita, y Anastasio el suyo a la desdeñosa Virginia.

Julia aceptó el brazo de Carlos Peñalta, su antiguo adorador, y D. Anselmo tuvo que resignarse a la compañía de don Crispin, que viéndose abandonado por Margarita, se apoderó de D. Anselmo

confundiéndole con una série de preguntas sobre cada objeto que encontraba.

Mas apenas D. Crispin y su desesperado compañero habian dado algunos pasos en el jardin, una risa jeneral y ruidosa les hizo volverse ácia los que marchaban tras ellos, y uno de los convidados sacó una enorme cola de papel que los hijos de doña Petronila habian prendido al boton de la levita de D. Crispin, aprovechándose de la distraccion de la mesa.

—Apostara a que han sido mis niños, dijo D. Tiburcio, riéndose de la mejor gana.

—Sus demonios, debia decir, murmuró D. Crispin, tratando al mismo tiempo de mostrar un semblante risueño a la risa jeneral.

De esta circunstancia se aprovecharon Margarita y Fortunato, Virginia y Anastasio para estraviarse por una calle apartada, cuando todos se habian detenido a celebrar la viveza de los muchachos.

Fortunato, nó queriendo desperdiciar de los cortos instantes que tenia para hablar con su querida, principió por manifestarla la desesperacion a que lo reducía la incansable vijilancia de sus parientes y la necesidad a que se vería reducido de retirarse de la casa. Margarita comprendió la verdad de sus quejas, y despues de una débil resistencia, concluyó por aceptar la pro-

posicion del jóven que exijia una correspondencia epistolar como único medio de sustraerse a la observacion de los padres y poder comunicarse los eternos juramentos con que se sustenta la pasion.

Anastasio por su parte no dejó de aprovechar aquel tiempo en favor de sus intereses, recordando a Virginia sus antiguos juramentos, pintándola con maestra elocuencia la aridez de la eterna solteria y haciendo resaltar la pasion de Fortunato por Margarita. Los vapores de una copa de champaña, la deliciosa sombra de la tarde, el amoroso ruido de los árboles mecidos por el viento; todo contribuyó a dar mayor poder a la elocuencia de Anastasio. Los juramentos fueron renovados con ardor y Virginia se persuadió de que el único modo de salvar del celibato la vendria de la entrada de Fortunato en su familia, para que su influjo destruyese la repugnancia que manifestaban doña Rita y D. Modesto por una union con el pobre y oscuro empleado fiscal.

Al volver las dos parejas por una calle de árboles, fueron sorprendidas por los padres de Margarita que se habian lanzado con inusitada velocidad tras los fujitivos, acompañados por D. Crispin que habia abandonado a D. Anselmo despues de su último percance de la cola.

Este último, aguijoneado por los celos y sin querer oír lo que le hablaban las personas que iba encontrando, tomó la direccion en que habia visto desaparecer a Julia acompañada por Carlos Peñalta.

Despues de recorrer varios puntos de la arboleda, D. Anselmo divisó a lo lejos y bajo el follaje de unos sauces llorones a una pareja sentada en un banco rústico: eran Julia y Carlos que parecian conversar con animacion. D. Anselmo pensó en la triste figura que haria presentándose a interrumpir aquella conversacion y resolvió oírla sin ser visto, dando para esto una vuelta por otro camino hasta llegar a inmediacion del bosque de sauces. Mas el temor de ser sorprendido por las dos personas que allí se encontraban le detuvo antes de haberse aproximado lo suficiente para distinguir sus voces.

—La prueba de mi amor, decia Peñalta, está en mi constancia, pues ha resistido al ultraje que Vd. me hizo despidiéndome de su casa.

—No fué un ultraje, replicó Julia, sino hacer uso del único medio que tenia para salvarme.

—¿De modo que Vd. cree que se perderia con mi amor?

—No con su amor, pero sí accediendo a sus exigencias.

—Julia, confiese que Vd. me ha tratado con demasiada crueldad.

—¿No era preciso hacerlo así?

—No, si era verdad que Vd. me amaba. Pero yo lo olvidaria todo si Vd. lo quisiese.

—¿Cómo?

—Amándome otra vez.

—Ante todo seria preciso que Vd. no me hubiese traicionado entregando a otro mis cartas.

—Verdad es, dijo Peñalta todo turbado con este ataque, que algunas de sus cartas se hallaban en manos de Bermudes, pero no por culpa mia. Bermudes es capaz de todo y quiere saberlo todo. Sospechoso de nuestros amores, se aprovechó de la confianza que yo le dispensaba para abrir un dia los cajones de mi escritorio y apoderarse de esa correspondencia que yo guardaba como un tesoro.

—Tocábale a Vd. entonces vengarse del agravio, replicó Julia.

—¿No me esponia asi a hacer correr de boca en boca el nombre de Vd.?

Esta contestacion pareció satisfacer a Julia, que fijó en el jóven una ardiente mirada, en la que se reflejaban todos sus recuerdos y su antigua ternura; luego parándose,

—Ya es tarde, dijo, ¿quiere Vd. que nos vamos?

—¿Es todo lo que Vd. me responde? preguntó Cárlos levantándose tambien.

En este instante D. Anselmo, que habia hecho inútiles esfuerzos por oír aquella conversacion, se presentó ante la pareja que habia dado ya algunos pasos fuera del bosque, pero en vano buscó una explicacion con Julia, porque Cárlos la daba el brazo y era imposible hablar sin ser oído. Así marcharon hasta llegar a las casas, donde casi todos los convidados se habian reunido de nuevo.

La danza ocupó el resto de la tarde y el principio de la noche. A las nueve la familia de Mantoverde dió la señal de la partida, despidiéndose de D. Anselmo y tras ella siguieron las demas, hasta quedar solo en el salon algunos jóvenes que se sentaron a una mesa de juego, mientras que un criado preparaba una inmensa sopera de oporto caliente en la pieza vecina.

Don Anselmo se retiró tambien despues de recomendar a Fortunato el cuidado de la casa.

Desde este instante el juego y las libaciones de oporto se sucedieron sin interrupcion. A las once Fortunato se alejó de la mesa en que jugaba con Carlos Peñalta y otros amigos.

—¿Tienes dinero? preguntó Fortunato a Bermudes llamándole aparte.

—No, lo he perdido todo, le respondió

éste, que llevaba en su bolsillo cuanto habian sacado los otros que jugaban con él.

—Pues yo he tenido tambien malísima suerte, dijo Fortunato apurando un vaso de vino que habia sobre una mesa inmediata.

Anastasio volvió a su mesa, dejando a Fortunato entregado a sus reflexiones. La idea que tiránicamente dominaba el espíritu del jóven era la que se apodera de todo jugador a quien la suerte ha sido contraria: queria desquitarse a toda costa.

Ademas, los vapores del vino habian privado a Fortunato del suficiente poder de voluntad para dominar sus ímpetus de ambicion. En ese momento le parecia que solo habia perdido por torpeza y que podria mui fácilmente recuperar lo perdido; pero no tenia un centavo con que jugar.

—A ver, se dijo, voi a ensayar la suerte sin apostar.

Y acercándose a la mesa se puso a apostar mentalmente a algunas cartas, acertando en casi todas. En este estado su corazon latia con violencia. Fortunato llevó la mano a su pecho para contener sus latidos y oyó en su bolsillo el sonido seco de un papel: ese papel era el documento de dos mil pesos que su tio habia firmado en favor suyo. Al desdoblarlo, un vértigo extraño se apoderó de su cabeza mientras que su sangre circulaba con

inaudita celeridad: parecióle que la Providencia le enviaba aquel socorro para rehacerse de sus pérdidas.

No hubo entonces casi ni un solo instante de vacilacion. El jóven tomó una silla y presentó su documento.

Carlos Peñalta era el montero y pasó en oro una fuerte suma a Fortunato en vista de la acreditada firma de su tio.

Nuevos vasos fueron presentados a los jóvenes, con lo que las apuestas y el entusiasmo redoblaban a cada instante. Pero Carlos conservaba la imperturbable sangre fria que el juego exige de sus adeptos, al paso que Fortunato buscaba en el vino la fuerza de ahogar la voz que de su conciencia se alzaba, cuando habia perdido ya quinientos pesos. Y el vino, en efecto, que nunca niega su poder a los que tienen la loca temeridad de pedirlo, ofuscaba cada vez mas sus ideas, haciéndole lanzarse en los mas disparatados envites.

A las doce de la noche Fortunato habia perdido ya los dos mil pesos que destinaba para salvar a D. Diego Almiro.

—Vaya, le dijo Carlos, estás de mui mala suerte, otro dia te daré desquite.

—No, te juego sobre mi palabra, contestó Fortunato queriendo en vano de ponerse de pié.

Sus piernas flaqueaban porque su cerebro se hallaba en completa ebullicion.

—No quiero ganarte, replicó Carlos alejándose.

Fortunato bebió otro vaso de oporto, y dejó caer su frente entre los brazos que apoyaba sobre la mesa, figurándose divisar la llorosa sombra de Amelia que le pedia cuenta de los dos mil pesos.

Cinco minutos despues se hallaba profundamente dormido.

Algunos de los jóvenes se retiraron otros en que el vino habia hecho mayores estragos fueron acostados en la casa y Anastasio se retiró alegremente a una pieza que de antemano habia hecho preparar, despues de haber hecho llevar a su cama a Fortunato, que roncaba con la tranquilidad del justo y del beodo.

XXXI.

Al dia siguiente Fortunato despertó con ese malestar que se apodera del cuerpo despues de una noche de embriaguez. Sus ideas, soñolientas aun, le presentaron el cuadro de los sucesos de la víspera como los recuerdos de una penosa pesadilla; pero el sentimiento de la realidad, adquiriendo poco a poco mas precisas y verdaderas formas, trajo a su memoria las escenas del juego, sus esperanzas y sobresaltos, y la idea vaga y confusa de la pér-

dida de los dos mil pesos. Esto le hizo dar un salto sobre su cama y apoderarse de la levita en cuyo bolsillo guardaba el documento de su tío. El documento no estaba allí. Un sudor frío discurrió entonces por todo su cuerpo, y su corazón se comprimó bajo las desesperantes reflexiones que se agolparon a su espíritu.

Era la primera vez de su vida que Fortunato se hallaba frente a frente con la deshonra. Este pensamiento le hizo estremecerse de terror, mientras se vestía precipitadamente. Luego se preguntó con angustia lo que podría hacer en tan desgraciado trance. Presentarse ante D. Anselmo y confesarle lo ocurrido, le parecía imposible: su valor le abandonaba y la vergüenza encendía de antemano sus mejillas. Decir a D. Diego que habiendo tenido la buena intención de salvarle solo le había faltado el suficiente juicio para no perder al juego la suma que había recibido con ese objeto, sería un amargo sarcasmo, y Amelia, la pobre Amelia podría maldecirle con razón.

Fortunato se arrojó fuera del cuarto para huir de la cruel tenacidad de su espíritu que le cerraba todas las vías de salvación.

La casa estaba sola. Anastasio y los demás jóvenes que allí habían pasado la noche, habían vuelto de mañana a San-

tiago a atender cada cual a sus ocupaciones. Las cartas tiradas sobre las mesas de juego, las velas consumidas en los candeleros, el silencio, la soledad, todo oprimió mas dolorosamente el corazon de Fortunato.

Sentóse entonces melancólicamente en un sofá i sus ojos se nublaron de lágrimas. No le quedaba mas recurso que marcharse a Santiago y buscar alli algun arbitrio que por entonces no se ofrecia a su imaginacion, en la que el temor de la deshonra paralizaba enteramente sus facultades.

Hizo poner el birlocho, miró maquinal i estúpidamente los trajines del postillon que ensillaba los caballos, subió despues, arrojándose en el asiento como un hombre que se cansa de reflexionar y el carruaje partió a galope tendido.

El aire del camino, refrescando su abrasada frente, calmó por algunos instantes el agudo pesar que le desesperaba. Su vista se perdia en las verdes y estensas arboledas que divisaba en su marcha, en los prados risueños, en la cristalina corriente de los riegos abundantes que fecundan los campos vecinos a nuestra capital. Pero, al traves de esas arboledas, en medio de esos prados, sobre la superficie de esas aguas, flotaba siempre la penosa idea de su situacion, porque la naturaleza es un espejo que siempre refleja

D. Anselmo y la remedó al pié de un documento igual al que habia escrito el dia anterior en presencia de su tio.

Hecho esto, salió con precipitacion de su cuarto, dirijiéndose a casa de D. Diego Almiro.

Amelia se hallaba sola en el cuarto en que ella y su madre cosian ordinariamente. En aquellos pocos dias el sufrimiento habia estampado su melancólica huella sobre el suave rostro de la niña. La tristeza de sus ojos, el doloroso abatimiento de la frente, se hallaban realzados por la palidez que cubria sus facciones.

Fortunato, al saludarla, sintió en su corazon esa indecible tristeza que causa el pesar de una persona querida y tuvo un instante de orgullosa felicidad al pensar en el terrible sacrificio con que espiaba su lijereza del dia anterior para volver su color a aquellas pálidas mejillas, el contento a esa pobre alma lacerada por la amargura.

Amelia contestó a su saludo haciendo un esfuerzo para encontrar una sonrisa. La inesperada presencia de Fortunato la infundia una turbacion invencible. Hizo una señal mostrando un asiento, que el jóven ocupó sin encontrar palabras para entablar una conversacion.

—¿Qué tal estuvo el paseo de ayer? preguntó Amelia, sin acertar a esplicarse

la estraña gravedad del rostro siempre alegre de Fortunato.

—Hubo mucha jente, contestó éste.

—¿Y se divirtieron?

—Por lo que a mí respecta, mas bien me fastidié.

—¿No estuviste alegre? me estrañas muchísimo.

—¿Te estraña? Y por qué?

Amelia sintió que la sangre encendia sus mejillas a la sola idea de hablar de Margarita.

—¿Crees que solo alli podia divertirme? preguntó Fortunato que huia del silencio y no habia obtenido contestacion a su pregunta anterior.

—Suponia, dijo Amelia con voz turbada, que tenias alli motivos para no fastidiarte.

—Ya lo ves, la vida es tan estraña, lejos de divertirme me fastidié todo el dia, mi imaginacion estaba en otra parte.

—¿Que no asistieron todas las niñas convidadas? dijo Amelia bajando la vista.

—Todas, no faltó ninguna, y como te decia, mi pensamiento no estaba alli, estaba mui lejos.

—¿A dónde?

Fortunato, antes de contestar, sintió en su corazon uno de esos súbitos arranques del amor mal apagado que inundan el corazon con un torrente de recuerdos, des-

pertando los deseos irrealizados de una pasión platónica. Así fué que en vez de explicar sencillamente la jenerosa preocupacion que durante el día anterior le habia dominado, pensando en la suerte de Amelia, se dejó arrastrar por esa debilidad del hombre que jamas se resuelve a perder los derechos que cree haber adquirido en cualquier tiempo sobre una mujer.

—¿A dónde? repitió, aquí, a tu lado.

La niña que habia permanecido con la vista clavada en el suelo, alzó la frente llena de altanera y noble majestad. Su mirada sin rencor y sin ódio, pareció referir a Fortunato sus largos y silenciosos pesares, la fé de su alma marchitada en los desengaños, sus alegres sueños de amor desvanecidos al soplo de su inconstancia, su martirio ignorado en medio de las angustias de su familia.

Pero aquella noble actitud, aquella indefinible melancolia de sus ojos, realzaban la delicada belleza de su rostro y Fortunato, subyugado por su hermosura, solo pensó en hacer latir de nuevo un corazón que habia encerrado tanto amor por él.

—Estaba a tu lado, volvió a decir; en medio de esa jente, de ese bullicio, de esa alegría jeneral, yo me sentia solo, estaba aislado y pensaba en tí.

--Dejemos esta conversacion, dijo Ame-

lia con un acento en que la dignidad vencía enteramente a la turbacion.

—¡Cómo! ¿Dudas de la verdad de mis palabras? preguntó el jóven palideciendo.

—Tengo sobrados pesares para hacer revivir los que he luchado por vencer, dijo Amelia, cuya voz, por uno de esos ataques bruscos de la sensibilidad, mui comunes en las mujeres, habia perdido instantáneamente la entereza que acababa de manifestar.

—Si yo he causado esos pesares, me arrepiento de ello con toda mi alma, dijo Fortunato, a quien la emocion hacia hablar en ese momento con entera sinceridad.

—Gracias; pero dejemos esa conversacion, hágame del paseo; ¿mui elegantes iban todas las señoras?

Fortunato conoció entonces la falsa posicion en que se habia colocado para hacer nuevas protestas de un amor que traicionaba, y no halló qué contestar.

En ese instante D. Diego Almiro penetró en la pieza donde se encontraban. Al divisar a Fortunato, a quien habia visto crecer junto a su hija, se adelantó a saludarle lleno de cariño, y sentándose despues a su lado, principió a hacerle mil preguntas sobre su vida, reconviniéndole por sus largas ausencias.

La presencia de D. Diego hizo bajar al

jóven de la encantada rejion de sus recuerdos a la triste y fria realidad de su situacion. Involuntariamente llevó la mano al documento que habia guardado en el bolsillo, y mientras el padre de Amelia hablaba, él oprimió convulsivamente el papel contra su pecho.

—Sr. D. Diego, dijo aprovechándose de una pausa que éste hizo y armándose de una gran resolucion, he venido hoi espresamente para pedirle un favor.

—¡Un favor! a mí! exclamó admirado el veterano; habla hijo, bien pobre soi; pero si en algo puedo servirte, aquí me tienes.

Amelia fijó tambien admirada su vista sobre Fortunato, sin comprender el objeto de sus palabras.

—He sabido, continuó éste, que Vd. es encuentra atrasado en sus negocios.

—Es cierto, contestó D. Diego, la suerte me ha tratado mal, mui mal; bien dicen que es ciega, porque se empeña en servir a los que no la necesitan ni pueden agradecerlo. ¡Cómo ha de ser!

—Supe tambien, añadió Fortunato, que D. Modesto Mantoverde se ha negado a conceder las esperas para el arreglo de los negocios de Vd.

—Qué quieres, hijo mio, el hombre es rico y no conoce la necesidad. ¡Qué le haremos! está en su derecho.

Y el veterano acompañó estas palabras

con un suspiro que casi desmentia la resignacion que procuraba aparentar.

—Pero esto poco puede interesarte, muchacho, añadió, tratando de tomar un tono alegre; volvamos a tí, ¿me dijiste venias a pedirme un favor?

—Sí, y por eso le he hecho estas preguntas y me tomaré la libertad de hacerle otra todavia.

—¿A ver?

—¿Es verdad que con dos mil pesos D. Modesto Mantoverde consentiria en conceder el plazo que Vd. necesita?

—Es la verdad, él mismo lo ha dicho.

Amelia miraba al jóven cada vez mas admirada, viendo que parecia haberse ocupado de los asuntos de su familia mucho mas de lo que ella creia.

—Pues el favor que yo vengo a pedirle, dijo Fortunato, es que Vd. me admita estos dos mil pesos y que pague a D. Modesto.

—¡Qué te admita dos mil pesos! a tí! pero niño, tú eres mas pobre que yo! ¿estás loco?

—Es cierto, soi mas pobre que Vd., replicó Fortunato con una triste sonrisa, y por esto me atrevo a ofrecerle esta suma que Vd. no podrá considerar como un favor, sino como un servicio de amistad.

—Vamos, Fortunato, entendámonos; yo sé que tienes buen corazon, sé que me

has querido como a un padre; ya se vé, te has criado a mi lado; pero por esto mismo no consentiria en que te sacrificases por mí. Guarda tus dos mil pesos, tú eres jóven, vives en una sociedad que demanda crecidos gastos, no quiero que por mí vayas a entrar en privaciones. Te aseguro que te agradezco tu jenerosidad como si te aceptase. ¡Ah! tu no sabes el gusto que me das, niño, porque me haces ver que fuera de los míos, hai todavia corazones que se interesen por este pobre viejo; guarda tu dinero, Fortunato, que yo siempre te agradeceré esa noble accion.

Al pronunciar esta negativa, D. Diego, con los ojos húmedos de emocion y ternura, acariciaba al jóven como a un hijo, y Amelia le contemplaba con el orgullo con que la mujer admira la nobleza del hombre a quien ama.

Fortunato, entre tanto, oprimia con dolorosa desesperacion el papel fatal, pero resuelto a sacrificarse por aquel hombre que, en medio de su miseria, hallaba tanta delicadeza en su desprendimiento.

—Vea, señor, dijo esforzándose por dominar la profunda emocion que le agitaba, yo aceptaria los escrúpulos que Vd. me manifiesta, si ese dinero fuese mio; pero es de Vd., yo lo he pedido únicamente con ese objeto, de manera que si

Vd. no lo acepta tendré que devolverlo.

—¿Quién te lo ha prestado? preguntó D. Diego.

—No me lo han prestado, sino que me lo han dado para Vd.

—¿Quién?

—Mi tio.

—¡Tu tio! ¿D. Anselmo?

—Sí, ayer le pedí ese favor, diciéndole que era para Vd., y él me dió este documento.

Y Fortunato pasó a D. Diego la letra que acababa de falsificar, poniéndose lívido al desdoblarla.

—Te juro, le dijo D. Diego despues de leer el papel, que yo no entiendo el mundo, Fortunato. ¡Tu tio de hombre jeneroso! yo me confundo.

—Hai una divinidad que lo ha trastornado, dijo Fortunato sonriéndose para ocultar su turbacion; el pobre tio está enamorado y esto le pone jeneroso.

—Así debe ser.

—De modo que Vd. me acepta, ¿no es verdad?

—Sí, te acepto, porque es preciso volver la tranquilidad a estas pobres mujeres y porque sé que con ello no te hago ningun perjuicio.

—Oh! ninguno, absolutamente ninguno, murmuró Fortunato, mientras que un sudor frio inundaba su cuerpo.

Paróse y tomó su sombrero para despedirse.

—¡Cómo! ¿ya te vas? le dijo D. Diego.

—Tengo que hacer, contestó él; despues volveré mas despacio. Adios,

—Adios, dijo el viejo militar siguiéndole con la vista.

Luego volviéndose ácia su hija:

—Ya ves, Amelia, la dijo, la suerte no nos abandona enteramente, puesto que contamos con el cariño de corazones como ese.

Y salió para comunicar a su mujer la feliz noticia, dejando a su hija entregada a sus reflexiones.

—Sí, dijo ella, su corazon es noble, pero no me ama.

Y para ocultar su dolor, cubrió con sus pequeñas manos su rostro nublado por el pesar.

XXXII.

La inquietud se habia apoderado de Julia Valverde desde el paseo dado por D. Anselmo. Acostumbrada en los últimos tiempos a imponerle sus menores caprichos en nombre de su amor, ella esperaba que en ese paseo la pasion de su rendido amante llegase a su colmo y le infundiese la resolucion de fijar irrevocablemente el dia del enlace. Vimos que,

por el contrario, la conducta de D. Anselmo habia burlado esa esperanza.

Julia, en su calidad de mujer ambiciosa, tembló ante aquel repentino cambio. La fuerza de sus aspiraciones la hacia temer como sério cualquier obstáculo que amenazase aunque lejanamente el cumplimiento de sus propósitos; porque sabia que en el tejido de pequeñas intrigas que componen la vida ordinaria, basta la ruptura de un hilo de la trama para entorpecer la feliz conclusion de la obra.

Pero Julia era una jóven de recursos. Lo que quiere la mujer, Dios tambien lo quiere, dicen algunos para pintar la tenaz penetracion que toda hija de Eva tiene a su servicio cuando se propone un fin cualquiera. Julia se entregó, pues, a la indagacion de las causas de la estraña conducta de D. Anselmo con absoluta concentracion de un filósofo aleman que viaja en el campo de las ideas. El brándis a la relijion que habia pronunciado don Anselmo, escitando la admiracion jeneral, fué la luz que arrojó en su espíritu la claridad de las deducciones. El recuerdo de frai Ciriaco se presentó al fin de su análisis: él debia tener la solucion de aquel enigma, el que, a decir verdad, Julia no acertaba a esplicarse satisfactoriamente. Mas tranquila, sin embargo, con la esperanza de obtener las necesarias esplica-

ciones de frai Ciriaco, esperó la noche, porque sabia que podria verle en su misma casa o bien en la de D. Tiburcio, a donde el reverendo Ayunales concurría invariablemente todas las noches a ganar los ahorros del empleado en la inocente loteria.

—Mi padre, dijo Julia a frai Ciriaco aprovechándose de un momento oportuno, desearia hablar con Vd. de un asunto de grande interes.

—Estoi a sus órdenes, mi amiga, contestó Ayunales, revistiéndose de la gravedad propia de un hombre de consejo.

Entonces Julia le refirió la conducta de D. Anselmo durante el paseo, comunicándole sus temores y observaciones.

—En esto, dijo al terminar, yo diviso la influencia de las personas de su familia, que en su calidad de herederos directos, se oponen al interes que D. Anselmo tiene la bondad de dispensarme. Fortunato y hasta la familia de D. Tiburcio, que tanto cariño me manifestaba cuando nos conocimos, me tratan de mui distinto modo desde que han creido que podia llegar a ser la mujer del hombre mas rico de la familia.

Frai Ciriaco tosió para disimular su silencio.

—Ahora, continuó Julia, esplicuémonos con franqueza: Vd. puede servirme

con su influjo respecto de D. Anselmo y calmar mi natural inquietud. Si yo no le amase, me inquietaria mui poco de todo esto, porque para mí su riqueza es insignificante: jamas he sido ambiciosa; pero no puedo tolerar la guerra de egoismo que me han declarado los parientes, que no ven otro medio de tener algo, sino heredando a D. Anselmo. De todos estos parientes, Fortunato es el que mas tiene que esperar, porque su tio es su único apoyo.

—Pero me dicen que tal vez se case con la hija de Mantoverde, y esa niña es mui rica.

—Que es rica, nadie puede ponerlo en duda; pero Fortunato no se casará con ella.

—¿Por qué?

—Porque es rica y sus padres no querrán darla por marido sino a un hombre de fortuna como D. Crispin, su tio, por ejemplo, con quien la ví andar todo el dia en el paseo. Ahora, añadió ella, bien que esto no valga la pena de decirse, pero como es una obra de beneficencia no está de mas: casada yo con D. Anselmo, sabria hacerle dar a Vd. para su convento las sumas que él le ha prometido muchas veces; pero que hasta ahora no ha entregado. Quién sabe si no alcanzariamos tambien a fundar algun establecimiento de

caridad que Vd. dirijiria y asi el amor que Vd. tiene a la humanidad no se perderia estérilmente por falta de medios de accion.

Frai Ciriaco vió abrirse ante sus ojos un nuevo porvenir con las últimas palabras de Julia. Con la rapidez del pensamiento, este infatigable y májico constructor de castillos en el aire, saboreó el orgullo de ver correr su nombre de boca en boca, como el jefe de un establecimiento humanitario y calculó la importancia y el influjo que adquiriria con semejante posicion.

—Esto sí que me serviria para llegar al provincialato, se dijo, y no el ausilio de ese pobre Fortunato a quien tan neciamente me habia puesto a ayudar en sus planes.

Sus rápidas reflexiones le hicieron ver que debia prestarse a los deseos de Julia y abandonar la causa del jóven para lo cual se le ocurrió el medio mui sencillo de desengañar a D. Anselmo.

—Yo haré, mi amiga, dijo a Julia que esperaba su contestacion, todo lo que pueda por desvanecer lo que contra Vd. haya en el ánimo de mi amigo Rocaleal.

—¿Cuándo irá Vd. a verle? preguntó ella.

—Mañana sin falta.

Julia se despidió entonces despues de

asegurar a frai Ciriaco su profundo y eterno reconocimiento, encontrando ocasion de insinuar de nuevo, y como de paso, la idea sobre el establecimiento de beneficencia.

Al dia siguiente, como lo habia prometido frai Ciriaco, llegó a casa de D. Anselmo.

Este se hallaba sentado delante de su almuerzo con la vista fija en el mantel y sin hacer un solo movimiento. Continuaba allí la meditacion profunda e incesante en la que le habia arrojado la lucha de sus sentimientos desde la revelacion de su confesor. El amor y los temores de su conciencia se dividian el dominio de su espíritu, quitándole el uso entero de su razon y de su voluntad. Al divisar a frai Ciriaco, que con rostro alegre le saludaba, sintió una vaga esperanza de consuelo que le dió fuerzas para sonreirse al contestar el saludo.

Anoche estuve con Julia Valverde, dijo frai Ciriaco acomodándose en su silla para dar un ataque al almuerzo.

—¿Sí? preguntó D. Anselmo, sintiendo oprimírsele dolorosamente el pecho.

—Hablamos mui largo y estoi satisfecho de la prueba a que la he sometido.

—¿Se convertirá a nuestra relijion? preguntó lleno de ansiedad D. Anselmo.

Frai Ciriaco, no obstante la seriedad

con que se revestia para hablar con sus confesados, tuvo fuertes tentaciones de soltar una carcajada, al ver la triste fisonomía del viejo enamorado.

—Se manifiesta mui inquieta, dijo sin contestar a la pregunta que se le habia hecho; se manifiesta mui inquieta por la indiferencia que Vd. la mostró en el paseo: esto prueba que su amor por Vd. es verdadero.

D. Anselmo suspiró pensando en el obstáculo que le impedia aprovecharse de ese amor.

—Pero de qué me sirve su amor? dijo oprimiendo su cuchillo contra la mesa.

—¿De qué le sirve? para casarse nada menos.

—¡Para casarme! yo! ¿y quién me absolveria despues?

—Lo absolveria yo, mi amigo; tranquilícese Vd., porque tambien sale triunfante de la prueba a que le he sometido.

—¿Cuál ha sido esa prueba?

—La de ver si Vd. tendria valor para renunciar a ella, poniendo entre ambos un obstáculo casi insuperable y veo que Vd. perderia en ello su salud y tal vez su vida.

—Asi es, la amo mas de lo que yo mismo creia.

—Eso es precisamente lo que me interesaba saber, pues no habria consentido

jamás en dejarle a Vd., que es mi amigo mas querido, contraer un matrimonio sin estar seguro de que su amor era verdadero y no un simple capricho.

—Ya lo ve Vd., es demasiado verdadero y si ella fuese católica.....

—Es tan católica como Vd. y yo.

—¡Cierto! exclamó D. Anselmo apoderándose de las manos del reverendo Ayunales y obligándole a dejar caer un bocado que llevaba a la boca. ¡Cierto! de modo que lo que Vd. me dijo ayer?.....

—Fué un medio de poner su amor a prueba.

—Ah! me vuelve Vd. la vida, y sin embargo de lo que he sufrido le agradezco su interes.

Después de esta conversacion D. Anselmo se dirigió a casa de Julia, impacientándose por el paso tardío de frai Ciriaco que le acompañaba.

A dos pasos de la puerta de calle encontraron a Fortunato.

—Mira, le dijo D. Anselmo con el rostro radiante de alegría, dentro de ocho días me caso.

—Amigo, le dijo frai Ciriaco tomándole aparte, todas mis tentativas han sido inútiles, el hombre está loco de enamorado.

Fortunato se despidió de ellos sin hacer alto en lo que acababa de oír; su pen-

samiento único era salvarse de la deshonra.

XXXIII.

Fortunato entró a casa de su tío y se dejó caer sobre un sofá. La alegría, ese tesoro de la niñez que tan pronto disipamos, habia huido de su alma. Parecíale que el mundo solo contenia pesares; y la vida, lejos de ser esa aspiracion que la esperanza dirige con sus alas, se le figuraba una guerra atroz para los que nacen sin fortuna.

La vieja criada de D. Anselmo entró en la pieza donde se encontraba el jóven y entabló con él una de esas conversaciones familiares, con las que los sirvientes antiguos en una casa creen poder divertir a sus amos. Pero Fortunato no la oia y la miraba con el aire del hombre que oye hablar con la parte de su individuo que De Maistre llama espiritualmente la *bestia*, mientras que la otra parte, su alma, vaga en la rejion de las ideas.

—El caballerito no está alegre, salió diciendo la vieja mui poco satisfecha de la atencion que se la habia prestado.

Pocos momentos despues Fortunato oyó golpear a la puerta y contestó con distraccion:

—Adelante.

Don Diego Almiro entró en la pieza.

—Ah! Fortunato, dijo con alegría adelantándose hacia el mozo, no esperaba tener el gusto de encontrarte aqui, y venia a buscar al Sr. D. Anselmo.

—Mi tio ha salido, siéntese Vd., dijo el jóven presentándole una silla.

—Vengo, dijo el veterano, con la intencion de darle las gracias por el servicio que me ha hecho por medio de tí. Bien sé que te lo debo casi únicamente; pero él ha tenido la jenerosidad de prestar el dinero, lo que no es poco por los tiempos que corren. Tú, añadió mirándole con ternura, me has salvado la vida y no hallo palabras para pintarte mi agradecimiento.

—Vea, no hablemos mas de eso, dijo penosamente Fortunato. ¿Ha arreglado sus asuntos con D. Modesto?

—Sí, aunque con alguna dificultad.

—Era lo que yo deseaba; ahora le pido que olvide esto y se consagre de nuevo a su trabajo; yo le hablaré a mi tio de su visita.

Don Diego insistió todavia sobre su agradecimiento atravesando el corazon de Fortunato con cada una de sus palabras. Luego despues se despidió invitándole a volver pronto a su casa.

—Mi mujer y Amelia te quieren talvez mas de lo que tú te imaginas, le dijo, no las prives del placer de verte.

--Amelia! dijo Fortunato dando un suspiro cuando D. Diego salia. Ah, si yo me hubiese contentado con su amor seria mas feliz; ¡pero ya es tarde!

Este último pensamiento hizo sobrecojerse su corazon de un extraño terror. Esa idea, de la imposibilidad de volver sobre sus pasos, cuando se presenta por primera vez a las imaginaciones jóvenes, va siempre acompañada de un cortejo de fúnebres presentimientos y de aterradores desconsuelos. El hombre atraviesa los primeros años de su juventud sin pedir nada al pasado, tanta es la savia de vigor que lo impulsa al porvenir: la primera vez que pida la felicidad a sus recuerdos, parece que un eco lejano se encarga de contestarle con melancólico desconsuelo. Fortunato, al decir «ya es tarde,» midió con profunda tristeza el abismo que le separaba de ese tiempo de inocente alegría; pero halló en su alma esa resignacion estoica y soberbia, propia de la juventud, que desprecia el peligro presente, fiándose al azar de la vida con arrogante desprecio.

—En fin, se dijo, ya no tiene remedio, y yo estoi aquí afligiéndome como un niño, cuando, en último caso, si confieso la verdad a mi tio, él me salvará, porque comprenderá mi situacion.

Tras estas palabras Fortunato salió de casa de su tio. En ese instante el joven

pensó que casándose con Margarita Mantoverde le seria mui fácil recojer ese documento, ya por medio de la niña, ya pidiendo dinero prestado, pues ante su calidad de yerno de un capitalista como don Modesto, las dificultades que entonces hacian imposible ese proyecto, se allanarian sin ningun esfuerzo.

En la noche se fué a casa de Bermudes a la hora en que éste acostumbraba hacer su visita a la familia de D. Modesto.

—Ahora mas que nunca, dijo a Anastasio que arreglaba su vestido delante de un espejo, estoi decidido a no perdonar medio alguno para casarme con Margarita.

—Asi es como me gusta oírte hablar, contestó Bermudes, y no con el desaliento que mostrabas en dias pasados. Cuando uno no nace rico, es mui digno de lástima si no aprovecha los medios de que puede disponer para hacer fortuna. Y cuando esta viene de manos de una chica, bella y enamorada ¿no es cuanto puede desearse?

—Yo creo, por lo que he observado, dijo Fortunato, que tendremos que entrar en guerra mui pronto con la familia.

—Tan pronto, añadió Bermudes, que es preciso iniciar la correspondencia desde mañana, porque ya se corre el enlace de Margarita con su robusto tio D. Crispin.

—Bah! por ese lado nada temo; ella no puede amarle.

Anastasio miró con asombro a su amigo al oírle estas palabras:

—Tu argumento me parece peregrino, dijo, y si en él te fías, mañana puedes despertarte bueno y redondamente calabaceado. Mira, hai niñas, como lo es tu Margarita, en las cuales el amor es una afición particular ácia un hombre, pero que ni las quita el sueño, ni el deseo de divertirse, ni mucho menos el de casarse: no todas las mujeres nacen con el corazón fogoso con que nos complacemos en figurárnoslas, lo que sin duda es un beneficio del cielo, porque el escesivo número de las que se casan sin amar, obligadas por sus padres o por la necesidad, despertando despues a su naturaleza verdadera vivirían en el sacrificio o en la deshonra. En suma, y esta es mi opinion, si te casas con Margarita, ella te amará y te hará feliz; pero si no andas listo se casa con el tío si sus padres lo ordenan.

En casa de doña Rita los dos jóvenes recibieron con bastante aplomo el frío saludo de la señora e hicieron inauditos esfuerzos por animar la conversacion, que con la presencia de ellos parecia haber languidecido.

Anastasio, sin embargo, mas osado que Fortunato y mas acostumbrado a arros-

trar la frialdad en una visita, entabló una conversacion con Virginia, aprovechando el ruido de las voces de los demas, mientras que Fortunato sentia subir toda su sangre a sus mejillas cada vez que reinaba el silencio en la pieza, y tomaba mil actitudes sobre la silla sin encontrar la comodidad en ninguna de ellas.

Las demas personas que se hallaban en la tertulia, hablaron de las insignificantes ocurrencias de la capital, comentando con cierta reserva la noticia que corria del próximo matrimonio de D. Anselmo y Julia.

Despues de dos horas mortales, en las que Fortunato solo habia podido cambiar con Margarita algunas amorosas pero furtivas miradas, los dos jóvenes salieron de la casa maldiciendo la suerte que parecia conjurarse contra ellos.

—No queda mas recurso, dijo Anastasio, que apelar a la correspondencia y disminuir las visitas. En las pocas palabras que hablé con Virginia la recordé sus promesas de la chacra, diciéndola que habia llegado el tiempo de cumplirlas.

—¿Y qué ha dicho?

—Ha consentido, de modo que pasado mañana escribes tu carta y yo la entregaré.

—Mui poca esperanza tengo del éxito, dijo Fortunato, pues a pesar de mis car

tas, si los padres quieren, la casarán y me despedirán de la casa.

—Con la diferencia de que por medio de las cartas, dijo Anastasio, puedes alimentar su amor hasta la exaltacion, y si las cosas llegan al estado que temes, la tienes ya preparada para el último recurso.

—¿Cuál es ese último recurso?

—La fuga, a menos que no te sientas con valor para robártela.

—Si ella consiente ¿por qué no? dijo Fortunato.

—Tu interes es triunfar por las vias naturales si puedes, pero triunfar de todos modos. La sociedad entera sabe tus amores con Margarita, de modo que si no te casas con ella, te quedas chasqueado y con la fama de caza-dote, llamando asi a los mozos que andan en busca de niñas ricas: con tal fama y calabaceado, no te queda mas recurso que irte a buscar la suerte en otra parte.

Dos dias despues de esta conversacion se entabló entre Fortunato y Margarita una larga correspondencia amorosa, de la que nosotros solo daremos las primeras muestras, para satisfacer la curiosidad de los lectores amigos de estos detalles, mas comunes en la vida social, que lo que los padres y madres de familia se figuran ordinariamente.

«Margarita querida» decia la carta de

Fortunato, que bajo la inspiracion de Anastasio arrojó en ella todas las reminiscencias de sus lecturas de colejio: «El destino se empeña con mano airada en separarnos, cuando el cielo nos formó para confundir nuestras almas en el delirio inefable que llamamos amor. La tirania de doña Rita y la insultante tenacidad de D. Crispin, arrojan a mi espíritu en una atroz desesperacion; porque ellas me privan de oír la dulce voz de Vd., que es para mí la música del cielo; de estasiarme a mi sabor en esos ojos que son mi paraíso; de sentir su perfumada respiracion que es mi atmósfera vital. Quitarme estos encantos de mi vida, es como quitar a las ave-cillas las auras balsámicas de la selva. Sí, Margarita, mi dulce e idolatrada Margarita, ya que no puedo hablar con Vd., paso las horas y los dias pensando en Vd., llamándola con el alma, como un ciego llama a la luz, como un marino invoca la calma en la tempestad de los celosos mares, porque lejos de Vd. mi agitacion semeja a esas tormentas y mi amor raya en locura.»

Como las dimensiones de un billete amoroso no alcanzan casi nunca las de una carta ordinaria, Fortunato puso su firma al pié de la que hemos copiado y Anastasio la entregó cuidadosamente perfumada en manos de Virginia, con quien

podia hablar con mayor libertad.

Virginia leyó esta carta antes de entregarla. Cada una de sus páginas fué como una oleada de fuego que se agolpó a su corazon palpitante: ser objeto de una passion pintada con igual elocuencia por un jóven de la belleza de Fortunato, la pareció una de esas felicidades tan inmensas, que el alma misma apenas se atreve a soñar. Las personas a quienes la belleza no ha dispensado sus frágiles dones, están mas que otras sujetas al vértigo que se apoderó del corazon de Virginia a la duodécima lectura de la carta.

Margarita la recibió cuando se habia retirado a su cuarto. En el silencio de la noche, a la luz de una sola bujia, las palabras de Fortunato tomaron a sus ojos un prestijio que tal vez no habrian tenido a la hora mas prosaica de medio dia. La exaltacion llamó naturalmente la inspiracion, esta compañera de todo acaloramiento mental, y tomando la pluma, escribió la siguiente carta, que llegó a manos del jóven por la misma via que habia enviado la suya.

«Fortunato: Aunque sé que una niña pierde mucho con esta clase de correspondencia, tomo la pluma para escribirle, porque si no lo hiciese, Vd. creeria que no correspondo a su amor y podria con razon llamarme ingrata y pérfida tam-

bien. Tanto como Vd. deploro la tiranía de mi mamá y los galanteos de mi tío Crispin, con quien quieren hacerme casar; pero yo sabré resistir mientras Vd. me manifieste ese amor que me pinta en su carta, aun cuando para ello fuese necesario el imponerme enormes sacrificios. En estos dias he sufrido mucho, tanto por no poder hablar con Vd., cuanto por un dolor de garganta que me resultó del paseo y para el cual me han hecho tomar una porcion de remedios. Virginia ha encontrado su carta mui *bonita* y yo tambien. Si mi mamá la viese se pondria furiosa; pero yo la he leído retirada en mi cuarto, al cual ella no viene casi nunca en la noche, porque se acuesta despues de dar la plata para la plaza. En fin, crea en la constancia y en el amor de su afectísima Margarita.»

El lector meditará sobre ambas epístolas, que presentamos como una muestra del estilo erótico que cultiva una gran parte de nuestra sociedad.

XXXIV.

Ocho dias despues, la casa de D. Anselmo Rocaleal atraia las miradas de los que por alli pasaban, por el aire de fiesta inusitado de que parecia hallarse revestida.

Eran las ocho de la noche. Las piezas principales de la casa se hallaban abundantemente iluminadas y habian sufrido una completa trasformacion en sus muebles y cortinajes, gracias al dinero y a los intelijentes esfuerzos de un tapicero frances.

En el salon se veian algunos grupos de las personas de la familia, conversando en voz baja como sucede en los preliminares de una fiesta. D. Anselmo, vestido de rigurosa etiqueta, pasaba de un grupo a otro, recibiendo las felicitaciones de muchos de los que mas habian declamado contra la locura que iba a hacer.

Un carruaje paró con estrépito a la puerta de la casa y pocos instantes despues Julia Valverde se presentó en el salon acompañada por su madre y dando el brazo a D. Anselmo que, con la velocidad del rayo, se habia lanzado fuera de la pieza al oir el ruido del carruaje.

Julia estaba en toda la majestad de su belleza.

La esperanza aumentaba el brillo natural de sus ojos y el rosado tinte de sus mejillas. Su pelo, artísticamente arreglado, realzaba la belleza de su frente. Su vestido era de un molde irreprochable y dibujaba con indecible gracia la finura de su talle y el delicado contorno de su seno. En el peinado, en el cuello, en los bra-

zos, los diáfanos brillantes reproducian sus millares de luces, rodeándola de una aureola resplandeciente, cuya luz parecia aumentarse con cada una de sus sonrisas, que dejaban ver el blanco esmalte de su pequeña dentadura.

Las personas que se encontraban en el salon se adelantaron presurosas a saludarla. Ella las recibió con modesta majestad, complaciéndose al verse estrechada entre los brazos de cada una de las orgullosas señoras cuya posicion habia envidiado durante tanto tiempo.

Pocos momentos despues llegó frai Ciriaco y muchas de las familias convidadas al baile de aquella noche, las que se presentaban temprano con el fin de presenciar las bendiciones.

Después de varias conversaciones en voz baja entre los padrinos, D. Anselmo y Julia fueron colocados entre ellos, rodeados de todos los circunstantes y unidos para siempre por las palabras del sacerdote. A esto siguieron los abrazos de estilo y la conversacion principió a hacerse mas jeneral y animada, dándose principio al baile con las personas que durante este tiempo habian ido llegando.

Entre las niñas, Amelia Almiro, si bien no se hacia notar por la riqueza de su vestido, llamaba la atencion jeneral por la delicada belleza de su rostro y las elegan-

tes proporciones de su cuerpo. Convidada al casamiento de D. Anselmo, que queria olvidar en aquella noche sus antiguas enemistades, Amelia venia alli arrastrada mas bien por su irresistible amor ácia Fortunato que por el pueril deseo de divertirse. Su belleza la atrajo al instante varios de esos galanes de baile que cifran su orgullo en bailar con las mas bonitas mujeres de toda reunion; pero todos ellos, al lanzarla a quema ropa los bruscos ataques de la galanteria improvisada de los salones, se admiraban del aire frio, a la par que modesto, con que la niña recibia sus palabras, a las que solo contestaba con la mas irreprochable urbanidad.

Despues de las cuadrillas la orquesta preludió un valse. Fortunato se acercó a Amelia, convidándola a bailar y ambos se lanzaron en el torbellino de parejas que daban vuelta al rededor del salon al compas de la animada música de ese baile. Amelia se dejaba guiar por su compañero, siguiendo con su delicado cuerpo los suaves movimientos de la danza y sintiendo renacer en su alma las deliciosas esperanzas de amor, cuya pérdida la habia hecho verter abundantes lágrimas en los últimos dias. Algunas palabras de Fortunato llegaban a sus oidos mezcladas con los sonidos de la orquesta, cortadas por el movimiento del baile; pero espresivas con el

prestigio de la situación, recojidas por su alma, ávida de ese lenguaje, y engalanadas con la tímida alegría que principiaba a conmover de nuevo su espíritu. Los corazones son tan crédulos y tan injénuos en su primer amor, que olvidan con increíble facilidad el dolor de un desengaño al resplandor siempre simpático de cualquiera esperanza. Así Amelia, al verse entre los brazos de Fortunato en el movimiento y alegría jenerales, cedió al influjo de sus primeras creencias; porque lejos de entregarse a reflexionar, se entregó a sentir: abandonó el frío y cruel ejercicio del espíritu, para someterse al imperio enervante del sentimiento.

Los últimos sonidos de la música la sorprendieron en ese estado delicioso; pero al llegar a su asiento, radiante con su nueva felicidad, una voz bien conocida la despertó de su ilusión, volviéndola al penoso convencimiento de la realidad.

— Me has tomado mi compañero, la dijo Margarita Mantoverde, que había llegado con su familia cuando iba a principiar el valse.

— No te ví llegar, contestó Amelia, aterrada con tan cruel y repentino desengaño.

— A mi me gusta verlo bailar contigo, porque eres mi amiga y además sé que te mira como a una hermana.

Amelia hizo un esfuerzo para continuar

aquella conversacion, de la cual cada palabra venia a herir de muerte las esperanzas que el valse habia despertado en su pecho.

En un grupo de hombres D. Anselmo daba rienda suelta a la locuacidad que su alegria le suministraba, y recibia con risueño semblante esas bromas de bastante mal gusto, que ciertos hombres, con pretensiones de graciosos, hacen siempre a los novios en semejantes casos.

Entre las señoras, condenadas casi siempre a formar espectadores de salon, las conversaciones eran tambien animadas, si bien en voz mas baja que las de los hombres. El vestido de la novia, su peinado, sus brillantes, los encajes de Inglaterra de los vuelos del vestido, la vuelta de igual encaje del descote, toda su persona y su traje, formaban el fondo de la mayor parte de estas conversaciones. Unas admiraban su gracia y otras criticaban la poca finura de sus maneras; estas ponderaban la riqueza de los adornos y aquellas se escandalizaban de tal ostentacion en una persona que era conocida como pobre; dos señoras entradas en años alababan la frescura de su cutis, y dos casadas jóvenes se contaban que a la luz del dia Julia tenia el rostro ajado y de mal color. Y agotada la conversacion sobre la novia, tomaba entonces mas ensanche,

estendiéndose a las vecinas y de estas a las mas lejanas, hasta dar la vuelta entera a toda la concurrencia femenina y llevándola a veces hasta a los hombres que se presentaban en la puerta del salon principal, formando grupos de jente inmóvil y silenciosa. En un rincon de una de las piezas laterales la familia de D. Tiburcio Rostroalbo habia sentado sus reales. Doña Petronila y sus hijas hablaban fuerte, lo observaban todo, llamaban a gritos a los conocidos que pasaban al lado de ellas y tomaban cada una dos platos de helados cuando se acercaba algun mozo con bandeja, parapetándose al mismo tiempo tras de enormes pilas de barquillos que colocaban sobre sus faldas. Para ellas todas las mujeres estaban mal vestidas, todas escesivamente escotadas, y los bailes eran soberanamente insípidos, por la sencilla razon de que nadie, hasta entonces, habia tenido suficiente arrojo para sacarlas a bailar. El único hombre que se acercaba de cuando en cuando a ellas era D. Tiburcio que las preguntaba cada vez:

—¿Han tomado helados? han tomado barquillos?

A lo que ellas contestaban en coro:

—Sí ¿y a qué horas será la mesa?

Despues de este corto diálago D. Tiburcio se retiraba de nuevo en busca de algun lugar que le pusiese a cubierto de

los aires colados; porque apenas salia de un romadizo, segun referia a todos los que le preguntaban por su salud.

Fortunato, entre tanto, habia hecho durante toda la noche inútiles esfuerzos por hablar con Margarita. Su madre le aterraba con sus altaneras miradas, y don Crispin, con el cuello tiezo como el de una estatua ejipcia, le cerraba el paso por el único lugar por donde hubiese podido llegar hasta ella.

El tio de Margarita parecia hallarse en prensa en su traje de baile, tal era lo que su blanca y almidonada corbata le sofocaba, tal la rijidez de sus brazos que luchaban con las costuras de las mangas del frac de atrasada forma y tal el movimiento de sus pies que hasta entonces habian ignorado el uso del cuero charolado. Pero, no obstante todo aquello, y el calor de la atmósfera, que apenas bastaba para su respiracion, D. Crispin se mantenia firme en su puesto, mientras que los parientes varones habian sacado a bailar a Margarita con tanta puntualidad y un órden tan regular, que parecia la ejecucion de un plan combinado de antemano.

Fortunato, desesperado ya de lograr su intento y no pudiendo contentarse con las raras miradas que habia podido obtener, se decidió al sacrificio de sacar a

Virginia para poder, al volverla a su asiento, convidar a Margarita.

Virginia se prestó gustosísima a aquella invitacion, de la que Fortunato se arrepintió inmediatamente que oyó las palabras de aceptacion pronunciadas con una sonrisa tan estudiada, que mas bien parecia un jesto. Tampoco dejó de contribuir a su arrepentimiento, la sorpresa nada caritativa que se pintó en el semblante de Margarita, que no agradeció como debia el sacrificio que por su amor se imponia Fortunato.

—El baile está lindísimo, le dijo Virginia con una mirada al soslayo, en la que quiso retratar su ternura cuando, se paseaban esperando la música de la polka que iban a bailar.

—Asi es, dijo Fortunato, que apenas podia ocultar su disgusto; luego en voz baja y como para responderse a sí mismo.

—Era la última necesidad que me faltaba que hacer, la de sacar a esta *vision*, se dijo, tratando de evitar las miradas malignas de muchos amigos que se habian sentado en un sofá para verle bailar.

—Mui ingrato se está Vd. poniendo con nosotras, le dijo su compañera, con una nueva mirada mas insinuante que la primera.

—Me ha sido imposible ir en estos dias a su casa, contestó Fortunato.

Virginia suspiró tiernamente. La música habia principiado ya, y al ir de nuevo a dirigir la palabra al desesperado jóven, este la arrebató por un movimiento inesperado, dando principio a la danza con tal furor, que al cabo de algunas vueltas, Virginia sentia que la respiracion la faltaba. Al fin, Fortunato pareció apiadarse de ella y se detuvo, creyéndola ya con menos deseos de conversar; pero ella, sin darse el tiempo necesario para recobrar su tranquilidad:

—Sus cartas, le dijo, me han tenido encantada. ¡Qué dichosa es Margarita de inspirar un amor de esa clase!

—Vd. puede inspirarlo igual o tal vez mayor, le contestó Fortunato, tomando el partido de divertirse ya que él mismo se habia buscado aquel suplicio.

—Vd. dice eso, pero no lo cree, dijo ella, revolviendo estrañamente los ojos y dando a su voz una suavidad de tiple, como el tono que se adopta en las máscaras para disfrazar la voz.

—Oh! lo creo firmemente así y Vd. misma debe conocer sus encantos.

—Vd. es mui lisonjero; pero no le creo.

—¿Qué cosa?

—Lo que Vd. me dice, murmuró Virginia, bajando los ojos llena de púdica turbacion.

Mas Fortunato, encontró por conve-

niente dar principio otra vez a la danza y no concluir hasta que se terminase la música. Al sentar a Virginia, se sintió oprimir suavemente la mano, circunstancia que no detuvo su atencion, porque tocaba ya al momento que tanto habia esperado.

—Señorita, dijo acercándose a Margarita ¿me hará Vd. el favor de bailar conmigo las próximas cuadrillas?

Margarita se sintió en el mismo instante oprimir el pié por una enérgica insinuacion de su madre, lo que la hizo pensar que debia echar sobre ella una mirada consultiva.

—Está en baile con Crispin, dijo doña Rita, sin dignarse mirar al jóven, mientras que el tio D. Crispin, vigorosamente apremiado por sus botas nuevas de charol, mudaba de actitud a cada momento, secando con su pañuelo el copioso sudor que humedecia su frente y sus redondas mejillas.

—Entonces será el schotish siguiente, dijo Fortunato sin desalentarse.

—Creo que tambien está en baile con Crispin, dijo doña Rita siempre sin mirar al jóven.

Margarita bajó la frente llena de vergüenza y Fortunato se retiró desesperado.

—Es imposible bailar con ella, dijo a Bermudes que observaba a alguna dis-

tancia aquella escena y comprendía perfectamente lo que en ella sucedía.

Los dos jóvenes pasaron, dándose el brazo, a una pieza donde se servían refrescos y licores. Allí Anastasio llevó a un lugar apartado a su amigo.

—Acabo de oír una conversacion, le dijo, que me ha dado la idea de hacerte una pregunta.

—¿Cuál?

—Cuántos documentos firmó tu tío a favor tuyo el día del paseo?

Fortunato, llamado por estas palabras a la terrible idea que le dominaba y que por un instante había olvidado, se mostró turbado y no acertó a contestar.

Esta turbacion no pasó desapercibida a los penetrantes ojos de Anastasio.

—Tú me dijiste ese día que solo habías conseguido una letra de dos mil pesos.

—Así fué, dijo Fortunato turbado.

—Pero esos dos mil pesos los perdiste al juego en la noche y quien te los ganó fué Carlos Peñalta.

—¿Y a qué vienen estas preguntas? dijo Fortunato tratando de serenarse.

—Las hago porque he oído hace un momento al mismo Carlos que D. Diego Almiro se salvó por un documento de dos mil pesos que tú endosaste a su favor.

—Ese lo conseguí despues de mi tío,

replicó Fortunato dirigiéndose a la mesa y tomando un vaso de vino.

La turbacion del jóven habia hecho sospechar la verdad a Anastasio. Su tristeza de los últimos dias y aquel nuevo incidente, bastaron para despertar esta sospecha en el espíritu de Bermudes, siempre inclinado a deducciones de este jénero.

—Yo averiguaré la verdad mui fácilmente, se dijo dirigiéndose al salon.

El baile se prolongó hasta las dos de la mañana, hora en que algunos amigos de D. Anselmo se encargaron de dispersar la concurrencia, atravesando los salones con sus sombreros en la mano, y despidiéndose de varias personas, para hacer notar que era tiempo ya de retirarse.

XXXV.

Un mes habia trascurrido desde el casamiento de D. Anselmo. Fortunato, durante aquel tiempo, habia buscado en el juego el olvido de su pesar y los medios de adquirir el dinero suficiente para rescatar el fatal documento, del que dependian su tranquilidad y su honra; pero la suerte le habia negado sus favores, aumentando los embarazos de su situacion pecuniaria. Su consuelo único eran las

cartas que de cuando en cuando recibia de Margarita, en las que un observador atento y desinteresado, no habria tenido gran dificultad para entrever la frialdad mal disfrazada de la niña que ama mas bien por pasatiempo que por verdadera e irresistible inclinacion. Mas Fortunato tenia necesidad de creer en las testuales e insípidas protestas que se le hacian en contestacion a sus ardientes y alambicados juramentos, porque veia en Margarita la única manera de volver a la felicidad y de alcanzar la riqueza, por la cual Bermudes le infundia mayor cariño a medida que los obstáculos aumentaban.

Entre tanto, en esos treinta dias, y a pesar de la clandestina correspondencia, los padres de Margarita la preparaban poco a poco para que obedeciese gustosa el mandato que debian hacerla. Con este fin se habian empleado los medios que la jenerica tiene a su disposicion para seducir el espíritu de una jóven, halagando los naturales instintos del gran número de mujeres, que no divisan la felicidad sino en los estrechos pero dorados límites del lujo y de las materiales comodidades de la vida. Margarita Mantoverde pertenecia a ese gran número, era de la mayoria. Una de esas niñas para quienes el amor es el sueño del alma, el único porvenir del corazon, se habria desespe-

rado en su lugar y cobrado nuevo ardor con la separacion y las contrariedades; pero Margarita no tenia tiempo de desesperarse, porque la modista la presentaba casi todas las semanas nuevos moldes de manteletas y vestidos. ¡Cuántos amantes ignorarán que estos han sido sus únicos rivales en la liza de amor! Además, don Crispin habia comprado una casa magnífica, a donde ella tenia que ir con su madre dos veces a la semana para dar su opinion sobre los arreglos, porque su bondadoso tio declaró que reconocia en ella un esquisito gusto y por lo tanto se conformaba a él para todos los detalles de su casa. Fuera de esto, la tertulia de su casa era siempre numerosa, su maestro de piano venia tres veces por semana, y durante la última, su tio la habia convidado a ver un coche que acababa de comprar. ¡Con este cúmulo de ocupaciones, pedid a una niña bien educada y elegante que tenga tiempo para entregarse a las contemplativas emociones del amor, y sonreirá desdeñosamente a vuestras barbas!

Fortunato tenia costumbre de asistir al paseo de la alameda todas las tardes con la esperanza de ver a Margarita. Allí un saludo, una sonrisa, unas cuantas miradas sustraídas a la vijilancia de doña Rita, eran el premio de su constancia y el bálsamo que calmaba su inquietud y su fas-

tidio. Anastasio, que siempre visitaba en casa de D. Modesto, le acompañaba raras veces en este paseo, para hacer creer a la familia de Mantoverde que sus relaciones con Fortunato no tenían ya la misma intimidad. Pero en una de estas tardes, en que Fortunato esperaba la llegada de Margarita, Anastasio vino a sentarse a su lado en el sofá que él tenía costumbre de ocupar.

—Hoi he estado a verte dos veces en tu casa, le dijo, y no te he encontrado.

—He pasado el día en casa de mi tío, dijo Fortunato.

—Anoche estuve en casa de las Mantoverde.

—¿Y me trajiste carta de Margarita?

--No, Virginia me ha dicho que habían redoblado la vijilancia con ella y que temia mucho que fuesen ciertas las voces que corren sobre su casamiento con don Crispin.

—¿Qué razones tiene para creerlo?

—Lo que ha traslucido en la casa en primer lugar y luego las prodigalidades y regalos de D. Crispin.

—Entonces, dijo Fortunato, si te parece recurriremos al último medio que nos queda que ensayar.

—De todos modos nada mas puede perderse ya, puesto que es imposible concluir las cosas amigablemente.

Pocos instantes despues, Margarita paso por delante del sofá en que los dos jóvenes conversaban, dando el brazo a don Crispin. Tras ella marchaba su madre con Virginia y un pariente que daba el brazo a la señora.

—Ya ves, dijo Bermudes, la noticia parece fundada, puesto que en todas partes se presenta con el tio.

Despues del paseo, Fortunato escribió a Margarita una carta pintándola su desesperacion y proponiéndola la fuga de la casa paterna. Esta carta fué entregada por Bermudes a Virginia, la que, como siempre, tuvo cuidado de leerla. La lectura hizo nacer en el espíritu de Virginia una de esas ideas estrañas y súbitas, hijas de las imaginaciones encendidas por un largo martirio amoroso. En un momento recordó las galantes palabras de Fortunato en el baile y no tuvo dificultad en persuadirse que el mozo no estaba mui distante de amarla, puesto que la habia hecho tan insinuantes manifestaciones.

—Se ha dedicado a Margarita, se dijo en medio de su reflexion, por consejos de Anastasio, pero en mí hallará una mujer capaz de comprenderle mejor y de hacerle mil veces mas feliz: Margarita no le ama como merece.

Su corazon la sujirió precisamente la

idea de dar al jóven esa felicidad, y para ahorrarle las dificultades de una inconstancia manifiesta con Margarita, Virginia resolvió ponerse en lugar de su sobrina y entregarse al capricho de la suerte.

A la noche siguiente, Bermudes volvió por la contestacion.

—Margarita no ha podido escribir, dijo Virginia a su amante, porque cada dia es mas vijilada, pero me ha dicho que mañana en la noche, a la una y media o dos de la mañana, cuando todos se hallen durmiendo, ella estará en la puerta falsa. Encargue Vd. la puntualidad a Fortunato, y retírese porque nos están observando.

Bermudes llegó a casa de Fortunato que le esperaba lleno de impaciencia.

—¿Hai contestacion? le preguntó, apenas el jóven entró en su cuarto.

—No por escrito, pero sí de palabra, dijo Anastasio.

Entonces repitió testualmente lo que Virginia acababa de decirle.

Fortunato manifestó desde ese instante una loca alegría. Con la verbosidad propia de un hombre abatido, que entra de repetente en una gran felicidad, comenzó a formular sus proyectos para el porvenir, burlándose de la autoridad de los padres de Margarita.

—¡Y yo que creia que ella no seria capaz de hacerme ese sacrificio! dijo, acu-

sándose de haber desconfiado del amor de la niña.

—Lo cierto es, dijo Bermudes, que te da una prueba mui elocuente de su amor.

—¡Qué cara pondrán todos y el tío Crispin, cuando se desayunen con la noticia de la fuga!

—Para hacer las cosas con decoro, dijo Anastasio, es preciso que la lleves a casa de tu tío y allí la deposites hasta que los padres consientan en ceder.

Fortunato accedió gustoso a aquella indicacion y se separó de Anastasio despues de darle cita para la noche siguiente.

XXXVI.

Una nueva constelacion se habia levantado en el firmamento de la sociedad santiaguina durante los dias que mediaron entre el casamiento de D. Anselmo y la contestacion dada por Virginia a la carta de Fortunato. Esa nueva constelacion, brillante, hermosa, rodeada de la esplendente aureola de la novedad, era Julia Valverde, la feliz esposa de D. Anselmo Rocaleal.

Diez dias despues de su enlace, Julia habia abierto sus salones y formado una tertulia semanal compuesta de las mas notables familias de Santiago, sin perjui-

cio de recibir en las noches restantes de la semana un cierto número de jóvenes elegantes y algunos caballeros de edad que acompañaban a D. Anselmo. Entre los jóvenes, Carlos Peñalta era uno de los mas asiduos a la casa de Julia. Este jóven, que habia resuelto el problema de vivir sin renta conocida, y ostentaba un lujo igual al de los mas acaudalados pisaverdes, supo hacer revivir en el corazon de Julia el fuego mal estinguido de los antiguos recuerdos.

Julia, despues de satisfacer su ambicion, encontró una voluptuosa dulzura en entregarse a las dichas de un amor, que solo las imperiosas exigencias del interes pudieron hacerla dominar en su pecho; de manera que en la época a que nos referimos, la felicidad habia realizado para ella todos sus caprichos, por una de esas raras complacencias de la suerte, que pocas veces corona satisfactoriamente los planes largo tiempo ideados.

No estará demas, sin embargo, hacer presente aquí el ingenioso argumento que empleó Julia para convidar a Carlos a su casa, despues de los antecedentes que conocia su marido sobre sus amores con este jóven. Debe recordar el lector que don Anselmo se hallaba entonces bajo a influencia mágica de *la luna de miel*. Fácil fué por consiguiente para Julia el per-

suadirle de la necesidad de establecer en su casa una tertulia semanal.

—Quiero mostrar a todos mi felicidad, decia en un tierno coloquio con D. Anselmo, porque estoi orgullosa de ella.

Luego, al tratar de los convidados, y como viese fruncir el ceño a su marido, cuando ella pronunció resueltamente el nombre de Peñalta:

—¿No conoces al mundo? le preguntó. Bastaria que escluyésemos a ese jóven, para que te calificasen de celoso, y yo quiero que el mundo vea que para mí no hai mas hombre que mi marido.

Julia aplicó este argumento con carinos revestidos de encantadora coquetería, empleando al mismo tiempo la suavidad con que la niña de la fábula consigue sacar la espina de la mano del leon. D. Anselmo se dejó sacar la espina de los celos y Carlos fué convidado.

La sociedad, por su parte, habia aceptado de Julia todo lo que las sociedades aceptan de los que quieren complacerlas, reservándose, bien entendido, su sagrado derecho de censura, al que mas que ninguna otra debe conformarse la que, como la mujer de D. Modesto, aspira al título de reina de la elegancia y del buen tono.

Julia daba brillantes tertulias, gastaba un asombroso lujo en los mas pequeños detalles de su vestido, tenia uno de los

mas ricos coches que se presentaban a la alameda, y cumplia en todo con las exigencias de una posicion conquistada de improviso entre una clase de jentes habituadas a las comodidades y aun a las superfluidades de la vida: era todo lo que podia pedírsela; su belleza y su gracia hacian lo demas.

Pero la brillante senda del lujo, tiene sus sinuosidades que una mujer debe saber evitar a su paso, para no romper el botin delicado que aprisiona su pié. Los que presencian los placeres ajenos sin tomar parte en ellos, creyéndose sin embargo con derechos suficientes para disputarlos, son otros tantos enemigos cuyo juramentos de venganza, si bien se pierden en el murmullo de los elejidos, no dejan por esto de encerrar una real y temible amenaza. Esto era lo que sucedia a Julia. Rodeándose de la nata de nuestra sociedad, creyó que sus antiguos amigos y protectores se hallarian mal colocados entre personas orgullosas de sus nombres y de sus fortunas. D. Tiburcio Rostroalbo el modesto empleado, y su familia, fueron comprendidos en el número de los escluidos.

—Ya es la segunda tertulia que da Anselmo y se ha olvidado de convidarnos, decia una noche D. Tiburcio que habia tolerado con paciencia el primer olido de su cuñado.

—Hijo, en esto no debes culpar a mi hermano, contestaba doña Petronila, el pobre ya no tiene voluntad propia.

—Su mujer es la que solo manda en la casa, observó Raimunda.

—Yo desconozco a mi tío desde que se casó, decia casi al mismo tiempo Felician; antes era tan bueno.

—Y bien puede andarse con tiento, añadía doña Petronila, porque he oído de ella cosas que nosotros, como parientes de su marido, no toleraremos jamás.

Don Tiburcio dió con el codo a su irritada consorte, para mostrarla la impropiedad de esa observación en presencia de las niñas.

A veces Fortunato solía tomar parte en este coro de familia contra la nueva pariente, porque la jenerosidad de su tío había notablemente reducido sus proporciones desde el día siguiente de su matrimonio.

—No tengan Vdes. cuidado, decia el jóven, al primer desliz que podamos probarla, le abriremos los ojos a mi tío y haremos que la arroje de la casa.

Don Anselmo, entre tanto, se había encerrado en una reserva que contribuía también a dar pábulo a la jeneral animosidad de los parientes. El pobre hombre, como jeneralmente lo hacen todos, no tenía valor para confesar que era desgra-

ciado. Su luna de miel solo habia durado un mes. Tan corto término entre el creciente y el meguante de su felicidad, habia dado un golpe mortal a su alegria. Por buscar la inefable tranquilidad de la vida doméstica en los goces ponderados del matrimonio, se hallaba, sin quererlo, lanzado en la dispendiosa existencia de la vida elegante, pagando placeres que formaban su tormento y viéndose privado hasta del derecho de manifestar su ternura a su mujer. El pesar, en un mes, habia grabado en su rostro su sombra melancólica, dándole el aire de un hombre agoviado por una idea triste, que lucha a todas horas por desprenderse de su peso. De aqui su silencio para con sus parientes y el cambio de sus hábitos casi joviales, en un trato silencioso y meditabundo.

D. Anselmo, sin embargo, no era de esos hombres dotados de suficiente energía para devorar su dolor en el silencio, y los años, por otra parte, le habian quitado la timidez de los que sufren callados por temor de ver estallar una tempestad doméstica. Además, en su calidad de antiguo solteron, tenia la inesperienza de un niño en esa guerra de familia, cuyos auxiliares son la prudencia y el tino, empleados alternativa y oportunamente. Esto le hizo provocar una explicacion con su mujer, con la esperanza de dar un golpe

de autoridad que hasta entonces no había puesto a prueba, arrastrado por el encadenamiento sucesivo de los sucesos domésticos.

—¿No le gustaria, hijita, dijo a Julia un día que se hallaban solos despues de almorzar, que fuésemos a pasar algunos dias a la chacra?

—¡A la chacra! ¿y para qué? contestó Julia, reclinándose con abandono en una poltrona.

—Para distraernos..... para..... en fin, para no estar aqui, dijo D. Anselmo que, como muchos que arreglan de antemano una conversacion, se ven turbados por la pregunta o respuesta mas insignificante.

—Pero yo creo, al contrario, que debemos estar aqui, replicó ella. Piensa, hijo, que aun tenemos muchas visitas que pagar y el ausentarnos en estas circunstancias seria una falta que nadie nos perdonaria. Ademas, tú perderias con esto, y yo no quiero que se hable de mi marido desfavorablemente.

—¡Yo perderia! ¿no veo cómo? exclamó con admiracion D. Anselmo.

—Parace, hijo, que no conocieses a la sociedad en que vives, repuso Julia, aproximándose a su marido. ¿Sabes lo que se diria al dia siguiente de nuestra partida? Que, casado con una mujer jóven y aten-

dida por todos, tú estabas celoso y la ocultabas a la sociedad.

—Yo, celoso, qué ocurrencia! dijo don Anselmo, dándose los aires de hombre superior a esas mezquindades de la pasión, que los hombres afectan por orgullo delante de toda mujer.

—No es que lo crea, sino que sé que así lo pensarán. ¡Cómo habia yo de suponer que tu eras capaz de hacer a mi amor semejante injuria!

—Cabal, para estar celoso seria necesario que dudase del amor que me has jurado.

—Y eso no puede ser, ¿no es verdad?

Julia pronunció estas palabras con el tono arjentino que las mujeres saben tomar para indicar la respuesta que desean.

D. Anselmo se doblegó al influjo magnético de esa voz y buscó nuevas palabras para oír nuevos juramentos, olvidándose del propósito con que habia iniciado aquella conversacion y hasta de la necesidad de reducir los gastos de la casa. Sus temores, su melancolia y sus escrúpulos se ahogaron en la alegría de esa primera reconciliacion, que abrió su pecho a nuevos y desconocidos placeres, porque creia haber reconquistado su felicidad.

Desde entonces las tertulias de su casa fueron mas animadas y brillantes que las primeras.

XXXVII.

Vimos que Fortunato y Anastasio se habian dado cita en la puerta falsa de la casa de D. Modesto Mantoverde.

La casa de este noble caballero era de esquina, por lo que gozaba de la incomparable ventaja de tener una puerta falsa, salida cómoda para el servicio interior y privado, que añade a esta circunstancia la de prestarse a muchas de las exigencias de la vida que el prespicaz lector puede figurarse.

Los dos jóvenes, como bien se imagina, fueron puntuales a la cita. Encontráronse a la hora prefijada, y despues de observar por la puerta de calle el movimiento de la casa, en la que las luces comenzaban a desaparecer, se retiraron al lugar donde debian esperar a Margarita.

La calle estaba desierta y silenciosa. Santiago no es una ciudad que vela hasta mui tarde. El sereno dormia en una esquina, como casi siempre acontece a los miembros de este respetable cuerpo de seguridad urbana, y las personas que de cuando en cuando pasaban por allí, hallaban mui natural que dos jóvenes conversasen parados en medio de la calle. Jeneralmente se les suponía dos amantes que se hacian sus confidencias a la salida

de una visita, como acostumbra este jénero de vivientes, que encuentra incompleto un amor cuando no pueden confiarlo a uno o a muchos amigos.

Fortunato y Anastasio conversaban en efecto; pero no se hacian confiancias, porque no tenian nada que confiarse.

—Ahora que parece que tu suerte va a decidirse, decia Bermudes, es preciso que me hagas una promesa.

—¿Cuál? preguntó Fortunato.

—La de auxiliarme con todo tu poder cuando hayas entrado a la familia de Mantoverde.

—Con mucho gusto ¿pero enqué puedo servirte?

—En destruir la resistencia que harán para que yo pueda casarme con Virginia.

—¡Piensas casarte con ella! yo creia que la enamorabas solo por distraccion.

—Pues, como ves, era con mejores intenciones de las que me suponias.

—¡Y la familia se opone! dijo Fortunato admirado, pero guardándose las razones de aquella admiracion, apoyada sobre los años y la figura de Virginia.

—Esa familia desdeña a los que no descienden de marqueses.

—Son unos tontos.

—Unos animales.

—Pero nosotros les haremos ser menos

exigentes, añadió Fortunato, al recordar el motivo de aquella cita.

—Pero cómo solo tú vas a sacar inmediatamente provecho del rapto de esta noche, es preciso que recuerdes despues que a mí me deberás tu fortuna.

—Lo recordaré tan bien, que ántes de un mes te encontrarás casado, dijo Fortunato, lleno de agradecimiento por los servicios de su amigo.

—Entre tanto, la bella se hace esperar mucho.

—¿Qué horas serán?

Anastasio sacó su reloj, pero la noche era tan oscura que le fué imposible distinguir la hora.

—No veo nada, dijo.

—Silencio, creo que he oido introducir la llave en la puerta, murmuró Fortunato, cuyo corazon palpitaba con estraordinaria violencia.

—En ese instante los dos jóvenes oyeron torcer con cautela una llave y entreabrirse silenciosamente la puerta.

Los dos jóvenes detenian su respiracion, de miedo de ahuyentar a la fujitiva.

Una cabeza de mujer, cubierta por un espeso velo negro, se mostró por la puerta entreabierta; pero la presencia de dos hombres en lugar de uno solo, pareció intimidarla, porque se retiró inmediatamente cerrando la puerta.

Fortunato comprendió la causa de aquel temor y se aproximó hasta tocar la puerta con su rostro.

—Margarita, dijo en voz baja, no tenga Vd. miedo, el que me acompaña es Anastasio, que ha venido por si teniamos necesidad de su auxilio.

Parece que estas palabras produjeron el efecto deseado, porque la puerta se abrió de nuevo, con las mismas precauciones de la primera vez. Mas en lugar de mostrar solamente la cabeza, la fujitiva salvó el umbral y se mostró al lado de los dos jóvenes, envuelta en un gran pañuelo, que ocultaba la forma de su cuerpo y con el espeso velo siempre estendido sobre el rostro.

—Vente a alguna distancia de nosotros, dijo Fortunato a Bermudes, para avisarnos si nos persiguen.

Y diciendo esto ofreció su brazo a su compañera y se pusieran en marcha.

Fortunato sintió temblar sobre su brazo el brazo que él suponía de Margarita y juzgó conveniente reanimar su valor.

—Por qué tiembla Vd.? la dijo con su mas cariñoso tono, ¿duda Vd. de mi lealtad y de mi honor?

—Oh, no, dijo Virginia, con voz tan apagada que apenas fué oída por el joven.

—Serénese Vd., dijo Fortunato, yo sé apreciar en su verdadero valor la prueba

de cariño que Vd. me dá. Confieso que durante estos últimos dias he cometido el crimen de dudar a veces del amor de Vd.; pero ahora veo que comprendia mal el sentido de sus cartas que entonces encontraba frias.

Virginia permaneció silenciosa.

--El paso que Vd. dá ahora no la causará jamas arrepentimiento, prosiguió diciendo Fortunato; mi amor por Vd. será eterno y nada me hará olvidar el sacrificio que Vd. hace.

--¿Vd. me lo jura? preguntó ella, siempre con voz apagada.

--Por mi amor, por lo que miro como mas sagrado sobre la tierra.

--¿Aunque Vd. me encuentre distinta de lo que ~~ha~~ creído?

--¿Y cómo, puede Vd. ser distinta de lo que yo la creo?

--¿No me ama Vd. como lo ha dicho?

--Sí, mas de lo que Vd. piensa.

--Eso me basta para mi completa felicidad. ¿Y a dónde me lleva Vd?

--A casa de mi tio; allí estará Vd. perfectamente segura y nadie podrá pensar mal de Vd. puesto que está bajo la salvaguardia de una persona respetable.

--Le confieso que tengo un temor invencible; este paso es tan extraño, dijo Virginia, preparando al jóven para darse a conocer poco a poco y ocultando menos

que al principio el tono natural de su voz.

—Sí, es extraño en efecto, dijo Fortunato, pero es el único medio de vencer la resistencia de sus padres: yo sentia que lejos de Vd. me era imposible vivir y esperé que a Vd. la sucediese lo mismo. ¿Ha sido mucha temeridad de mi parte?

—No, Vd. ha tenido razon, ¿no reconoce Vd. mi voz?

—Ah, como no, exclamó Fortunato cada vez mas entusiasmado con aquella conversacion, bien que extrañando un tanto la orijinalidad de la pregunta; la reconozco, porque es la voz que ha despertado en mi pecho los primeros sueños de amor, porque con ella he aprendido a conocer todo lo que hai en el alma de grande y de sublime, porque aun sin oirla conservo su eco en mi corazon, donde mi amor la repite a todas horas.

En este momento la pareja llegó a casa de D. Anselmo, y Anastasio tras ellos.

—Ahora, dijo Anastasio, conviene que pasemos en buena conversacion el resto de la noche hasta que D. Anselmo se levante: despues me presentaré yo en casa de Da. Rita en calidad de plenipotenciario.

Virginia no se atrevió a decir una sola palabra y Fortunato hizo un jesto de impaciencia.

—Oye, le dijo Bermudes, lo que acabo

de decir es mi condicion espresa, puesto que es lo único que puede salvar hasta cierto punto el honor de la que ha de ser tu mujer. Además, sin esto yo no tendria valor para presentarme en la casa de esa familia, y ella jamas me perdonaria el haber contribuido de este modo a desbaratar sus planes, lo que haria imposible mi casamiento con Virginia.

Los tres entraron en la casa, cuya puerta habia quedado sin llave, mediante una gratificacion de Fortunato al criado de su tio.

—Vaya, dijo Fortunato, encendiendo una luz en la pieza, donde introdujo a Virginia y a Bermudes; aquí puede Vd. quitarse el velo, ya nadie la reconocerá.

Ella, que no habia previsto aquella escena, se encontraba en una perplejidad imposible de describirse. Colocada en medio de la realidad, las ilusorias reflexiones que la habian impulsado a dar aquel temerario paso, perdieron todo su poder. El fuego de las palabras de Fortunato, que creia hablar con Margarita, la mostró además que su proyecto era imposible. Mil ideas se agolparon entonces a su espíritu, haciéndola ver la vergüenza de su situacion y persuadiéndola de que Anastasio era el único recurso que la quedaba para salvarse de la vergüenza.

—Descúbrase, Margarita, con toda con-

fianza, la dijo Bermudes, creyendo con sus palabras vencer la timidez que ella manifestaba; ya sabe Vd. que yo soi su amigo, puesto que Vd. es sobrina de Virginia, a quien amo desde largo tiempo.

Una nueva idea surgió entonces a la imaginacion de la querida de Anastasio, resuelta ya a recurrir, para salvarse, al amor de este.

—Me descubriré, le dijo al oído, si Fortunato sale de esta pieza.

Anastasio, sin poder darse cuenta de tan estraña idea, la comunicó sin embargo a su amigo.

—¡Qué locura! exclamó Fortunato ¿por qué exige Vd. que yo salga de la pieza?

—Despues lo sabrá.

—Bueno, consiento en retirarme por obedecerla.

Virginia se aseguró de que éste habia cerrado la puerta, pero no pensó en que la indiscrecion aconsejaría al jóven el mirar por el agujero de la llave, lo que él hizo en efecto.

De la puerta, Virginia se dirigió con paso teatral ácia la luz que estaba sobre una mesa, a la cual Bermudes se apoyaba, tratando de adivinar aquel enigma. Luego, quitándose con precipitacion el velo:

—Soy yo, dijo mostrándose a Anastasio.

Este no dió una sola exclamacion, ni hizo un solo movimiento, pero su semblante se contrajo de una manera imposible de describirse. Sus ojos parecieron querer arrancarse de sus órbitas, sus cejas se estendieron en arco, y sus lábios, en los que la fuerza misma de la sorpresa contrajo la exclamacion que iba a escapársele, dieron a su boca una espresion de espanto que habria hecho la fortuna de un actor.

Fortunato, que vió el movimiento de Virjina para quitarse el velo, no podia divisarla el rostro porque ella le volvia la espalda en ese instante, pero pudo observar la singular espresion de Anastasio, lo que para él era un enigma indescifrable.

—¿Qué tendrá monos en la cara? se preguntó, sin figurarse el engaño de que habia sido víctima.

—¡Cómo! exclamó Virjina, fingiendo indignacion y apelando a todo su valor ¿así me recibe Vd.?

—Confieso que la sorpresa no me ha dejado hablar, dijo Bermudes, y que apenas puedo creer a mis ojos.

—Pero en fin, ya ve Vd. que soi yo. ¿Comprende Vd. ahora el paso que doi por Vd.?

—Para ser franco, Virjina, la diré que no lo comprendo.

Ella entonces se arrojó con desesperación sobre una silla y cubrió su rostro con ambas manos.

Fortunato entre tanto se hacia cruces sin comprender una palabra de lo que pasaba, preguntándose:

—¿Por qué se enternece ahora?

Bermudes se acercó a Virginia.

—Perdóneme, la dijo, todo esto era tan inesperado para mí, que la sorpresa me ha hecho talvez ser injusto.

—Nó, no admito la sorpresa que se niega a apreciar el sacrificio que he hecho por amor, dijo ella sollozando.

Entonces Anastasio la prodigó las mas ardientes protestas que contiene el vocabulario de la lengua.

—El diablo me lleve si comprendo algo de esa pantomima, se decia Fortunato, cansado de la actitud un tanto forzada en que se encontraba.

Virginia aceptó poco a poco las protestas de su amante, diciéndole que habia adoptado aquella resolucion porque habia oido a doña Rita que ni ella ni su marido consentirian jamas en dejarla unirse a él y que se preparaban para despedirle de la casa.

Anastasio concluyó por decirla:

—Ah, Virginia, Vd. es un angel.

—Yo, dijo ella, estaba persuadida de que Margarita no aceptaria el plan, y se-

gura del amor de Vd., por otra parte, ví que todo estaba perdido si me faltaba la resolución. Si Fortunato hubiese venido solo a la cita, le habria desengañado, pero viéndole a Vd., cobré valor y me decidí a darle el brazo, porque la esplicacion era imposible en medio de la calle.

Fortunato, impaciente, abrió en ese momento la puerta.

—Me estoy helando de frio, dijo con voz que trató de hacer alegre ¿puedo entrar ya?

—Entra, entra sin temor, le dijo Anastasio sonriendo.

—¡Qué es esto! exclamó Fortunato al ver el rostro de Virginia, era Vd.! ¿y Margarita?

—En su casa, dijo Virginia, bajando la vista.

—Y durmiendo probablemente, añadió Bermudes.

Fortunato se quedó pálido y sin hacer un solo movimiento.

—Quiere decir que los papeles se cambian, le dijo Anastasio, y que yo haré por tí lo que tú habrias hecho en mi favor.

Y esplicó a Fortunato las razones espuestas por Virginia, diciéndole, con anuencia de ésta, que a Margarita le habia faltado el valor.

Fortunato se sentó silencioso, creyendo

ver por los aires la rubicunda faz de D. Crispin que con burlesca risa se mofaba de su desventura.

XXXVIII.

Al volver Fortunato a su casa por la mañana, se encontró con la criada de su tia Petronila que le mandaba llamar.

—Está bien, dijo el jóven, ahora iré.

Y se encerró desesperado en su cuarto, con el desaliento del hombre cuyas esperanzas le han abandonado.

—Que Anastasio se arregle como pueda, se dijo recostándose sobre su cama; yo, por mi parte, dejaré que los acontecimientos sigan su curso natural.

En medio de sus reflexiones se quedó profundamente dormido hasta que la criada de su tia volvió llamándole con mayor urgencia.

Doña Petronila esperaba sola en su cuarto de dormir, a donde la criada condujo a Fortunato.

—Te he mandado llamar, le dijo la señora, para un asunto de grande importancia.

—Aquí me tiene Vd., contestó Fortunato bostezando.

—Todas nuestras sospechas sobre esa *mujercita* han salido ciertas.

—¿Qué mujercita?

—Julia, esa malvada que nos ha indis-
puesto a todos con Anselmo, la hemos
descubierto, ya sabemos lo que vale.

—Bueno, y qué puedo remediar yo?

—Espérate: ¿recuerdas nuestras sospe-
chas sobre su conducta?

—Perfectamente, pero sospechas no
bastan.

—Ahora tenemos pruebas.

—¿En dónde están?

—Es decir que las tendremos: para eso
te he llamado.

—A ver...

—Sé positivamente que ella sale de
su casa en la noche dos veces en la sema-
na y se dirige a casa de ese jóven Peñalta
que habita unos cuartos con puerta a la
calle.

—¿Cómo lo sabe Vd.? preguntó Fortu-
nato, que sintió despertarse el cariño que
siempre habia tenido por su tio.

—Lo sé por una de mis criadas que la
ha visto; pero como nosotros necesitamos
pruebas, es preciso que la veamos tam-
bien por nuestros propios ojos.

—Ah, si fuese cierto, eso la costaria
mui caro, dijo Fortunato. Esa mujer se ha
introducido en nuestra familia para orro-
jar en ella la discordia: ¡que tenga cui-
dado!

—Hoi es uno de los dias de la semana

en que ella sale a su cita, prosiguió doña Petronila; si tienes interes por tu tio, es preciso que la sorprendas.

—¿A qué hora sale?

—A las ocho de la noche.

—Pues bien, yo iré esta noche.

—Bueno, yo iré contigo, y así no podrán negar el hecho.

A las ocho, como habian convenido, ambos se hallaban en frente de las piezas que ocupaba Carlos Peñalta.

Al traves de una ventana se divisaba luz en el interior de esas piezas; pero al toque de las ocho, que repitieron las capanas, los postigos de la ventana se cerraron herméticamente.

Doña Petronila y su sobrino buscaron un lugar desde el cual podian ver a cuantos entraban a la casa, y salian de ella sin llamar la atencion de los que pasaban por la calle. Cada mujer que llegaba en aquella direccion les hacia palpar de emocion, desvaneciéndose su inquietud apenas la veian caminar sin detenerse en la puerta.

—Tia, la habrán engañado, dijo Fortunato, que comenzaba a dudar de los informes de doña Petronila.

—Mira, mira, le contestó esta, ¿ves aquella mujer de manton? es ella.

—Veremos.

La mujer que habia mostrado doña

Petronila, caminaba, en efecto, con direccion a la casa de Cárlos. Llegada a la puerta, se detuvo un instante, echó una rápida ojeada ácia atras y empujando la puerta que daba a la calle, desapareció, cerrándola con velocidad.

—Corre, corre, dijo doña Petronila empujando a Fortunato; si no vas al instante encontrarás la puerta cerrada.

Fortunato no se hizo repetir dos veces la indicacion: abandonó el lugar que ocupaba y atravesó corriendo la calle hasta llegar a la puerta de la habitacion de Cárlos: allí sin golpear ni anunciarse, abrió la puerta, la que aun no estaba con llave y entró precipitadamente.

Julia y Cárlos se volvieron al oir el ruido que hizo Fortunato: ella arrojó un grito ahogado y se cubrió con su manton; Peñalta se lanzó sobre el jóven que rechazó su ataque con vigor.

Ambos se miraron durante algunos instantes, en los que reinó en la pieza un completo silencio. Cárlos se acercó despues a la puerta, y torciendo con fuerza la llave, la sacó y la puso en su bolsillo.

—Ahora me dirá Vd. con la intencion que se presenta en mi casa de un modo tan tan extraño, dijo dirigiéndose a Fortunato.

—Me parece que la intencion es muy clara, contestó este; vengo a vengar a mi

tio, a quien esta mujer deshonra villanamente.

Habia tal encono y desprecio en el acento con que Fortunato pronunció estas palabras, que Julia se dejó caer aterrada sobre una silla.

—Es inútil y ridículo que Vd. se oculte así, señora, continuó Fortunato; ya ve Vd. que no puede engañarme.

—Pero veamos ¿qué pretende Vd.? dijo Cárlos.

—Ya lo he dicho: vengar a mi tio.

—¿Quiere Vd. denunciarnos? Eso le honraria a Vd. sobre manera....

—Quiero desengañar a un pobre hombre iluso a quien se traiciona esplotándole; quiero que conozca a la persona en quien ha colocado su amor y por la cual desdeña a todos sus parientes.

—Si solo es esto último, dijo Cárlos con ironia, diga Vd. a sus parientes que se les puede pagar los perjuicios que sufren con la pérdida del cariño de su tio.

—Caballero! dijo Fortunato avanzando ácia Peñalta con los puños crispados y los ojos centelleantes de cólera, el insulto es demasiado grosero para herir: ¿quiere Vd. que demos a esta señora el espectáculo de una riña de pujilato? El sitio me parece poco a propósito; guarde Vd. su ironía para mejor ocasion; delante de una mujer encuentro su enerjía de mi mal gusto. Si

he entrado aquí, lo he hecho porque me creo con suficientes títulos para impedir los descarrios de esta señora y de velar por el honor de uno de mis parientes: lo que deseo es que ella salga de aquí y me siga: Vd. me insultará despues.

—Ella no saldrá, dijo Carlos.

—En ese caso haré llamar a mi tio, replicó Fortunato caminando ácia la puerta y abriendo uno de los postigos.

Julia se lanzó ácia él y detuvo su mano que iba a romper uno de los vidrios.

—Oh! por Dios! dijo ella, no llame Vd.

—¿Se decide Vd. a salir conmigo?

—Sí, saldré; pero es preciso que Vd. me oiga. Ah! Vd. es cruel, cuando quiere arrojarme así al desprecio de todos; recuerde Vd. que su tio no sobreviviria a semejante golpe, mientras que yo le juro a Vd. que en adelante mi conducta será irreprochable. ¿Tendrá Vd. valor para sacrificar así a una pobre mujer que jamas le ha ofendido?

Fortunato habia contado con la resistencia y aun con los insultos; pero no esperaba el arrepentimiento y la docilidad; su corazon, incapaz de odios profundos e ignorante del artificio, creyó sinceras aquellas palabras y sintió desfallecer su enerjía al ver las lágrimas que corrian por el bello rostro de Julia, al que el

dolor y el espanto prestaban una espression de súplica irresistible.

—¿Qué ganará Vd. con perderme, prosiguió Julia, y con hacer la eterna desgracia de su tio? Ah! tenga Vd. piedad de mí, Vd. me dá una leccion que nunca podré olvidar. Si Vd. quiere estar seguro sobre mi conducta por venir, me entrego a su voluntad, Vd. ordenará en mi casa, en donde nadie entrará sin su consentimiento. En lugar de alarmar mañana a toda la sociedad con un denunció que de ninguna manera es honorífico para Vd., salvará Vd. a su tio de la desesperacion callándose, y le asegurará la felicidad, puesto que Vd. será el único guia de mi vida.

Estas palabras, acompañadas de nuevas lágrimas y sollozos, acabaron de enternecer a Fortunato.

—Ya ve Vd., caballero, dijo volviéndose hacia Carlos que se habia retirado y sentándose desdeñosamente junto a una mesa, voi a ceder, pero sus amenazas no tienen parte en esto; mas al callarme sobre esto, impongo mis condiciones, sin las cuales nada concederé.

—Las que Vd. quiera, dijo Julia impidiendo hablar a Carlos que iba a tomar la palabra; yo me someto a todo lo que Vd. disponga.

—La primera es que este caballero no ponga mas los pies en casa de mi tio, dijo

Fortunato; las demas condiciones las diré despues porque miran a Vd. solamente.

— Todo, todo lo que Vd. diga, exclamó Julia, que a tan poca costa se veia libre de la deshonra y de ser arrojada de casa de su marido, perdiendo la posicion que a fuerza de tanto trabajo habia conquistado.

— Ahora, prosiguió Fortunato, cúbrase Vd. bien porque hai afuera una persona que observa y que no se callaria como yo.

Fortunato tomó la llave que Carlos habia arrojado sobre la mesa, abrió la puerta y dió paso a Julia que salia sin dar una sola mirada ácia atras.

— Yo no puedo quedarme, dijo a Peñaalta cuando estuvieron solos, porque tengo que hablar con la persona que me espera, pero Vd. sabe mi casa y alli puede verme si me necesita.

Dicho esto salió de la pieza y se dirigió ácia el lugar donde habia quedado doña Petronila.

— ¿Por qué la dejaste marcharse sola? le preguntó ésta que acababa de ver salir a Julia, bien que no habria podido asegurar que era ella porque el manton la ocultaba completamente el rostro.

— ¿Por qué? dijo Fortunato, porque Vd. me ha hecho darme el chasco mas grande que pudiera sucederme.

— ¡Cómo!

—Haciéndome dar un paso injustificable como el que acabo de dar.

—¿Acaso no tienes derecho de velar por el honor de tu tío?

—Por el honor de mi tío sí, pero no por el de los estraños.

—Pero Julia es mujer de tu tío.

—Ya lo sé, mas la persona que estaba con Carlos Peñalta no era Julia.

—¡No era Julia! ¿y quién era entonces?

—Era otra persona que ni Vd. ni yo conocemos.

—Pues yo habria jurado cuando la ví entrar que era Julia.

—Y yo lo mismo; pero al encontrarme con otra, ya puede Vd. figurarse mi sorpresa.

—¿Y quién era, Fortunato? A mí puedes decírmelo; tú sabes que yo no soi habladora.

—Imposible, tia, he jurado callarme. Además, no siendo Julia ¿qué le importa a Vd.?

—No, era solo por saber.....

Fortunato dejó a doña Petronila, en quien la duda era todavia mui grande, porque tenia confianza en los informes de su criada, y se dirigió a casa de D. Anselmo.

Julia habia cambiado ya su traje de iglesia por un elegante vestido de vuelos y conversaba alegremente con varias per-

sonas que acababan de entrar. Imposible habria sido conocer la terrible inquietud que habia dejado en su ánimo la escena que acababa de pasar, pues su sonrisa tenia toda la franqueza de la conciencia mas tranquila.

XXXVIII.

En la mañana de ese mismo dia Anastasio habia conducido a Virginia a casa de su madre, acompañado por Fortunato, a quien hemos visto volver desesperado a su casa.

Entre tanto la familia de D. Modesto Mantoverde se hallaba entregada a una consternacion mui natural al notar la inesperada desaparicion de Virginia.

A la hora del almuerzo, todos se habian sentado a la mesa como de costumbre, pero el asiento de Virginia estaba vacio.

—Avisen a Virginia que está el almuerzo, dijo doña Rita a uno de los criados que servian a la mesa.

El criado salió, volviendo al cabo de mui cortos instantes:

—Misiá Virginia no está, dijo a doña Rita.

—Véla en mi cuarto, contestó la señora, y dila que el almuerzo se está enfriando.

—No tendrá el hambre que yo tengo, dijo D. Crispin atacando una fuente de cazuela.

Todos permanecieron en silencio, satisfaciendo tranquilamente su apetito. El criado volvió a entrar diciendo que habia buscado a Virginia por toda la casa y no la habia encontrado.

—Tal vez se habrá ido a misa como suele hacerlo, dijo D. Modesto encendiendo un cigarro despues de tomar su taza de té.

—¡A misa sin almorzar! dijo D. Crispin, eso nunca he podido hacerlo yo, porque hasta la ostia me daría hambre.

Una criada entró trayendo una carta para doña Rita. Esta la abrió y comenzó a leerla. A medida que adelantaba en su lectura sus facciones tomaban una estraña espresion y se cubrian de un vivo encarnado.

—Pueden retirarse, váyanse a almorzar, dijo a los criados que se hallaban en el comedor.

Luego, cuando estos hubieron salido:

—¡Virginia se ha fugado! exclamó dejando retratarse en su rostro la sorpresa inmensa que en presencia de los criados habia tratado de disimular.

—¡Cómo! ¿qué dices? exclamó D. Modesto mientras D. Crispin dejaba caer de sus manos una inmensa tostada de pan y Margarita abría tamaños ojos.

—Se ha fugado con Anastasio Bermudes; he aquí lo que me escribe.

Todos se agolparon sobre la carta, que doña Rita pasó a su marido y este leyó en alta voz:

« Querida Rita : convencida de que Vdes. no consentirian jamas en verme unida a Bermudes, y no pudiendo vencer el irresistible amor que tengo por él, he tomado la determinacion de abandonar la casa de Vdes. para efectuar mi matrimonio. Perdóname este paso que doi con el convencimiento de asegurar para siempre mi felicidad, y cuenta siempre con el inmutable cariño de tu hermana

» *Virginia.* »

La sorpresa que se pintó en el rostro de D. Modesto, solo podia compararse con el aire de estúpida curiosidad con que don Crispin rompió el silencio preguntando:

—¿Y por qué se ha huido?

—¿Que no has oido leer la carta? le dijo D. Modesto: por casarse con ese mozo Bermudes.

—Ah! por casarse, ya entiendo.

—Me parece, dijo doña Rita, que será bueno llamar a algunas personas de la familia para resolver sobre este asunto.

—Bien pensado, dijo D. Modesto, mándalos llamar.

Doña Rita salió a dar las órdenes necesarias.

—Señor, dijo un criado, presentándose en la puerta, un caballero pregunta por su merced.

—Hazlo entrar en mi cuarto, voi al instante.

El criado se retiró.

—Di a tu mamá, dijo D. Modesto a Margarita, que cuando lleguen las personas que ha mandado llamar las reciba en la *cuadra* y que me esperen.

En seguida se dirigió a su cuarto, a donde Anastasio Bermudes habia sido llevado.

—¡Cómo, caballero! le dijo D. Modesto ¿Vd. se atreve a presentarse por aquí?

—Sí, señor, contestó Bermudes, me atrevo, porque cuento con su reconocida capacidad y buen juicio.

—Entre los dos no hai, ni puede haber nada de comun, dijo con dureza D. Modesto.

—Señor.....

—Vd. ha burlado la confianza de esta familia, abusando de una manera que merece un calificativo que no doi, porque espero que Vd. se retire.

—Antes de retirarme dijo Anastasio con fingida humildad, espero que Vd. me oiga.

Don Modesto se sentó, aparentando una impaciencia sobrado insultante para Bermudes. Pero éste sin desalentarse continuó:

—Yo, señor, amo a Virginia desde largo tiempo; pero jamas me habria atrevido a pedir su mano.....

—Y habria hecho Vd. mui mal en hacerlo.

—Pero viéndome correspondido, he usado del único medio que me haria alcanzar el consentimiento de Vdes.

—Y se ha engañado Vd. redondamente, porque ese consentimiento no lo obtendrá jamas.

—Espero que Vd. cambiará de opinion cuando me haya oido. El paso está dado ya, señor, y es preciso resignarse. En una hora mas puede ser la conversacion de todo Santiago.

—Y qué me importa!

—El buen nombre de su familia exige que esto se ignore.

—Virginia es solo cuñada mia, y yo no puedo responder de ella como si fuese mi hija.

—En todo caso ella es mayor de edad y dueña de su voluntad.

—Pues bien, que se case.

—Se casará, pero el público que todo lo indaga, cuando haya hecho sobre su matrimonio todos los comentarios posibles, sabrá que su sobrina Margarita.....

—¡Mi hija! ¿qué quiere Vd. decir?

—Que ella favorecia esos amores, porque servian a sus intereses.

—¡Caballero! Vd. se explicará al instante sobre esas palabras.

—No tengo dificultad en ello: Margarita, señor, tiene amores con un amigo mio.

—Amores de niña sin reflexion, que pronto tendrá que abandonar.

—Que no abandonará con tanta facilidad, porque tiene con Fortunato Esperanzano mui serios compromisos.

—Alguna promesa de las que se hacen todos los dias y que basta para anularlas la voluntad de un padre. Pierda Vd. cuidado, Margarita hará lo que yo diga.

—Comprendo que la voluntad de un padre puede mucho sobre su hija, pero no alcanzará hasta destruir promesas escritas y firmadas por ellas.

—¡Ah, esa es una calumnia!

—Lo puedo desengañar a Vd. cuando quiera mostrándole las cartas escritas a mi amigo.

Don Modesto dejó su asiento y se paseó durante algunos instantes sin atreverse a tomar una resolucion definitiva. La seguridad con que Anastasio habia dicho las últimas palabras le hacia retroceder ante la enerjia que al principio habia manifestado.

—Es preciso que Vd. sepa, señor, añadió Bermudes, que yo soi la única persona que tiene bastante influencia con For-

tunato para hacerle renunciar a sus pretensiones respecto de su hija y a entregar esa correspondencia que la compromete mui seriamente: preste Vd. su consentimiento a mi matrimonio con Virginia y todo quedará en silencio.

—Está bien, señor, yo contestaré mas tarde.

—A cada instante que pasa se hace mas difícil el mantener oculto todo esto, observó Bermudes al despedirse. Por otra parte, creo haber merecido la induljencia de Vd. dando este paso, del que podria haberme escusado, pues Virginia es libre de sus acciones.

Dicho esto se despidió casi seguro de obtener una contestacion favorable.

Con los quince mil pesos de Virginia y la proteccion de D. Modesto, Anastasio imaginaba de antemano las importantes especulaciones que le abririan el camino de la riqueza.

D. Modesto hizo llamar a su hija apenas Anastasio salió de su cuarto.

Margarita se presentó pocos momentos despues. El severo semblante con que fué recibida por su padre, la hizo presentir vagamente que se hallaba en una circunstancia crítica de su vida.

—¿Tú sabias esta mañana la fuga de Virginia? preguntó D. Modesto, fijando en ella una mirada penetrante.

—No, papá, contestó la niña con voz segura.

—Pero conocias sus relaciones con Anastasio.

Margarita bajó los ojos sin contestar.

—Señorita, dijo el padre, una niña debe vivir ajena de esas intrigas que solo sirven para desprestijiarla; una buena hija no debe tener nada reservado para sus padres, y Vd. no solo ha sido confidente de otra sin decírnoslo, sino que ha contraído sin nuestro permiso compromisos que yo desapruuebo.

—¿Yo? preguntó Margarita finjiendo una gran sorpresa.

—¿No tiene Vd. ningun compromiso con Fortunato?

—Nada de mui sério, replicó ella.

—¿Tú no le amas?

—Me gusta..... pero si a Vd. no le parece bien.....

—Es decir que no le has prometido casarte con él.

—No.....

—Y entonces ¿por qué le has escrito?

Esta pregunta fué para Margarita como un golpe dado a traicion, tan distante se encontraba ella de creer que su padre tuviese conocimiento de su correspondencia con Fortunato. No hallando qué contestar, su rostro se cubrió de un vivo encarnado y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Con que es verdad! exclamó D. Modesto, con que por un hombre a quien no amas te has atrevido a dar un paso que te deshonra a tí y deshonra también a tu familia!

Ella, por única respuesta, se arrojó llorando a los pies de su padre.

—Pero, en fin, continuó D. Modesto, veo que te arrepientes.

—Ah! sí, exclamó ella sollozando.

—Todo se arreglará, si eres dócil y me obedeces en todo.

En ese instante un criado golpeó a la puerta del cuarto.

—¿Qué hai? preguntó D. Modesto.

—La señora le manda llamar, dijo el criado desde afuera.

—Dí que voi al instante, y tú, añadió dirigiéndose a su hija, retírate a tu cuarto y no olvides que debes mostrarte contenta al cumplir lo que te ordene.

Dichas estas palabras, D. Modesto se dirigió al salon, en donde varias personas de la familia se hallaban reunidas, afectando la gravedad necesaria al asunto que se preparaban a discutir.

—Supongo, señores, les dijo D. Modesto sentándose despues de hacer un saludo solemne, que mi mujer les habrá informado ya del gravísimo asunto para que me he tomado la libertad de llamarles. No hemos querido tomar una deter-

minacion sin anuencia de un consejo de familia como el que Vdes. componen. Mi manera de pensar en esto es que ante todo debemos salvar nuestro buen nombre, tratando de evitar un escándalo: el jóven a quien vamos a dar la mano de Virginia es laborioso y honrado, y aunque no es de una familia digna de la nuestra, es preciso, por lo escepcional del caso, que hagamos sobre esto la *vista gorda*. Me parece inútil que hablemos mas sobre este asunto. Rita irá en busca de su hermana y mañana daremos parte del enlace como de una cosa convenida de antemano.

Los miembros de la familia se retiraron despues de algunos instantes, sintiendo varios de ellos no haber podido pronunciar los discursos que habian improvisado para el caso.

—Para decirnos eso, observaba al salir uno de ellos al otro, no valia la pena de incomodarnos; no hemos tenido siquiera voto consultivo.

—Pues yo encuentro que deben alegrarse, contestó éste, de haber encontrado uno que se atreviese a robarles a Virginia; acuérdate que la niña raya en los cuarenta.

—La verdad es que la cosa no deja de ser una prueba de arrojo por parte del mocito.

Don Modesto y su mujer habian que-

dado solos en el salon despues de la partida de los parientes.

—Hijita, dijo él, Virginia nos ha hecho un servicio, pues gracias a ella obtendremos ahora de Margarita que consienta en casarse con Crispin, lo que antes tal vez nos habria costado conseguir.

—Asi es, hijo, que se casen, que se casen. Esto de tener niñas solteras es para estar siempre con el credo en la boca.

XXXIX.

Anastasio, durante aquel tiempo, se habia dirijido a casa de Fortunato.

—¿Cómo te ha ido? preguntó éste al ver entrar a su amigo.

—Bien por una parte y mal por otra, contestó Bermudes revistiéndose al sentarse de mucha gravedad.

—¿Cómo así? cuéntame lo que ha pasado.

—La familia consiente en el matrimonio.

—¿Qué mas quieres? Me parece que es lo que deseabas.

—Sí, pero pone sus condiciones que no dejan de inquietarme y me cuesta decírtelas.

—¿Qué condiciones?

—Que tú renuncies a Margarita.

—¡Cómo! lo han descubierto todo.

—Todo, todo, amigo, dijo Anastasio con hipócritas señales de un sentimiento profundo.

—¡Yo renunciar a Margarita cuando ella me ama! Oh, no, nunca!

—Es que D. Modesto asegura que ella renuncia a tí.

Fortunato palideció al oír aquellas palabras.

El golpe hería a la vez su amor propio y sus ambiciosas esperanzas, dos elementos que constituyen la mayor parte de la organizacion del hombre.

—Eso no puede ser, dijo tras un momento de silencio; ella tiene conmigo muy graves compromisos para renunciar de ese modo y faltar a sus promesas.

—Su padre pretende que todas las niñas contraen así a la ligera compromisos que tienen que romper cuando conocen la voluntad de sus mayores, dijo Anastasio, y en vano le he argumentado sobre esto, porque dice que su voluntad es irrevocable y que esa clase de compromisos son de ningún valor.

—D. Modesto ignora que los juramentos de su hija no son hechos tan a la ligera como él piensa y que yo tengo cartas de ella en las que me jura una eterna constancia.

—También lo sabe, replicó Bermudes,

y dice que si tú eres caballero, debes devolver esas cartas.

—No, eso seria traicionarla.

—Lo mismo he dicho yo, pero D. Modesto sostiene que su hija le ha confesado todo, arrepentida, y que por consiguiente tú no debes insistir en guardar testimonios de un amor que ella te niega desde ahora.

—Oh! para eso seria preciso que Margarita misma me lo dijese; de otro modo, yo respetaré esa correspondencia que es un depósito confiado a mi honor.

Anastasio insistió, buscando mil razones para persuadir a su amigo; pero éste se mantuvo en su obstinacion, desoyendo los consejos con que Bermudes, so color de amistad, queria obligarle a entregar la correspondencia amorosa. Desesperando al fin de la eficacia de sus esfuerzos, despidióse de Fortunato que, enorgullecido con su propia resistencia, llegó a convencerse de que al fin venceria todos los obstáculos y Margarita premiaria su amor y su delicadeza. Esta idea preocupó su imaginacion por mas de una hora, en la que su memoria buscó mil ejemplos de situaciones análogas a la suya tan comunes en toda sociedad, confundiendo los casos prácticos de los victoriosos efectos de la constancia con los que a menudo presentan las comedias y dramas que tra-

tan de copiar las escenas de la vida social. En todos ellos, incluso el de *La pata de cabra* Fortunato encontró un presajio feliz de su negativa, y como todo hombre de carácter débil para decidir en los casos graves de su vida, él sentia redoblar sus fuerzas lisonjeado con las primeras manifestaciones de su propia enerjia.

Un criado que entró en su cuarto trayéndole una carta, le sacó de sus valientes propósitos.

—El Sr. D. Anastasio, dijo el criado, me manda con esta carta para Vd.

—Está bien, dijo Fortunato abriendo la carta.

El criado se retiró y el jóven empezó a leer:

«Me han enviado la carta que te incluyo, decia Anastasio; todos mis esfuerzos en tu favor han sido inútiles.»

La carta que venia dentro de esta contenia solamente las líneas que siguen:

«Hoi mi papá me ha manifestado que jamas consentirá en que nos casemos, y como yo debo obedecerle, espero que Vd. será bastante caballero para devolverme con la presente todas las cartas que le he escrito.—*Margarita.*»

El jóven se llenó de indignacion al terminar la lacónica carta que precede, sin divisar los manejos de su amigo Bermu-

des que la habia obtenido de Margarita pocos momentos despues de salir de su casa.

—Eh! dijo para sí, no seré yo el que vaya a mendigar el amor de una persona que renuncia a mí con tanta facilidad.

Tras esta reflexion se dirigió a un pequeño escritorio, del que sacó un paquetito de cartas, envueltas con ese cuidado especial con que los jóvenes conservan los primeros trofeos de sus triunfos en la liza amorosa.

La vista de aquellas cartas produjo en su ánimo una dolorosa impresion, porque era necesario, al desprenderse de ellas, renunciar a la riqueza que le prometian, bajo sus protestas de amor. La mezquina idea de servirse de ellas como de un instrumento de venganza, cruzó tan rápidamente por su cerebro, que no dejó mas rastro que el que deja un relámpago al dibujarse en las nubes que amontona la tempestad. Como para sustraerse al influjo de las tentaciones del encono, Fortunato las envolvió precipitadamente en la que acababa de leer, y poniéndolas en un cierre, lo selló cuidadosamente con lacre. Despues de enviarlas a Bermudes, dió un suspiro y se sentó silencioso sobre un pobre sofá que hacia el orgullo del amueblado de su pieza. En ese suspiro se resumian las modificaciones que los últimos

acontecimientos de su vida habian efectuado en su alma.

Y a la verdad que en poco tiempo Fortunato habia perdido su natural alegría. Esta flor del alma, tan fácil de marchitarse, tan difícil de volver a su primera lozanía cuando los contrartes de la vida empañan su delicada pureza, le apareció tan solo entonces con el prestigio de su inmenso valor. En aquel suspiro habia un sentido adios a los tranquilos goces de su existencia, tan puros si no tan deslumbradores, antes que la ambicion hubiese hincado en su alma sus dientes de insaciable codicia. Al soplo de esa ambicion se habian disipado los ensueños que susurran en torno de todo corazon inocente, por ajeno que sea a los poéticos arrobamientos del idealismo, y al irse esos ensueños, despejaban el horizonte oscuro de su porvenir, siendo así que éste aumenta de valor en razon directa de la edad y de la ambicion. El porvenir de Fortunato no tenia nada de mui risueño: habia perdido a Margarita y arrojado locamente su honor sobre una hoja de papel. Estos pensamientos estendieron un fúnebre velo sobre su alma, y bien que Fortunato no perteneciese a la categoría de los seres desgraciados que comunmente se llaman sentimentales, sus ideas despertaron en él mil confusas melancolias, abriéndole por

primera vez las puertas de ese mundo infinito del dolor, que siempre guarda inmensos espacios para los desterrados de la dicha. En el pesar, las ideas se vuelven siempre con placer a la infancia, como las golondrinas regresan alborozadas a las rejiones que les dieron dias tan templados y risueños. Así es que Fortunato pensó en los juegos de su inocente niñez, en los tiernos cariños de su madre, en las modestas pero francas delicias del hogar paterno, y la necesidad de volver a pisar aquel suelo, testigo de sus mejores dias, asaltó su espíritu brillando ante sus ojos con las mil faces relucientes de una nueva esperanza. Su alma se empapó entonces en las delicias de esa ventura anticipada, y templando su ardor en la fresca atmósfera de los campos, oyó el canto de las aves que saludan la venida del sol, y las verdes yerbas que cobija la enramada le enviaron, en los revueltos pliegues de la brisa, sus ondas abundantes de silvestres perfumes.

--Vamos, se dijo animado, me iré a dar un abrazo a los de la familia.

Pero al levantarse en ademan de un hombre que ha tomado súbitamente una resolucion, se detuvo paralizado por una nueva idea: faltábale dinero y era preciso recurrir a su tio. La antigüedad, tan ingeniosa en alegorias, debió haber repre-

sentado al hombre pobre con una murella impidiéndole siempre el paso. Fortunato volvió a sentarse desalentado: la idea de pedir dinero a su tío después de la falsificación del documento, borró de su alma las ilusiones que acababan de acariciarla. Mas a poco rato su espíritu se encontró familiarizado con aquella idea, como sucede a las almas débiles que acallan fácilmente los dictados severos de la conciencia.

—Después de todo, se dijo, es mi tío y mi protector, bien puede perdonarme este pecadillo.

Tomó su sombrero y dirigióse a casa de D. Anselmo, mas preocupado de su viaje que del enojo de su tío si llegaba a descubrir lo que él acababa de calificar de pecadillo.

XL.

Don Anselmo y Julia se hallaban en el salón esperando la hora de la comida, cuando Fortunato se presentó a ellos haciendo esfuerzos para dar a su rostro el aire de la mas perfecta amabilidad. El tío le alargó la mano con cariño y Julia se ruborizó ligeramente al divisarlo. Ante el testigo de su infidelidad conyugal, sentia Julia que le seria mui difícil desplegar las gracias de la cariñosa coqueteria con

que colmaba la felicidad de su esposo. Pero D. Anselmo se hallaba de buen humor, porque se creía feliz y se divertía poco antes de la llegada de su sobrino con la relación que, entre dos tiernos besos, le hacía Julia del rapto de Virginia, que ya era conocido en la alta sociedad de Santiago.

—Ven acá Fortunato, le dijo D. Anselmo, cuéntame la hazaña de tu amigo Bermudes.

El joven se turbó un poco, porque creía que, como era justo, él debía tener en aquella historia el papel de protagonista.

—¿Qué ha sucedido? preguntó con admirado acento y resuelto a negar su participación en el rapto.

—¡Cómo, nada sabes! exclamó D. Anselmo restregándose con alegría las manos; figúrate que tu amigo Bermudes se ha robado a la tierna Virginia, o mas bien dicho, esta se ha hecho robar por Bermudes. A fé que esta es una verdadera novela y es lástima que en Chile no tengamos una madama Cotin o un Dumas para contarla. Robarse a una inocente de treinta y cinco años y que de yapa se llama Virginia: esto pasa de los límites de lo grotesco; casi tanto valía haberse robado a doña Rita Castillejos.

Y tras estas exclamaciones refirió a For-

tunato el rapto de Virginia, adornado con mil incidentes inauditos, que dieron a conocer a Fortunato la riqueza de imaginacion que los noveleros de Santiago despliegan en el ejercicio de su cargo.

—Y cuentan, añadió al terminar don Anselmo, que en lugar de un solo matrimonio se harán dos en casa de D. Modesto: el de Virginia, que reclama la vindicta pública, y el de Margarita con su tío.

Fortunato se puso rojo como una granada y balbuceó algunas palabras entrecortadas para afectar una tranquilidad que no tenía.

—Eso no puede ser cierto, dijo Julia, que quiso recomendarse con Fortunato, porque es imposible que Margarita ame a ese caballero.

—¿Y tú crees que todos los hombres esperan que los amen para casarse? preguntó D. Anselmo lanzando a Julia una amorosa mirada; no, hijita, añadió acercándose a ella, no todos son tan cuerdos ni tan felices como yo.

Julia bajó los ojos afectando un amable candor, cuando lo hacia para huir la severa mirada que la dirigia Fortunato, que veia lo ridículo de la posicion de su pobre tío. Este, sin embargo, que como dijimos, se hallaba de buen humor, se acercó triunfante a Fortunato y golpeándole sentenciosamente el hombro:

—Cuando pienses en casarte, dijo, no lo hagas sino con mujer de cuyo amor estés seguro.

—Lo que ahora pienso, replicó Fortunato compadeciendo en el fondo de su corazón a su tío, es irme al lado de mi padre.

—¿Y tus estudios? preguntó D. Anselmo.

—Renuncio a ellos, no me siento vocación para abogado.

—Malo, es la primera profesión de Chile.

—Bien puede ser, mas yo voy a tratar de hacerme campesino.

—Como te parezca. ¿Cuándo piensas irte?

—Tan pronto como pueda.

Julia se acercó a su marido y le dijo despacio:

—Tal vez no tiene dinero, por qué no le ofreces?

D. Anselmo se volvió hacia su sobrino.

—Dime Fortunato ¿necesitas dinero?

—Algo, tío, contestó el mozo lleno de alegría.

D. Anselmo salió durante algunos momentos.

—Señora, dijo el joven acercándose a Julia, ya ha visto Vd. la ciega confianza que mi pobre tío tiene en su virtud.

—Le he prometido a Vd. que no la

traicionaré, respondió Julia, y cumpliré mi promesa.

--Lo jura Vd.?

--Mil veces.

D. Anselmo entró y puso en manos de Fortunato un paquete de cóndores que éste guardó, despidiéndose alegre con la idea de huir de las tristezas que en Santiago le asediaban y confiado en que Julia cumpliría sus juramentos.

¡Huir de la tristeza, quedando en el mundo! Confiar en la virtud de la mujer que ha tenido un amante! Ya hemos dicho que Fortunato tenía a los veintitres años la noble candidez de un niño, cualidad tanto mas rara, cuanto que en los luminosos tiempos que alcanzamos el escepticismo es la primera virtud de un muchacho que quiere sentar plaza de elegante.

Al pasar la puerta de la casa de D. Anselmo, nuestro héroe encontró a frai Ciriaco que llegaba a comer con su tio.

—Padre, díjole Fortunato, estoi de despedida.

—¿Y para dónde? preguntó Ayunales.

—Me voi a trabajar al lado de mi familia.

—Te deseo mucha felicidad.

—Vea Vd., dijo Fortunato tras una breve pausa, yo creo que Vd. se interesará tanto como yo en la felicidad de mi tio.

—Y haces bien en creerlo, porque es así, contestó frai Ciriaco.

—Dígame, ¿Vd. confiesa a su mujer?

—Todavía no; pero antes de poco tiempo seré su confesor.

—Aun sin serlo, su carácter le dá derecho para darla consejos saludables.

—Espero que no necesite de ellos, dijo Ayunales tratando de provocar a Fortunato a alguna confidencia.

—No importa, replicó este, nunca está de mas: una mujer jóven y bonita anda siempre al borde de algun precipicio.

Y estrechó, despidiéndose, la mano de frai Ciriaco, el que entró en casa de don Anselmo reflexionando sériamente sobre aquellas palabras.

XLI.

Fortunato siguió hacia su casa formando alegres proyectos de viaje y pensando, como buen hijo, en el placer de abrazar a sus padres.

—Al fin y al cabo, se decia al abrir la puerta de su cuarto, la única felicidad está en la familia.

Al repetirse por segunda vez tan filosófico consuelo, divisó sobre la mesa que le servia de escritorio una carta, en cuyo sobre se leia en gordas letras de pura

forma española su nombre y apellido: abrióla lleno de curiosidad y leyó al pié de ella la firma de D. Diego Almiro. La carta contenia un convite a comer para ese mismo dia. Esto hizo pensar al jóven en que no todos sus amigos le abandonaban y el recuerdo de sus amores con Amelia le trajo uno de aquellos suspiros que siempre guarda el alma para los placeres perdidos. La ambicion se habia interpuesto entre él y el amor casto de Amelia, que habia desdeñado por correr tras la deslumbrante imájen de la riqueza: para volver era ya tarde, porque habia aprendido a calcular, y el cálculo es el mas desapiadado azote de toda ilusion.

Mientras tales ideas discurrían por su mente, Fortunato ponía sin embargo a contribucion los cajones de su cómoda y enarbolaba con esmero los restos de su elegancia para asistir a casa de D. Diego, movido por la pretension de todo hombre jóven que, aun despues de renunciar al amor de una mujer, no renuncia por esto a causarla una agradable impresion. En esta tarea, no le faltaron los punzantes recuerdos de su campaña en el seno de la aristocracia santiaguina, de la que huía derrotado por sus propias armas, es decir, por su pobreza, eterno rollo de todo jénero de aspiracion en este mundo. Cada objeto le recordaba alguna escena de sus

amores con Margarita: una corbata fijaba la fecha del mas ardiente juramento; unos guantes contaban las emociones de una apasionada presion de manos; y la levita traia a su memoria el dia de ciertas miradas mas elocuentes que una declaracion del galan en cualquier drama romántico. ¡Glorias efímeras del amor que aun despues de desvanecidas hacen latir de emocion el pecho del mas juicioso padre de familia y que son capaces de inspirar una estrofa erótica a un profesor de matemáticas! Tal es el poder de la naturaleza que rebaja el mas cimentado orgullo a merced de lo que se cree únicamente el patrimonio de la juventud y poesia del alma, que por desgracia se conserva a despecho de los achaques del cuerpo y de los años. Pero Fortunato era jóven, y en esa dichosa edad, si los recuerdos de una ventura perdida arrojan sobre el alma la sombra de su melancolia, la esperanza la disipa bien pronto, como el beso de un niño disipa la tristeza que anubla el rostro de la madre: la esperanza es la hija mas querida de las almas jóvenes. Asi fué que Fortunato entró a casa de D. Diego Almiro mas preocupado de Amelia que de Margarita, porque la imaginacion de un jóven es un espejo que siempre reproduce la imagen de la mujer que se halla mas cercana, borrando ésta la de la que queda atras.

Aquel día había sido fecundo en emociones para la hija de D. Diego, que a pesar del desvío de Fortunato le amaba siempre con ese amor incontrastable, que por desgracia prende tan pocas veces en el corazón de la mujer temeraria, pero felizmente retratada en el refrán de Francisco I:

«Pronto la mujer varía,
Necio quien de ella se fía.»

Amelia había sugerido a su padre la idea del convite que D. Diego escribió gustoso para manifestar su agradecimiento al que en medio de la desgracia le había tendido jenerosa mano. La esperanza de ver al jóven trajo al corazón de Amelia la infinita alegría que solo el amor puro puede infundir a los que tienen la felicidad de sentirlo y esa alegría dió nuevo tinte a sus mejillas descoloridas por silenciosos sufrimientos, y nueva luz a los ojos empañados por el llanto de argas y dolorosas veladas. Con su modesto vestido y el pelo graciosamente peinado ácia atrás, con la frente despejada y encendidos por el placer los húmedos labios, Amelia pareció a nuestro héroe mas bella que la opulenta Margarita y mas digna de amor que las altivas herederas de ponderada riqueza, cuyas manos había tocado con orgullo en los bailes de la jente de tono. A la luz de sus ojos se di-

siparon sus recuerdos y al oír el dulce acento de aquella voz que tantas veces le habia jurado amor, no comprendió la locura que le arrastrara a correr tras el dinero dejando aun atras la dicha que al lado de aquella niña le esperaba. Mas, ya lo dijimos, Fortunato en sus correrias por los dorados salones de la aristocracia santiaguina, habia aprendido a calcular, y la idea de su pobreza y de la pobreza de Amelia, heló su entusiasmo al cabo de un corto rato de conversacion, en la que don Diego y su mujer tomaron una parte activa, manifestándole su agradecimiento por el oportuno servicio que les habia prestado.

—Gracias a tu buena accion, le dijo D. Diego cuando se hallaban sentados a la mesa, mis negocios se han arreglado, hijo mio, y ya principio a verme dueño de un capital que promete aumentarse con el favor de Dios.

—Y sin tí nada de esto sucederia, añadió la madre de Amelia.

—Basta de agradecimiento, dijo Fortunato con cierta melancolia porque recordaba el modo como habia auxiliado a D. Diego; me alegro infinito del jiro que toman sus negocios, D. Diego, y le deseo todos los millones imaginables.

—Bien está que tú no quieras hablar de lo que te debemos, replicó el veterano,

pero entonces me permitirás que ya que te hemos dado las gracias por tu favor te haga ahora una reconvencion.

— ¡Una reconvencion! exclamó el jóven, ¿y por qué?

— Porque nos has abandonado desde algun tiempo, repuso D. Diego.

— Es que..... algunas ocupaciones.....

— Supongo que durante este tiempo habrás sido feliz.

Fortunato sintió agolpársele la sangre a las mejillas, mientras que Amelia fijaba dolorosamente sobre él sus grandes ojos.

— No mucho, dijo serenándose, ha habido de todo; Vd. sabe que el hombre pobre no encuentra la felicidad a la vuelta de cada esquina.

— Bien lo sé, repuso D. Diego; pero me han dicho que visitas a jente rica y como ésta se divierte....

— Todo eso se ha concluido; porque he tomado ahora una nueva determinacion, interrumpió Fortunato, dando un nuevo jiro al diálogo que amenazaba llegar hasta sus amores con Margarita.

— ¿Qué determinacion es esa? preguntaron a un tiempo D. Diego y su mujer, mientras que Amelia le interrogaba con una inquieta mirada.

— La de irme a trabajar al lado de mi padre, contestó Fortunato.

Amelia bajó los ojos palideciendo.

--¡Irte de Santiago! ¿y por qué? preguntó la señora.

—No me parece tan mal, observó don Diego: en el campo se hace fortuna, y aunque no con rapidez, pero se hace fortuna.

Media hora despues de terminar la comida, D. Diego dió excusas a Fortunato por tener que salir, diciendo que un negocio urgente le obligaba a ello.

—Y yo, dijo la señora pocos momentos despues de la salida de su marido, te dejo un momento para ir a rezar el rosario: Amelia te acompañará como antes. Ya sabes que si en la desgracia nos dirigimos al Señor implorando su proteccion divina, en la felicidad debemos rezar tambien para darle gracias por sus beneficios.

Amelia y Fortunato se encontraron solos en la misma pieza que tantas veces habia sido testigo de sus alegres conversaciones.

Pero en esta ocasion ella y él se sintieron turbados, porque veian la necesidad de una esplicacion dolorosa para ambos, de modo que permanecieron mudos durante algunos minutos, entregados a ese trabajo del espíritu que, en semejantes circunstancias, busca al mismo tiempo el modo de entablar la conversacion y quiere adivinar lo que pasa en el espíritu de la persona con quien se vé obligado a es-

plicarse: para los que de estas entrevistas esperan algunas de las dulces reconciliaciones en que la vida de los amantes es tan fecunda, aquellos momentos son la mas poética expectativa; pero entrañan mucha amargura para los que divisan al fin el rompimiento de lazos que han sido caros al alma. Amelia y Fortunato sentían que la esplicacion debia ser triste para ambos. Mas no estaba en la índole de nuestro héroe, mozo prosaico y alegre, el prolongar semejante silencio.

—Muy poco amable compañía me haces, dijo fijando resueltamente la vista en Amelia.

Esta levantó sus ojos, en los que se veían brillar las lágrimas rechazadas por un supremo esfuerzo de la voluntad.

—¿Con que te vas? le preguntó con voz triste.

—¿Y qué puedo hacer? Veo pasar los dias sin mejorar de posicion y.....

—Sí, pero no es por falta de empeño de tu parte.

—Amelia, dijo el jóven con tono de resolucion, esa queja es justa, lo confieso; he sido ingrato contigo, y dejándome arrastrar por malos consejos de ambicion, no he sabido apreciar tu amor, que es la única riqueza a que debia haber aspirado. Por eso es que huyo de aquí y renuncié a verte, cuando siento que te amo

mas que antes: tu eres buena y aunque hayas sufrido me perdonarás. No me aborrezcas, porque tu odio seria mi peor castigo

—Y por qué he de aborrecerte? dijo la niña enjugando el llanto que, durante las últimas palabras de Fortunato, no habia podido contener; te amaba con toda mi alma, bien lo sabes, y era feliz porque creia en tu amor: luego me dijeron que amabas a otra y he sufrido mucho. Mis noches han sido de llanto, y en el dia he tenido necesidad de todas mis fuerzas para ocultar a mis padres mi dolor. En mi abandono, jamas he proferido una queja contra tí, porque sé que la voluntad no manda en el corazon; de modo que haces mal en creer que pueda llegar a aborrecerte.

—Has dicho que me amabas; luego ya no me amas, observó Fortunato con la porfia del hombre que jamas renuncia de buen grado al amor de una mujer.

—Tu has sido franco conmigo, contestó Amelia, y yo a mi vez lo seré tambien: te amaba y te amo aun; pero ahora ya no creeré en tus juramentos, porque bien me has probado que no sabes cumplirlos.

—Fué un descarrío del que te pido perdon, replicó el jóven.

—Y yo te perdono, pero no puedo creer en tu amor.

—Mira, no creas que solo mi ambicion me apartó de tí: un amigo me dijo que yo te arrastraria a la desgracia, porque sin fortuna no podria hacerte feliz.

—¿Mi padre es rico acaso? Y crees que sea desgraciada mi madre?

—No insistiré en que me creas, replicó Fortunato; pero me reservo para probártelo si mejoro de suerte: talvez trabajando al lado de mi padre, pueda adquirir algo que me haga independiente, y entonces, si tú no te has casado.....

—Yo no me casaré nunca, dijo Amelia, fijando en los del jóven sus llorosos ojos.

—Y si vuelvo ¿creerás en mi amor?

—Puede ser, contestó ella sonriéndose.

—Permíteme que desde allá te escriba.

—No, escribe a mi padre y asi sabré de tí.

—Pero irme así, dijo Fortunato, sin que tú me vuelvas la confianza de tu corazon, creeré que no me amas.

—¿He dejado de amarte durante este tiempo?

—Amelia, exclamó el jóven tratando de apoderarse de una de las manos de la niña, júrame que no me olvidarás.

En ese instante se oyeron los pasos de la madre de Amelia.

A las diez, Fortunato se levantó para despedirse.

—¿Cuándo te vas? preguntó la señora.

—Mañana si puedo, contestó él, recibiendo de Amelia una mirada que desmentía la incredulidad que ella acababa de manifestarle.

Al salir, sintió sus deseos de viaje singularmente resfriados.

—Amelia es tan bella, pensó él; y luego esa vida del campo, sin amor, debe ser fastidiosísima.

Pero al mismo tiempo el pensamiento de tener que apelar siempre a las liberalidades de su tío, le trazó la vida de Santiago, con sus cuidados y sus miserias, como un martirio constante.

Al siguiente día su resolución había cobrado nuevo vigor, con lo cual arregló la partida para la tarde.

Después de pasar la mañana con don Anselmo sin atreverse a confesarle la historia del documento, como mil veces se lo había prometido a sí mismo, se despidió de él y pasó un cuarto de hora en su casa terminando los aprestos del viaje. Al cabo de estos vió que le quedaba aun una hora que esperar y se dirigió a casa de Amelia.

La criada contestó que la señora había salido a las tiendas con la señorita.

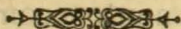
Fortunato exhaló un suspiro al salir de la casa y dió una mirada de despedida a las paredes del patio.

—Si la hubiese visto, se dijo, creo que me habria marchado mas contento.

Al atravesar una calle, fuéle preciso apretar el paso para librarse de dos hermosos caballos que arrastraban con velocidad un lindísimo cupé. Fortunato levantó la vista y en el interior divisó a doña Rita Castillejos y a Margarita.

—Sin duda andarán dando parte del matrimonio, pensó alijerando la marcha. ¡Qué me importa!

Fortunato se hallaba casi curado por el sistema de los semejantes, mas aplicable a las dolencias de amor que a cualquiera otra enfermedad.



SEGUNDA PARTE.

I.

A corta distancia de la capital de una de nuestras provincias meridionales se encontraba situada la hermosa hacienda que D. Cándido Esperanzano administraba por encargo de su cuñado D. Anselmo Rocaleal. Allí fué donde llegó nuestro héroe despues de dos dias de marcha, durante los cuales habia tenido sobrado tiempo para repasar en la memoria las escenas de su infancia y llegar al punto de su destino sin pensar ya en ellas de tanto haberlas recordado. Fortunato abrazó a sus padres y a diez de sus hermanos, con la cordialidad que infunde una larga separacion, no pudiendo hacer igual cosa con el undécimo, que solo contaba un año de edad, porque el chiquillo manifestó un terror pánico a los bigotes del pri-

mojénito, lo que causó gran hilaridad y contento en toda la familia, pues aquello era un indicio seguro de que el niño ya *desconocía*, primer paso, según las madres, que dan esas criaturas de Dios en la vía luminosa de la inteligencia. Luego vinieron las preguntas y las respuestas, con acompañamiento de gritos y llanto de los diez chiquillos que manifestaban su alegría, entregándose a pasatiempos de fuerza y pujilato de los mas variados, o disputándose entre todos las rodillas del papá, que entonces alzaba la voz a descomunal altura para hacer sus preguntas a Fortunato. Aquella escena o pandemonium doméstico duró hasta las nueve de la noche, hora en que el rejimiento infantil fué arrastrado a viva fuerza ácia sus habitaciones, no sin protestas desesperadas de los menores, que juraban no tener sueño, cuando habia sido preciso sacarles de debajo de las mesas donde roncaban como serenos.

Restablecida la tranquilidad y agotadas las preguntas por ambas partes, don Cándido espuso a Fortunato el estado de sus negocios y acogió con entusiasmo la idea que su hijo le participaba de querer entregarse a los trabajos de campo.

—Para principiar, le dijo, puedes quedarte aquí mientras yo voy a llevar a tu madre a la ciudad, donde todos los años

por este tiempo tomamos una casa para que ella vaya a *desembarazar*.

Don Cándido empleaba este verbo en el sentido chileno para decir a Fortunato que doña Bárbara iba todos los años a la ciudad en la época de su feliz alumbramiento.

—Ah! ah! todos los años, exclamó el jóven que habia olvidado la pasmosa fecundidad de las mujeres chilenas, entre las que jeneralmente pueden contarse los hijos por los años que llevan de matrimonio.

Pocos dias despues se encontró solo Fortunato en las espaciosas casas de la hacienda que llevaba por nombre *La Rinconada* como lo llevan por lo menos la tercera parte de las haciendas de Chile que comprenden el espacio del ángulo formado por dos cadenas de cerros que se cortan.

En los primeros dias se entregó nuestro héroe a sus nuevas faenas con el ardor de un verdadero novicio. Cada potrero llamaba particularmente su atencion, y en los ratos perdidos pasaba revista al ganado con algun vaquero, que de paso le formaba la jenealogia de cada animal que se ofrecia a la vista, sazonzando su discurso con el relato de campestres aventuras, en las que el toro tal y la vaca cual representaban el papel mas importante.

Tuvo tambien el placer de asistir a un rodeo, solemne festividad de los campos, y oyó los gritos de los huasos, que corrían desaforados contra cada animal y el ahullido de los perros y el mujido de los toros y los dichos con pretensiones de *graciosos* de los *palladores* de la comarca.

Pero Fortunato era un mozo criado en los ocios de la opulenta capital de Chile, por manera que al cabo de quince días comenzó a encontrar soberanamente insípidos los trabajos y pasatiempos campesinos y a sentir esa vaga melancolía que infunde la soledad monótona de los campos al hijo de las ciudades. En medio de los potreros, su imaginación le trasportaba a casa de Amelia, donde el amor le guardaba sus preciados encantos, y de allí le hacía recorrer las calles pobladas de mujeres hermosas, cuya voz resonaba mas armoniosa en su pecho que los silvestres bramidos de los toros y el rumor de las auras en los bosques solitarios, que tanto ponderan los poetas desde sus habitaciones, rodeados del *confort* de las ciudades. Bajo el peso de estas ideas, Fortunato sentía pasar las horas y aumentar con ellas la melancolía que enfermaba su imaginación. El desaliento se apoderaba de su alma al principio de su carrera y le hacía pensar en que la vida es mui corta para pasar la mas bella parte de la exis-

tencia en un aislamiento sin amor y sin distracciones, por correr tras las ganancias mezquinas que, acumuladas, le darian apenas algun alivio para la vejez: y a veintitres años el hombre piensa en todo, menos en que ha de llegar a ser viejo.

Un mes trascurrió de este modo, al cabo del cual llegó a la Rinconada un hombre de la ciudad trayendo dos cartas para Fortunato. El abrió primero la que traia el sobre de mano de su padre y supo por ella que contaba con un hermano mas y que la familia estaria de vuelta en cuanto el estado de su madre lo permitiese. Al abrir la segunda sentia palpitar agradablemente su corazon porque la carta venia de Santiago. Mas su vaga alegria se cambió bien pronto en sorpresa y contento cuando leyó las siguientes líneas:

«Querido sobrino:

» Aunque estás léjos de mí, no por eso te he olvidado ni he dejado de ocuparme de tu porvenir; como muestra de ello tengo el placer de anunciarte que he conseguido con mi amigo el Ministro de..... que te nombren Secretario del nuevo Intendente de esa provincia que en breves dias se pondrá en marcha para su destino. Espero que este nombramiento sea de tu agrado, y hago votos por que te sirva de escala para empleos superiores en el porvenir.

»Tu tia Julia me encarga te felicite a su nombre por tu nuevo empleo. Tú conoces su anjelical carácter, y en prueba de mi cariño por tí, mi mayor deseo es que encuentres una mujer como ella, que te haga tan feliz como lo es tu amante tio

Anselmo Rocaleal.»

—Poco a poco, señor tio, exclamó para sí nuestro héroe, no lleve Vd. tan adelante su cariño que me desee una mujer como la que su mala estrella le ha depa-
rado.

Desde ese momento Fortunato abandonó su tristeza para entregarse al placer que debia darle su nueva posicion, y al dia siguiente dejó las solitarias casas de la Rinconada, dirijiéndose a la capital de la provincia, en la que le esperaba tan distinguida colocacion.

II.

Antes de introducir a nuestro héroe en la nueva sociedad a que le lleva su destino, convienen algunas esplicaciones para intelijencia de los hechos en que se encuentra llamado a tomar parte.

Como en todas las ciudades de provincia, la poblacion *decente* de la ciudad de ** para emplear el término mas usual de

nuestro aristocrático lenguaje, se hallaba dividida en dos bandos que desde tiempo inmemorial hacian sentir su antagonismo asi en la vida pública como en la privada, con la minuciosidad de acritud que, a causa del estrecho recinto en que jiran, desplegan las jentes de provincia para emplear en algo la actividad de sus espíritus, condenado a rodar constantemente en el mezquino círculo de preocupaciones caceras. Allí se reproducia la eterna historia de Montegones y Capuletos, el odio de familia a familia; pero sin el encanto de poéticas tradiciones, ni el orgullo señorial de las razas, ni el majestuoso aislamiento de los hijos del feudalismo. Una division perpetua de privados intereses, una guerra perenne de solapada malediscencia, mí-eros odios y mí-seras venganzas, hé aquí las causas de la lucha y los medios de accion empleados por las dos familias de Selgas y de Ruiplan que componian la mayoria de la poblacion y a las cuales se hallaban ligadas por estrecho o lejano parentesco las demas *buenas* familias de la ciudad. Un Ruiplan podia hablar con un Selgas por la calle y concluir tambien una transaccion comercial y hasta engañarlo si lograba; mas era necesariamente de contraria opinion a la que los Selgas abrazaban, y creeria insultar a los manes de sus abue-

los tomando por mujer a una hija del último apellido. Selgas y Ruiplan se disputaban la amistad del Intendente de la provincia a fuerza de inagotables intrigas, pasando luego a la oposicion el bando desdeñado; Ruiplan y Selgas tomaban opuesto partido si llegaba por acaso alguna compañía de la legua a dar dramáticas representaciones, si algun médico iba a establecer alli el ejercicio de su profesion, si se cambiaba de cura en tal parroquia, si se abria una botica nueva, si algun barbero enarbolaba su tabla con un brazo despidiendo un chorro de sangre, si un fondista abria las puertas de su flamante establecimiento. En cada individuo, en cada suceso, en cada cambio, en cada novedad, los Selgas y los Ruiplan ponian en ejercicio su provinciana diligencia, encontraban medio de hacer de aquello un asunto de discordia, y conquistaban prosélitos, y lanzaban comunicados cuando habia papel público, que no siempre lo hai en las capitales de provincia, y lanzaban pasquines manuscritos y peroraban en los cafés, sin perdonar, en fin, medio alguno de alcanzar la victoria, no tanto por los lauros del triunfo, cuanto por la humillacion del adversario.

Pero los Selgas sentian allá en su interior, y sin confesárselo entre ellos, que su bando carecia de un adalid capaz de lu-

char con éxito favorable contra Natalio Ruiplan, el mas terrible de sus adversarios. Gracias a su inagotable verbosidad y a la mas descarada malediscencia, Natalio Ruiplan, jóven de treinta años y que habia hecho sus estudios en el Instituto de Santiago, habia conseguido conquistarse una de esas temibles reputaciones que en los corrillos se traducia frecuentemente por esta frase que equivale a un despacho de superioridad.

—Ninguno es tan *diablo* como Natalio.

El héroe de los Ruiplan disponia, para hacer frente a las eventualidades, de una fuerza hercúlea, aunque para los combates de pujilato que a menudo dirimen las cuestiones, no solo entre los provincianos, sino que tambien entre los cultos habitantes de la capital, no era de los mas comprobados. Varios miembros del opuesto partido, entre los que se distinguian Rosauero Selgas y Benito Carpio, aliado a los Selgas por la madre, pretendian disputar a Natalio Ruiplan la supremacia en la poblacion, sin conseguir mas que pasajeros triunfos, que no bastaban para conquistarles el renombre de *diablos* que la opinion pública tenia otorgado a su adversario.

Los mismos odios que dividian a los varones de las dos familias rivales, reinaban igualmente entre las hembras. Las

proporciones de la rivalidad aparecían entre ellas con el carácter peculiar que distingue las luchas femeniles: la reputación, los trajes y sus adornos, las prendas tanto físicas cuanto morales, el lujo de las casas, el estado de los negocios del marido, eran otras tantas ciúdadelas que cada cual entraba a saco para pasar el tiempo cuando podía, tratando de hacer en ellas todo el estrago posible. Los Selgas contaban entre sus bellezas a doña Milagro Carpis, doña Remedio Selgas, doña Dolores Armiño y varias solteras, entre las que descollaba por su belleza y fortuna Juana Selgas, niña de dieziocho años, que vivía al lado de su tutor D. Marcelino Carpis, después de la muerte de sus padres. A estas bellezas oponían los Ruiplan a doña Quiteria Galves, esposa de un Ruiplan, doña Magdalena Ruiplan, Deidamia Ruiplan y varias otras cuyos nombres aumentaría demasiado el catálogo de las hermosas constelaciones provincianas.

A la llegada de Fortunato, la sociedad entera de la ciudad de** se hallaba en ese estado de exaltación que precede a los grandes acontecimientos y que se trasluce perfectamente en las conversaciones de cada círculo social. El acontecimiento deseado era la llegada del nuevo Intendente de la provincia. El nombramiento de Fortunato para secretario de la Inten-

dencia vino a caer como una bomba en medio del bando de los Ruiplan, pues Fortunato pertenecía a los Selgas por su madre. Un día después de la llegada de nuestro héroe, se encontraba éste, sin saberlo, representando el papel de protagonista en aquella escena de la terrestre comedia, tan parecida a las que con frecuencia se repiten en el seno de nuestras provincias. Los Selgas acudieron en masa a casa de D. Cándido a felicitar al nuevo secretario.

-- Ah! ah! los Ruiplan deben estar furiosos, decía Rosauero Selgas, restregándose de contento las manos.

— Ya estarán pensando pasarse a la oposición, exclamaba Benito Carpis, radiante de alegría.

— Qué dirá Natalio Ruiplan, que ha estado *tejiendo* todo este tiempo, prorumpió otro.

— Y doña Quiteria Galves que se ha llevado intrigando para que nombren Secretario a su marido.

— Y si su marido fuese secretario ¿quién quedaba para guardarle a ella los secretos? decía Rosauero Selgas, haciendo estallar una ruidosa carcajada en toda la concurrencia.

— Los secretos de doña Quiteria no son de su marido sino de otro, gritaba Benito, retorciéndose de risa.

—Ya estará D. Calisto Cortina preparando el regalito para el Intendente.

—Le mandará unos pollos y una canastita con huevos.

—Sí, para ver si el Intendente le consigue *esperas* con los acreedores.

—Doña Magdalena Ruiplan andaba ayer comprando vestidos para sus hijas, dijo Benito Carpis.

—Es para ver si alguna puede pescar al Intendente, replicó Rosauero.

—El Intendente es casado; buen chasco se llevan.

—No, es soltero.

—Yo creo que es viudo.

Entre tanto, Fortunato tomaba mui poca parte en la conversacion y principiaba a comprender la rivalidad que dividia a las familias principales de la provincia. Festejado, ademas, por sus parientes y lanzado, sin conocimiento alguno de las intrigas caseras, en la movediza arena de la política, a causa de su nueva posicion, nuestro héroe conocia que iba a tomar parte en una lucha en que la malediscencia y el encono personal eran los medios mas poderosos de combate.

En el mismo dia varios individuos de la familia Ruiplan se encontraban reunidos en casa de doña Quiteria Galves, tan desapiadadamente tratada por los Selgas en la conversacion que acabamos de pre-

senciar. El nombramiento de Fortunato habia caído entre ellos como una bomba, según ya dijimos, y la conversacion rodaba, como era natural, sobre tan inesperado suceso.

Don Manuel Ruiplan, marido de doña Quiteria, se paseaba a lo largo de la pieza en que se hallaban reunidos, y doña Quiteria ocupaba el sofá, rodeada de los mas encopetados miembros de la familia.

—Lo que yo sé decir, exclamaba doña Quiteria, es que los Selgas deben creerse ya los dueños absolutos de la provincia.

—¡Nombrar para secretario a un muchacho desconocido! decia D. Manuel interrumpiendo su paseo para consultar las miradas de los que rodeaban a su mujer.

—Así son los gobiernos, decia D. Calisto Cortina, rico solteron de la familia; el influjo de D. Modesto Rocaleal nos vale ese nombramiento.

—De un muchacho insignificante, añadía doña Quiteria.

—Y luego, decia D. Manuel volviendo a interrumpir sus paseos, los gobiernos no quieren persuadirse de que hai hombres en las provincias y todo lo mandan de Santiago.

—Y los mismos que por allá figuran, quiénes son sino provincianos?

—Por eso yo estoy por la federacion, exclamaba un político.

En este momento entró a la pieza Natalio Ruipán y todas las miradas se fijaron en él.

--¿De qué se trata? preguntó sentándose al lado de doña Quiteria, ¿del nuevo secretario?

—Algo de eso, contestó uno.

—¿Y tú le has visto? le dijo doña Quiteria.

—¿A quién, primita? respondió Natalio.

—Al secretario.

—Sí, y me ha dicho un secreto.

—¿Qué cosa? preguntaron todos.

—Que va a repudiar a todos sus parientes.

--¿De veras? exclamaron llenos de alegría.

—Mi palabra de honor, dice que no le gusta alternar con *huachos*.

Todos aplaudieron en coro.

—¿Y qué traza le encuentras? preguntó D. Manuel.

—La misma de todos los Selgas: de tonto.

—¡Vea Vd. lo que es el favoritismo! exclamó D. Manuel, volviendo a su interrumpido paseo.

—Señores, dijo Natalio, nos estamos ahogando en poca agua: el nombramiento de secretario no debe arredrarnos; lo que importa es conquistarse al Intendente: es-

calemos el poder y arruinamos a los Selgas.

—Y el modo de escalar el poder ¿quién lo conoce? preguntó doña Quiteria.

—Sobre eso no hai nada escrito y cada cual puede emplear los medios que crea mas eficaces, dijo Natalio. Creo, por mi parte, que nosotros debemos recibir al Intendente con un baile.

—La idea es buena, dijo D. Manuel.

—Desde luego yo me encargo de recoger la suscripcion, añadió Natalio, y la encabezó con dos onzas.

Esta segunda proposicion no pareció ser tan bien aceptada como la primera.

—Mejor será un té solamente: eso cuesta menos, observó don Calisto Cortina, que si bien habia descuidado en su vida el estudio de la economia política, habia practicado en cambio el de la personal.

—Y mejor que todo, será no dar nada para evitar un chasco, añadió D. Manuel.

—Le visitaremos cuando llegue.

—Y con algunos regalitos, se puede avanzar mas y gastar menos, dijo D. Calisto.

—Un baile se pasa en una noche.

—Fuera de que al peluquero se le han acabado los guantes, dijo D. Manuel.

—Eso no importa, observó D. Calisto ¿quién no tiene los del baile del año pasado?

—Señores, exclamó Natalio cuando hubo terminado aquel coro de objeciones contra el desembolso de la suscripcion; sin baile perdemos al Intendente, porque los Selgas se lo darán y será una eterna vergüenza para nuestra familia. Además, añadió, es una ocasion para hacerle ver nuestro influjo, y en la mesa, con algunos brindis, se le hace ver que no tiene que habérselas con tontos y no faltará ocasion de poner en transparencia a su secretario, que ni conoce las necesidades de la provincia.

—Eso sí, yo voto por el baile, dijo don Manuel.

—Y Vdes. tambien, dijo doña Quiteria dirijiéndose a los otros.

— Si Vd. lo manda, dijo D. Calisto, yo estoi pronto.

--Y yo, dijeron los demas.

--Bravo! abajo los Selgas! exclamó Natalio aplaudiendo: yo me encargo de todo.

Y diciendo esto tomó papel y pluma para formar la lista de los que debian contribuir al baile proyectado para conquistarse al nuevo Intendente de la provincia.

III.

El alma de la familia Selgas era sin disputa doña Remedio Selgas, que aun conservaba en la familia el renombre de

bella, a despecho de cuarenta primaveras y un considerable número de vástagos de ambos sexos, arrebatados a su maternal amor por las plagas sin cuento que aquejan a la pobre humanidad. Bien que los Ruiplan hubiesen intentado en repetidas ocasiones empañar el lustre de su reputacion, atribuyéndola ciertos amorcillos impropios del buen nombre de su marido, doña Remedio, con el talento de ciertas mujeres que saben inspirar a la víctima una filosofía digna de mejor causa, vivia en tan perfecta armonia con su esposo D. Marcelino Carpis, que los malas lenguas, a pesar de su mordacidad, habian sido derrotados por la opinion sensata de la ciudad. Al lado de estos esposos vivia, como dijimos antes, Juana Selgas, sobrina de doña Remedio, huérfana que habia heredado de sus padres una herencia pingüe, objeto de la codicia de los buenos solteros de la poblacion.

Juana era una niña bellísima, con grandes ojos que retrataban una intensa melancolia, negros cabellos y morena tez, labios siempre húmedos que reflejaban dos hileras de dientes azulejos y transparentes y un cuerpo cuyas simétricas proporciones habria envidiado la mas hermosa dama de nuestra elegante sociedad. Agregad a este conjunto de perfecciones físicas uno de esos caracteres que parecen

haber traído del cielo su anjelical dulzura, y tendreis una idea de aquella niña dominada por una profunda tristeza, que era con razon el orgullo de la familia de Selgas y ante la cual palidecian las mas ponderadas beldades del opuesto bando de Ruiplan.

Los comentadores de la vida privada, tan abundantes así en las grandes como en las pequeñas poblaciones del orbe, hablaban vagamente de la tristeza de Juana, atribuyéndola a la repentina ausencia de cierto jóven que, segun pública voz habia conquistado el corazon de la niña, despues de haber dominado como absoluto señor por espacio de dos años en el de su bella tia doña Remedio Selgas.

Mas, nadie sabrá esplicar los verdaderos motivos de la repentina ausencia de Adolfo Perales, el venturoso amante, y solo habia fundamentos para creer que Juana se conservaba fiel al culto de su cariño, por las numerosas derrotas que sus solícitos pretendientes habian sufrido en sus matrimoniales pretensiones. Ademias, segun todos recordaban, Juana era antes de sus amores con Perales, una niña alegre y risueña, y solo despues de la misteriosa desaparicion de éste, los Selgas la vieron alejarse de las reuniones y esquivar todo trato con los galanes que se disputaban su preferencia. Por lo demas, todos ala-

baban el desprendimiento de su tutor, D. Marcelino Carpis, que se empeñaba en buscarla marido, y el cariño que doña Remedio manifestaba a su sobrina, haciendo por ella «lo que no habria hecho por una hija propia», segun la espresion mas jeneral de los imparciales de la poblacion.

Mientras los miembros de la familia Ruiplan discutian el proyecto de baile, adoptado gracias a la elocuencia de Natalio, muchos de los importantes personajes del partido Selgas se hallaban reunidos en casa de doña Remedio. Allí tambien se hablaba sobre la llegada del nuevo Intendente y sobre el honor que recibia la familia con el nombramiento de Fortunato.

—¿Has visto al secretario? preguntaba doña Milagro Carpis a doña Remedio, que reclinada sobre un sofá dominaba con la vista a los circunstantes.

—No, hijita, contestó ésta; pero mi marido estuvo a verlo y le llevó *recado* mio.

--Dicen que es mui buen mozo, dijo doña Dolores Armiño.

—Y jóven de mucha instruccion, añadió su esposo D. Vicente Selgas, hombre que pretendia siempre tener sobre todo mejores informes que los demas, aun cuando para probarlo fuese preciso apelar a las suposiciones.

—Oh! sí, mui instruido, apoyó D. Marcelino Carpis, que siempre era de la opinion del último que hablaba, salvo en los casos en que se oponia su mujer.

—Tan instruido, dijo D. Vicente, que en Santiago se ha sacado todos los premios del Instituto.

—Oh! sí, todo el Instituto, exclamó don Marcelino.

—Y que nos vengan a decir que el gobierno no sabe elejir sus empleados, dijo en tono de peroracion D. José Santiago Selgas, la cabeza mas erguida del partido y que poco antes afectaba sus puntillos de oposicion.

—El gobierno sabe siempre lo que hace, dijo D. Marcelino.

—Hola! Rosauro, exclamó D. Vicente viendo aparecer al jóven Selgas. ¿Cómo va? Qué dice ese buen Fortunato? Sabes que en el Instituto de Santiago se sacaba todos los premios?

—Asi lo supongo, contestó Rosauro. Luego dirijiéndose a doña Remedio:

—¿Y Juanita? la dijo.

—Ya viene, fué a peinarse.

Pocos momentos despues Juana entró al salon, atrayendo todas las miradas ácia ella: y fué a sentarse al lado de una ventana, ocupándose de una labor de mano. Rosauro, dirijiendo siempre sobre ella sus miradas, dijo:

—Traigo una noticia importante: los Ruiplan proyectan un baile para recibir al Intendente.

—Ya lo sabia yo, dijo D. Vicente Selgas que no podia conformarse con que otro supiese lo que él ignoraba.

—Y si lo sabia ¿por qué no lo dijo? le preguntó Rosauero.

—¿Por qué?..... porque estaba esperando que rodase la conversacion sobre los Ruiplan.

—Así es, estaba esperando eso, añadió don Marcelino.

—De todos modos, la noticia es grave, dijo D. José Santiago Selgas.

—Oh, eso sí, es mui grave la noticia, repitió D. Marcelino.

—Y no puede negarse que la debemos a Rosauero, prosiguió D. José Santiago en el mismo tono.

—Pues yo no la habia creido de tanta importancia y por eso no la habia dicho, observó D. Vicente.

—Pues, señores, dijo D. José Santiago, es de tal trascendencia esa nueva, que su ejecucion encierra nada menos que un golpe premeditado contra nuestra familia por los Ruiplan.

—Asi es, exclamó D. Marcelino, ese es un golpe premeditado contra nosotros.

—Y que es preciso parar, añadió doña Remedio.

—Vaya que sí, dijo D. Marcelino, es preciso parar ese golpe.

—Yo me dije lo mismo cuando me dieron la noticia, exclamó D. Vicente Selgas restregándose las manos lleno de satisfacción.

—Nosotros, señores, peroró D. José Santiago, disponemos de iguales medios de accion y no veo por qué no habiamos tambien de dar un baile despues de ellos.

—Eso es, demos tambien un baile, dijo D. Marcelino.

—Y lo daremos despues del de ellos y asi ganaremos, añadió D. José Santiago, porque dejaremos la última impresion en el ánimo del majistrado.

—Ah, ah, eso es, prorumpió lleno de júbilo D. Marcelino.

—Pues yo creo, dijo con lánguida voz doña Remedio y como dirijiéndose a su cuñada doña Dolores Armiño, que nosotros no debemos de ningun modo imitar a los Ruiplan, y lo que conviene hacer es salir a recibir al Sr. Intendente.

—Eso sí que es mejor; salir a recibirlo, gritó estasiado D. Marcelino que acababa de aplaudir la otra idea.

—Ya lo habia pensado yo, vociferó don Vicente Selgas, y la razon es clara, puesto que asi les ganamos la delantera.

—Por supuesto, si llegamos los primeros, dijo D. Marcelino.

—A mi me gusta ser condescendiente con las señoras, dijo D. José Santiago que creia hacer, cediendo, una concesion de sus derechos; y aunque el baile es mas lucido, voto por la idea de Remedita.

—Bravo, yo tambien voto, exclamó don Marcelino, aplaudiendo con las manos.

—Señores, señores, gritó D. Vicente contentísimo de poder dar una noticia, aqui llega D. Cándido Esperanzano con su hijo el secretario.

Don Vicente acababa de ver pasar por la puerta de calle a Fortunato y a su padre que entraron al salon un instante despues.

Nuestro héroe fué presentado a doña Remedio, a Juana y a los demas.

—Es mui buen mozo, dijo doña Remedio a doña Milagros por lo bajo.

—¿No se los habia dicho yo? las dijo D. Vicente que acababa de pescar al vuelo aquellas palabras.

—Aquí hablábamos de la llegada del señor Intendente, dijo a Fortunato don José Santiago Selgas

—¿Le conoce Vd., Fortunato? le preguntó con voz mas dulce doña Remedio.

—Le he tratado, señorita, en algunas casas de Santiago.

—No se los decia yo, exclamó por lo bajo D. Vicente dirijiéndose a los que tenia al lado: ¡ha visitado las princi-

pales casas de Santiago y se sacaba todos los premios del Instituto!

—¿Y en qué estado se halla el Instituto de Santiago? preguntó a Fortunato don Marcelino, que vió la ocasion de hacer un cumplimiento al secretario.

El jóven no pudo disimular su sorpresa, pero serenándose lo mejor que pudo:

—Mui bien, señor, en brillante pié, dijo saludando con cortesía.

—Pero estará tan bueno como cuando Vd. se sacaba allí todos los premios.

—¿Yo? dijo admirado Fortunato, mientras que D. Vicente, el propalador de la noticia, tocía para disimular su turbacion.

—Señor Esperanzano, dijo D. José Santiago para mudar de conversacion y poder tomar la iniciativa, aquí nos ocupábamos de un proyecto en el que Vd. tomará, no me cabe duda, mucho interes.

--Se trataba de organizar una cabalgata para ir a recibir al Sr. Intendente, dijo D. Vicente arrebatando la palabra al orador de la familia por el placer de dar la noticia al secretario; y contábamos con Vd., añadió triunfante.

—Acepto gustosísimo, respondió Fortunato.

—No les decia, exclamó D. Vicente, que el señor secretario nos acompañaria con mucho gusto.

—Nosotras, dijo doña Remedio ha-

ciendo cartucho con los labios y dirijiendo miradas de soslayo a Fortunato, los esperaremos aquí con algunos refrescos.

—Eso es, para quitarnos *la calor*, añadió D. Marcelino.

—Si pues, una mesa de once, ya lo habia pensado yo, dijo D. Vicente.

—Será preciso que nos encarguemos de organizarlo todo lo mas pronto posible, repuso D. José Santiago, pues importa, para el buen nombre de la ciudad, hacer a su primer majistrado un recibimiento digno de la civilizacion y que manifieste al gobierno el aprecio que hacemos de sus mandatarios.

—Señores, una idea se me ocurre y que nadie ha espresado todavia, exclamó D. Vicente Selgas, que durante el discurso del orador habia estado pensando algo de nuevo que decir; es preciso, es indispensable para el lucimiento de la recepcion que convidemos ante todo al señor Juez de Letras.

—Oh, sí, al Juez de Letras, apoyaron todos, menos Fortunato que ignoraba la importancia de semejante personaje en las ciudades de provincia.

—Otra idea, señores, tan importante como la que acabo de emitir, añadió don Vicente, entusiasmado con el triunfo, es preciso tambien convidar a la Ilustre Municipalidad.

—¡Cómo no! por supuesto, dijo apoyando con la voz y el gesto D. Marcelino.

—Mucho importa tambien, dijo estirándose la corbata D. José Santiago, que algun miembro de la familia pronuncie al Sr. Intendente algun lijero discurso de bienvenida.

—Ciertamente; pero sobre esto yo tambien tenia una idea, replicó D. Vicente: el discurso debe ser aqui en la mesa de once.

—Se entiende, repuso D. José Santiago, pero es prudente que desde luego se designe la persona que debe hablar.

—Hablaaremos todos, dijo D. Vicente.

—Pero el discurso debe pronunciarlo D. José Santiago, dijo doña Remedio mostrando al descuido a Fortunato un brazo, en el que los años no habian alterado aun la pureza de las líneas.

—Oh! por supuesto, D. José Santiago, dijo D. Marcelino para ser de la opinion de su esposa.

Fortunato habia dirijido sus miradas sobre Juana mas de una vez, durante el animado debate que precede, y mas de una vez tambien habia tenido tentaciones de dejar su asiento y dirijirse al lado de la bella niña que continuaba ocupada de su labor. Algunas palabras que acababa de oir en su casa sobre el carácter y belleza de Juana, habian despertado su cu-

riosidad, la que se aumentó con la vista de la jóven, cuyos grandes ojos negros, al alzarse para saludarle a su entrada, le hicieron el efecto de un relámpago en una densa oscuridad. Acercóse, al fin, cansado de la importancia que los prohombres de la familia daban a los aprestos de la cabalgata, y se aprovechó del ruido de la conversacion para dirigir a Juana la palabra.

—Señorita, la dijo, parece que Vd. no toma tanto interes como los demas en este paseo.

Juana fijó los ojos en él, y a juzgar por la suave espresion que brilló en ellos, hubiérase dicho que la bella y franca fisonomia de Fortunato habia despertado en su corazon una repentina simpatia.

—Mui poco o nada, contestó ella sonriéndose, podria agregar a lo que esos caballeros llevan dicho.

—Así me parece, repuso Fortunato correspondiendo a su sonrisa.

—¿Es la primera vez que viene por aquí? le preguntó Juana.

—Casi la primera, porque estuve aqui cuando era mui niño.

—Hallará Vd. mucha diferencia entre nuestra sociedad y la de Santiago.

—Todas se parecen, señorita, dijo Fortunato, y encuentro en esta mui buenas cosas como encuentro en la otra: para un

jóven toda sociedad donde no faltan las bellezas es interesante, añadió inclinándose con perfecta elegancia.

Juana bajó los ojos sobre su costura y no volvió a dirigir a Fortunato la palabra. D. Marcelino y su padre que avanzaron hacia el lugar que él ocupaba, los sacaron de aquel silencio.

—¿Qué le parece a Vd. la prolijidad de esta señorita? dijo D. Marcelino con los ojos centelleantes de alegría.

—Estaba admirándola, señor, contestó el jóven.

—Ella tambien se ha sacado, como Vd., todos los premios del coljio en que estuvo, añadió D. Marcelino insistiendo en elojiar a nuestro héroe por un mérito que él ignoraba haber poseído.

—¿Qué le habrá dado a este orijinal con los premios, se dijo para sí Fortunato, mientras que Juana alzaba la vista sobre su tutor como rogándole que no llevase adelante sus cumplimientos.

Al salir de la casa de D. Marcelino, nuestro héroe se sintió mas alegre que a su llegada, pensando en que una ciudad que contaba hermosuras como la de Juana, no debia ser una desagradable residencia. Su espíritu versátil se hallaba en ese instante mui lejos de Amelia, que a todas horas le preocupaba en su soledad del campo, y si bien se juraba conservarla

su corazon, hallaba mil argumentos para persuadirse de que era preciso divertirse y huir de la melancolia que amenazaba dominarle, entregándose siempre a la misma idea.

—¿Qué te ha parecido la Juanita? le preguntó D. Cándido apenas hubieron dado algunos pasos por la calle.

—Lindísima, contestó Fortunato.

—¡Y tiene noventa mil pesos, libres de polvo y paja! exclamó D. Cándido golpeando significativamente el hombro de su primojénito.

En el salon de doña Remedio hubo un ligero silencio mientras el secretario y su padre atravesaban el patio.

—¿Qué les ha parecido nuestro pariente? preguntó D. Vicente, ¡qué elegancia! ¿han visto Vdes. el modo de tener el sombrero?

—Y ese despejo para saludar, observó doña Remedio; tiene mui lindos ojos.

—Y la ropa tan bien hecha, repuso don Vicente.

—Mui bien hecha, repitió D. Marcelino.

—Señores, dijo D. José Santiago, ocupémonos de asunto mas importante y no dejemos pasar el tiempo: que cada uno vaya a hacer sus preparativos.

—Y otros a convidar a los municipales y al Juez de Letras, dijo D. Vicente.

Todos se despidieron, prometiéndose

dar un golpe maestro a los Ruiplan con la mesa de once que doña Remedio se encargó de preparar en su casa.

IV.

Dos dias trascurrieron con inusitada agitacion para la ciudad de**. La familia Selgas habia hecho venir de los fundos vecinos los mas hermosos corceles, hecho confeccionar para las sillas vistosos si no elegantes mandiles, y surtiéndose en una de las tiendas de la ciudad de guantes de seda para montar a caballo, con gran aplauso del tenedor de aquel artículo que él mismo calificaba de hueso antes del feliz incidente que motivó su inesperado espendio. Uníase a esto la actividad con que las señoras habian comprado nuevos vestidos para la solemnidad, el movimiento de criados que llevaban los moldes de la última moda de una casa a otra, segun los pedidos que se cruzaban sin interrupcion y la afluencia de criados a la casa de doña Remedio conduciendo muebles, vajillas, candelabros, floreros y demas objetos con que la familia contribuia para dar a la fiesta el aparato debido. El dueño del Café fué monopolizado por doña Remedio para hacer, antes que los Ruiplan, pastelillos, merengues y todo lo concer-

niente a su *arte*; el peluquero estaba hablado con dos días de anticipación, pues doña Remedio había llevado de la capital la costumbre de peinarse por peluquero en las grandes festividades; nada, en fin, se había descuidado para producir una profunda impresión en el ánimo del Intendente.

Los Ruiplan, por su parte, habían también puesto en movimiento sus numerosos influjos para sobrepujar en elegancia y suntuosidad a los Selgas y desarrollar a los ojos del nuevo Intendente el espectáculo de su influjo en la provincia, haciendo concurrir al baile familias de los principales departamentos. Pero Natalio Ruiplan se decía en su interior que no bastaban tan profusos preparativos para humillar a los Selgas, sino que era preciso obligarlos también a chasquearse en su ponderada cabalgata, sobre lo cual Rosauero Selgas y Benito Carpis hablaban hasta el cansancio en el Café y en casa de las pocas familias neutrales de la población. Trabajado durante dos días por esta idea, Natalio citó a varios jóvenes del bando para comunicarles un plan que debía ejecutarse en aquella misma noche con el mas profundo secreto.

—Amigos, les dijo cuando todos se hallaban reunidos, los Selgas salen mañana muy temprano para el Guindo, como Vds. saben, a recibir al Intendente.

El Guindo es un pequeño villorrio a dos leguas de la capital de la provincia, y era el punto designado por la familia Selgas para esperar la llegada del nuevo funcionario y escoltarle hasta la ciudad.

—Mi plan, prosiguió Natalio, es jugar una mala pasada a los Selgas, porque sé que varias familias se preparan para ver desfilar la cabalgata desde las puertas de calle, tanto a la ida como a la vuelta.

—Nosotros estamos prontos, dijeron algunos.

—Mui bien, lo que espero de Vds. para su ejecucion voi a decirlo, advirtiéndoles, como punto de partida, que cada uno de los que van a componer la caravana tiene en su casa el mejor caballo que ha podido encontrar.

—D. José Santiago va a pronunciar un discurso en su tordillo de brazos, dijo uno; esta tarde lo estaban bañando en la calle.

—¿A D. José Santiago? preguntó Natalio.

—No, al tordillo, contestó el otro riéndose en coro con los demas.

—D. Vicente Selgas irá en el negro.

—D. Marcelino montará el picaso que le regaló Adolfo Perales cuando le hacia la corte a su mujer.

—Yo en su lugar le habria regalado un animal mas alegórico, dijo Natalio. Pues bien, señores, añadió, cada uno de

Vds. se va a encargar de hacer cortar la cola a un caballo esta noche, sin perdonar los medios; por mi parte yo tengo asegurada la cola del picaso y del tordillo.

—Magnífico, dijeron todos; este Natalio es mui diablo!

—Y asi veremos mañana desfilas una comitiva rabona, añadió Natalio triunfante, porque no les quedará tiempo para buscar otros caballos y solo notarán que todos han corrido igual suerte cuando se reunan en casa de D. Marcelino, desde donde debe partir la cabalgata. Asi, señores, actividad y silencio: cada cual a su ocupacion.

Hecho esto todos salieron, dirigiéndose por distintos rumbos a las casas de los Selgas.

—Solo se exceptuarán, habia dicho Natalio al despedirse, los caballos del Juez de Letras y del Secretario, pues conviene no romper con las autoridades.

Al amanecer del dia siguiente se hallaban en pié y calzándose las espuelas los mas notables miembros de la familia de Selgas.

D. José Santiago, que habia empleado sus insomnias en improvisar el discurso que, segun encargo jeneral, debia dirigir al nuevo Intendente a nombre de los suyos, llamó a su criado a las seis de la mañana.

—Tráeme el tordillo, le dijo poniéndose los guantes comprados la víspera.

Pocos momentos despues oyó el sonido de las herraduras en el empedrado del patio y salió repitiendo las últimas palabras de su discurso. Al llegar al lado de su tordillo se detuvo como repentinamente petrificado; el caballo, de cuya cola formara siempre su orgullo, estaba completamente rabon.

—¿Quién ha cortado la cola a este animal? preguntó furioso con jesto airado y alterada voz.

—La maldita mula que se la comió anoche, señor, contestó el criado.

—Que mas mula que tú, bestia, gritó exasperado el orador de los Selgas ¿no te encargué que los pusieses aparte?

—Pero si la mula cortó el látigo, pues señor, dijo el criado.

D. José Santiago pensó que dejándose llevar de su justa indignacion, no remediaría el mal, y se resignó a montar porque la hora de la cita habia llegado ya y él, el jefe de la familia, no debia dar ejemplo de informalidad.

A esa misma hora se repitió igual y parecida escena en casa de cada uno de los de la comitiva, y cada cual se conformaba a su pesar, no encontrando modo de salvar tan inesperado contratiempo,

que los criados respectivos esplicaban a su manera.

D. José Santiago tuvo siquiera la satisfaccion de dar el ejemplo de la puntualidad, llegando el primero a casa de don Marcelino Carpis.

—¡Hombre! exclamó éste con admiracion al ver llegar a su respetable pariente, ¿por qué haz rabonado el tordillo?

—Ese bruto de mi criado, contestó bajándose D. José Santiago, que le dejó anoche junto con la mula.

—Una cosa parecida me ha pasado a mí, dijo D. Marcelino pero el mio ha quedado mas rabon.

En ese momento entró al patio don Vicente Selgas, y al ver los dos caballos que allí habia:

—Sabiendo que Vds. cortarian la cola a sus caballos, exclamó, hicelo mismo con el mio.

D. José Santiago y D. Marcelino se miraron con aire de duda, y como pocos instantes despues fueron llegando los demas convidados, no tardó en alzarse la voz jeneral de que allí andaba la mano de los Ruiplan. Mas la hora avanzaba y era imposible retroceder, declarándose derrotados, de manera que les fué forzoso resignarse, despues de una lijera exhortacion, calorosamente pronunciada por don José Santiago, que dió el ejemplo, salien-

do a la cabeza de la comitiva montado en su tordillo, que movia de cuando en cuando el resto de cola que habia escapado a la tijera vengativa de los Ruiplan.

La calle por donde debia desfilas la comitiva se hallaba ya ocupada por una multitud de curiosos cuando el Juez de Letras con Fortunato a la derecha, don José Santiago a la izquierda y seguido de los demas apareció, dirijiéndose al camino de Santiago. Un grupo compuesto de los Ruiplan, a la cabeza de los cuales se hallaba Natalio, se habia apostado en la puerta de una casa. Desde allí llovió sobre los cabalgantes un fuego graneado de chistes que los confirmó en la idea de que sus enemigos eran los autores de lo que el vulgo llama jeneralmente una *pegata*. Los espectadores imparciales rieron de buena gana al aspecto de aquella comitiva de caballos rabones, y por entonces el triunfo fué declarado a favor de los Ruiplan.

A su llegada al Guindo, los Selgas encontraron al Intendente, que los esperaba advertido de antemano. Despues de un ligero almuerzo, la caravana se puso nuevamente en marcha para la ciudad, en la que hizo su entrada en medio de los vivas de algunos ciudadanos, cuyo entusiasmo se habia pagado con anticipacion. En vano Natalio Ruiplan y los suyos trata-

ron de acallar aquellas voces enardecidas por el licor; en vano quisieron sacar nuevamente partido del incidente de las colas porque los Selgas habian la mayor parte cambiado de cabalgaduras y aumentado la comitiva con inquilinos de los fundos que habian atravesado, burlando así la expectativa de los Ruiplan, que a su turno fueron declarados vencidos.

Doña Remedio Selgas acogió al nuevo Intendente y a su comitiva con la mas encantadora de sus sonrisas, mientras que a las puertas se agolpaban los curiosos y los entusiastas pagados. El salon encerraba en esos momentos lo mas florido de la familia, engalanada cual convenia para dar al alto funcionario que se festejaba, la mas ventajosa idea del partido que queria servirle de apoyo en el siempre revuelto mar de la vida de provincia, cuyas tempestades caseras se desatan con tanta frecuencia a impulsos del *venticello* que describe Beaumarchais en el Barbero de Sevilla.

Desde ese momento reinó en la casa la franca alegria inspirada a los Selgas por la satisfaccion de haber burlado en parte el ataque de sus enemigos y la esperanza de conquistarse las simpatias del primer mandatario de la provincia. En la testera del salon se veia al Intendente al lado de doña Remedio que lanzaba lánguidas miradas al secretario. Este grupo estaba ro-

deado por D. José Santiago Selgas, don Marcelino Cárpis, D. Vicente Selgas y los demas notables de la familia. En otra parte el Juez de Letras, rodeado tambien de un numeroso cortejo, dominaba, desde lo alto de su corbata, a los circunstantes, dirijiendo cumplidos a las damas que segun él se les debian de *justicia*. Varios jóvenes, menos celosos de cortejar a las autoridades, rodeaban a Juana Selgas, que alzaba de cuando en cuando sus ojos al cielo, como pidiéndole valor para soportar las insípidas galanterias que a que-
ma ropa le lanzaban; y en todo el salon, en fin, notábase un aire de contento y expansion que disfrazaba perfectamente las ambiciosas pretensiones de cada cual.

—¿Quiere el Sr. Intendente que pasemos a la mesa? dijo doña Remedio al divisar a su criado en la puerta del salon.

A esta voz todos se pusieron en movimiento, y el Intendente, dando el brazo a la dueña de casa, pasó por el medio de la calle que, como a una voz de mando, formaron damas y caballeros. A esta pareja siguieron las demas por órden de jerarquia, y a poco rato todos se hallaban sentados a la mesa, cuya cabecera ocupaba doña Remedio con el Intendente a la derecha y Fortunato a la izquierda. Los platos ofrecidos y aceptados se cruzaron en todas direcciones, sonaron los vasos y los

cuchillos, animóse poco a poco la conversacion, volviéronse los maridos galantes hasta con sus mujeres, y las mandíbulas principiaron a funcionar con recomendable agilidad. Despues de media hora adjudicada a las exigencias del estómago, los Selgas principiaron a dirijirse significativas miradas.

—Ya es hora que hable, decia uno por lo bajo.

—Déjalo que piense un poco, contestaba otro.

—Como D. Marcelino no vaya despues a salir con algun disparate, observaba el vecino.

—D. José Santiago tiene la palabra, dijo en voz alta, uno de los convidados.

—Sí, sí, que hable D. José Santiago, repitieron varias voces.

—Así es, que hable, que hable D. José Santiago, gritó D. Marcelino, en cuyos ojos principiaban a brillar ciertas luces de espirituoso entusiasmo.

—Yo, señores, dijo el interpelado como cojido de improviso ¿qué podré decir?

—Cualquiera cosa, hable no mas, exclamó D. Marcelino.

Recojióse el orador un instante, alzó al techo los ojos en busca de la inspiracion, y cuando el silencio de la sala fué completo, llenó su copa y se puso de pié.

—Señor Intendente, dijo con el acento

de un actor trájico en la escena de los remordimientos; hai pueblos cuyos destinos ha escrito el dedo del Altísimo con indelebles caracteres en el inmenso libro de la vida de las naciones: uno de esos pueblos, señor, es el nuestro. Cúpole primeramente la dicha de ser chileno, y como si la Providencia se deleitase en manifestarle su divina predileccion, inspira despues la mente del Excmo. Señor Presidente para que os envíe a rejir nuestros destinos: brindo, señor y señores, por que este feliz aniversario quede marcado en letras diamantinas en nuestra memoria.

Un *bravo* unísono y estrepitoso se alzó de la mesa, confundido con los golpes de las copas y las palmadas de los entusiastas.

—Que aquí quede grabado, gritó en medio de la jeneral algazara D. Marcelino, dándose en la frente con su copa que cae hecha trizas sobre la mesa.

El Intendente contestó dando las gracias por la honrosa acogida que se le hacia, y con esto la alegria llegó a su colmo.

D. Marcelino se agitaba lleno de gozo, doña Remedio amenazaba quedarse turbia de volver los ojos ácia Fortunato, don José Santiago se dignaba sonreirse de satisfaccion, D. Vicente Selgas decia que él habia previsto todo aquello y juraba a D. Marcelino que Fortunato se habia sa-

cado todos los premios en el Instituto, y los demas concurrentes manifestaban a su modo cada cual la felicidad que desbordaba de sus almas.

D. Marcelino se adelantó con la copa llena ácia el secretario, y echándole los brazos:

—Vea Vd., Sr. Intendente, dijo, este chico es de la familia y se ha sacado todos los premios en el Instituto.

—Se me ocurre una idea, vociferó don Vicente, vámonos a pasear al huerto.

—Al huerto, eso es, dijo D. Marcelino.

Y todos se pusieron en movimiento. Doña Remedio se apoderó del brazo de Fortunato y los demas rodearon al Intendente.

Nuestro héroe, que durante la mesa habia tenido tiempo de mirar a Juana Selgas y de admirar su belleza, se resignó sin embargo a su suerte y trató de salir del paso lo mas airosamente posible.

—¿Y qué dice Vd. de sus paisanas, señor secretario? le dijo doña Remedio, apoyando descuidadamente su brazo en el de Fortunato.

—Digo que son superiores a todo elogio, contestó este.

—Ah! Vd. echará de menos las bellezas de Santiago al verse entre nosotras.

—A su lado, señorita, es imposible acordarse de nadie, dijo Fortunato viendo

que lo sitiaban, y ofreciendo por capitulación este galanteo.

Doña Remedio suspiró alzando al cielo los ojos.

—Le perdono esa burla, dijo, porque Vd. ignora talvez mi edad.

—La belleza no reconoce edad, dijo Fortunato.

En este momento llegaban tras ellos D. Marcelino y D. Vicente, riéndose a carcajadas.

—Mira, dijo Marcelino a su mujer, Vicente dice que Fortunato no solo se ha distinguido en sus estudios, sino que en Santiago todas las niñas se morían por él.

Doña Remedio se sentó en una silla que había al fin del jardín, buscando un modo de alejar a los importunos.

—Yo sé todos los amores que ha tenido Fortunato, la dijo D. Vicente al oído, mientras que D. Marcelino llamaba a los que por allí se veían para decirles que el secretario se sacaba todos los premios en Santiago y era amado de todas las mujeres.

Fortunato, aprovechándose de la aglomeración de personas que luego rodeó a D. Marcelino, dejó aquel lugar y se dirigió al salón, después de asegurarse de que Juana no estaba en el huerto. La niña acababa de desprenderse de Rosauero Selgas y Benito Carpis, que la acosaban con

un fuego graneado de galanteos y se habia retirado junto a una ventana. Al ver a Fortunato, sus ojos dirijieron sus miradas al suelo y sus mejillas se cubrieron de encarnado.

—Señorita, la dijo el secretario, parece que tengo la desgracia de venir a mal tiempo.

—¿Por qué? preguntó ella fijando en el jóven sus grandes ojos.

—Porque creo que he venido a turbar su meditacion.

—No meditaba, dijo Juana sonriéndose, sino que descansaba.

—¿Y de qué? está Vd. fatigada?

—Sí, de mis primos.

—Entonces voi a mirar con disgusto el parentesco que me liga con Vd.

—No, Vd. es pariente lejano y ademas no se halla en la posicion de los otros.

—¿Y puedo saber en lo que ellos han faltado para no incurrir a mi vez en el mismo delito?

Juana quedó silenciosa durante algunos instantes, y luego como tomando una resolucion:

—Sí, contestó, pero bajo secreto.

—Juro una discrecion a toda prueva.

—Me dicen a cada instante que no se contentan con el cariño de parientes, dijo Juana, tratando de disimular con una sonrisa su turbacion.

—Señorita, el pecado es venial y lo atenúa una grave circunstancia.

—¿Cuál?

—La de su belleza.

—Si Vd. los defiende de ese modo, repuso Juana, bajando la vista, me hará creer que es como ellos.

—Confieso que puedo mui bien caer en la misma falta.

—Pues yo esperaba que Vd. podría ser mi amigo, replicó la niña con acento que revelaba tristeza.

—Su esperanza me honra, dijo Fortunato, sobre todo si Vd. consiente en que la mia pueda salvar ese límite.

—¿Ya se halla Vd. en el caso de mis primos?

—No, si Vd. me trata como a ellos, procuraria evitarla el fastidio de la constancia.

—Es decir que Vd. haria gustoso un ensayo por pasatiempo.

—Nunca se principia con entera abnegacion porque lo impide el temor de no agradar.

—Y ese temor ¿lo tiene Vd. siempre? preguntó Juana, que creia a Fortunato mui pagado de su indisputable hermosura.

—Siempre que mi corazon es sincero, contestó el jóven.

—D. Vicente Selgas, que pretende saberlo todo, replicó Juana, habla de Vd. como de un hombre mui feliz.

—Es talvez porque se figuraria que Vd. no querria desmentirlo.

—Vea Vd., dijo la niña, hablemos con seriedad. ¿Cree Vd. que una mujer pueda juzgar sinceras todas las declaraciones que oye en la semana?

—Ningun mal hai en ello, contestó Fortunato, y la queda el placer de la eleccion o el derecho de rechazarlas si ninguna le agrada. Por lo demas, aun cuando sea mui modesta la idea que una niña tiene de sí misma, ninguna creo que sostenga de buena fé que no es capaz de inspirar un amor repentino, tanto mas cuanto que el amor es una verdadera enfermedad moral que, como tantas de las que atacan el cuerpo, puede venir repentinamente, por poca propension que haya, y siempre son propensos a ella los corazones jóvenes.

Juana permaneció pensativa: aquellas palabras dichas con cierto aire de indiferencia por un joven que por su posicion y belleza figuraba en todas las conversaciones y confidencias de las niñas, y al que parecian envidiar los otros jóvenes, resonaron de mui distinto modo en su alma que las pesadas declaraciones de sus parientes. Su corazon, agobiado por un sentimiento cuyas causas conocerá mas tarde el lector, se ajitó como desprendiéndose de las dolorosas ligaduras que le aprisionaban, y a medida que la calma

renacia en su pecho, sus ojos buscaban insensiblemente en los del jóven esa luz en la que van a confundirse las aspiraciones de los que por un secreto presentimiento buscan a un mismo tiempo ese medio de oír y de decirse que el labio y los oídos no pronuncian ni perciben sino de una manera imperfecta. En esta primera mirada, la mujer envía al alma del hombre las esperanzas que ella busca también, esperanzas sin forma, vagas, indefinibles, que iluminan de súbito ese deseo de amor que constantemente jermi-
na en el corazón humano, que le arrancan a veces la calma adquirida a costa de inauditos esfuerzos de la voluntad y le arrojan palpitante en las abrasadas rejiones de la pasión. Pero en esa mirada, Fortunato no ponía más fuego que el que su feliz organización era capaz de sustentar, mientras que la niña, como herida de un golpe eléctrico, creyó encontrar en los ojos del jóven ese amor que las mujeres sueñan a veces, revistiendo a todos los hombres con delicados atributos que muy pocos poseen cuando han perdido la diáfana pureza que gastan en sus primeras emociones.

En esta actitud fueron encontrados Juana y nuestro héroe por doña Remedio, que comprendió al momento lo que debía haber precedido para llegar a la mirada que alcanzó a sorprender.

Al mismo tiempo en otra puerta del salon D. Marcelino y el padre de Fortunato se decian:

—Mira, Cándido, parece que al secretario no le disgusta la sobrina: bien te decia que en Santiago ha dejado fama de galante y que se sacaba los premios en el colejio.

—Bueno que le guste porque si ella quiere y tu no te opones.....

—¡Yo oponerme! te la doi desde ahora. Ah! añadió D. Marcelino, allí llega mi mujer; ella los arreglará, pierde cuidado.

Y esto diciendo arrastró a D. Cándido a continuar las libaciones en honor del Intendente.

Doña Remedio entre tanto disimulaba mal su despecho y trataba de dar a sus lábios una risueña espresion para ocultar su enojo.

—Venga Vd. a ver unas flores que me han llegado de Valparaiso, dijo a Fortunato.

El secretario no pudo parar el golpe y ofreció de nuevo su brazo a doña Remedio. Al alejarse, Juana lanzó sobre su tia una mirada de profundo rencor, mientras que ella decia a Fortunato:

--Nuestras reuniones de provincia le darán a Vd. una pobre idea de nuestra sociedad. Ah! qué felicidad tienen los que pueden vivir en Santiago. Le aseguro a

Vd. que para ciertas personas, la vida de provincia es una horrible tortura.

—Yo creo, contestó Fortunato, que la felicidad puede encontrarse tan bien aquí como en otra parte.

—Es que Vd. no ha vivido en provincia, dijo dando un suspiro doña Remedio; busque Vd. aquí una alma que comprenda la delicadeza de ciertos sentimientos, y no la encontrará.

—Me parece, señorita, que Vd. es injusta con nuestros paisanos.

—Dice Vd. eso porque, según he visto, hablaba Vd. con una paisana que no le parece mal.

—Me alejé de Vd. porque interrumpieron nuestra conversacion, replicó Fortunato, sin responder a la pregunta que le hacian indirectamente.

—¿De veras? exclamó llena de alegría doña Remedio.

—Hai conversaciones, dijo el jóven, que pierden su encanto cuando viene a mezclarse a ellas un tercero.

—Tiene Vd. razon, contestó la señora dando otro tierno suspiro.

Peró su mala estrella tenia dispuesto que el tercero a que Fortunato acababa de aludir, debia interrumpirlos por segunda vez. D. Marcelino, que salió del comedor con D. Cándido, se acercó a ellos con aire malicioso.

—Amigo, dijo dirijiéndose a Fortunato, está Vd. en buenas manos; háblele Vd. con franqueza que yo y su padre nos vamos entendiendo tambien. Luego inclinándose al oído de su mujer añadió: el chico es lince; verás qué buen gusto tiene; pregúntale qué le ha parecido la sobrina.

Doña Remedio dió un salto como si hubiese sentido la mordedura de una serpiente, y se alejó alegando el primer pretesto que la vino a la mente, dejando a Fortunato a cargo de D. Marcelino que no cesaba de ponderar las ventajas de haberse sacado premios en el Instituto.

A las seis de la tarde el Intendente, escoltado por los que hasta aquella hora conservaban bastante firmeza en las piernas para no dar traspies en presencia de los curiosos que aun se agolpaban a la puerta, se retiró a la casa que habia hecho preparar de antemano, y Fortunato dejó tambien el hospitalario techo de doña Remedio, despues de recibir un tierno apretón de manos de ésta y una mirada de Juana llena de venturosas promesas.

V.

Al siguiente día los comentarios sobre el convite ofrecido al Intendente por los Selgas no alcanzaron al completo desarro-

llo que ordinariamente dan los habitantes de las provincias a este jénero de sucesos, porque desde temprano se habia puesto en movimiento la familia Ruiplan para dar la última mano a los preparativos del baile que debia tener lugar en aquella noche en obsequio del Intendente.

Una comision, compuesta de los principales varones de la familia, hizo el convite por medio de un discurso encomendado a Natalio Ruiplan desde el dia anterior y volvió a casa de doña Quiteria Galves a dar cuenta de la benévola acogida que el Intendente les habia hecho. Desde ese momento circuló por todas las casas de los Ruiplan el aviso que el baile tendria lugar en aquella noche, haciendo palpar de esperanza a mas de un corazon y nacer en el espíritu de los aspirantes mil pretensiones irrealizables.

Entre el bello sexo de la familia Ruiplan, la febril agitacion de la expectativa hacia deslizar las agujas sobre las costuras con admirable lijereza, al paso que cada una de las que esperaban conquistar en la noche la palma de la elegancia y de la belleza, estudiaban las miradas y el porte con que debian atraerse las atenciones del Intendente y de su secretario, que por entonces eran los héroes de la fiesta que se aproximaba.

D. Manuel Ruiplan, el chasqueado as-

pirante a la secretaria de la Intendencia, decia a su esposa:

—Como es natural que el Intendente rompa el baile contigo, es menester que seas la mas elegante.

—Te aseguro, contestaba doña Quiteria Galves, que la Ventura estará creyendo que el Intendente va a bailar con ella primero.

—¿Por qué?

—Si es tan pretenciosa.

Doña Quiteria al hablar de este modo de su cuñada doña Ventura Ruiplan, casada con su hermano D. Diego Galves, cedió al despecho que una antigua rivalidad habia hecho nacer entre ella y la mujer de su hermano.

Doña Magdalena Ruiplan, viuda con varias hijas solteras, se encontraba a esa misma hora con sus hijas concluyendo los vestidos que debian en la noche dar a cada una el aire de sílfides.

—Como el Intendente, decia doña Magdalena, debe bailar el primer baile con alguna de Vdes., le encargo a la que *saque* que no vaya a andar con huaserías, y lo mismo a la que saque el secretario.

Como se vé, la misma preocupacion mantenía en los espíritus de los Ruiplan igual esperanza: todas esperaban la honra de bailar el primer baile con la primera autoridad de la provincia, y empleaban,

para calmar sus temores, todo su ingenio, a fin de hacer resaltar los defectos de las rivales. Ante aquella preocupacion pali- decian los afectos de familia y de amistad, que bien pronto olvidan las bellas hijas de Eva cuando se trata de las luchas de amor propio, tan encarnizadas y acerbadas entre el sexo débil. En medio de su ardor, cada cual se hacia la descripcion de los vestidos de las otras y encontraba modo de poner en realce los defectos y adefe- cios con que las demas se presentarian al baile. Estos episodios componen talvez la parte mas divertida de la femenil exis- tencia, y dejan imperecederos recuerdos en el alma de la mujer. Cualquiera de ellas habrá olvidado a la vejez las dulces emociones de su primer amor, podrá mui bien haber perdido la memoria de los su- frimientos que hayan turbado su existen- cia; mas nunca hallareis una sola que no recuerde con minuciosos detalles, no solo el traje con que asistió a tal baile, sino que tambien el de sus rivales y el de las notas bilidades de la época.

En ese dia tan fecundo en emociones para la familia Ruiplan, nuestro héroe re- cibió por la mañana una carta con el tim- bre de Santiago. Esta carta decia lo si- guiente:

«Querido Fortunato :

»Con una alegria igual al cariño que te

profesamos, hemos celebrado en casa el nombramiento que has obtenido y que te pone en carrera para mas altas dignidades. Mi mujer y Amelia me encargan felicitarte por tan feliz suceso, asegurándote que, aunque él te aleja de nosotros, ellas lo han mirado con tanto placer como si se tratase de uno de la familia.

»Mis negocios prosperan, y nunca olvidaré que a tí debo no solo mi presente bienestar, sino que tambien mi nonra y mi tranquilidad, y créeme que por esto te profesará siempre una eterna gratitud tu afectísimo

»*Diego Almiro.*»

Esta carta puso a Fortunato en presencia de sus juramentos hechos a la hija de D. Diego y cayó como un amargo reproche en su conciencia por su conducta del dia anterior; pero en él, ni el pesar, ni los remordimientos eran de larga duracion: asi es que, despues de almorzar, aceptó gustoso la invitacion de su padre para hacer una visita a doña Remedio.

Al entrar al salon de ésta, Fortunato vió a Juana inclinada sobre su labor y notó en sus ojos algo que anunciaba que el llanto acababa de humedecerlos; mas durante un largo rato le fué imposible escapar a la porfiada observacion de doña Remedio que suspiraba fijando en él sus lánguidas miradas. Por fin, vinieron en

su auxilio D. Marcelino Carpis, D. Vicente Selgas y varios otros que entraron a la sazón trayendo noticias sobre los preparativos del baile.

—Señorita, dijo nuestro héroe a Juana apenas pudo acercarse a ella, ¿me perdonará Vd. una curiosidad que me inspira el interés que tengo por Vd?

—¡Curiosidad! ¿y de qué?

—De conocer la causa de su pesar.

—Vd. se ha equivocado: yo no estoy triste.

—Muy rara vez se llora de alegría, replicó Fortunato.

El rostro de la niña se cubrió de encarnado y sus ojos se levantaron un momento sobre él como queriendo buscar en los del joven la realidad del interés que manifestaban sus palabras.

—¿Me ha hecho Vd. esa pregunta por mera curiosidad? preguntó.

—Bien sé, dijo el joven, que nada podría yo contra el pesar que cause el llanto que he creído adivinar en sus ojos; pero he sido sincero al hablarle de mi interés por Vd.

—Tiene Vd. razón, murmuró Juana; Vd. no puede nada remediar y sin embargo, añadió en voz más baja, Vd. no es enteramente ajeno a las causas que motivaban mi tristeza.

—Ahora confieso francamente que Vd.

pica mi curiosidad ¿cómo puedo yo tener parte en las causas de su tristeza?

—Vd. me inspira confianza y voi a decírselo, contestó la niña.

Fortunato se acercó para oír mejor, y Juana entreabrió sus lábios, cuando doña Remedio se acercó ofreciendo unos dulces a Fortunato que por urbanidad tuvo este que pararse y llevar a una mesa. Cuando volvió, doña Remedio se había sentado junto a Juana.

—Ve, hijita, que traigan otros dulces, dijo a la joven doña Remedio.

Y apenas la niña abandonó su asiento, la vista de la señora se fijó amorosamente sobre Fortunato.

—Ayer, le dijo dando a sus lábios una espresion de coquetería, nuestra conversacion fué interrumpida por segunda vez, lo notó Vd?

—Como no, dijo Fortunato.

—Talvez Vd. no lo sintió mucho.

—Al contrario, lo sentí en el alma.

Doña Remedio suspiró bajando los ojos.

—No tanto que Vd. haya hecho empeño para renovarla, dijo con lánguido acento.

—Pues la juro a Vd. que era mi mayor deseo, respondió Fortunato que no vacilaba en mentir para salir del paso.

—No jure Vd. en falso, Vd. ha preferido venir a conversar con Juana y yo los

he venido a interrumpir de intento. ¿Vd. la ama?

Fortunato no pudo ocultar su sorpresa a tan brusca pregunta.

—Se lo pregunto a Vd. porque lo sentiria, pues llega Vd. mui tarde para ser correspondido.

Diciendo esto abandonó doña Remedio su asiento, mientras que Fortunato reflexionaba sobre sus palabras. En vano esperó a Juana para aclarar sus dudas, diciéndose que algun misterio encerraba la affixion de la niña y la repentina franqueza de la tia; pero Juana no volvió, y al cabo de una hora de visita se retiró él con su padre, mas preocupada la imaginacion de aquella escena que del recuerdo de Amelia que por medio de su padre se encomendaba a su memoria.

A las nueve de la noche Fortunato se dirigió a casa del Intendente para acompañarle al baile. La llegada de estas dos notabilidades produjo gran sensacion en los salones que estaban ya poblados de jente. Las mujeres admiraron el porte elegante y fino del secretario, ante el cual hacian mui triste figura los *leones* de la ciudad, encrespados con innumerables rizos y mal avenidos con el frac y los guantes. Fortunato a su turno tuvo el placer de verse el blanco de todas las miradas, y no le faltó diversion observando el corte

de los trajes de provincia y la pretenciosa afectacion de los *dandies* mas afamados de la vecindad. Allí pudo admirar modelos de frac que recordaban modas desaparecidas de la capital desde largos años y cuellos de camisa que se creerian imposibles entre la juventud de la capital, tan al corriente de las modas mas frescas de Paris.

Entre tanto el baile no habia comenzado aun y se esperaba la señal del dueño de casa para preludiar la primera cuadrilla. D. Manuel Ruiplan se acercó en esos momentos al Intendente.

—Esperamos, le dijo, que Su Señoría nos haga el honor de romper el baile.

De estas palabras estaban pendientes las mas encopetadas damas de la familia, de modo que mientras D. Manuel las pronunciaba en voz no mui baja, casi todas las respiraciones se suspendieron y brillaron de ansiedad los ojos y llamaron sus mas púdicos tintes sobre sus mejillas las hijas de doña Magdalena Ruiplan y doña Quiteria Galves.

—Doi a Vd. las gracias por tanto honor, dijo el Intendente; pero no bailo nunca.

Hubo en ese instante suspiros de despecho y de placer, sonrisas de rabia y de satisfaccion, colores en los rostros de vergüenza y de alegría.

—Mira el jesto que ha hecho doña Quiteria, dijo doña Magdalena a una de sus hijas; está furiosa porque creia que iba a bailar con el Intendente.

—Doña Magdalena que habia compuesto tanto a sus niñas, decia una señora; qué chasco se lleva!

—Creo que D. Manuel no llegará a ser secretario jamas, observaba a su marido doña Ventura Ruiplan.

—Y si no baila ¿a qué viene entonces? exclamó otra señora que esperaba lucir, bailando con el Intendente, unos botines de raso blanco que le habian llevado de Santiago.

—Quiere darse tono, dijo Natalio Ruiplan, que ostentaba una fenomenal corbata blanca.

—Cuando menos el tonto de su secretario le habrá aconsejado que no baile, dijo D. Manuel a su esposa que se moradia los labios de desesperacion.

La música dió principio poniendo en movimiento a las parejas y acallando las observaciones que se cruzaban sobre la inesperada negativa del Intendente. Fortunato convidó a doña Quiteria, que a falta de la primera autoridad, sintió levantarse su orgullo humillado y lanzó una soberbia mirada sobre doña Ventura Ruiplan y sobre las hijas de doña Magdalena, cuyas furtivas sonrisas habian

penetrado un momento antes como otros tantos dardos en su pecho.

—El secretario es un elegante jóven, dijo D. Manuel a uno que se hallaba a su lado, mui satisfecho con el semi-triunfo de su mujer.

—Doña Quiteria ha olvidado el pudor, decia doña Magdalena a su vecina: ¡mira qué escote! hai mujeres, hijita, que no conocen la vergüenza.

—Al secretario se le figura que es un Adonis, exclamaba en otro punto del salon Natalio Ruiplan, que principiaba a hacer comparaciones entre su abultada y almidonada corbata blanca y la sencilla y elegante corbata negra de Fortunato.

—Miren a la Quiteria, decia a dos amigas doña Ventura: salta de gusto como si en lugar de cuarenta y tantos, tuviese solo quince años. Si hubiese bailado con el Intendente, como lo esperaba, de cada salto iba a dar al techo.

Don Manuel Ruiplan se habia acercado entre tanto al Intendente para hacerle la corte con varios notables de la familia.

—Mucha diferencia hallará Su Señoría, le dijo, entre los grandes bailes de Santiago y nuestras pequeñas reuniones.

—Ninguna, señor, dijo el mandatario: encuentro este baile tan brillante como los mas lucidos de la capital.

Dos o tres de los del grupo salieron a

esparcir por todo el salon que el Intendente encontraba el baile *mucho mejor* que los de Santiago.

—Ya poco bailarán por allá contradanza, señor, dijo al Intendente uno de los Ruiplan.

—Poco, señor, mui poco.

—¿Y zamacueca, señor Intendente? preguntó D. Manuel.

—Poco tambien, contestó este, i es lástima, porque es un lindísimo baile.

Otros dos se desprendieron del grupo para correr la noticia de que al Intendente le gustaba mas la zamacueca que los demas bailes, y apenas se terminó la cuadrilla, D. Manuel Ruiplan, poniéndose las manos al lado de la boca a guisa de bocina gritó:

—Zamacueca, señores, zamacueca.

Y como la sorpresa se pintase en muchos semblantes, D. Manuel y algunos de los que con él se hallaban principiaron a recorrer con pricipitacion los diversos grupos diciendo:

—Le gusta al Intendente.

—El Intendente lo pide.

Pronto se organizaron varias parejas, vibraron las cuerdas del piano en el cadencioso compas del baile popular, flotaron al aire los pañuelos y cada mozo trató de lucir su gracia y donaire en las inflexiones que exige aquella danza, que si

bien desarrolla perfectamente los encantos de la mujer, da por lo comun a los hombres el mas grotesco y desgraciado aspecto. A una zamacueca siguió otra y otra, que todos pedian a grandes voces para manifestar su entusiasmo al Intendente, el que al cabo de media hora principiaba a encontrar un poco exajerada la galanteria provinciana. D. Manuel, por su parte, creia haber dado un golpe maestro realizando así el deseo que con tanta vaguedad habia manifestado el Intendente y llegó su celo hasta obligar a doña Quiteria a bailar tambien un pie de zamacueca, que esta ejecutó escusándose antes para llamar la atencion del alto funcionario y conquistarle con su estudiada complacencia.

—¡Jesus! ¡Jesus! decia doña Magdalena a sus amigas, santiguándose por lo bajo; esta mujer es capaz de todo por llamar la atencion. ¿No es una desvergüenza que se ponga a bailar zamacueca, cuando es de mi edad?

—¡Ahora sí! ahora sí! esclamaba animando a su esposa D. Manuel y llevando el compas con las manos, mientras con la vista requeria las miradas del Intendente.

Natalio Ruiplan, que era el que bailaba con doña Quiteria, hacia tambien desesperados esfuerzos gimnásticos para conquistarse la admiracion del majistrado, y

sudaba arroyos bajo el estrecho nudo de su corbata que, impidiendo la libre circulación de la sangre, daba a su rostro el aspecto de un hombre atacado de apoplejia.

El Intendente tuvo que insinuar el deseo de ver otros bailes para reducir a D. Manuel a no pedir nuevas zamacuecas, con lo cual el salon volvió a la tranquilidad, mientras los danzantes tomaban algun refresco y unos momentos de reposo.

A las dos de la mañana los convidados fueron conducidos al comedor para restaurar sus fuerzas en la abundante mesa preparada al efecto. Damas y caballeros manifestaron allí un ardor para festejar con sendos bocados al Intendente, que no era inferior en nada al desplegado en el salon de baile desde el principio de la noche. Los discursos de bienvenida, los votos por la felicidad de la provincia, las congratulaciones por la dicha de tener distinguidos mandatarios, la esperanza de que la ciudad de** tendria su página de oro en la historia de los pueblos de Sud América, iban apoyados por enormes trozos de jamon, blancas presas de pavo, espumosas copas de champagne y todo, en fin, lo que despierta los nobles entusiasmos en el pecho del hombre que necesita estimulantes para ponerse a la altura

de ciertos sentimientos que con la *cabeza fria*, como suele decirse, mira con apática indiferencia cuando no con soberano desprecio.

Al cabo de media hora las señoras dejaron la mesa al esclusivo dominio de los varones, que gustan hallarse a solas para dar rienda suelta a la conversacion y libre camino al licor jeneroso en vapores, y en inspiraciones no menos pasajeras que sus vapores. Entre los mas exaltados libadores se distinguia Natalio Ruiplan, cuya lengua principiaba a negarse a la infatigable locuacidad que el jóven se empeñaba en lucir para probar que podia beber mucho impunemente.

—Señores, dijo alzando la copa; se ha dado ya la bienvenida al señor Intendente; pero esto no basta. Para que nuestra hospitalidad sea perfecta conviene tambien darle a conocer el camino en que va a verse empeñado para el acierto de su marcha.

—El señor Intendente lo conoce mejor que nosotros, dijo una voz de uno que hallaba de mui mal gusto la leccion que amenazaba Natalio querer dar al Intendente.

—No señor, no lo conoce, replicó Natalio dando un golpe sobre la mesa. El señor Intendente no sabe que la poblacion está dividida en dos bandos; uno de Sel-

gas, es decir, de aduladores, intrigantes y...

Al oír aquellas palabras todos se miraron aterrados y Fortunato avanzó precipitadamente ácia el orador.

—Basta, caballero, exclamó con acento que disimulaba apenas la cólera que le agitaba: yo tengo el honor de pertenecer a la familia que tan villanamente acaba Vd. de insultar y no toleraré que Vd. diga una palabra mas.

Mientras hablaba Fortunato reinaba en el comedor el mas profundo silencio. Natalio miró al secretario con aire sarcástico, apuró su copa mientras este hablaba, y llenándola de nuevo:

—Si Vd. es de esa familia, dijo, quiere decir que a Vd. tambien le corresponde lo que he dicho.

—Caballero, dijo Fortunato conteniéndose a duras penas, Vd. me dará una satisfaccion por semejantes pala'bras.

—La mejor satisfaccion que puedo darle, contestó Natalio, es decir que Vd. es un insolente y.....

Mas no tuvo tiempo de concluir la frase porque Fortunato le dió tan feroz bofeton que el héroe de los Ruiplan fué a rodar por tierra, bañado el rostro en sangre y en el vino de la copa que acababa de llenar. Varios jóvenes quisieron entonces echarse sobre Fortunato, pero los detuvo el Intendente.

—Señores, les dijo, siento en el alma este suceso; pero no puedo menos de aprobar la conducta del señor Esperanzano: cualquiera hombre de honor habria hecho otro tanto.

—Es verdad, dijeron varios de los Ruiplan.

—A todos les conviene callarlo, señores, dijo el Intendente, y por esto pido que pasemos al salon.

Un viva acogió estas palabras, y el Intendente, acompañado por Fortunato y varios de la familia Ruiplan, rompió la marcha, dejando a Natalio, que con el golpe habia vuelto a la razon, confundido y humillado ante sus mas entusiastas admiradores.

Media hora despues el Intendente y su secretario se retiraron, dejando a los Ruiplan desesperados con el desagradable suceso que la imprudencia de uno de los suyos habia suscitado, empañando asi el lustre de la familia y destruyendo el prestigio de la fiesta.

VI.

Tres dias despues de los últimos sucesos que hemos referido, los periódicos anunciaban a sus lectores la acogida hecha por la ciudad de ** al nuevo Intendente

de la provincia en editoriales donde campeaban a la par lo pomposo del estilo con la lógica de las deducciones sacadas de los hechos. Entre los párrafos mas notables de la prensa de aquellos dias, descollaba el siguiente, que trascribimos para solaz del lector i a fin de dejar cansinado en este estudio de costumbres un rasgo que las pinta bajo cierto punto de vista.

«Hai hechos que la prensa no puede
»relegar al olvido sin faltar a su mision
»civilizadora, cuando estos, por su importancia, entrañan saludables lecciones y
»hacen brillar verdades fecundas, que
»marcan en el calendario de la civilizacion sud-americana los pasos que los
»miembros de la gran familia de este continente van avanzando en la luminosa
»via del progreso.

»Uno de esos hechos, y de alta significacion política y social, es la honrosa ovacion hecha por la ciudad de** al nuevo
»funcionario encargado de rejir sus destinos. En ella puede el político estudiar la
»marcha de las ideas ácia la unidad que
»dá la fuerza y enjendra los grandes adelantos: puede el filósofo social reconocer
»la influencia de las sanas costumbres emanadas de una educacion práctica al
»abrigo de exajeradas utopias; puede, en
»fin, el estadista basar sus observaciones
»sobre el movimiento de un pueblo que

»posee en su seno elementos de la refina-
»da civilizacion de que se enorgullecen
»las mas soberbias capitales del orbe para
»presentar como homenaje a la autoridad
»fiestas y saraos dignos de la mas opu-
»lenta ciudad.

»En otra columna hallarán nuestros
»lectores la relacion que nuestro corres-
»ponsal de** nos hace del recibimiento
»que la poblacion en masa y animada del
»mas patriótico entusiasmo ha hecho al
»Intendente D. N. N. Esta relacion bas-
»tará para convencer a los incrédulos que
»la opinion uniforme de un pueblo pinta
»perfectamente, aun en demostraciones
»como la que nos ocupa, la aspiracion de
»las masas ácia el progreso comun, al pa-
»so que los verdaderos amigos de la repú-
»blica no podrán dejar de aplaudir la es-
»pontánea y desinteresada simpatia que
»la parte mas ilustrada de aquella provin-
»cia ha manifestado a los que el voto na-
»cional encargó de conducirlos al piná-
»culo de la civilizacion.»

D. José Santiago Selgas, suscriptor del periódico cuyos párrafos acabamos de copiar, habló del interesante artículo escrito sobre la ciudad de** y sus palabras corrieron de boca en boca por toda la ciudad. Prestó D. José Santiago el periódico a D. Vicente, que aseguró lo habia leído ya en borradores que el redactor le habia

enviado, y lo prestó a D. Marcelino Carpis, que lo leyó a su mujer, enviándolo despues a otro de la familia, con encargo de pasarlo a otro y este a un tercero hasta completar todos los miembros del partido. Mediante este traspaso sucesivo, mui comun en los habitantes de provincia, el número del periódico circuló por las casas de los Selgas al mismo tiempo que otro corria de mano en mano entre los Ruiplan, quedando asi cada cual persuadido de su alto patriotismo, puesto que la prensa lo aseguraba.

Pocos dias despues llegó a manos de Natalio Ruiplan una carta de Santiago, cuyo contenido se enlaza tan íntimamente con esta historia, que creemos deber copiarla íntegra al lector. La carta decia lo siguiente:

«Querido Natalio:

»He leído tu carta con gran placer y me apresuro a darte las gracias por la oferta que me haces de tus servicios. Haz supuesto bien al imaginar que con mi nuevo estado haya emprendido algunos negocios y en tiempo oportuno me aprovecharé de tus buenas relaciones en esa provincia para efectuar algunas compras que proyecto.

»No podias dirigirte a persona mas bien instruida que yo para recojer informes

sobre el secretario que el gobierno ha enviado a la Intendencia de esa provincia. Fortunato Esperanzano entró al Instituto pocos dias despues de tu salida de ese colejio. Es un mozo de esos que han nacido para vivir siempre bajo las inspiraciones de otro, sin voluntad propia ni enerjia para luchar con los contrastes de la vida. Aquí tuvo amores con una niña, pobre hija de aquel D. Diego Almiro que estuvo trabajando en la hacienda que ahora administra el padre de Fortunato; pero halagado con la esperanza de mejorar de fortuna por medio del matrimonio, abandonó a la chica y entró a cortejar a una sobrina de mi mujer, de la que recibió calabazas hace poco tiempo. Derrotado en estos amores, volvió a los antiguos, y segun Amelia Almiro ha contado *en secreto* a la sobrina de mi mujer, Fortunato ha contraido con ella serios compromisos matrimoniales, los que a mi juicio quebrantarán tan luego como se le presente la ocasion de pescar alguna niña rica o con esperanza de serlo.

»En el corto tiempo que Fortunato frecuentó la alta sociedad de Santiago y para recompensar sus desdenes con la hija de D. Diego, protejió a este en sus quebrantos comerciales con documentos firmados por su tio, de los cuales uno se halla ahora en poder de D. Modesto Man-

toverde, que creo debe ser falsificado, porque recuerdo perfectamente que Fortunato me mostró solo un vale de dos mil pesos, que perdió al juego, y veo dos de igual valor en manos de D. Modesto: este punto lo aclararé tan pronto como espire el plazo de dichos documentos.

»Sin mas, por ahora dispone de tu amigo afectísimo

»Anastasio Bermudes.»

Natalio Ruiplan guardó cuidadosamente esta carta despues de leerla dos veces. Ella colmaba sus aspiraciones mas allá de sus esperanzas. Habia jurado vengarse del agravio que públicamente recibió de Fortunato, y con este fin se dirigió a Santiago pidiendo informes sobre la vida del secretario: aquellos informes llenaban las condiciones que requería el plan de su venganza, pues con ellos podia perder a su enemigo, sin esponerse a las represalias que se sentia sin fuerzas para arros-
trar.

Ademas del odio de Natalio, nuestro héroe se hallaba amenazado sin saberlo de otro rencor no menos terrible porque se albergaba en un corazon femenino. Doña Remedio Selgas, que habia agotado ya con el secretario sus medios de seducion, principiaba a concebir por él uno de esos odios que las mujeres en el oca-

so de sus atractivos conciben por el desgraciado que las hace sentir la pérdida de su poder. Doña Remedio, herida de amor por Fortunato desde la primera entrevista, se habia forjado en su imaginacion uno de aquellos idilios imposibles que las personas que se ven a las puertas de la vejez sueñan a veces en un amor inspirado a otra que posea lo que ellas han perdido: la juventud y su poético encanto. Pero nuestro héroe sentia mui pocos deseos de ofrecerse en holocausto y sacrificar su juventud a las ardientes veleidades de aquel amor que conoció bien pronto, y desde entonces no perdonó ocasion de hacer desistir a doña Remedio de su intento, afectando no oir sus suspiros ni comprender sus miradas. Novicio, ademas, en esa clase de luchas, creyó que el mejor modo de cambiar el repentino amor de doña Remedio en una verdadera amistad, era tomándola por confidente de sus pretensiones ácia Juana. Con esto dió el golpe de gracia: la mujer se tornó en pantera, y mientras sus labios buscaban una sonrisa para corresponder a las expansivas palabras de Fortunato, su corazon juraba todas las venganzas posibles. Una mujer puede perdonar el insulto, pero jamas el desden, y ella se veia desdeñada en su amor. No obstante, los juramentos de venganza no vinieron inmediatamente, como

bien puede pensarse: antes de ellos se trabó en su pecho una contienda obstinada, en la que las pretensiones de la mujer que ha dominado largo tiempo por la lei de su belleza, pugnaba por disputar el terreno a las desconsoladoras invasiones de la realidad. Doña Remedio apuró, pero en vano, los recursos de seducción inagotables que la habia deparado la naturaleza: fué altanera, despues de haber suspirado desde el fondo del alma; tuvo miradas de una maestria consumada, despues de haber ensayado la indiferencia; encontró sobre su sofá actitudes de una voluptuosidad que la habria envidiado la mujer de Putifar, y en su voz esas argentinas inflexiones que dan al acento de la voz femenil un poderoso encanto para el tímpano de los oidos varoniles. Mas, Fortunato veia que de su resistencia dependia el triunfo del nuevo plan que su padre y otros parientes le habian hecho abrazar y se resistió, no tanto con la fuerza heróica de la virtud, cuanto con la nueva esperanza de riqueza que le halagaba. Su padre, aunque con ruda forma, le pintó las ventajas de un enlace con Juana y supó dominar la dócil voluntad de su hijo.

— Aunque trabajes toda tu vida en una hacienda, le dijo, no llegarás a tener lo que mañana te cae en el bolsillo casándote con la Juanita. Tú has estudiado y es

justo que vayas a lucirte a Santiago; pero sin plata nada valdrás, mientras que si llegas con noventa mil pesos, te festejarán como a una maravilla.

Fortunato sintió verdaderos remordimientos al principio, al pensar en sus compromisos con Amelia, y trató de oponer alguna resistencia.

—Para hablarle con franqueza, contestó a su padre, le confesaré que antes de venirme, contraí con la hija de D. Diego Almiro compromisos muy serios.

—Eso lo hacen todos, replicó D. Candido, en quien la voz del egoismo podia llegar a cierta altura de elocuencia; pero aqui están los padres, que tienen mas experiencia, para mostrar a los hijos el buen camino. Además, yo me estoy poniendo viejo y no tengo fortuna: a tí te tocará favorecer a la familia cuando yo cierre los ojos. Tendrás mujer bonita y pesetas para vivir como príncipe. Cuando todos nos quebramos los huesos por entalegar algunos reales, tú no tendrás mas trabajo que el de recibirlos bien contados y menearlos para que produzcan réditos que te harán vivir con lujo: lo demas no vale un comino y con amor no mandarás a la plaza. Ahora no tienes mas que un sueldo y quedas en la calle el dia que te lo quiten: toma la delantera y le sacas el lance a la pobreza.

Esta conversacion, repetida con frecuencia, acalló los escrúpulos del jóven, que por otra parte ardia en deseos de disfrutar en la capital de la lujosa vida que habia entrevisto como un paraíso encantado. Vencida así su primera y débil resistencia, Fortunato llegó un día a casa de doña Remedio con el propósito de hablar a Juana de matrimonio; pero no contaba con doña Remedio, que como primer medio de ataque habia resuelto no tolerar entre Juana y Fortunato ninguna conversacion privada. Nuestro héroe buscó mil recursos para burlar aquella vijilancia, sin alcanzar su objeto a pesar de ingeniosos expedientes puestos en accion, tanto por él como por la niña, que cada día encontraba mayores atractivos en la conversacion del secretario. Así trascurrieron dos semanas, durante las cuales la simpatia que unia a los dos jóvenes principió, con las contrariedades, a cobrar las proporciones de un verdadero amor. Doña Remedio, siempre constante en su propósito, tenia cuidado de tomar parte en las conversaciones que Fortunato entablaba con Juana, apenas creia cansada o adormecida la vijilancia que combatia sus planes.

—Yo hablaré con D. Marcelino, dijo D. Cándido a su hijo una tarde que este le referia los manejos de la tia de Juana.

—No, dijo Fortunato, antes quiero ha-

blar con Juana y prevenirla: no precipitemos lo que debe hacerse con prudencia: yo burlaré la obstinacion de doña Remedio.

Resuelto de este modo, Fortunato llegó una noche a casa de doña Remedio en circunstancias que esta hablaba con uno de los parientes y que Juana se encontraba a alguna distancia. Fortunato se acercó a la niña despues de saludar a la tia.

—Necesito hablar a Vd., la dijo al tomarla la mano.

Juana comprendió, por el tono en que aquellas palabras fueron dichas, que Fortunato queria decirle algo de importancia. Entre un jóven y una niña que solo se han confesado su amor a medias, nada de mas importante que una declaracion anunciada en esos términos.

—Difícil será, contestó ella, porque mi tia nos observa.

— Señáleme Vd. entonces un lugar donde podamos hablar con libertad, replicó Fortunato.

Doña Remedio interrumpió aquella conversacion con su acostumbrada maestria.

—Juanita, dijo alzando la voz, hazme el gusto de pedir el té.

—¿Qué me responde Vd? preguntó Fortunato mientras la niña dejaba su costura sobre la mesa que tenia al lado.

—Venga esta noche a las doce a la

huerta, contestó Juana en voz baja, casi al mismo tiempo que Fortunato hacia su pregunta.

Fortunato volvió al lado de doña Remedio y trató de calmar la azarosa inquietud pintada en las facciones de la señora. A poco rato el pariente que hablaba con doña Remedio se despidió, dejándola sola con nuestro héroe.

—¿Sabe de qué hablábamos con el caballero que acaba de salir? le preguntó ella, sin renunciar todavía a las miradas lánguidas que en otro tiempo eran su arma mas terrible de ataque.

—No, dijo Fortunato.

—Hablábamos de Vd.

—Si era en bien, lo celebro, dijo sonriéndose.

—¿Cree Vd., preguntó doña Remedio, mordiéndose los labios para ponerlos encarnados y mostrando al descuido la punta del pié, sobre la cual fijaba sus ojos para dar a su rostro un aire de candor infantil; cree Vd. que yo permitiría hablar mal de Vd.?

—Ni me atreveria a suponerlo.

—Y Vd. hace bien, porque soi mas amiga de Vd. que lo que Vd. es mio.

—¿Yo? Puedo asegurarla que no hai en la ciudad una persona por la cual tenga mas simpatias que por Vd.

—Sin embargo, dijo dando un suspiro

doña Remedio, si yo viviese sola en esta casa, Vd. no vendria con tanta frecuencia.

Fortunato se detuvo un instante para contestar, y ese instante bastó para encender de nuevo la ira de la señora, que esperaba arrancar al jóven una respuesta galante.

—Vendria, contestó al fin Fortunato, cada vez que Vd. me lo permitiese.

—Como le decia al principio, dijo doña Remedio cerrando los ojos para ocultar su despecho, hablábamos de Vd.

—Mil gracias.

—¿Sabe Vd. lo que ese caballero me decia? Que se corre que Vd. se casa con Juana.

—¿Sí? Andan entonces mejor informados que yo, y creo tambien que Vd.

—¿Niega Vd. el hecho?

—Sí.

—¿Es decir que Vd. no piensa en ella?

—Eso es distinto, nadie puede saber lo que deseará mañana.

—Yo desearia, dijo doña Remedio fijando sobre Fortunato una ardiente mirada, saber si Vd. tiene o no intencion de casarse con esa niña.

Fortunato se sintió turbado ante la agitacion de doña Remedio. Era para él un espectáculo nuevo el de una mujer que principia a conocer la huida de sus atractivos y lucha obstinada por inspirar un

amor que la vuelva la confianza en su poder. Brillaba, además, en los ojos de doña Remedio una estraña y febril resolución, que hizo presentir vagamente al jóven el estallido de la mal comprimida cólera que rujia en el pecho de la señora.

—Vamos, conteste Vd., solo pido franqueza, dijo ella tratando de volver a la calma que habia perdido.

—Ella me parece mui bien, respondió Fortunato que durante su silencio habia pensado que era preciso hablar con franqueza.

—Mui bien, repuso temblando de impaciencia doña Remedio: es decir que Vd. la ama.

El jóven calló un brevísimo instante y luego contestó con resolución:

—Sí.

—Lo siento en el alma por Vd., esclamó ella con afectado acento de compasion-

—¿Por qué? preguntó Fortunato.

—Por lo que voi a decirle. En una de nuestras primeras conversaciones creo haber advertido a Vd., por una lijera insinuacion, que esa niña no se pertenecía, y veo que lo que entonces quise evitar, por el interes que Vd. me inspiraba, sucede ahora, y en nombre de ese interes y del aprecio que he formado de Vd., es preciso que le hable sin rodeos: esa niña no se pertenece, repito, porque una noche fué

hallado por mi marido en su cuarto, un jóven que tiempo há la cortejaba. Ese jóven ha desaparecido, y a menos que Vd. quiera reemplazarle, creo que Juana estará deshonorada hasta que él repare su falta casándose con ella.

Al terminar, doña Remedio se puso de pié y envió las últimas palabras a Fortunato con una sonrisa que heló la sangre del jóven. Saludólo en seguida profundamente y salió de la pieza dejándole abandonado con la terrible revelacion que le lanzó como un rayo.

Fortunato esperó algunos minutos, y viendo que nadie volvía, se retiró a su casa, donde su padre le esperaba.

—Padre, dijo a D. Cándido, ¿Vd. conoce la vida de Juana?

—Como no, contestó él admirado de la turbacion que se pintaba en el rostro de su hijo.

—Dígame ¿es cierto que una noche un jóven fué hallado en su cuarto por el marido de doña Remedio?

—Así se dijo; pero son cuentos, tontearias, chismes que levantan a la pobre niña porque es bonita y rica: no lo creas.

D. Cándido creyó en ese momento perdidos sus esfuerzos para enriquecer a su hijo por medio de aquel enlace y vió que era preciso desvanecer las ideas que parecían dominarle, ideas que en el ánimo

de D. Cándido eran pueriles escrúpulos que debían desaparecer ante la bella herencia de Juana.

—Mira, le dijo golpeando cariñosamente el hombro del jóven que permanecía pensativo, todas esas son patrañas que nadie cree, y la prueba es que todos quieren casarse con ella: algun picado le levantó ese cuento y los envidiosos lo han hecho correr.

—Mañana, dijo Fortunato, le daré mi contestacion definitiva: buenas noches.

—Eso es mejor, dijo el padre, ándate a dormir y no pienses mas en esas *lesuras*: ya querrian todos los Selgas solteros poder hallarse en tu lugar!

Fortunato se retiró a su cuarto y don Cándido pasó a mostrar a doña Bárbara aquella lijera nube que repentinamente venia a empañar el límpido cielo de sus paternales esperanzas. Ambos convinieron en que los hijos necesitan siempre de la esperiencia de los padres.

—De qué les servirá a estos muchachos haber estado en el colejio, concluyó diciendo D. Cándido mientras se amarraba un pañuelo de algodón en la cabeza para dormirse. Mira, hija, añadió, lo que es la esperiencia: ellos no la tienen, y como dicen, «mas sabe el diablo por viejo que por diablo.»

Eran las once de la noche.

VII.

Juana habia dado cita a Fortunato para la huerta de la casa a las doce de esa misma noche.

La hora y el lugar son propios de nuestras costumbres, sobre todo de las de provincia, en donde a las doce la mayor parte de los habitantes se hallan entregados al sueño. Los que conocen nuestro jénero de habitaciones, saben tambien que en muchas casas chilenas la parte llamada huerta, aislada del cuerpo de edificio principal y deslindando no pocas veces con calles menos frecuentadas que aquella sobre la cual se eleva el frente de la casa, se prestan perfectamente para las citas en que los amantes contrariados burlan la vijilancia de sus padres. El lugar escojido por Juana era pues mui a propósito para el objeto.

Fortunato salió de su casa a las once y media, seguido por un criado antiguo de D. Cándido que profesaba a nuestro héroe un profundo respeto. El jóven queria darse el tiempo necesario para reconocer el lugar de la cita y el punto por donde debia penetrar en él.

La huerta de la casa de doña Remedio estaba limitada por una pared de adobes de poca altura, que la separaba de una

calle. Fortunato llegó a esa pared dirigido por el criado, que tenía perfecto conocimiento de la localidad. Pusiéronse en observacion durante algunos instantes y todo estaba en silencio: la luna brillaba en todo su esplendor.

—Señor, dijo el criado, allí está el sereno.

Fortunato miró al punto que el criado le designaba y divisó una masa informe apoyada a la pared: de esa masa salió un ruido semejante al ronquido humano.

—Está durmiendo, dijo el jéven, no hagamos ruido.

Trepó entonces sobre los hombros del criado con la agilidad de un acróbata, y al apoyar una rodilla en el alero de la pared para escalarla, la teja que servia de punto de apoyo se desprendió con estrépito y fué a rodar hecha pedazos sobre el suelo de la calle. El sereno dió un salto saliendo de su profundo sueño y se abalanzó sobre Fortunato, blandiendo su tizona empuñada.

—*Dése a preso*, dijo apoyando el sable sobre las espaldas del jéven.

—Espera, bruto, díjole Fortunato saltando al suelo con agilidad. Mírame, añadió volviéndose ácia la luz ¿me encuentras cara de ladron? Toma, aquí tienes cinco pesos para que vayas a beber mañana y déjame en paz.

— ¡El señor secretario! exclamó el sereno reconociendo al jóven, a quien repetidas veces habia visto en la Intendencia.

— Te vas a poner en observacion, añadió Fortunato, y avisarme si alguien se acerca; yo debo entrar a esta huerta porque tenemos noticia que en esta casa se reunen varios individuos sospechosos.

El sereno se alejó a cumplir el mandato del secretario y este escaló la muralla, saltando despues a la huerta. En ese instante daban las doce de la noche.

Fortunato se adelantó con paso seguro gracias a la claridad que esparcían los rayos de la luna y se dirigió a un parron que se levantaba delante de la puerta que servia de comunicacion a la huerta con el patio segundo de la casa. A poco rato vió abrirse la puerta y aparecer a Juana, que se deslizó como una sombra ácia el punto donde él la esperaba de pié.

— Temia que Vd. no viniese, dijo Fortunato.

— ¿Por qué? preguntó la niña con voz que la emocion hacia temblar.

— Porque no sé si Vd. me ama.

— No habria venido tal vez si mi tia no se hubiese empeñado en interrumpir nuestra conversacion, dijo Juana.

Al nombre de la tia, Fortunato sintió revivir el recuerdo de la revelacion que ésta le habia hecho y que acababa de ol-

vidar al aspecto de la belleza de la niña, cuyo rostro, bañado por los rayos de la luna, parecía de una hermosura fantástica. Ella fijó sus grandes ojos en el joven como animada de una resolución de que al principio carecía, y Fortunato, subyugado por su mirada, sintió una profunda tristeza a la idea de creer a Juana deshonrada.

—Vd. no me ha contestado a lo que la dije, murmuró.

—¿A qué cosa? preguntó la niña.

—Dije que vivía en la duda: no sé si Vd. me ama, y su respuesta casi es una negativa.

—No, mi respuesta solo debe probarle que lo que por delicadeza no habría admitido, el despecho me ha arrastrado a hacer. Vd. tal vez se estrañará de esto, porque no sabe lo que he sufrido desde la pérdida de mi madre.

—Juana, perdóneme una pregunta, dijo Fortunato, en cuyos oídos zumbaban aun las palabras delatorias de doña Remedio ¿Vd. ha amado otra vez?

—Sí, contestó la niña con voz firme.

Fortunato sintió que el desaliento se apoderaba de su corazón.

—¿Y Vd. ama todavía, volvió a preguntar, al mismo hombre objeto de ese amor?

—Si aun le amase no me hallaría aquí, con Vd., a estas horas, dijo Juana. Veo

perfectamente, añadió, el objeto de sus preguntas: mi tia ha hecho a Vd. alguna revelacion.

—Es verdad, y esa revelacion me ha llenado de pesar.

—Voi a hablarle a Vd. como hablaria a un confesor, porque sentiria en el alma que Vd. pudiese creer lo que ha oido: delante de otra persona cualquiera no he intentado jamas justificarme: me importa poco lo que de mí puedan pensar los que no aprecio, pero aspiro a la estimacion de los que yo misma estimo. Es cierto que he amado a un jóven y Vd. juzgará por lo que voi a decirle. A mi llegada a la casa de mi tia visitaba en ella Adolfo Perales, que tenia en esta ciudad una casa de comercio: al cabo de dos meses nos amábamos. Mi tia, que en los primeros dias me manifestó un gran cariño, fué cambiando poco a poco de conducta conmigo a medida que Adolfo me trataba con mayor atencion. Un dia vino a mi cuarto y me dirijió varias preguntas para saber si yo correspondia al amor de Adolfo, y como no tenia nada de que avergonzarme, la confesé francamente mi amor, diciéndola que estaba resuelta a casarme con él. Esta confesion la hizo olvidar su disimulo y salió jurándome que ese matrimonio no se haria. Sin embargo, Adolfo continuó visitando en la casa y no per-

donaba medio de calmar a mi tia por continuas atenciones. Una noche que Adolfo se habia aprovechado de la presencia de varias visitas para conversar a solas conmigo en un punto apartado del salon, noté que mi tia le dijo algunas palabras al oido al despedirse, de las cuales nada pude oir. A las dos de la mañana fuí sacada de mi sueño por la voz de mi tio: vestíme con precipitacion y le encontré en la pieza contigua a la mia. ¿Cuál seria mi asombro al ver que estaba con Adolfo y hablaba con él acaloradamente? Como ellos no me vieron, cerré la puerta que habia entreabierto y escuché: mi tio le reprendia con amargura y Adolfo callaba. Al cabo de poco rato ambos salieron de la pieza y todo quedó en silencio. A las nueve de la mañana recibí una carta de Adolfo que me explicaba aquella escena y la conducta de mi tia que yo sospechaba ya. Aqui tiene Vd. esa carta: por ella verá que mi tia se hallaba en relaciones con él antes de mi llegada a su casa. Despues los celos la cegaron al punto de concebir y ejecutar un plan para perderme. Este plan fué dar cita a Adolfo para el cuarto contiguo al mio y avisar a su marido para que le sorprendiese en esa pieza y creyese asi que yo le habia dado la cita. Adolfo se despedia de mí, diciéndome que por salvar el honor de mi

tia, a quien me confesaba haber amado antes de conocerme, habia prometido abandonar laciudad. Hace poco tiempo supe que Adolfo habia muerto en un viaje por mar en nuestras costas y desde entonces hasta ahora a nadie he vuelto a amar.

Fortunato, que habia tomado la carta de manos de Juana, se la devolvió.

—Confio demasiado en Vd. para leerla, dijo, y la vuelvo como la he recibido. Con lo que acabo de oir, siento mi pecho libre de un inmenso pesar, porque puedo amarla con orgullo y conozco que ni la realidad de lo que su tia me dijo habria bastado para destruir mi amor.

—Vd. es jeneroso y bueno, le dijo Juana tendiéndole una mano que él estrechó con pasion, y no atribuirá a lijereza la facilidad con que yo he aceptado esta cita. Conozco a mi tia, estaba casi segura de lo que ella contaria a Vd. y no me conformaba con la idea de verme siempre calumniada, sobre todo cuando he visto que el mismo motivo que la impulsó a dar la cita a Adolfo para deshonrarme, es el que ahora la ha hecho revelar a Vd. lo que ella creia que me haria despreciable a sus ojos.

Acababa Juana de pronunciar estas palabras, cuando la puerta que daba al patio se abrió nuevamente, y una mujer

apareció en el umbral. Juana y Fortunato hicieron al mismo tiempo un movimiento de sorpresa y éste involuntariamente trató de ocultarse.

—Es mi tia, dijo la niña deteniéndole; no se mueva Vd., poco me importa que ella nos sorprenda.

Doña Remedio avanzó hasta el punto donde se encontraban los dos jóvenes.

—Señorita, dijo a Juana, Vd. ni trata de ocultarse siquiera: no me estraña, pues no es la primera vez que sorprenden a Vd. en estos lances.

—No me oculto, respondió Juana, porque no tengo nada de que avergonzarme.

—Es porque Vd. ha perdido ya toda delicadeza, exclamó la tia.

—Tengo tranquila mi conciencia, replicó la niña, y he venido aquí a desvanecer las calumnias que Vd. propala contra mi honor. Estoy cansada de sufrir y resuelta a darme el lugar que me corresponde: desde ahora levantaré la frente ante la que debe bajarla en mi presencia.

—¡Hola! dijo doña Remedio, habla Vd. en un tono que no la conocia, veremos si mañana dice Vd. otro tanto delante de su tio.

Juana se acercó entonces a doña Remedio.

—Mi tio, la dijo, será, si Vd. quiere, el juez entre Vd. y yo. Aquí tengo una

carta que él leerá antes de juzgarnos: esta carta la escribió Adolfo al día siguiente de la cita que Vd. le dió para perderlo y deshonorarme, y con ella me envió varias otras escritas por Vd., que mi tío también leerá.

Doña Remedio se vió perdida al oír aquellas palabras y trató en vano de hablar.

—Yo habia perdonado la calumnia, continuó Juana, y esperaba que Vd. se hubiese arrepentido de una accion infame que he disculpado por la causa que la motivó; pero no consiento en que Vd. siga erijiéndose en juez de todas mis acciones y se crea con derecho de arrebatarme la felicidad a su antojo.

—Si Vd. posee esas cartas, dijo cambiando de tono doña Remedio, dígame con qué condiciones quiere devolvérmelas.

—En primer lugar, contestó Juana, exijo que mi tío nada sepa de esta escena.

—Me callaré, se apresuró a decir doña Remedio, que se veía libre a poca costa.

—Exijo además, continuó la niña, que Vd. no se oponga a nada de lo que pueda decidir de mi suerte.

—Bien, a nada me opondré.

—Con estas condiciones entregaré a Vd. esas cartas dentro de algunos días.

—¿Y por qué no mañana? preguntó la tía.

— Porque todavía pueden servirme, respondió Juana. Si Vd. nada hace en contra mia puede estar tranquila: nadie me impedia el haber hecho uso de ellas durante todo el tiempo que he sufrido. Creo que esto bastará para asegurarla que nada tiene que temer.

— Confío en su palabra, dijo doña Remedio y se retiró por la misma puerta que acababa de entrar.

Al otro lado de esta puerta una criada esperaba a doña Remedio.

— ¿La encontró, señcrita? dijo acercándose.

— Ni una palabra sobre esto, la dijo doña Remedio, ¿oyes? que nadie sepa lo que ha sucedido esta noche.

Juana volvió al lugar que ocupaba Fortunato, apenas su tia hubo pasado la puerta.

— Ya ve Vd., le dijo, que es verdad cuanto acabo de contarle: ahora es preciso que nos separemos.

— Antes, replicó Fortunato, permítame, Juana, hablarla con entera franqueza. Yo aspiro a su mano y quiero saber su voluntad antes de permitir a mi padre que hable de esto con D. Marcelino, y como era imposible consultarla a Vd. por la vijilancia de su tia, me tomé la libertad de pedir a Vd. esta entrevista, ¿podré contar con su consentimiento?

—Sí, dijo Juana; pero ahora debemos pronto separarnos: adios.

Hasta mañana, contestó el jóven, besando le mano que Juana le presentó al despedirse.

Escaló la pared mas ágil que un gamo y volvió a su casa embriagado de esperanzas.

VIII.

No solo es la venganza el placer de los dioses, como ha dicho alguien, sino que lo es tambien de una gran parte de los mortales. De este número era doña Remedio Selgas en su calidad de mujer y de mortal. Vencida por su sobrina en la lucha de amor, la que mas empeña el femenino orgullo, y desdeñada por el hombre a quien habia querido consagrar los restos de una belleza largo tiempo envidiada, doña Remedio sintió esa sed de venganza que hace aceptar como llevadero cualquier sacrificio que para una buena accion no se tendria fuerza de arrostrar.

Despues de retirarse a su cuarto con el corazon palpitante de despecho, doña Remedio, lejos de acostarse, se paseó por él entregada a profundas reflexiones. En la pieza vecina se oia al compasado y sonoro ronquido de D. Marcelino, que dormia con el sueño del hombre que dis-

fruta de buena salud. Su esposa se detuvo un momento en la puerta que comunicaba ambas piezas y una dolorosa impresion dió a sus facciones la serenidad que el encono les quitaba. Pensó con tristeza en que ella habia perdido la tranquilidad del sueño del cuerpo, por correr locamente tras los sueños veleidosos del alma. Pero, volver a la dulce paz de la indiferencia desde el punto en que se hallaba, era lo mismo que pedir al jugador que ha perdido que renuncie a la fascinadora esperanza del desquite. La idea de tomarlo, impidiendo la union de los que la habian ofendido, reemplazó bien pronto a esa mirada retrospectiva que todos dan en la desgracia a los tiempos pasados y que en doña Remedio la habia orijinado el profundo sueño de su marido.

Volvió, pues, a pasearse y volvieron a su mente los confusos proyectos que unos a otros se rechazan, hasta que llega uno que hiere la imaginacion por ser el mas sencillo de todos.

Hubiérase dicho que ella lo habia encontrado, porque interrumpiendo su paseo, se sentó al lado de una mesa, sobre la que ardia una vela de las que antes llamábamos velon, que se dejaba allí todas las noches para poder salir en caso de temblor. Serenáronse poco a poco las

facciones de su rostro y despues de meditar algunos instantes mas, dejó su asiento y se dirigió al cuarto de la criada con quien acababa de hablar al salir de la huerta.

—Levántate bien temprano, la dijo, y anda a casa de Natalio Ruiplan; le dirás que le ruego me haga el favor de venir lo más pronto que pueda.

Dicho esto volvió al cuarto, entró en el de dormir, donde D. Marcelino habia llegado, en los tonos del ronquido, al bajo profundo, y tomó de la cabecera de éste un reloj colgado de un clavo. Salió del cuarto y se acercó a la luz: el reloj marcaba las dos de la mañana y luego, por una lijera vuelta de la llave que movió doña Remedio, marcó las tres. Hecha esta operacioⁿ, se acostó con la confianza de las personas que tienen fé en su voluntad y esperó la venida del dia, pensando en el éxito del plan que habia ideado.

A las seis de la mañana doña Remedio se hallaba en pié y se dirijia nuevamente al cuarto de la criada que aun dormia profundamente. Despues de despertarla volvió al cuarto de dormir, donde su feliz marido no roncaba ya, pero dormia en perfecta tranquilidad. Acercóse a la cama de éste.

—Marcelino, Marcelino, le dijo en voz bastante fuerte para sacar al durmiente de las dichas rejiones en que se halla-

ba; mira, ya es hora de que te levantes para irte a la chacra.

D. Marcelino Carpio poseía un pequeño fundo a inmediaciones de la ciudad, que visitaba diariamente desde las siete u ocho de la mañana hasta las once.

—¿Qué horas son? preguntó él bostezando con pereza.

—Las siete, es hora de levantarte.

—¡Las siete! exclamó D. Marcelino, dando un bestezo de admiracion; pues, hija, debo haber pasado mala noche, porque tengo todavia muchísimo sueño.

Hecho esto miró el reloj, encendió un cigarro y volvió con muestras de placer a la posición horizontal. D. Marcelino era de esos hombres que, teniendo el espíritu tan tranquilo como la regular circulacion de su sangre, duermen infaliblemente un número fijo de horas. Privado aquella mañana de una de las que componian su número, D. Marcelino daba un bostezo tras otro y aseguraba entre cada uno de ellos que debía haber pasado mala noche. Por fin, despues de tomar un mate, abandonó el lecho y la pereza, vistióse y montó a caballo, con gran satisfaccion de doña Remedio, que respiró con libertad cuando se halló sola para la entrevista a que habia citado a Natalio Ruiplan, el mas temible enemigo de su familia.

Doña Remedio daba esta cita a Nata-

lio, procediendo como los matemáticos en la resolución de un problema por el método llamado de tanteo, pues no se hallaba segura de que Natalio serviría precisamente a su venganza, pero veía grandes probabilidades para ello. Conocedora del carácter del joven Ruiplan, ella pensaba, y con razón, que el enemigo de los Selgas debía meditar alguna venganza de la terrible afrenta que Fortunato, miembro de esta familia, le había inferido en el baile dado por los Ruiplan al Intendente de la provincia. Los Selgas veían casi todos con placer la inclinación del secretario por Juana, de modo que, fuera de Rosauero Selgas y Benito Carpis, pretendientes desairados por su bella sobrina y cuya nulidad conocía doña Remedio, los restantes miembros de la familia apoyaban el matrimonio de Fortunato y no podían, por consiguiente, servir de instrumento a su plan. Natalio era, pues, el hombre que podía ausiliarla, y bien que la enemistad de familias repudiase aquel medio, el orgullo ultrajado vencía las repugnancias, antes que desechar el único expediente que a primera vista se presentaba.

Estas reflexiones inspiraron a doña Remedio la idea de la cita que hemos visto dar por ella a Natalio y la de dejar libre el campo para la entrevista con su

nuevo auxiliar, robando, como vimos, una hora de sueño a D. Marcelino, que trotaba, camino de su chacra, pensando en las causas que lo habian hecho pasar mala noche y traídole aquel diluvio de bostezos que la frescura del aire matinal no bastaba a interrumpir.

Doña Remedio tenia ademas conocimiento de las cosas del mundo y de las costumbres de sus paisanos y sabia que tratándose de una jóven con noventa mil pesos «libres de polvo y paja» como decia D. Cándido Esperanzano, nadie deja correr el tiempo y con él las probabilidades de conquistarse tan pingüe capital. Segun sus cálculos (y en materia de matrimonio las mujeres tienen infalible prevision) D. Cándido pediria en ese mismo dia la mano de Juana para su hijo: importaba, pues, desbaratar aquel ataque y era preciso aprovechar el tiempo para arrebatarse a sus enemigos la palma del triunfo.

Natalio se hizo repetir dos veces el recado de doña Remedio y se dirigió a casa de ésta sin acertar a explicarse los motivos de tan estraña cita. Doña Remedio le esperaba vestida con bastante elegancia y con mui adecuado traje a la hora de esta escena. Señaló una poltrona al jóven Ruiplan por un jesto lleno de gracia y se colocó a su frente, dando a sus ojos una espresion de indecible languidez.

—Mucho se habrá estrañado Vd. de esta cita, dijo la señora con afable sonrisa.

—Confieso, señorita, contestó Natalio, que me ha causado alguna sorpresa.

—Me he tomado la libertad de llamarle porque tengo necesidad de Vd. y sé que Vd. es hombre de bastante talento para despreciar los ódios ridículos de nuestra familia y hacer causa comun conmigo.

Natalio sintió los halagos de la vanidad al oír aquella lisonja que doña Remedio le dirigió con perfecta naturalidad.

—¿Se halla Vd. dispuesto a trabajar en un asunto que, si no me engaño, puede interesarle? preguntó doña Remedio.

—¿De qué se trata, señorita?

—Ante todo, permítame hacerle una pregunta: ¿es verdad lo que oí referir de una escena que tuvo lugar entre Vd. y Fortunato en el último baile?

—Es la verdad, dijo Natalio, en cuyos ojos brilló una cólera sombría.

—Perfectamente, entonces puedo decirle a Vd. mi asunto: ese jóven pretende casarse con mi sobrina Juana, y yo deseo a toda costa impedirlo. He pensado en Vd. porque le creo mas capaz que a todos los de mi familia y pienso que Vd. debe mirar con desagrado la presencia de ese jóven en esta ciudad: ¿me he equivocado en todo esto?

—Ha pensado Vd. perfectamente, contestó Natalio, cuyo corazon se dilató de placer al pensar que le allanaban el camino de su venganza y que para ello contaba con tan poderoso y resuelto auxiliar: en nada se ha engañado Vd.

—Le confieso francamente, Natalio, dijo doña Remedio dando a su voz las mas cariñosas inflexiones, que confio mas en los recursos de su intelijencia que en los de la mia. Ademas, yo no puedo oponerme ostensiblemente a ese enlace, porque luego se diria que mi marido quiere seguir administrando la fortuna de Juana, de modo que espero de Vd. la conclusion de este asunto a nuestro favor.

—Yo pondré en juego un medio, del que espero obtener buenos resultados, dijo Natalio con alegria.

—¿Cuál es ese medio?

—Escribiré a Juana una carta que Vd. me hará el favor de hacer entregar en sus manos.

—Pero eso debe hacerse hoy mismo, porque yo creo que hoy el padre de Fortunato vendrá a pedir la mano de mi sobrina.

—No hai en ello ninguna dificultad, contestó Natalio.

—Ahora, dijo doña Remedio, debo explicar a Vd. las razones que tengo para oponerme a ese enlace.

—Oh! señorita, exclamó Natalio, no tengo necesidad de conocerlas: lo que vamos a hacer conviene a mis miras y esto me basta.

—Siento, dijo como reprimiendo un suspiro doña Remedio, no haber tratado antes con Vd. como amigo ¿qué quiere Vd.? he cedido hasta ahora a las necias preocupaciones de nuestra sociedad; pero cuento con que Vd. me permitirá que en adelante no sea lo mismo.

—Será para mí un gran placer y un honor, contestó el jóven de cuyos ojos doña Remedio reflejaba sus mas lánguidas miradas.

—Es un paso ^{hacia} hacia la reconciliacion que nadie ha dado hasta ahora y Vd. es harto superior a los hombres de esta ciudad para imponerles su voluntad.

—Talvez, si Vd. se digna prestarme su apoyo: solo, nada creo valer; pero guiado por Vd. tendré fé en mi poder.

La conversacion siguió en este tono durante un cuarto de hora mas. Doña Remedio desplegó su gran bagaje de seducciones y el jóven Ruiplan, cuyas proezas amorosas habian resonado únicamente entre las bellezas de baja esfera, se sintió turbado ante la mas famosa beldad del partido de sus enemigos.

—Si ella me llega a amar, pensaba, no solo humillaria a todos los Selgas sino

que creo me reconciliaria con ellos despues de humillarlos.

—Yo hubiera podido servirme para la ejecucion de mi plan, dijo doña Remedio cambiando de conversacion cuando creyó haber impresionado suficientemente a Natalio, de cualquiera de mis parientes: de Rosauero, por ejemplo; pero le haré a Vd. una confesion: no puedo sufrir esas almas apocadas que solo viven del cálculo. Sin que nadie me hablase de Vd., yo le conocia ya por las cortas conversaciones que hemos solido tener cuando nos hemos encontrado en casa de amigos comunes, de modo que no vacilé un momento en la eleccion.

—Y yo espero hacerme digno de ella por medio del triunfo, dijo Natalio, estrechando espresivamente la mano que doña Remedio le presentó al despedirse.

Cuando doña Remedio se halló sola llamó a su criada.

—¿Ha visto Juana, la preguntó, entrar a Natalio?

—No, señorita, todavia está durmiendo.

La niña, con efecto, rendida por las emociones que durante la noche habian agitado su alma, habia solo cedido al peso del sueño al venir el dia, y a las ocho, hora en que Natalio salia de la casa, ella dormia aun profundamente.

IX.

Natalio entró en su cuarto radiante de felicidad. El placer de vengarse de su enemigo y la impresion que en su pecho habian despertado las insinuantes palabras de doña Remedio, hacian a un mismo tiempo latir su corazon de alegria y vagar por su mente las esperanzas a que el espíritu de los hombres jóvenes se entrega fácilmente cuando el amor viene a sacarlos de la indiferencia. Animado por esas esperanzas, sentóse delante de una mesa, tomó una pluma y escribió la carta siguiente que damos al lector corregida y reformada como llegó a su destino:

«Señorita:

»Una persona que tiene por Vd. un
»aprecio sincero y desinteresado, ha reci-
»bido con sentimiento la noticia de los
»compromisos que Vd. ha contraído con
»D. Fortunato Esperanzano y con no
»menos pesar la de que la familia de este
»joven la cuenta ya a Vd. como su futu-
»ra esposa. La persona que se toma la
»libertad de escribir a Vd. estas líneas,
»está persuadida de la intachable rectitud
»de los sentimientos que animan a Vd., y
»con tal persuacion no se esplica la exis-

»tencia de esos compromisos sino por la
»ignorancia en que Vd. vive de los ante-
»cedentes del jóven á quien cree digno
»de su mano. De otro modo, y esto lo
»rechazamos enérjicamente, sería preciso
»pensar que Vd., a quien la nobleza y
»generosidad han guiado siempre, consen-
»tia en sacrificar a su amor a una jóven
»desgraciada que cifra su esperanza en
»los repetidos juramentos que ha recibido
»de D. Fortunato, pero que éste jamas ha
»cumplido. Para justificar la verdad de
»este hecho apelamos al mismo jóven, y
»en caso de negarse a confesarla, la per-
»sona que se dirige a Vd. se compromete
»a probarla con documentos que él no
»podrá despreciar. Al ver a esa niña, hija
»de un comerciante pobre, desdeñada, y
»la prontitud con que el jóven Esperan-
»zano ha solicitado la mano de Vd., nos
»persuadimos de que únicamente lo im-
»pulsas el interes de la fortuna que Vd. ha
»recibido de sus padres, tanto mas, quan-
»to que no es la primera vez que Espe-
»ranzano abandona a esa niña por correr
»tras la dote de una novia rica. En San-
»tiago ha hecho igual cosa, queriendo
»casarse con la hija de D. Modesto Man-
»toverde y solo volvió a casa de Amelia
»Almiro, su antigua amada, despues de
»despreciado por la hija de D. Modesto.
»Omitimos agregar detalles sobre otra

»accion que deshonra a Esperanzano,
»*porque rueda sobre intereses pecuniarios* y
»solo nos limitamos a lo que dejamos
»dicho, pues estamos seguros que Vd. no
»querrá unirse con un hombre que, sin
»mas lei que el interes, no vacila en en-
»riquecerse a costa de Vd. y en sacrificar
»a una jóven a quien ha jurado eterno
»amor y que no tiene a sus ojos mas de-
»fecto que su pobreza.»

A mas de la carta que presentamos antes al lector, dirigida a Natalio Ruiplan por Anastasio Bermudes, los pormenores que contenia la que acabamos de copiar le habian sido trasmitidos por el mismo conducto en comunicaciones posteriores. Natalio habia continuado su correspondencia con Bermudes, y éste, informado por Margarita, a quien Amelia habia hecho confidencia de las últimas protestas de Fortunato, puso al jóven Ruiplan al corriente de aquella importante circunstancia.

Escrita la carta, Natalio la envió abierta a doña Remedio, la que despues de leer su contenido la hizo trasmitir cerrada a su sobrina.

Juana la leyó con creciente inquietud.

—Oh! exclamó arrojándola, esta es una infamia de mi tia: yo la despreciaré.

Mas de un cuarto de hora permaneció la niña en esta resolucion; pero sus ideas,

jirando en torno de un mismo punto, la hicieron primero vacilar y entrar al fin en la discusion del aviso que la daban.

A la hora del almuerzo Juana notó la triunfante mirada de doña Remedio y resolvió asegurarse por sí misma de la veracidad del contenido de la carta. La llegada de D. Cándido Esperanzano, media hora despues, hizo congratularse a doña Remedio del acierto de su prevision y manifestó a Juana que su suerte debia pronto decidirse.

D. Cándido saludó lo mas cortesmente que pudo.

—Estoi con mucho sueño, le dijo don Marcelino, pues he pasado mui mala noche.

D. Cándido, como toda persona que no sabe disimular su preocupacion, no halló nada que contestar a la noticia que don Marcelino juzgaba de suma importancia; tomaba mil actitudes sobre su silla para hablar de algo antes de iniciar la conversacion sobre el objeto que allí le llevaba, y concluia al fin de cada esfuerzo inútil por sonarse estrepitosamente y mirar obstinado las molduras del techo. Convencido al fin que era mejor renunciar a su intento y esponer el objeto de su visita, rompió bruscamente el silencio diciendo:

—Señor D. Marcelino, vengo aquí con una importante comision.

—¿De qué se trata? preguntó D. Marcelino.

—Mi hijo Fortunato me ha encargado dirijirme a Vd. y a doña Remedio para solicitar la mano de su sobrina.

—Bravo! exclamó D. Marcelino dirijiéndose ácia D. Cándido, déme Vd. un abrazo!

Doña Remedio no habia contestado una sola palabra a la peticion de D. Cándido.

—¿Y Vd., preguntó éste, qué me responde?

—Yo nada puedo decir sin conocer antes la voluntad de Juana, observó la señora; su felicidad, añadió, es mi mayor anhelo, y por esto nada puedo disponer sin su consentimiento.

—Yo lo mismo, dijo D. Marcelino; pero como me figuraba que los chicos se quieren y que lo habian hablado entre ellos antes de dar este paso, por esto he contestado así.

—No importa, replicó doña Remedio, creo que nuestro deber es consultar la voluntad de Juana: ella es quien debe decidir de su suerte.

—Me parece mui bien, y la llamaremos, dijo D. Marcelino, saliendo en busca de su sobrina, con la cual volvió mui pronto.

Juana y doña Remedio cambiaron una

significativa mirada: la primera orgullosa y resuelta, indecisa y tímida la segunda. Ambas sabían que se hallaban en uno de esos instantes solemnes de la vida en que de algunas palabras depende la futura felicidad; pero Juana había reflexionado largo rato y la reflexion había fortalecido su voluntad, despertando en su pecho los nobles sentimientos a que rara vez se esquivan los corazones jóvenes; al paso que doña Remedio temía oír el consentimiento de boca de su sobrina y ver así frustrados sus deseos de venganza y humillado para siempre su amor propio.

—Ven acá, niñita, dijo a Juana D. Marcelino con tono cariñoso, aquí está D. Cándido que desea hablarte.

D. Cándido dió a su rostro una risueña espresion y se sonó con fuerza para empezar su discurso.

—Es cierto, señorita, dijo, tengo que hablar a Vd., y de un asunto sério. Mi hijo Fortunato me dijo anoche:

—«Padre, yo amo a Juana Selgas y deseo casarme con ella.

—»Bien pensado, le contesté; yo en tu lugar haría otro tanto.

—»Pues si Vd. piensa así, agregó él, hágame el favor de ir en mi nombre a pedir su mano.»

—Este es el encargo que traigo, señorita. Sus tios de Vd. dicen que aceptan

con gusto si Vd. consiente, de modo que yo espero su respuesta para llevarla a mi hijo.

D. Cándido, al terminar, se restregó satisfecho las manos y clavó en Juana una interrogadora y suplicante mirada.

—Señor, contestó la niña, ayer habria dado mi aceptacion sin vacilar; pero ahora necesito hablar con Fortunato para responder.

D. Cándido y D. Marcelino se miraron sorprendidos sin comprender aquella respuesta, y doña Remedio sintió ensancharse su corazon, bien que aun no veia del todo realizada su venganza.

—Que llamen entonces a Fortunato, dijo D. Marcelino.

Un criado partió en busca del secretario y volvió con él poco rato despues.

Fortunato entró triunfante porque creia que era llamado para recibir las felicitaciones de la familia; mas al ver los preocupados semblantes de su padre y de don Marcelino y la desdeñosa mirada de doña Remedio, perdió todo su aplomo y sintió algo semejante a la impresion que se experimenta al hallar helada el agua de un baño que se creia tibia.

— Vaya, ya está aquí Fortunato, dijo rompiendo el silencio D. Marcelino, ¿qué tienes que decirle?

—Me permitirán Vdes., contestó Juana,

que hable solo con él algunos instantes.

D. Marcelino, su mujer y D. Cándido pasaron a una pieza contigua, dejando solos a los dos jóvenes en el salon.

—Vd. estrañará sin duda todo esto, dijo Juana a Fortunato que permanecia de pié sorprendido de cuanto veia. Me he tomado la libertad de hacerle llamar, continuó la niña, porque tratándose de un asunto tan serio como es el matrimonio, creo de mi deber aclarar ciertas dudas que me han hecho suspender la respuesta que me pedia su padre de Vd.

—¡Dudas! dijo Fortunato creyendo que solo se trataba de algun lijero escrúpulo de la niña; hable Vd. y seré mui feliz si puedo aclararlas satisfactoriamente.

—Sí, Vd. puede aclararlas, repuso Juana, y apelo a su franqueza, que espero que será igual a la que he empleado con Vd. cuando se trataba de esplicar mi conducta.

—Seré franco, exclamó el joven; doi a Vd. mi palabra de caballero que diré cuanto me sea posible para satisfacer las dudas de que Vd. me habla.

—Mil gracias: lo que deseo saber se reduce a lo siguiente: ¿es verdad que Vd. se hallaba comprometido al salir de Santiago con una niña Almiro?

Fortunato oyó esta pregunta como quien recibe un golpe en la espalda cuan-

do se pasea distraidamente. La confusion y la sorpresa pusieron encarnado su rostro. El, que se figuraba iba a responder talvez a una pregunta en que se ponía únicamente en duda la sinceridad de su amor o a desvanecer algun chismecillo de provincia, veia alzarse de repente entre su ambicion y sus proyectos la imájen de Amelia, a quien por segunda vez y con idéntico objeto traicionaba. La lucidez del hombre avezado al engaño, faltó a nuestro héroe en tan crítico momento y no le ocurrió otra disculpa que la que emite todo amante infiel a su segunda querida cuando se trata de la primera.

—Eso es verdad, dijo; pero yo no conocia a Vd. entonces y no es culpa mia si la he amado apenas la he visto.

Juana palideció, porque esperaba del jóven una negativa formal.

—Tampoco Vd. me conocia antes, replicó picada, y no obstante, Vd. abandonó el amor de Amelia por la fortuna de Margarita Mantoverde.

—Ah! exclamó él, no creia deber a nadie cuenta de mis acciones! Yo he declarado a Vd. mi amor sincero. ¿Quién puede tener interes en turbar mi felicidad con esas declaraciones?

Juana pasó a Fortunato la carta que habia recibido por la mañana.

El jóven palideció mortalmente al lle-

gar a la frase de esa carta alusiva al documento que habia falsificado por salvar a D. Diego Almiro. Sin tratar de averiguar el oríjen de aquella acusacion, Fortunato vió que partia de persona bien informada. Pero lo que importaba mas en aquel momento era defenderse y no perder la mano de Juana. Con este objeto trató de sonreirse al devolver la carta.

—Prometí a Vd. ser franco y lo seré, dijo: es cierto que abandoné a Amelia; pero no fué por el interes que alli se me imputa sino porque amaba a Margarita. Despues de ser rechazado por los padres de ésta a causa de mi pobreza volví a casa de Amelia solo para despedirme. Alli confieso que tuve la debilidad de hacerla creer que la amaba; pero solc fué por reconocimiento y estoi pronto a escribirla desengañándola, porque no me liga con ella ningun compromiso.

—No, yo no exijo tal cosa, dijo la niña.

—Es que Vd. no me ama, replicó Fortunato, y mas valia habérmelo dicho anoche antes del paso que ha dado mi padre.

—Vea Vd., no creo que por un hombre a quien no se ama, dijo Juana, se pueda hacer lo que yo hice por Vd., acudiendo a la cita; pero no puedo aceptar mi felicidad a costa de la ajena y sobre todo cuando se trata de una niña pobre

y que ha dado a Vd. pruebas inequívocas de su constancia.

—¿Es decir que Vd. rechaza mi petición? preguntó Fortunato que hasta no oír aquellas palabras esperaba convencer a Juana.

Ella bajó la vista.

—No puedo admitirla, contestó; seria una mala accion de mi parte.

Las tres personas que se habian retirado a la pieza vecina, conversaban entre tanto. D. Marcelino y D. Cándido despues de un momento de silencio, durante el cual quiso cada cual adivinar lo que entre los dos jóvenes iba a decirse, se miraron interrogándose.

—Bah, cosas de niña! exclamó D. Marcelino como respondiendo a la mirada de D. Cándido.

—¿Pero qué puede tener que decirle? preguntó éste.

—Hombre, si las mujeres son tan raras, contestó D. Marcelino: no será mucho que quiera que la jure de nuevo un amor eterno.

D. Cándido volvió a sus reflexiones, nada satisfecho de las respuestas de su amigo, y los tres quedaron nuevamente en silencio hasta que Fortunato apareció con el rostro demudado.

—¿Qué ha habido? preguntó su padre.

—Vámonos, afuera hablaremos, respondió el jóven en voz baja.

Ambos se despidieron, dejando a don Marcelino abismado de sorpresa, mientras que doña Remedio dirigia una triunfante mirada a Fortunato.

X.

Don Cándido no esperó haber salido de la casa para decir a su hijo:

—En fin, ¿qué es lo que hai?

—Lo que hai, le contestó el jóven, es que ya no me caso.

—¡No te casas! ¿Y por qué? exclamó D. Cándido aterrado.

El jóven esplicó en pocas palabras a su padre la conversacion que acababa de tener con Juana, y fuéle preciso acudir a los ruegos para disuadir a su padre del empeño que manifestó al punto de volver a casa de D. Marcelino.

—Pero, hombre, exclamaba D. Cándido inconsolable, dejar perderse así noventa mil pesos, eso no puede ser.

Dos horas despues todas las familias de la ciudad disertaban sobre aquel suceso.

—Aqui anda la mano de Natalio, decian los Ruiplan que conocian el alcance del héroe de la familia en punto a perfidias,

—Estos santiaguinos se figuran que con presentarse nadie puede despreciarlos.

—Y no iba mal el secretario, añadian, ¿cómo no se habia enamorado de una pobre?

Cada cual esplicaba el hecho a su manera y muchos aseguraban que Juana obraba bajo las inspiraciones de D. Marcelino, a quien no podia convenir el enlace de su sobrina.

—Pero si D. Marcelino es tonto, objetaban algunos.

—Sí, contestaban otros, tonto pero pillo. Nadie es tonto para su negocio.

Y así, la maledicencia hincaba su diente en la honradez del pobre tio que, entre tanto, se desesperaba de la violenta ruptura del matrimonio.

La familia de los Selgas, por su parte, comentaba a su modo el asunto, que con señales de contento celebraban sobre todo los solteros. Hablábase tambien con desprecio de doña Remedio por la amistad que habia entablado con un enemigo, y todos declaraban que en adelante nadie pondria los pies en su casa. Muchos de estos daban en la noche los parabienes a doña Remedio, mientras tomaban el té, por el feliz suceso, pues aseguraban que ellos veian en el secretario un mozo de pocas esperanzas y pretencioso.

—Yo bien lo sabia, dijo D. Vicente;

qué se puede esperar de mocitos que en su vida han aprendido otra cosa que a ponerse la corbata.

—¿Y no me decia Vd. que él se sacaba todos los premios en el Instituto? le preguntó con candidez D. Marcelino.

—Ríase Vd. de los premios, respondió D. Vicente; lo que debe apreciarse son hombres que sepan trabajar, y no estos elegantes de Santiago que con todos sus estudios no saben distinguir un buei gordo de uno flaco: a lo positivo, D. Marcelino, lo positivo es lo que dura.

Como se ve, el astro de la popularidad de Fortunato habia palidecido en poco tiempo. Este fenómeno puede fácilmente explicarse por el continuo roce que los hábitos de la vida de provincia establecen entre todos los individuos de la misma sociedad, dando por esto lugar a esos pequeños pero frecuentes choques de amor propio que hieren la suspicacia de jentes que viven sin mas emociones que las de la vida casera y mezquina de los pueblos de segundo órden. Al primer traspiés del individuo que por una causa cualquiera ha conseguido llamar la atencion pública, esa suspicacia herida alza la voz para acusar al caido y vengarse muchas veces de imaginarios agravio. Asi, en la misma familia de los Selgas, a la que pertenecia Fortunato, olvidado el interes que les ha-

bia hecho ensalzar al secretario para conquistarse el apoyo de la autoridad, muchos encontraban que el jóven no correspondia a sus saluciones con bastante amabilidad; otros que afectaba un desprecio por las cosas del pueblo, imperdonable en un santiaguino; éstos que era pretencioso en el vestir, y aquellos que se creia de gran importancia con su título de secretario. La noticia del fracaso de nuestro héroe fué la señal para que todos arrojasen su piedra al que poco antes cada cual se empeñaba en alabar, y todos tambien, como D. Vicente Selgas, hallaron medio de desmentir su pasado entusiasmo coronando el triunfo de doña Remedio y Natalio Ruiplan que debian mas la victoria a los medios que conocemos.

Fortunato, a su vez, no sentia tanto como su padre el éxito desgraciado de su empresa, porque habia salido de casa de D. Marcelino bajo la impresion que le causara la lectura de la carta que Juana le habia presentado. Aquella acusacion intercalada con términos vagos sobre el asunto del documento, infundió tal inquietud en su ánimo, que le hizo insensible al peso de la ridícula situacion en que la negativa de Juana lo colocaba. Desde ese momento, no fué ya su deseo intentar nuevamente una reconciliacion con la niña y persuadirla en nombre del

amor que ella misma habia confesado, sino destruir ante todo el papel fatal que amenazaba su honra y que por una debilidad habia dejado en Santiago sin hablar a su tio de su existencia. Esta idea le preocupó durante toda la noche, mientras que D. Cándido ponía en tortura su imaginación a fin de hallar un medio de arreglar nuevamente el matrimonio de su hijo. Sus reflexiones infundieron a Fortunato la determinación de ir a Santiago y confesarlo todo a su tio.

A las ocho de la mañana D. Cándido entró en su cuarto, cuando él se levantaba.

—¿No has encontrado medio de arreglar el negocio? preguntó.

—Ninguno, dijo Fortunato, y pienso hacer un viaje a Santiago.

—¡Un viaje a Santiago! ¿y con qué objeto?

—Porque no puedo quedarme aquí, a lo menos durante estos días, en que seré la fábula de todo el pueblo.

—El modo de no serlo, replicó D. Cándido, era persuadir a la niña y casarte con ella.

—No renuncio a ella, contestó el joven a quien la idea del documento preocupaba ante todo: iré a Santiago y desde allá escribiré a Vd. si aun puedo insistir en este proyecto.

D. Cándido no se atrevió a insistir en su opinion y se despidió al siguiente día de su hijo que, habiendo obtenido un permiso de un mes, se puso en marcha para la capital de la República.

XI.

Tres meses habia estado Fortunato ausente de la capital, y durante este tiempo, hechos de importancia para los personajes que figuran en esta historia, habian tenido lugar en Santiago.

Despues de casado con Virginia Castillejo, Anastasio Bermudes consiguió a fuerza de atenciones y cuidados, conquistarse la voluntad de D. Modesto Mantoverde hasta el punto de tomar parte en los negocios de este poderoso capitalista. Anastasio ganó tan importante puesto en la aristocrática familia de Mantoverde, gracias a la habilidad con que condujo algunos asuntos, en los que D. Modesto se dignó ocuparle para obtener el pago de algunos créditos que consideraba irrealizables. Bermudes tuvo bastante talento y fortuna para cobrarlos con tan pequeñas pérdidas, que D. Modesto bajó poco a poco del alto pedestal de su orgullo hasta tender la mano al astuto joven y asociarle a una parte de sus numerosas

especulaciones. Ligados por el interes, el mas nivelador de los agentes sociales, Anastasio y D. Modesto vivieron desde entonces en un pié de igualdad, al que Bermudes jamas habria alcanzado por el solo hecho de haberse casado con Virginia y haber servido a la familia arrancando de manos de Fortunato las cartas que comprometian el honor de los Mantoverde y embarazaban los planes matrimoniales que D. Modesto habia formado sobre Margarita.

Pero a pesar de la intimidad y parentesco que le unia a una de las mas encoquetadas familias de Santiago, y no obstante el jiro feliz que sus asuntos pecuniaros iban tomando, Anastasio Bermudes pensaba con frecuencia en los antecedentes de su matrimonio y siempre por resultado de sus reflexiones obtenia la consecuencia de que Fortunato era poseedor del secreto de la fuga de su mujer, secreto en el cual no era él, Anastasio, el que representaba el papel mas airoso en el asunto. Fortunato podia, pues, refiriendo el suceso, perjudicar a su reputacion y era por consiguiente preciso buscar algun medio de asegurar el silencio del jóven, a quien Bermudes, por otra parte, no podia perdonar la inequívoca demostracion de Virginia en la noche de la fuga, demostracion que ésta habia tratado de

disculpar viéndose desdeñada por el objeto de su repentina afición.

Con esta mira empleó Anastasio algún tiempo para encontrar el paradero de los documentos sobre los cuales recordará el lector asistían a Bermudes graves sospechas a cerca de la verdad. La nueva posición en que se hallaba y sus relaciones comerciales hiciéronlo bien pronto lograr su objeto, y al cabo de dos semanas de pesquisas pudo descontar tanto el documento verdadero, perdido al juego por nuestro héroe, cuanto el que después había falsificado para salvar a D. Diego Almiró y endosado a su favor.

Mientras Anastasio se proporcionaba esta arma defensiva, con lo que creía en todo tiempo poder exigir entera discreción a Fortunato, los demás personajes que conoce el lector seguían por distintos rumbos la dirección que debía llevarlos a reunirse en un punto en que la suerte de muchos de ellos iba a decidirse.

Don Anselmo Rocaleal vivía al lado de Julia en una perpetua luna de miel. Esa plácida constelación del himeneo, cuyos rayos palidecen generalmente al cabo de poco tiempo en la mayor parte de los matrimonios, alumbraba con todo su esplendor la vida de D. Anselmo, por la habilidad con que Julia rodeaba a su viejo y enamorado esposo de esos cariños

delicados con que la mujer acaricia la sensibilidad y satisface el orgullo del hombre que la ama. Julia habia aprovechado con tino el ascendiente que ejercia en la voluntad de D. Anselmo, y ligando su poder temporal al espiritual de frai Ciriacó Ayunales, habia conseguido que su esposo, en los tiernos coloquios de la vida doméstica, articulase, por lo menos una vez al dia, esta frase que pinta el último grado de felicidad para el hombre y el completo triunfo de la mujer sobre la versátil y discontentadiza naturaleza del rei de la creacion.

—¡No haberte conocido antes, para no haber perdido tantos años de felicidad!

Estas palabras, con las que D. Anselmo espresaba ser el mas feliz de los esposos, pintan perfectamente el estado de aquel matrimonio en que una jóven y bella mujer desplegaba la infinita sagacidad de su ingenio, para sacar el mayor partido posible de una posicion social, objeto de sus ambiciosas aspiraciones. Gracias a este ascendiente, Julia habia trasformado los hábitos parcimoniosos de D. Anselmo en los gustos liberales del hombre que quiere rodear a su mujer con el dorado marco del lujo, sin el cual la belleza pierde la mitad de su prestigio y atractivos. A los modestos muebles del soltero habian sucedido los lujosos de jacarandá; magnífi-

cas cortinas de brocato mitigaban la fuerza de la luz que entraba por las ventanas; las mesas se veían cubiertas de floreros y de mil caprichosas figuras que la industria francesa ha inventado para esplotar el orgullo de los favorecidos de la fortuna; grandes espejos reproducían la imájen de los felices esposos, y costosas alfombras de tripe cortado apagaban el ruido de los pasos en su blanda superficie. La vieja criada de D. Anselmo, relegada en un apartado rincón de la casa, no tenía en el servicio mas intervencion que a la hora de cebar el mate. En su lugar, un mayordomo, un cochero, un criado de manos y las criadas para el servicio particular de Julia, habían invadido aquel antes tan pacífico recinto.

En la noche, las piezas principales se alumbraban con profusion. En una de ellas, D. Anselmo establecía desde las nueve su partida de rocambo con algunos caballeros, de aquellos cuyo tipo abunda tanto en nuestras sociedades y que llegados al invierno de la vida, ven reconcentrados todos sus placeres, todo su porvenir, todas sus emociones, en una mesa de juego, durante tres o cuatro horas de la noche.

Al mismo tiempo, una falange de jóvenes elegantes lucía su donaire en el salón principal, y allí Julia brillaba como un

planeta en medio de luminosos satélites. Jugábanse juegos de prendas entre los jóvenes y varias niñas hijas de respetables mamáes que consentían en olvidar los oscuros antecedentes de la dueña de casa, porque como ellas mismas decían:

—«La que tiene hijas debe buscar el modo de establecerlas.»

A los juegos de prendas sucedían la polka, el wals y demas amenos pasatiempos con que la juventud distrae y apoya a veces la sed de emociones, propia de esa edad ardiente y antecjadiza.

Gracias a este réjimen, la casa de Julia Valverde gozaba en Santiago de una reputacion colosal, y segun la opinion de los dandys mas alambicados, era la única casa en que se divertían en Santiago, ciudad, como todos saben, en la que los hábitos de sociabilidad de nuestras pasadas costumbres van desapareciendo devoradas por ese monstruo de las modernas sociedades que se llama lujo. Julia correspondia perfectamente al renombre de elegante que sus particulares aptitudes y el bolsillo de D. Anselmo le habian conquistado, y fuera del buen té, del succulento chocolate y variados dulces con que mantenía en grado heroico el entusiasmo de sus tertulianos, habia tenido el buen gusto de desterrar de su salon lo que pudiese arrojar en sus reuniones una lijera

sombra de fastidio. Asi es que ningun periódico literario tenia entrada en aquel oasis de la sociedad santiaguina, y el mas aventurado se atrevia cuando mas, en materia de publicaciones, a citar algun hecho de crónica del *Ferrocarril* o del *Mercurio*, en el que se daba cuenta de algun espantable asesinato o del nombramiento de algun empleado público.

Julia, en quien el corazon hablaba despues de la cabeza, satisfecha su ambicion de eclipsar a las mas altas nombradas de Santiago, habia continuado sus amores con Carlos Peñalta, interrumpidos, como sabe el lector, por Fortunato. El jóven Peñalta se distinguia entre todos los que rodeaban a Julia por su moderacion e irreprochable comportamiento, pues por un tratado mui comun en esta clase de relaciones, él y Julia habian convenido afectar en público la mas glacial indiferencia, para desvanecer y desorientar las sospechas de los observadores que abundan en nuestros círculos, tanto aristocráticos, como de un órden inferior en la jerarquia social. De este modo los felices amantes habian conseguido burlar la penetracion de los espíritus suspicaces, que siempre corren tras la reputacion de ciertas mujeres a quienes su belleza y la desproporcionada edad de sus maridos, coloca en una situacion escepcional, mas espuesta a

los mundanos descarríos que la jeneralidad de las mujeres.

Pero si Julia salvaba las apariencias poniendo su honra a cubierto de los ataques del gran círculo de que por vanidad se rodeaba, su poder perdía su influjo con otras personas de la familia de D. Anselmo, que habian visto realizadas con el enlace de éste, las tristes previsiones que el interes las habia sugerido. El foco de los descontentos se hallaba en casa del humilde empleado D. Tiburcio Rostroalbo, cuya mujer e hijas perseguian los pasos de Julia con el ahinco del despecho y la rabia que enjendra en ciertos corazones la decepcion de pecuniarias esperanzas. Despues de conformarse con el casamiento de D. Anselmo, por no haber podido impedirlo, doña Petronila habia espiado la conducta de Julia y llegado al descubrimiento que, como vimos, Fortunato esterilizó por medio de un engaño. Julia trató desde entonces el atraerse a tan encarnizados enemigos, enviando con frecuencia a doña Petronila algunos regalos de dulces y comestibles, con los cuales acallaba por algunos dias las quejas continuas de su cuñada. Mas ésta y sus hijas veian con desesperacion que el dominio de Julia sobre D. Anselmo aumentaba con el tiempo; que a causa de ese dominio los donativos en dinero habian cesado;

y que Julia, tan solícita de relacionarse con ellas, antes de casarse, las pagaba raramente las visitas y las habia escludido de sus reuniones. En la vida de familia, que se sustenta de susceptibilidades, estas causas bastan para enjendrar ódios irreconciliables, que orijinan esa continua guerra a que veria entregadas muchas de las familias chilenas el que pudiese estudiarlas en sus interioridades. Doña Petronila y sus hijas juraban, pues, vengarse de la orgullosa Julia y comentaban sus menores acciones diariamente despues de oir misa, porque el gremio de jentes a que la hermana de D. Anselmo pertenecia con Raimunda y Feliciano, cree que Dios no perdona a sus fieles la falta de una misa, pero que disculpa fácilmente la murmuracion, que les es tan indispensable como el pan de cada dia. Estas razones llamaron de nuevo la atencion de doña Petronila sobre la vida privada de Julia, y poco tiempo despues de la escena en que vimos salvarse a ésta por la jenerosidad de Fortunato, doña Petronila entabló estrechas relaciones con la vieja criada de D. Anselmo, que ocupaba sus ócios en espiar los pasos de su señora, como acostumbran los mas fieles servidores de nuestra raza.

Para completar este cuadro, que debemos presentar a fin de referir los sucesos

que tuvieron lugar en Santiago durante la ausencia de Fortunato, réstanos hablar de la familia de D. Diego Almiro. Por la carta de éste a nuestro héroe, vimos que los negocios que entabló despues de recibir el documento falsificado por Fortunato, habian prosperado poco a poco. Despues de la visita de D. Diego a D. Anselmo, las relaciones amistosas de estos fueron estrechándose tambien. D. Anselmo, a quien la felicidad habia puesto compasivo, no negaba en el fondo de su conciencia que D. Diego era acreedor a la mayor parte de los bienes que él disfrutaba, y para hacerse perdonar en parte aquel despojo, que una sentencia judicial habia equivocadamente legalizado prestó su apoyo a D. Diego en sus nuevas especulaciones, con lo cual el antiguo defensor de la patria realizó en poco tiempo ganancias que le permitieron cubrir sus créditos y poner a su familia en el pié de decencia que exijia la posicion social que ocupaba. Este cambio de fortuna proporcionó a Amelia los medios de asistir de cuando en cuando a las reuniones de Julia con su madre y distraer la honda melancolía que la ausencia de Fortunato la causaba. La pobre niña poseia uno de esos corazones raros en ambos sexos, que se sustentan de un amor único, concentrando en él sus esperanzas y sus sueños, cifrando en

él su alegría, como un avaro toda su felicidad en la posesion de un tesoro: quitad a este el objeto de su codicia y le cegais la fuente de la dicha: privad a uno de esos corazones de su amor y le vereis marchitarse como una flor sin riego. Amelia habia sentido latir su corazon por primera vez a la voz de Fortunato, y ese amor, sustentado con su propia pureza, habia profundizado sus raices hasta el punto de hacerlo una condicion de su vida. Lejos de Fortunato, ella languidecia; desdeñada por él, como ya hemos visto, la niña lloraba su desventura sin buscar consuelo a su mal, ni remedio a los desdenes que lo causaban. Ante la pura sinceridad de ese amor, se estrellaron varios de los pretenciosos elegantes que asistian al salon de Julia, los que seducidos por la belleza de Amelia, creyeron que para conquistar su corazon bastaba presentarse a sus ojos con los irresistibles atractivos de una cabellera rizada, botones de primoroso gusto, camisas de una finura increible y guantes de Preville o de Jouvin. Pero Amelia habia vivido en la modesta oscuridad de su familia, y la falta de roce con el mundo elegante la impedia conocer la suprema importancia de esos objetos, a los que nuestra sociedad rinde un culto decidido sobre prendas morales que, es de esperar, tengan mas duracion

que los efímeros adornos con que la moda francesa engalana el personal de nuestros dandys. Así es que el corazón de la niña permaneció impasible a los halagos de la galantería, contentándose con buscar en el baile una distracción contra el fastidio de la ausencia.

Además de sus visitas a casa de Julia, Amelia conservaba su antigua amistad con Margarita Mantoverde, que a la sazón se hallaba casada con su tío, tenía coche, palco en el teatro, vestidos de rica tela, encajes y blondas de inmenso valor, y todo, en fin, lo que constituye la felicidad de cierta clase de mujeres que, como Margarita, cifran su dicha en la posesión de los objetos en que nuestro mundo elegante funda el orgullo de su lustre. Estas dos niñas a quienes la naturaleza había dotado de tan diverso modo, conservaban sin embargo su amistad de colegio, por la ley de los contrastes que explica la unión de encontradas naturalezas tan frecuentes en la vida.

Un día se hallaba Amelia en casa de Margarita, admirando un nuevo aderezo de brillantes que ésta acababa de encontrar. Anastasio Bermudes entró en ese instante y saludó a las dos jóvenes. La conversación rodó por algunos momentos sobre asuntos generales, hasta que Anastasio llamó la atención de Amelia con esta frase.

—¿Sabe Amelia que he tenido hoy noticias de un antiguo amigo de Vd.?

—¿De quién? preguntó Amelia.

—De Fortunato.

—Ah! ¿Vd. ha sabido de él? exclamó ruborizándose la niña.

—Sí, repuso Bermudes, me escribe que piensa casarse.

Amelia bajó los ojos, afectando fijar toda su atención sobre una pulsera que Margarita sacaba de una caja.

—¿Con quién se casa? preguntó Margarita.

—Con una niña Selgas, muy rica, contestó Anastasio.

Poco rato después Amelia se hallaba de vuelta en su casa. Era la segunda vez que su amor recibía un golpe semejante. La pobre niña alzó los ojos al cielo en una de esas oraciones mentales en que el alma se eleva a Dios, pidiéndole algo de imposible.

—Ah! si yo fuese rica, exclamó, él no me abandonaría.

Era un lamento desgarrador de su corazón, herido en la ideal espontaneidad de su amor por la mano implacable del positivismo.

En la noche asistió a casa de Julia como animada por una febril agitación. Sentía la necesidad de creer en su belleza, que acude a toda mujer desdeñada.

Bajo esta impresion oyó las protestas amorosas de Benito Robles, uno de sus mas declarados adoradores y sintió ensancharse su oprimido pecho al ver que era capaz de inspirar una pasion como la que existia en su alma.

De este modo siguieron varios dias, durante los cuales Amelia recibió noticias del nuevo amor de Fortunato por medio de Bermudes, a quien veia en casa de Margarita. Con estas noticias crecian su melancolia y su despecho, y desesperando del porvenir, oia las palabras del jóven Robles con el delirio que impulsa a las personas dominadas por una profunda tristeza a buscar el olvido en el licor. Benito Robles, que habia concebido por Amelia un verdadero amor, se creia correspondido a pesar de que la niña no habia hasta entonces pronunciado una sola palabra alentadora. En su alegria y con la esperanza de obtener cada noche de Amelia la realidad de sus esperanzas, Benito ostentaba corbatas, pantalones y chalecos de una variedad asombrosa. Amelia, indiferente a semejantes esfuerzos de *toilette*, no siempre ineficaces en la lid amorosa del mundo aristocrático, no rechazaba, empero, las declaraciones del jóven, porque su orgullo de mujer, humillado por segunda vez, tenia necesidad de aquella satisfaccion para distraer la

profunda tristeza que la abatía. Alentado Benito con aquel silencio, indicio para él de un amor tímido y recatado, dió varios pasos para acercarse mas a la niña y consiguió hacerse admitir en casa de D. Diego Almiro, que en la noche despues de la primera visita dijo a su mujer:

—Este jóven Robles me parece bien y no es pobre. Es claro que viene por Amelia ¿te gustaria que nos pidiese su mano?

A la respuesta afirmativa de su esposa, D. Diego siguió formando castillos en el aire que en toda edad gusta formar. Los jóvenes aspiran al amor, los casados a los hijos y los padres a tener nietos. D. Diego veía los suyos jugando con sus canos bigotes y sentia palpar de gozo su corazon, huérfano por mucho tiempo de las plácidas alegrías de una modesta felicidad.

XII.

El lector conoce la carta que D. Anselmo Rocaleal dirigió a su sobrino Fortunato anunciándole su nombramiento de secretario de la Intendencia de ** D. Anselmo habia conseguido aquel empleo para nuestro héroe mediante su amistad con personas influyentes en el gobierno y se congratulaba de ser el iniciador de

la elevacion de su sobrino, a quien profesaba un verdadero cariño.

Dos meses despues de escribir esta carta hallábase D. Anselmo sentado delante de su escritorio arreglando diversos papeles. Dos golpes dados a la puerta le hicieron levantar la vista.

—Adelante, dijo mirando la puerta.

—Anastasio Bermudes entró en la pieza haciendo un profundo saludo a don Anselmo.

—A qué debo el honor de esta visita, preguntó éste, despues de cambiadas las primeras frases de estilo.

—Señor, contestó Anastasio sacando una cartera, traigo aquí dos documentos firmados por Vd., cuyo plazo se ha vencido antes de ayer. Sin la casual circunstancia de necesitar algunos fondos, no me habria tomado la libertad de molestar a Vd.

—No es ninguna molestia, dijo D. Anselmo tomando los papeles que Bermudes le pasaba: uno de estos era el documento firmado por él a favor de Fortunato y que éste habia perdido al juego, endosándolo al que lo habia ganado, y el otro era el de igual valor falsificado por Fortunato para salvar a D. Diego Almiro.

Anastasio siguió con interes las distintas sensaciones que se retrataron en el rostro de D. Anselmo, el que aplicando

los anteojos sobre las narices, se aproximó a una ventana como buscando la luz.

Anastasio se acercó con disimulo.

—Recuerdo perfectamente haber firmado este, dijo D. Anselmo mostrando uno de los papeles, pero nada recuerdo sobre este otro.

Anastasio respiraba con dificultad.

—Sin embargo, dijo, ese tiene como el otro la firma de Vd.

—Así es, contestó D. Anselmo; pero bien pudiera no ser de mi puño.

—Es verdad, exclamó Bermudes, en cuyos ojos brilló un rayo de alegría: una firma puede falsificarse.

D. Anselmo, hombre de los que por la minuciosidad de sus apuntes se llaman arreglados, estaba seguro de que aquella firma no era suya; al ver el nombre de Fortunato como endosante del documento, sintió un frío mortal discurrir por sus venas. Pero el amor a la dignidad de su familia habló mas alto en él que su indignación, de manera que cuando Bermudes lleno de esperanza le preguntó:

—¿Y quién endosa el documento?

—Mi sobrino Fortunato, dijo; pero tambien pueden haber falsificado su firma como la mia.

—Es verdad, repuso Anastasio: tenga Vd. la bondad de volverme ese documento que yo aclararé este misterio.

Don Anselmo reflexionó al instante que aquel papel en manos de Bermudes podia perder a su sobrino y deshonar a toda la familia.

—Vea Vd., exclamó como iluminado por una idea repentina, mientras que Anastasio alargaba la mano para apoderarse del documento: estamos formando malos juicios cuando aqui tengo el medio de aclarar la verdad.

Diciendo esto, tomó de un pequeño estante un libro de apuntes y comenzó a hojearlo.

—Ya ve Vd. que la memoria es frágil, decia volviendo una a una las páginas del libro y yo puedo mui bien equivocarme: aqui lo vamos a ver. Luego añadió leyendo:

—Dos mil pesos en documento de fecha..... a favor de Fortunato. Es este, dijo mostrando el que él habia firmado. Ah, añadió, un dia despues está la otra partida de igual suma. Vea Vd., y yo que nada recordaba: voi a pagar a Vd. al instante.

Bermudes trató de sonreirse para ocultar su desengaño, mientras que D. Anselmo, despues de cerrar su libro de apuntes, abrió una caja de fierro y contaba cuatro mil pesos en billetes de banco.

—Aqui tiene Vd., dijo presentándolos a Bermudes, y dispense Vd. mi mala memoria.

Anastasio tomó los billetes y salió desconsolado del cuarto de D. Anselmo: ganaba dos mil pesos pero perdía el arma con que esperaba imponer silencio a Fortunato en cualquiera eventualidad sobre los antecedentes de su matrimonio.

Don Anselmo volvió a sacar el documento cuando vió cerrarse la puerta por la que Bermudes acababa de salir. Fijó nuevamente la vista sobre la firma, y salió de la pieza, dirigiéndose a otra en la que se hallaba Julia, que le recibió con la sonrisa en los lábios.

—Mira, la dijo mostrándole el papel, ¿sabes lo que ha hecho ese loco de Fortunato? Ha falsificado mi firma.

Y esplicó a Julia la escena que acababa de presenciar el lector.

—¿Y qué quieres hacer? preguntó Julia que pensó al instante que con aquel documento en su poder podría dominar a Fortunato.

—Lamarlo y echarle en cara su insolencia, dijo D. Anselmo paseándose furioso. No bastaban los gastos que por él he hecho, sino que era preciso cometer una accion infame que me deshonoraria a mí el primero, que le he hecho educar y le he colocado en donde se halla.

—Creo, dijo Julia despues de un corto silencio, que no debes hacerle venir aquí.

—¿Por qué? preguntó D. Anselmo.

—Porque al hablar con él te incomodarias mucho y esto podría enfermarte: yo ante todo miro por tu salud.

Estas palabras fueron dichas con tan dulce acento y acompañadas de tan delicados cariños, que D. Anselmo habria perdonado a su sobrino si Julia se lo hubiese pedido.

—Por qué me ha de hacer mal, dijo enteramente calmado: tú te alarmas por todo.

—¿No tengo derecho de velar por tu salud? preguntó ella con voz que finjió el enojo.

—Ah! nadie se puede comparar con mi Julia, dijo D. Anselmo estrechándola entre sus brazos.

—¿Es decir que renuncias a tu proyecto de llamar a Fortunato?

—Puesto que tú lo quieres.

—Sí, lo deseo porque es lo mejor.

—Mas no me gustaria dejarle sin una leccion, dijo D. Anselmo.

—Y se la puedes dar sin hacerle venir, replicó Julia.

—¿Cómo?

—Por medio de una accion jenerosa digna de tí.

—¿Qué es lo que debo hacer?

—Escribirle reconviniéndole fuertemente por su falta y mandarle el documento para que se avergüence de lo que ha hecho.

—Siempre piensas bien, dijo D. Anselmo besando la mano de su mujer. Luego añadió levantándose: voi a escribirle al momento.

—No, dijo Julia deteniéndole, no quiero que te vayas tan pronto; todo el dia lo ocupas en tus negocios; ¿sabes que antes eras mas amable conmigo?

—Oh! me quedo gustosísimo: ya sabes que yo no hago mas que lo que tú deseas, exclamó el enamorado esposo, en el séptimo cielo de la felicidad.

Julia se levantó del sofá en que se hallaba y abrió un lindo escritorio de jacarandá con incrustaciones de madera de rosa. Sacó papel, tintero y pluma.

—Aquí puedes escribir sin incomodarte, dijo presentando la pluma a su marido, quien la tomó y se puso a escribir.

Al cabo de media hora, leyó a Julia una larga carta de reconvenciones dirigidas a Fortunato. La jóven la aprobó en todas sus partes, haciendo a su esposo mil elogios por su brillante estilo, elogios que dieron a D. Anselmo tal idea de su talento epistolar, que habria hecho un jesto de desprecio a las mas delicadas cartas de Mme. de Sevigné. Luego Julia dobló la carta y la puso dentro de un cierro, escribió el sobre de su mano y puso un Colon sobre el cierro.

—Yo la mandaré ahora, dijo, tomando

una costura que habia abandonado a la entrada de D. Anselmo.

Poco rato despues, éste salió recomen- dando a Julia el envio de la carta.

—No tengas cuidado: voi a enviarla al instante.

Y apenas se vió sola, ocultó cuidadosa- mente la carta en un cajon secreto; intro- dujo un pliego en blanco dentro de otro cierro, púsole sobre y sello, y salió del aposento, dirijiéndose al escritorio de don Anselmo.

—¿Nada tienes que agregar? le pre- guntó mostrándole la carta.

—No, puedes enviarla, contestó D. An- selmo pensando ya en el efecto que su elocuencia haria en el corazon de Fortu- nato.

—Fortunato ha creido que podria do- minarme porque posee mi secreto, decia Julia para sí al salir del cuarto de D. An- selmo: veremos ahora si yo a mi vez no puedo imponerle silencio.

De este modo Julia, a quien Fortunato dominaba despues de haberla perdonado, se apoderaba de una arma con la que po- dia anonadar la reputacion de nuestro héroe.

XIII.

Dijimos que doña Petronila Rocaleal y sus hijas no perdonaban a Julia el desden con que poco a poco las habia alejado de su círculo, a medida que su imperio en el corazon y voluntad de D. Anselmo cobraba mayores proporciones. Dijimos tambien que doña Petronila no renunciaba a vengarse de su cuñada. La hermana de D. Anselmo deducia de sus frecuentes reflexiones que, destruyendo el amor de su hermano por Julia, ese corazon herido vendria necesariamente a buscar un consuelo en el seno de su familia y volverian entonces los dichosos tiempos para ella en que las liberalidades de su hermano suplian con usura el inmenso déficit que las diarias necesidades dejaban en el presupuesto de sus gastos, basado sobre la mezquina entrada del sueldo de D. Tiburcio. Con esta mira habia estrechado doña Petronila sus relaciones con la vieja criada de D. Anselmo, que no perdonaba a su jóven ama sus preferencias por nuevos criados introducidos en la casa en que ella gobernaba despóticamente antes del matrimonio de su patron. Mediante tan poderoso ausiliar, doña Petronila se hallaba al cabo de las menores acciones

de Julia y seguia sus pasos, espiando la ocasion de dar un golpe decisivo.

Al dia siguiente del suceso de la carta que acabamos de referir, doña Petronila entraba a las ocho de la mañana en casa de D. Anselmo. A esa hora los dueños de casa dormian aun profundamente y hasta la mayor parte de los criados que arreglan casi siempre su conducta sobre los hábitos de los amos. Asi es que doña Petronila atravesó dos patios sin ser vista y entró a un cuarto donde la vieja criada de D. Anselmo se consolaba de su abandono y de la pérdida de su autoridad con sendos mates y buenas tostadas de pan.

La señora y la criada hablaron durante algunos momentos sobre la hora mas conveniente para oir misa y comulgar, sobre las novenas que se preparaban en las iglesias, sobre los sermones que habian oido durante la semana, sazonando la conversacion con mates y tostadas, que daban nuevo pábulo a la verbosidad que ambas desplegaban.

—Y por aquí ¿cómo siguen las cosas? preguntó doña Petronila cuando creyó haber hablado lo bastante de las cosas divinas para descender sin pecar a las humanas.

—Ai, señorita contestó la vieja, dando un suspiro hipócrita mientras que sus

ojos brillaron de alegría, siempre lo mismo.

— ¿Siguen siempre las citas?

— Siempre.

— Lo que yo siento es no poder averiguar de antemano el día de una de esas citas para castigar a esa malvada como lo merece.

— Bien dicho, exclamó la vieja: hasta es un cargo de conciencia dejar que esté engañando así al patron y dando ese escándalo a la casa.

— A mi hermano, que era un santo antes de conocerla ¡engañarlo así! eso no se lo perdonaré nunca! Por eso te aseguro que seria una obra de caridad averiguar las horas en que se reunen para escarmmentarla.

— Asi he pensado yo, señorita, replicó la vieja y por eso ya sé a qué atenerme.

— ¡Cómo! ¿Sabes cuando se ven?

— Sí.

— ¿Y en dónde?

— Aquí.

— Ah, me vas a decir cuándo.

— Se lo diré con tal de que Vd. no me comprometa; porque podrian echarme de la casa y Vd. vé que una pobre vieja como yo se moriria de hambre en la calle.

— No tengas cuidado; yo te respondo de todo. Cuando Anselmo sepa la maldad de su mujer tendrá que buscar a los que le quieren de veras y nadie podrá conso-

larlo mejor que yo que soi su hermana. Entonces verás que te irá mejor, porque yo mandaré en la casa y no esa picarona que lo gasta todo en ella y no se acuerda de los que han servido bien a su marido.

—¡Dios la oiga, señorita! dijo la criada.

—Bueno; pero dime en qué dias y a qué horas son las citas.

—No hai dia fijo; pero yo he visto que cada vez que la señorita manda al cocherro con una carta con cierro rosado, en la noche viene aqui D. Cárlos. Yo habia visto muchas veces salir al cocherro con esos papelitos; pero no podia adivinar para qué eran, hasta que una noche sentí ruido despues que todos se habian acostado y tuve la paciencia de esperar hasta cerca de amanecer y ví salir a D. Cárlos del salon.

—Pues haces una buena obra que Anselmo te agradecerá algun dia, exclamó llena de alegria doña Petronila tomando el octavo mate con mas entusiasmo que el primero.

—Ojalá! pues el patron no es ahora lo que era antes conmigo.

—Es preciso que, apenas veas dar la señal, me lo vengas a decir corriendo a casa.

—Bueno, asi lo haré; pero acuérdese de que no me debe nombrar a mí.

—Para nada; no tengas cuidado.

Doña Petronila se retiró despues de esta conversacion sin ser vista por ninguno de los criados de la casa.

A las once de la mañana Julia y don Anselmo se sentaban a almorzar. Julia estaba de bellísimo humor y por sus finas atenciones obligaba a su marido a repetirse en su interior aquella frase de íntima y completa satisfaccion con que don Anselmo manifestaba su sentimiento de no haber conocido antes a su mujer. Esta se veia amada, acababa de apoderarse de una arma con la que aseguraba el silencio de Fortunato, único poseedor de su secreto y se sentia ademas jóven y bella: todas estas satisfacciones formaban una felicidad inmensa, que brillaba en el semblante de Julia como brilla el sol en un límpido cielo de primavera alumbrándolo tolo con su májica luz.

Despues de almorzar, Julia envió con su cochero la señal convenida. Sentia la necesidad de comunicar a Cárlos la nueva e importante adquisicion que habia hecho el dia anterior. Mas el cochero no salió de la casa sin ser visto por la criada que espiaba los pasos de su señora, y pocos instantes despues de la partida del emisario de Julia, la vieja salió tambien cubierta con su manton, lo que hacia pensar a los que la veian, que la pobre mujer se dirigia a la iglesia.

—Señora, dijo al divisar a doña Petronila, ya está la señal: acaba de llevarla el cochero.

—Magnífico, exclamó doña Petronila: tú verás como sé yo hacer las cosas.

Doña Petronila se cubrió devotamente con su manton y salió con la vieja para la casa de su hermano; mas en el camino reflexionó y esto la hizo variar de determinacion. Doña Petronila, a pesar de los biliosos arrebatos de su carácter, era mujer de bastante cordura para la intriga, cualidad de la que mui rara vez carecen las mujeres, sobre todo cuando se acercan a la vejez. Sus reflexiones la persuadieron de que anunciando a su hermano a esa hora la cita de Julia, dejaba a un hombre un dia entero en lucha con sus celos y que era imposible que durante ese tiempo D. Anselmo dejase de cometer alguna imprudencia que podria despertar las sospechas de Julia y desbaratar asi sus planes y sus esperanzas.

—Mira, dijo a la vieja que rezaba su padre nuestro en el camino para no perder el tiempo, estoi pensando que es mejor esperar hasta esta noche.

—Asi como nosotros perdonamos a nuestros deudores, murmuró entre dientes la vieja.

—Eso es, esperaremos mejor: con la paciencia se gana el cielo.

Doña Petronila se despidió de la vieja, que siguió el camino que llevaba y el rezo con que iba sacando ánimas del purgatorio, mientras que la mujer de D. Tiburcio volvió a su casa repitiéndose que con la paciencia se gana el cielo y muchos de los bienes de este valle de lágrimas.

En su casa la esperaba la curiosidad de sus dos hijas que, habiéndola visto salir, formaban mil comentarios sobre el objeto de su escursion.

—Mamá ¿de dónde viene? gritaron a un tiempo Raimunda y Feliciana cuando vieron atravesar el patio a doña Petronila.

—Mañana lo sabrán, curiosas, las contestó la madre.

—Pero díganos algo siquiera, replicaron las dos hijas.

—No, no, nada puedo decir: estoi ocupándome de nuestra felicidad y conténtense Vdes. con rogar a Dios porque lo logre.

Llegada la noche, doña Petronila volvió a cubrirse con su manton y se dirigió a casa de D. Anselmo.

La música resonaba en el salon, y en la pieza contigua se veían varios caballeros jugando malilla. Un criado se acercó a D. Anselmo que en aquel instante abarrotaba un rei de oro para *hacer* el caba-

llo de su contrario. El criado dijo algunas palabras al oído de su patron y este dejó su asiento, pasando las cartas a uno de los que rodeaban la mesa.

Don Anselmo se dirigió a una pieza en donde doña Petronila le esperaba.

—¿Tú por aquí? dijo al divisar a su hermana.

—Pasaba por la puerta y entré a verte, ya que tú no nos haces el favor de ir a casa.

—Te prometo que he estado pensando ir estos días; pero tengo tantas ocupaciones que no he podido moverme de casa.

—No te disculpes: yo sé que cuando uno es pobre no debe exigir miramientos.

—Pero, hermana, no seas injusta: tú sabes cuánto te quiero.

—Mucho lo disimulas desde algun tiempo y yo sé la razon.

—Te equivocas, y no porque he dejado en estos días de ir a tu casa, debes hablar de ese modo.

—Hablo, hijo, porque tengo sobrada razon para ello, y porque desde que te casaste, has cambiado completamente.

—Repito, Petronila, que te equivocas.

—Yo sé lo que digo: tu mujer te ha hecho olvidar a tus parientes.

—¡Mi mujer! bien veo que no la conoces.

—La conozco mucho mejor que tú.

—Ella siempre me habla de Vdes. con cariño, dijo D. Anselmo sin titubear ante una mentira para justificar a Julia.

—Puede ser que así sea; pero entre tanto, lo que se vé es otra cosa. Aquí tienen Vdes. reuniones, comidas y paseos y jamas nos han convidado porque somos pobres. Mira, este desden por los que realmente te quieren, te ha de pesar, porque te desengañarás de que la sinceridad está de nuestra parte y no de la de tu mujer.

—Te advierto, Petronila, que deseo que la reputacion de Julia se respete tanto como la mia.

—Eso debias decírselo a ella misma primero.

—¿Qué quieres decir? no te comprendo.

—Quiero decir que si eres tan celoso de esa reputacion, debias obligar a tu mujer a seguir otra conducta.

—¡Petronila! exclamó palideciendo don Anselmo; no hables de ese modo, porque me obligarás a no volverte a ver nunca.

—Ya me lo esperaba, que entre tu mujer y yo no vacilarias; pero estoi resuelta a decirlo todo hasta el fin, porque a pesar de tu indiferencia por nosotros, yo te quiero siempre y no me gusta que nadie se burle de tí.

—¿Y quién se atreveria a burlarse? preguntó D. Anselmo colérico.

—Tu mujer la primera, contestó resueltamente doña Petronila.

La respuesta fué como un bofetón dado en el rostro de D. Anselmo, que cerró un instante los ojos, y luego acercándose a su hermana la dijo en voz baja y tembloroso de ira:

—La envidia te está haciendo delirar: si quieres que no rompa contigo para siempre, te aconsejo que respetes a Julia como lo merece.

—Mucho siento, replicó friamente doña Petronila, que me juzgues de ese modo, y para que veas que te engañas, yo prometo darte pruebas de la maldad de tu mujer.

—¡Pruebas! Estás loca! Ni tú, ni tus hijas merecerían el honor de servirla de criadas.

—Eso querrá decir que el vicio triunfa algunas veces, pero que la virtud tiene al fin su recompensa.

—Mira, mejor es que te vayas y pienses en pedir perdón a la que así quieres ofender.

—Nada de esto me admira, y bien me figuraba que me arrojarías de tu casa, porque vives engañado y crees virtuosa a la que se ríe de tu amor y deshonor tu nombre; pero no me iré hasta que no me oigas: yo no quiero que el mundo se mofe de tí. ¿Qué dirías si yo te diese pruebas de la infidelidad de tu mujer?

—¿En dónde están esas pruebas? exclamó chispeante de cólera D. Anselmo: muéstramelas si no quieres que te arroje yo mismo de aquí.

—No te mostraré cartas ni nada de lo que se pueda dudar; mas te haré sorprender a Julia con su amante.

—¿Cuándo? Donde? preguntó desesperado D. Anselmo.

—Esta noche.

—Y si te engañas, desgraciada!

—Si me engaño, me obligo a humillarme y a pedirla perdon de rodillas. Entre tanto es preciso que tengas calma y reflexiones en que no puedo haber sufrido tus insultos sino por interes por tí. Además, viendo ahora como me has tratado, estoy arrepentida de sufrir por un ingrato y me dan deseos de callarme.

Estas palabras helaron el corazon de D. Anselmo, en cuyo pecho el demonio de los celos atizaba ya el fuego de su horrorosa duda.

—No te vayas, la dijo: prometo hacer lo que me digas. Perdóname si he sido injusto contigo; pero amo tanto a Julia que tus palabras las he recibido como si me atravesaran el corazon. Bien pensado, veo que tú lo haces solo por amor a mí; pero te aseguro que deben haberte engañado.

—Ojalá, exclamó con un hipócrita sus-

piro doña Petronila, y si tú quieres no demos ningun paso para aclarar esta duda.

—Eso no: yo deseo que la reputacion de Julia esté al abrigo de toda sospecha, y quiero que te convenzas por tí misma a fin de que puedas desmentir a los infames que la inculpan.

—Si tú lo exijes, estoi pronta.

—Sí, lo exjo, porque viviré mas tranquilo.

—En tal caso, es necesario que me prometas hacer lo que voi a decirte.

—Habla.

—Ante todo debes esta noche mostrarte con ella y los demas de la casa como siempre, para que nadie pueda sospechar que estás preocupado.

—Bueno, así lo haré.

—Te acostarás como de costumbre, cuidando dejarme abierta la puerta de tu dormitorio que comunica con tu cuarto de escribir, por donde yo entraré.

—Así lo haré, ¿y a qué hora vendrás?

—Entre las doce y media y la una.

—Y entre tanto, yo.....

—Finjirás dormir y no dirás una palabra, ni harás un movimiento a pesar de lo que puedas ver u oir.

—Te prometo que cumpliré tu encargo.

—Entonces, hasta luego, dijo levantándose doña Petronila; no te olvides del disimulo que debes observar en toda la noche.

—No lo olvidaré.

Salió doña Petronila, y D. Anselmo se arrojó sobre un sofá llorando como un niño. Despues de cinco o seis minutos de llanto, vino la reflexion: secó sus ojos, paseóse algunos momentos por la estancia y volvió a la mesa de malilla cuando creyó que nadie podria notar en su rostro la terrible agonía que destrozaba su pecho.

XIV.

Benito Robles, el tímido adorador de Amelia, continuaba sus visitas en casa de D. Diego Almiro, ostentando a los ojos de la melancólica niña los mas primorosos productos de las sastrerías de gran tono de nuestra capital. A pesar de las bellas estrofas que los poetas de todas las naciones han dedicado al amor, atribuyéndolo al misterioso magnetismo que pone en contacto dos almas que han nacido para confundirse en ese elevado sentimiento, no es menos cierto que en las sociedades civilizadas los adornos que embellecen las prendas físicas representan un importante papel en la amorosa contienda. Mas de un amante debe sus triunfos en el campo de Venus a la habilidad de un sastre, y mas de una bella ha puesto bajo la rueda de su carro el ren-

dido corazon de algun adorador, fascinado por sus blondas o por los artísticos cuanto engañosos pliegues de su corpiño. Benito Robles vivia en esta conviccion, y con la esperanza de cautivar el esquivo corazon de Amelia, pedia a la *Ville de Paris* las primorosas superfluidades que en sus ventanas ostenta, para engalanar su persona, ademas de los pantalones, levitas y chalecos que cambiaba cada dia que se presentaba de visita en casa de D. Diego Almiro.

Los padres de Amelia miraban con gran placer estas visitas y hablaban continuamente en presencia de Amelia de las ventajas de semejante partido en una sociedad como la de Santiago donde, segun ellos, cada dia era mas difícil establecer una niña.

Este lenguaje de la aritmética social, resonaba mui desacorde en el corazon de Amelia; porque Amelia amaba, y en el corazon de una niña que ama, solo pueden hallar simpática correspondencia los sentimientos jenerosos como el que entonces los domina.

Esta clase de luchas domésticas, ocultos dramas de la vida privada, se repiten con demasiada frecuencia entre nosotros para que dejemos de mencionarlos.

D. Diego y su mujer hablaban a su hija con la hostigosa voz de la experiencia: la

fria razon de sus cálculos nó podia penetrar en el pecho de la niña, que ardía en un amor puro y verdadero.

Las ideales melancolías de Amelia no podian tampoco convencer a los padres, cuyos corazones, heridos por las luchas materiales de la vida, reconocian ante todo la absoluta supremacia del dinero.

D. Diego trató de vencer la indiferencia de su hija por la dulzura de paternales consejos y ella alegó su amor por Fortunato. El padre calló algunos dias y volvió al ataque cuando creyó que la reflexion por una parte y la asidua galantería de Benito por otra, hubiesen vencido la obstinacion de Amelia. Esta vez la niña no puso objecion de ninguna clase y pidió algunos dias para reflexionar. Su pobre corazon se doblegaba al peso de las fatales noticias que sobre los nuevos amores de Fortunato acababa de oír en casa de su amiga Margarita Mantoverde.

Asi pasaron algunos dias. Benito deliraba de felicidad y aumentaba su cuenta con el sastre de una manera asombrosa.

D. Diego y su esposa daban gracias al Altísimo por la docilidad de Amelia. Y Amelia, despues de oír las ardientes protestas de Benito y de recibir los tiernos cariños de su madre, lloraba la pérdida de sus esperanzas y pedia fuerzas al cielo para consumir un sacrificio en el que sus

padres vinculaban su felicidad y su alegría.

Benito se dijo una noche al salir de casa de D. Diego:

—Quien calla otorga.

Amelia callaba en vez de responder a sus amores, luego Amelia correspondia a su pasion. Bajo este convencimiento llegó al dia siguiente a la tienda donde el padre de la niña pasaba el dia vendiendo a sus parroquianos los artículos de su comercio.

—Sr. D. Diego, dijo el elegante, quisiera hablar con Vd. algunas palabras en privado.

—Aqui me tiene Vd., contestó el veterano, y llamó a un dependiente que ocupó su lugar tras el mostrador, llevando él al jóven a un rincon donde habia un escritorio.

—Aqui puede Vd. hablar con confianza, dijo D. Diego mostrando una silla a Benito.

Este habia perdido el rosado color de sus mejillas y jugaba con la llave del reloj para darse una actitud que disimulase su turbacion.

—Señor, dijo al fin con inseguro acento: yo amo a Amelia.

—Nos honra Vd. con ese amor, díjole D. Diego.

—No puedo jurar que ella me ame, re-

puso Benito, porque nunca me ha dado sobre esto una respuesta categórica.

—Así son las niñas ¿qué quiere Vd? respondió el padre de Amelia, la timidez sella las palabras en sus labios; pero yo me lisonjeo con la idea de que Vd. será correspondido.

—¿Es decir que puedo aspirar a su mano? preguntó Benito con trémula voz.

—Por lo que hace a mí y a mi mujer, cuente Vd. con nuestro beneplácito: en cuanto a Amelia, yo hablaré con ella esta noche y daré a Vd. mañana la contestación.

Benito salió de la tienda de D. Diego admirándose de la ingratitud de la patria para con tan esclarecido hijo como el hombre que acababa de aceptarlo por yerno, y en celebración del buen éxito de su empresa, se mandó hacer varios chalecos que debían deslumbrar los ojos de su querida.

Don Diego aparentó en la mesa la gravedad del hombre preocupado de importantes ideas y llamó a su hija en la noche al tiempo de tomar su mate.

—Hijita, la dijo, voy a hablarte como un padre y espero que reflexiones seriamente sobre mis palabras. El momento que yo preveía ha llegado ya: hoy Benito Robles ha estado a pedirme tu mano.

—Pero, papá, yo no deseo casarme con

nadie, dijo alarmada la niña viendo realizarse sus temores.

—Oyeme y despues hablarás, dijo don Diego. Ese jóven es honrado, de buena familia, te ama y cuenta con algunos bienes de fortuna que asegurarian tu felicidad. Yo estoi viejo y puedo faltar a Vdes. el dia menos pensado.

—Oh! papá, exclamó Amelia alzando llenos de lágrimas sus bellísimos ojos.

—Es la suerte de todos, hijita, y es bueno ponerse en las circunstancias naturales. Si yo falto, lo que puedo dejarles bastaria apenas para una vida de economia y de miseria: morir con esta idea seria para mí como morir dos veces, porque quedarias abandonada a los azares de una existencia pobre. Este solo pensamiento me preocupa desde muchos años y me hace temblar de espanto cada vez que acude a mi imaginacion. Dios ha sido bastante bondadoso para concederme la vida hasta ahora que un jóven honrado quiere unirse a tu suerte, servirte de apoyo en la vida y guiar tus pasos en un mundo que tu no conoces y que para una mujer jóven y bella presenta por todas partes numerosos escollos. Si aceptas a ese jóven, tu madre y yo daremos gracias al cielo por su infinita bondad y viviremos a tu lado bendiciendo tu union y tu felicidad. Ahora te pregunto ¿qué responderé?

—Papá, dijo Amelia cayendo en los brazos del anciano, disponga Vd. de mí, mi felicidad será la de Vdes.

En sus lágrimas de ternura habia un tristísimo adios a sus sueños de amor sacrificados en aras de un sagrado deber.

Don Diego y su hija permanecieron durante algunos momentos estrechándose en un abrazo mudo, y sus corazones buscaban en Dios, el uno la fuente de su dicha y el otro la del valor que necesitaba en tan decisivo trance.

Al día siguiente D. Diego comunicaba a Benito la feliz noticia, mientras que Amelia arrojaba al fuego las prendas de amor que conservaba de Fortunato: en este auto de fé, Amelia veía arder a la par que esas queridas prendas, las últimas esperanzas que sostenían su corazón en aquella silenciosa y desgarradora lucha.

XV.

Dejamos a D. Anselmo entrando a los salones donde se hallaban reunidos los amigos de la familia, después de oír la fatal revelación que su hermano acababa de hacerle.

El buen hombre luchaba en vano con el terrible dolor que había tenido su corazón. A cincuenta años las desgracias en

amor son mucho mas dolorosas que en la juventud, porque el porvenir ha limitado mucho entonces sus horizontes, y la esperanza, este miraje del alma, desaparece por falta de espacio. Asi D. Anselmo penetró aterrado en la pieza donde se jugaba malilla y ocupó maquinalmente un asiento al lado de la mesa. Una *bola* que en esos momentos se jugaba, le salvó de las observaciones de sus amigos, que por sostener mas el caballo en cuarto y otro el rei en tercio, no tuvieron tiempo de notar la espantosa palidez que cubria las facciones del desgraciado.

Las horas que mediaron entre este instante y la retirada de todas las visitas, tuvieron momentos de horrible tortura para el desgarrado pecho de D. Anselmo. La agitacion de su alma no le permitió tampoco la quietud del cuerpo, por lo que dejó su asiento poco despues de haberlo ocupado y entró al salon principal cuando Julia jugaba juegos de prenda con algunos jóvenes y varias niñas, entre las que se hallaba Amelia Almiro.

Don Anselmo fijó con inquietud los ojos sobre su mujer, y ante la serenidad de su frente y la alegre risa de sus labios, parecióle que todo aquello era una pesadilla espantosa; pero la duda habia penetrado ya en su alma y debia retorcerse en su pecho sin tregua para el cora-

zon, sin descanso para el febril latido de las arterias, sin compasion para su cerebro, donde mil ideas dolorosas y mil planes desatinados se agolpaban en desordenado tropel. El pobre viejo hubiera querido llorar otra vez; pero una fuerza irresistible le clavaba en aquel lugar y esa fuerza anudaba tambien la voz en su garganta y enviaba la sangre a su corazon en tempestuosas y quemantes oleadas. Cada sonrisa de Julia llegaba a su corazon como un dardo envenenado, y sus ojos veian al traves de los fulgores de los celos, las facciones de su mujer embellecidas con tintes fantásticos, que iluminaban en su memoria los recuerdos de su ventura perdida. Habia en aquel instante en el pecho del pobre viejo mas dolor del que parece capaz de contener el pecho humano. Las voces alegres de los que jugaban herian el tímpano de sus oidos como otras tantas injurias sarcásticas que arrojaban baldon sobre su nombre, barro sobre sus canas, risa insultante sobre su felicidad. Esta horrorosa tortura cesó poco a poco ante una nueva idea que surgió a influjos de la imaginacion, siempre ingeniosa para desviar las ideas de un hombre que sufre del objeto que causa su dolor, cuando la naturaleza parece próxima a estallar bajo el peso de sobrehumanos pesares. El deseo de vengarse cambió

de repente el jiro de los pensamientos de D. Anselmo: a la desesperacion siguió la rabia y a la desgarradora contemplacion de su dicha desvanecida, el vehemente deseo de la venganza contra los que pisoteaban su honor. En pocos instante sintió la necesidad del disimulo y tuvo bastante fuerza para sonreir y tomar parte en los juegos que escitaban la alegria jeneral.

A las once las visitas se retiraron y los esposos quedaron solos.

Julia dirijió algunas palabras a su marido y se retiró a su cuarto de dormir.

Don Anselmo se retiró tambien sin haber manifestado en nada la turbacion que ajitaba su espíritu.

Media hora despues la casa se hallaba en un profundo silencio y D. Anselmo sumido al parecer en un sueño tranquilo, gracias a los esfuerzos con que reprimia los acelerados latidos de su corazon y la dificultad con que apagaba el ruido de su respiracion para oír el menor movimiento.

A las doce y media oyó D. Anselmo las pisadas de Julia y el roce de su vestido. Julia se paró un instante cerca de la cama de su marido y como convencida de que éste dormia profundamente, abrió con precaucion una puerta y desapareció.

Don Anselmo durante aquel momento creía que el corazón iba a estallar en su pecho y sentía las gotas de un sudor helado discurrir por su cuerpo, haciéndole estremecerse.

Algunos minutos después que Julia había desaparecido, se dejó caer del lecho y principió a vestirse, tratando de hacer el menor ruido posible. Hecho esto, abrió un cajón del velador y sacó un *revolver*. Al salir vió abrirse la puerta de su cuarto que conducía a su escritorio, que había dejado abierta, y oyó la voz de doña Petronila que le decía:

—¿Estás en pié?

—Sí, contestó él acercándose a su hermana.

—Ya es tiempo, porque Julia debe estar en este instante en el salón, donde acabo de ver entrar un hombre.

Ambos se dirijieron al salón, al que llegaron atravesando silenciosos algunas piezas intermedias.

Al traves de la puerta principal que separaba lo que vulgarmente llamamos el dormitorio del salón, se distinguían algunos rayos de luz.

—Mira, dijo doña Petronila acercándose a su hermano, yo voy a cerrar la puerta que conduce al pasadizo, cuya llave he puesto por afuera y tu penetrarás apenas oigas mi tos.

Don Anselmo se quedó solo delante de la puerta. Sus miembros temblaban como los de una persona atacada de fuertes calofrios y su rostro ardía inflamado por la fiebre.

Oyó la señal y vaciló un instante, arrojándose despues sobre la puerta, que estando sin llave, cedió a su impulso y abrióse de par en par.

Julia dió un grito y se arrojó, cubriéndose el rostro, sobre un sofá, mientras que Carlos Peñalta quiso huir, dirigiéndose a la puerta que daba sobre el pasadizo y que doña Petronila acababa de cerrar. Veloz entonces como un rayo, se abalanzó sobre D. Anselmo, que en su turbacion habia olvidado de preparar el *revolver*. Una lucha se trabó entre el jóven y el marido, en la que a poco rato el vigor de Carlos triunfó de las débiles fuerzas del viejo, el que fué a caer sobre una silla, mientras que su adversario desapareció, corriendo por la puerta que don Anselmo acababa de abrir al entrar.

Don Anselmo hizo un esfuerzo para levantarse; se puso un momento de pié, quiso andar ácia Julia y, doblándosele las piernas, cayó sobre el suelo, arrojando un jemido ronco y desgarrador.

En ese instante penetró doña Petronila.

—Huya Vd. y sálvese de su furor,

dijo tomando por un brazo a Julia que aun permanecía inmóvil sobre el sofá.

Julia levantó los ojos sobre doña Petronila y el terror que se retrataba en sus facciones se cambió en una espresion de odio indecible. Sin contestar se levantó y dirigióse a la puerta echando una mirada sobre su marido que yacia en tierra y sin sentido.

Doña Petronila puso la cabeza de su hermano sobre sus rodillas y llamó a la vieja criada que al parecer se hallaba mui próxima, porque se presentó al instante.

—Que vayan corriendo a llamar médico, la dijo doña Petronila.

La vieja salió inmediatamente.

Entre tanto, Julia se dirigió a sus habitaciones, abrió el escritorio donde habia ocultado la carta escrita por D. Anselmo a Fortunato, en la que le enviaba el documento falsificado, tomó con la carta varias cajas de joyas y cubriéndose con un grueso chal salió de la casa, encaminándose a la de su madre.

Media hora despues llegaba el médico cuando doña Petronila habia hecho conducir a D. Anselmo a su cama.

El médico tomó el pulso del enfermo, ordenó una sangria y citó a una junta para la mañana siguiente, quedándose él en la casa a ruego de doña Petronila, que explicaba a todos como su hermano, ha-

llándose conversando con ella en el salon despues que las visitas se habian retirado, habia caido de repente sobre la alfombra como herido por un rayo.

XVI.

A la hora citada, tres facultativos se hallaban reunidos en la pieza contigua a la de dormir de D. Anselmo. Esta pieza comunicaba con otra, en la que desde temprano doña Petronila y sus hijas se hallaban instaladas, confeccionando los remedios caseros que a cada cual ocurría aplicar al enfermo, sin perjuicio de los recetados por el médico, que habia velado a la cabecera del paciente.

En la pieza donde se hallaba D. Anselmo, la luz penetraba apenas por los postigos de las ventanas. A la afanosa respiracion del enfermo se unia otra no menos pronunciada, que anunciaba la presencia de otra persona en el aposento. El que así se hallaba al lado de D. Anselmo era frai Ciriaco Ayunales, a quien la vieja criada habia advertido del peligro que corría la vida de su amo, segun las palabras del médico.

Los facultativos entraron uno por uno y practicaron el reconocimiento del enfermo, reuniéndose despues de este acto en la pieza vecina.

El médico que hasta entonces habia asistido a D. Anselmo tomó con tono grave y sentencioso la palabra. Espuso el estado en que habia visto al enfermo, las providencias médicas que habia creído oportuno tomar y concluyó diciendo que para él la enfermedad era un ataque de apoplejia.

El segundo de los opinantes pronunció un largo discurso a cerca de los efectos de las sensaciones morales del individuo sobre sus dolencias físicas; citó al efecto casos asombrosos que la clínica de las naciones mas cultas apuntaba en apoyo de su teoria; y concluyó declarando que el enfermo sufría de una congestion cerebral y que por consiguiente debía tratarse como tal aplicándole los medicamentos que espresó en una receta.

Por fin, el tercero de los facultativos tomó a su turno la palabra y rebatió en un extenso discurso las opiniones emitidas por sus sábios y distinguidos colégas, declaróse partidario de la medicina expectante y propuso tratar la enfermedad con lijeros emolientes, dejando a la naturaleza el encargo de la completa curacion que el arte debía solo secundar por medios prudentes y bien combinados.

Replicó a esto el primero, probando los errores en que sus dos colégas incurrian y encomiando la escelencia de su

opinion y de los medios que habia propuesto para combatir el mal. A esto respondió el segundo y luego el tercero. Procedióse a nuevo reconocimiento del enfermo; dieron cada cual nuevas recetas y se retiraron por fin, quedando el que primero lo habia asistido, en calidad de médico de cabecera y prometiendo los otros reunirse nuevamente en la noche para dictaminar en vista de los nuevos síntomas que para entonces se presentaren.

El lector nos agradecerá, sin duda, que le ahorremos la lectura de los seis o siete discursos que durante aquella junta se pronunciaron, y que sigamos el hilo de nuestra narracion despues de la salida de los doctores.

Al volver el médico de cabecera despues de despedir a sus colégas, detúvolo doña Petronila, en cuyos ojos brillaban desde por la mañana dos lágrimas, que aun no parecian resueltas a deslizarse sobre sus mejillas.

—¿Y qué han dicho los médicos, doctor? le preguntó con acento menos conmovido que lo que hubiera podido esperarse por las lágrimas que brillaban en sus párpados.

—Señora, contestó el doctor, el caso es grave, no puedo negarlo; pero la ciencia tiene recursos y yo espero triunfar del

mal, no obstante la opinion de los caballeros que acaban de salir. El cerebro se halla gravemente comprometido y voi a recetar los medicamentos que me parecen convenientes.

—Vea, señor, replicó doña Petronila, una amiga mia estuvo enferma de lo mismo que Anselmo en dias pasados y una comadre mia le dió a beber una bebida de entrecáscara de palqui con una narigada de pimienta, tres cucharadas de agua bendita y un poco de zumo de naranjas puestas al sereno.

—Vd. me permitirá primero, señora, contestó el médico, ap'icar al enfermo algunos remedios: mis colégas han quedado de reunirse esta noche nuevamente conmigo, de modo que ellos aprobarán o desaprobarán mi sistema.

—Pero, sin perjuicio de eso, dijo doña Petronila, mui bien podian hacerle un remedio con que sanó la otra noche el sacristan que vive cerca de casa. Estaba lo mismo que mi hermano, y le dieron una bebida que le sentó como por milagro. No hai mas que echar en medio pocillo de agua bendita, una cucharada de polvo de hostia y unas goteras de cirio pascual. Apenas el sacristan tomó la bebida bien caliente, se durmió como plomo y despertó bueno y sano al dia siguiente.

—Pero, mamá, dijo Raimunda, qué no

se acuerda que el zapatero de la esquina de casa sanó con unas *friegas* de ají con grasa y cogollos de olivo?

—Si a mi tío le pusieran una cataplasma de linaza con sangre de gallina negra, estoi segura que sanaba *al tiro*, dijo Feliciano.

El médico dió las espaldas a las tres opinantes y entró al cuarto del enfermo.

Tras el médico entró doña Petronila, seguida de sus dos hijas que aun discutián sobre las milagrosas *curas* del barrio que ellas habitaban.

—¿Cómo te sientes, hijo? preguntó doña Petronila acercándose al enfermo.

D. Anselmo tembló al oír aquella voz que le recordaba las fatales revelaciones y las escenas que causaban su mal; miró a su hermana con ojos en los que a la par del brillo de la fiebre, se divisaba un disgusto invencible, y murmurando entre dientes algunas palabras ininteligibles, se volvió del lado de la pared.

—Si quisieras tomar la bebida del sacristan, estoi segura que sanarias, dijo doña Petronila dando a su voz el acento mas cariñoso que pudo hacer salir de su garganta.

El enfermo nada contestó y solo hizo señas a frai Ciriaco de acercarse.

—Padre, dijo D. Anselmo, hágame el favor de cumplir con mi encargo.

Frai Ciriaco hizo señas a doña Petronila de salir con sus hijas a la pieza vecina y salió con ellas.

—Comadre, dijo a doña Petronila, es mejor que dejen descansar al enfermo: su cabeza está débil y cualquier ruido le incomoda.

—Asi ha sido siempre Anselmo conmigo, exclamó doña Petronila, siempre ingrato despues que yo no deseo mas que cuidarlo.

—Paciencia, paciencia, repuso frai Ciriaco, no sea Vd. injusta, comadre: el pobre hombre está enfermo y es preciso considerarle.

—No quiere oirme hablar porque le he hecho conocer que le engañaban. Asi paga mi cariño y mis cuidados por su reputacion.

—No se mueva de aquí hasta que yo vuelva, la dijo frai Ciriaco sin hacer caso de sus quejas, y que no hagan ruido sobre todo.

Dichas estas palabras, salió dejando a doña Petronila continuar sus lamentos con sus hijas.

Pocos instantes despues llegó D. Tiburcio.

—¿Se puede entrar? preguntó asomando la cabeza.

—Sí, contestaron su mujer y sus hijas a un tiempo.

El empleado entró sobre las puntas de los pies y puso con gran cuidado su sombrero sobre una silla.

—Figúrate, le dijo doña Petronila, que Anselmo no nos quiere consentir en su cuarto, despues que por mí ha llegado a saber que esa malvada le engañaba. Ya se vé, no hai mas que hacer bien para cosechar ingratitudes.

En este momento se oyeron unos lijeros golpes en la puerta. Raimunda y Feliciano se avalanzaron a un tiempo a ver quien llamaba.

—Mamita, dijeron ambas, aqui traen una carta para mi tio.

—A ver la carta, contestó doña Petronila apoderándose del papel. ¿Quién la trae?

—¿De a dónde viene? preguntaron las dos hijas al criado.

—Soi de aquí, señorita, contestó éste y me la acaba de entregar un mozo sin decirme de donde la traia.

—Apuesto lo que quieran, exclamó doña Petronila, que esta carta es de esa mujer.

—¿De qué mujer? preguntó D. Tiburcio que jamas habia descifrado el mas ligero enigma y no comprendia la alusion de su consorte.

—De Julia, de Julia, contestó doña Petronila con voz que pudiera llamarse grito en voz baja.

—Talvez, dijo D. Tiburcio.

—Cuando menos le escribirá pidiéndole perdon, observó Raimunda.

—Para entrar de nuevo en la casa y arrojarlos a nosotras, añadió Feliciano.

—Pero no será lo que ella quiere, repuso doña Petronila, porque Anselmo no leerá su carta.

—Bueno será que se la lleves, dijo don Tiburcio.

—¿Yo? No soy tan tonta. Bonito sería que yo le fuese a llevar una carta con la que talvez ella quiere engañarlo para vengarse de nosotras y volver a la casa. Se la entregaré si veo que no hai nada que pueda dañarnos en ella.

—¡Cómo! exclamó D. Tiburcio viendo que su mujer unia a estas palabras el ademán de romper el sello ¿te atreverás a abrirla?

—Vaya si me atreveré, contestó ella abriendo el cierro; mira, ya está abierta.

D. Tiburcio miró a su mujer con ojos espantados.

Raimunda y Feliciano se acercaron a su madre ávidas de curiosidad.

—¡Es de ella! exclamó doña Petronila leyendo la firma.

—Yo la leeré, mamita, dijo Raimunda.

—Yo leo mas lijero, exclamó Feliciano tratando de arrebatarse la carta a doña Petronila.

—Esa carta no se debe leer, dijo don Tiburcio dando a su voz un acento de autoridad de que él mismo se admiraba.

—¡Oiga! replicó doña Petronila. ¡Qué bien que entiendes tu interes y el de tu familia! Es decir que querrias que se la entregásemos a Anselmo para que se ponga bien con su mujer, porque estoi segura que la perdonará.

—Y aunque la perdone ¿qué mal puede sucedernos? preguntó D. Tiburcio haciendo un esfuerzo para sostener su entereza contra su mujer.

—¡Y lo preguntas despues de todo lo que por ella hemos sufrido! exclamó colérica doña Petronila. Despues que esa mujer nos ha privado de cuanto nos daba mi hermano antes de casarse; despues que nos ha alejado de la casa y que da comidas y bailes cuando se le antoja sin convidarnos, y cuando su intencion era privarnos de la herencia que Anselmo hubiese querido dejarnos, tú preguntas qué mal puede sucedernos con que le perdonen sus maldades!

—Pero, mujer! murmuró turbado don Tiburcio.

—Mucho te inquietas por tu familia; ya se vé, somos tan ricos que mui bien podemos despreciar lo que lejítimamente mi hermano pensaba dejarme antes de casarse con esa maldita mujer.

Doña Petronila parecía lanzar rayos de cólera por los ojos, pues su marido había tocado la cuerda sensible de su carácter. La idea de perder la herencia de su hermano, después de haber soñado en ella durante largos años y de haber conseguido apartar el temible obstáculo que se oponía a sus miras, la exasperaba de tal modo que había olvidado toda reserva y alzaba su voz que hubiese podido oírse desde el patio.

—Mamita, mamita, hable mas despacio, la dijeron a un tiempo sus dos hijas.

—Tu padre tiene la culpa con sus escrúpulos tontos, respondió ella, cuando vé que yo sola me desvelo por la felicidad de la familia.

D. Tiburcio bajó la vista, arrepentido de haber hablado con visos de energía en nombre de la honradez y dejó sin respuesta el último apóstrofe que le lanzara su esposa.

—Vamos, Tiburcio, confiesa que has hecho mal, dijo doña Petronila acercándose a él.

—Yo, hijita, lo decia, por qué.....

—Sí, sí, porque no sabias lo mal que esa mujer se ha portado con nosotros, dijo ella interrumpiendo a su contrito marido. Ahora, añadió, que sabes el fin de mis acciones, espero que me harás justicia y que nos leerás esa carta.

D. Tiburcio, subyugado por la voz de su mujer, tomó temblando la carta y echó sobre ella la vista con la espresion de un condenado a quien hiciesen leer su propia sentencia.

—A ver qué dice, exclamaron Raimunda y Feliciano.

D. Tiburcio leyó con voz apagada.

«Anselmo:

»Si no hubiese considerado la fuerza de tu amor y la fatal apariencia de las circunstancias, jamas te perdonaria el premio que has dado a las muestras de cariño que he hecho por tí, dudando de la honradez de mi conducta y ultrajando así mi delicadeza y mi amor. Te escribo esta, no para implorar un perdon, porque nada tengo que reprocharme, sino con el fin de explicarte las causas por que yo habia concedido una cita, de lo que hoy habia pensado enterarte en todos sus detalles. Si en vez de oír a jentes malvadas, que no han podido mirar sin envidia nuestra felicidad, hubieses confiado en la que aun ahora sacrificaria por tí su vida, tú no habrias sufrido lo que supongo padeces y no me veria yo deshonrada ante la sociedad, despues de perder tu amor, que es lo único que me puede hacer feliz en este mundo.»

—¡Malvada! exclamó doña Petronila mientras que su marido daba vuelta la hoja.

—Vea si tenemos razon, dijeron a su padre Raimunda y Feliciano

Don Tiburcio arregló el dobléz del pliego y continuó:

«Aun cuando estoi resuelta a encerrarme en algun convento, no quiero dejar para siempre el mundo sin haberme antes justificado a los ojos del único hombre a quien verdaderamente he amado y amaré siempre. Mi justificacion es mui sencilla, porque la verdad no tiene necesidad de atavios para brillar en todo su esplendor. Para esto seré franca refiriéndote lo que antes no quise revelarte por no turbar tu amor con celos orijinados por sucesos que tuvieron lugar antes de conocernos. Poco tiempo despues de enviudar, visitó Carlos Peñalta en mi casa y me manifestó un amor que no podia dejar de lisonjearme. Mi madre se opuso a nuestro enlace; pero no por esto dejé de creer yo que lo amaba y él de manifestarme su pasion. No pudiendo vernos nos escribiamos; pero apenas tuve la dicha (y ahora diré la desgracia) de conocerte, ví que lo que yo tomaba por un amor verdadero, era nada mas que la natural simpatia que nos inspira el hombre que halaga nuestro orgullo con rendidas palabras. Desde ese dia te amé y dije a Carlos francamente lo que por mí pasaba: él se resignó al parecer, pero se guardó las cartas. Desde

entonces me ha perseguido y me he visto obligada a tolerar sus impertinentes visitas por temor de que hiciese un uso indigno de mis cartas, presentándolas como escritas despues de nuestro casamiento. Para sufrir esta tortura he necesitado de toda la fuerza que mi amor por tí me daba, pues no queria que indignas a la par que injustas sospechas empañasen la felicidad tuya, a la que con placer me habia consagrado. Pero Carlos se mostraba cada dia mas exigente y amenazador, hasta que me resolví a obtener esas cartas, arriesgando mi tranquilidad de un instante para comprar la del resto de mi vida. Con este fin accedí a su pretension, concediéndole la cita que él me imponia por condicion para entregarme las cartas, resuelta a despedirle desde entonces para siempre. Tuve necesidad de un gran valor para dar este paso; pero la idea de que con él rescataba nuestra tranquilidad quitando de por medio lo que hubiera podido darte la sombra de una sospecha, y haciendo conocer a ese hombre el desprecio que me infunde, me dió fuerzas para darlo. Hé aquí todo lo sucedido. Te enviaré las dos cartas cuando lo desees y hago votos al cielo por que Dios perdone a los que han destruido para siempre mi felicidad en la tierra, rogándole tambien por que me dé fuerzas para olvidarte. — *Julia.*»

—¿Qué tal? preguntó doña Petronila cruzándose de brazos delante de su marido, ¿no lo ves? Con esta carta esperaba ella trastornar la cabeza a mi hermano, volver a la casa y arrojarnos a nosotros.

—¿Pero quién sabe si eso es cierto? dijo con la mayor candidez el buen empleado.

Doña Petronila avanzó su labio inferior en señal del mas soberano desprecio, y volvió las espaldas a D. Tiburcio, a tiempo que se oyeron algunas voces en la pieza vecina.

Doña Petronila vió con asombro penetrar en la pieza en que se hallaba a frai Ciriaco, acompañado de D. Diego Almiro, su mujer y su hija.

El saludo que estas personas recibieron de la familia Rostroalbo fué frio y ceremonioso: mas bien parecia un insulto.

—Siéntense Vdes., díjoles doña Petronila dándose los aires de dueña de casa. Mi hermano, añadió, sigue lo mismo.

Sin esperar respuesta, frai Ciriaco hizo señas a D. Diego y su familia de pasar al cuarto del enfermo, lo que ellos ejecutaron saludando en silencio a doña Petronila.

Esta y sus hijas se miraron recíprocamente, como preguntándose el motivo de aquella visita.

—No será mucho que estos intrusos vengan ahora a querer recomendarse a

los ojos de Anselmo por si hace testamento, dijo con voz colérica doña Petronila a sus hijas. ¡Ai! exclamó dando un suspiro, en este mundo, para medrar, se necesita tener cara de palo y no conocer la vergüenza!

—No se acuerda, mamita, dijo Raimunda, que yo le habia hecho notar ya la amistad de mi tío con D. Diego y su familia?

—Una cosa es amistad y otra venirse a meter así al cuarto de un enfermo, cuando no quiere ni que su hermana esté a su lado, replicó la madre sentándose desesperada.

Feliciano, entre tanto, habia aplicado el oído a la puerta que los separaba del cuarto de D. Anselmo.

—¿Oyes algo? la preguntó la madre.

—Se oyen voces; pero no se distingue lo que hablan, contestó Feliciano.

—Sí, pues, exclamó levantándose fuera de sí doña Petronila, se han puesto a hablar despacio para que no puedan oírlos. ¡Esto era lo que faltaba!

Don Tiburcio tomó en silencio su sombrero y salió de la estancia para escapar a la cólera de su mujer.

XVI.

Don Anselmo alzó la vista sobre los que entraban al ruido de la puerta que se abría.

Por indicacion de frai Ciriaco, D. Diego se aproximó a la cama de su antiguo compañero.

—Diego, dijo D. Anselmo estrechando la mano del viejo militar. en estos últimos tiempos he tenido ocasion de conocer que tu amistad y la de tu familia ácia mí es sincera y desinteresada: ahora, como ves, me encuentro casi solo y me siento mui mal: los sufrimientos físicos y los morales ponen mi vida en peligro y quisiera verme rodeado de rostros amigos. ¿Será mucho exigir que solicite la compañía de tu mujer y de tu hija durante algunas horas del dia?

Don Anselmo habia pronunciado estas palabras con un ardor febril que pareció abandonarle al terminar, pues su cabeza, media levantada mientras hablaba, cayó sobre la almohada como abatida por aquel esfuerzo.

—Mi mujer y mi hija te cuidarán como a un hermano, como me cuidarian a mí, exclamó enternecido D. Diego.

—Gracias, te lo agradezco en el alma,

dijo con voz apagada D. Anselmo. Mira, sé bien que he sido injusto contigo, añadí, mas yo espero que Dios me dará aun bastantes dias de vida para reparar esas faltas.

—Dejemos esos recuerdos, contestó don Diego, piensa en mejorarte y nada mas.

Doña Rosa y Amelia lloraban enternecidas al oír las palabras de D. Anselmo.

—Que tu mujer y tu hija dispongan en mi casa como quieran, dijo el enfermo, y sobre todo, añadió en voz baja, que no dejen entrar a mi hermana ni a esas muchachas cuya voz me irrita los nervios y resuena como martillazos en la cabeza.

Desde este momento Amelia y su madre pasaban la mayor parte del dia al lado de D. Anselmo, prodigándole los infinitos cuidados con que las mujeres saben aliviar los padecimientos de los que sufren.

—Vd. ha sido siempre afectuosa conmigo y esto prueba su buen corazon, decia D. Anselmo a Amelia en las conversaciones que con frecuencia tenia con ella.

—A Vd., contestaba Amelia, debe mi padre el último arreglo de sus negocios, pues con los dos mil pesos que Vd. dió a Fortunato, mi padre obtuvo esperas de sus acreedores y pudo salvarse.

Doña Petronila y sus hijas no abandonaban el puesto a pesar de lo que veían. El tema de sus conversaciones era el des-

caro con que, segun ellos, la familia de D. Diego Almiro habia venido a apoderarse del puesto que a ellas correspondia.

XVII.

Tales eran los sucesos acaecidos en Santiago durante la ausencia de Fortunato.

Este llegó a la capital el mismo dia en que doña Rosa y Amelia se instalaban a la cabecera del enfermo, es decir, al segundo dia de la enfermedad.

Dirijióse Fortunato a casa de su tio, pues con su nombramiento de secretario habia abandonado su antigua habitacion. Al entrar al patio fué recibido por uno de los criados que Julia habia puesto en la casa.

—¿Está mi tio? preguntó el jóven bajando del birlocho de posta que le habia traído.

—Está enfermo en cama, contestó el criado tomando una maleta de manos de Fortunato.

—¡En cama! exclamó Fortunato dirijiéndose a las habitaciones.

—Le dió un *insulto* antenoche, señor, y ha caído a la cama.

Fortunato no oyó esta respuesta, porque habia pasado la puerta que comunicaba con el patio a la pieza en que doña

Petronila y sus hijas habian sentado sus reales.

Doña Petronila le abrió los brazos sollozando y las dos niñas recibieron el abrazo de su primo cubriéndose los ojos, como para ocultar un llanto que no vertian.

A este abrazo siguieron las esplicaciones. Doña Petronila refirió el suceso que orijinaba la enfermedad de D. Anselmo, entre suspiros ahogados y lamentos desgarradores.

—¿De modo que Amelia y su madre están allí? preguntó el jóven señalando la pieza en que se hallaba su tio.

—Ocupando nuestro lugar. ¡Lo que es no tener vergüenza! dijo doña Petronila enjugándose las lágrimas.

Fortunato, que quiso entrar al cuarto de D. Anselmo apenas habia abrazado a su tia, vaciló entonces al saber aquella circunstancia. Dos temores asaltaron juntos el espíritu de nuestro héroe: el que le causaba la necesidad de confesar a su tio la historia del documento y el de encontrarse alli con Amelia, a quien por segunda vez habia traicionado. Mas, Fortunato tenia por su tio un verdadero cariño y sus temores cedieron el paso a este sentimiento..

—¿A dónde vas? le preguntó doña Petronila viéndole dirigirse al cuarto de D. Anselmo.

—Voi a entrar, contestó él.

—Mira que ha dicho que no dejen entrar a nadie.

—No importa, la órden no reza conmigo, porque no sabia que yo iba a llegar.

Y Fortunato abrió la puerta y entró al cuarto de D. Anselmo.

—Este era el que faltaba, dijo doña Petronila: apuesto a que viene a contraer méritos para que no le olviden en el testamento.

Al ver entrar a Fortunato, Amelia se levantó de su asiento como movida por un resorte. La inesperada presencia del hombre por quien habia vertido tantas lágrimas, produjo en ella una invencible turbacion. Al ruido de la puerta D. Anselmo abrió los ojos y divisó a su sobrino que en ese momento saludaba a doña Rosa y a su hija.

—¿Qué buscas tú aquí? exclamó don Anselmo sin dar a Fortunato tiempo para saludarlos.

—Vengo a verle y siento en el alma encontrarle enfermo, contestó el jóven acercándose al lecho del enfermo.

—A verme! despues de haber traicionado mi confianza, dijo animándose por grados D. Anselmo; bien te sienta ese cuidado despues de deshonar tu nombre falsificando mi firma y huyendo de aquí

sin advertirme lo que mas me importaba para mi honor. Ah! ya has perdido todo mi cariño. Retírate: el documento que te deshonoraba te lo he enviado ya y ese es mi perdon.

Fortunato vió con espanto que no solo conocia su tio el hecho del documento, sino que doña Petronila le habia revelado la cita que Fortunato habia sorprendido entre Julia y Carlos Peñalta.

Amelia y su madre quisieron retirarse al oír aquellas palabras. La pobre niña sintió desvanecerse todo su rencor al ver a su amante tan duramente tratado.

—No se retiren Vds., las dijo D. Anselmo al ver que ambas trataban de salir. Nada mas tengo que decir a este jóven: le amaba como a un hijo y él me ha traicionado doblemente: que Dios lo compadezca.

Y al decir estas palabras, D. Anselmo cerró los ojos como indicando que no queria hablar mas.

Un fenómeno que, aunque singular, no deja de esplicarse perfectamente, se operaba en el espíritu de D. Anselmo al acriminar a Fortunato por su silencio sobre la conducta de Julia, cuando no podia sufrir la presencia de su hermana por haberle revelado lo mismo que exigia de su sobrino. Parecíale que Fortunato con su silencio habia originado su desgra-

cia al mismo tiempo que veía en doña Petronila la causa de su reciente mal y el constante recuerdo de las escenas que lo motivaban. Ambos le inspiraban casi igual aversion, bien que su encono contra el jóven podia mirarse mas bien como un desahogo de su corazon, que buscaba una salida a su dolor, inculpando a otros que a los verdaderos autores del crimen.

—Tio, replicó Fortunato tras un breve silencio; bien cruel se muestra Vd. conmigo: si falté a su confianza sirviéndome de su firma, fué con un noble fin y para reparar una locura de muchacho que venia resuelto a confesar a Vd.: en cuanto a que yo haya huido sin revelarle lo que mas podia importar a su honor, veo que le han informado a Vd. mal, pues nada tenia que decir.

Al responder estas últimas palabras, pensó Fortunato que era agravar el sentimiento de su tio con la confesion de un hecho sobre el cual nada podia remediarse. Creyó un deber no decir en esto la verdad y continuó:

—Yo sé mui bien quién ha puesto esta sospecha en el espíritu de Vd. y no ignoro el objeto con que lo han hecho. Yo soi el único que puedo hablar en esta materia y niego el hecho. Por lo demas, Vd. puede perdonarme o no por haberme ser-

vido de su firma, pues yo no volveré a molestarle con mi presencia.

Saludó a Amelia y a su madre y salió de la pieza con el corazon destrozado. Al ver herido su orgullo en presencia de la única mujer a quien realmente habia amado, casi sintió un secreto placer por las desgracias que agoviaban a su tio; pero mui pronto la natural jenerosidad de su corazon rechazó tan indigno sentimiento y con un triste suspiro dijo con profundo pesar:

—¡Pobre tio! qué desgraciado es, y cuánto debe sufrir!

Amelia habia sentido una inmensa alegría al oir las palabras dichas por Fortunato sobre el documento, pues con ese instinto de la mujer que ama y que aprovecha los menores incidentes de la vida para robustecer su amor, habia adivinado la accion de nuestro héroe por salvar a su padre.

—Se ha sacrificado por nosotros, se dijo para sí, ¡y yo que le acusaba de ingratitude! ¡Qué injusta he sido para con él!

Asi Fortunato quedaba desde entonces absuelto de sus faltas para con ella. En su noble y amante corazon resonaba mas alto la voz del reconocimiento que la del encono y de los celos, porque el amor predispone a los jenerosos sentimientos, y Amelia amaba, como ya lo hemos di-

cho, con la decision incontrastable que mas fácilmente nace en la mujer que en el hombre.

Apenas entró Fortunato al cuarto en el que impacientes le esperaban doña Petronila y sus hijas, las tres se acercaron a él preguntándole:

—¿Cómo te fué? ¿qué te dijo?

—Nada de particular: el pobre tio está bien malo, contestó el jóven.

Apenas Fortunato pronunciaba estas palabras, el criado que le había recibido al llegar entró en la pieza.

—Señor, dijo pasando un papel a Fortunato, acaban de traer esta carta para usted.

—El jóven abrió la carta, y acercándose a una ventana, leyó lo siguiente:

«Quisiera hablar con Vd. sobre asuntos que pueden interesarle, y le agradeceré infinito si Vd. se sirve pasar a casa lo mas pronto posible.

»*Julia Valverde.*»

Fortunato se despidió de sus parientes y se dirigió al instante a casa de Julia.

Esta vestia de negro y en su rostro se veian las señales de una profunda ajitacion.

—¿Ha visto Vd. a su tio? preguntó despues de las primeras esplicaciones.

—Salgo de su cuarto, contestó Fortunato.

—¿Y cómo le ha recibido a Vd.?

—Mal, y no lo ocultaré que Vd. tiene gran parte en el enojo que me ha manifestado, porque segun he visto, mi tia le ha dado a entender que yo estaba al cabo de sus relaciones con ese jóven por el que Vd. se ha deshonrado.

Al oir esta contestacion, Julia vió que nada podia esperar de Fortunato, a quien creia poder utilizar como intermediario entre ella y D. Anselmo.

—Yo le he escrito una carta, dijo, pero temo que no haya llegado a sus manos, porque sé que doña Petronila y sus hijas interceptan toda comunicacion con él. ¿Es verdad que Amelia y su madre son las únicas personas que pueden hablar con Anselmo?

—Es cierto.

Julia pareció entregarse a sérias reflexiones.

—Siento en el alma, dijo al cabo de un momento de silencio, que yo sea causa del enojo de su tio con Vd.

—Dejemos eso, contestó Fortunato; nadie tiene poder sobre el pasado, de modo que nada adelantariamos con recordarlo.

—Vd. tiene razon, dijo Julia suspirando.

Luego añadió:

—Me permitirá Vd. que le haga una

pregunta que puede convenir a nuestros intereses?

—En primer lugar, respondió el jóven, herido por las palabras *nuestros intereses*, con las que Julia parecia querer hacer causa comun con él, yo dejo al tiempo el cuidado de arreglar mis asuntos y no me inquieto por lo que acaba de sucederme, pues no tengo en esto otro interes que la salud y la felicidad de mi tio; por lo que toca a la pregunta, puede Vd. hacerla, que yo contestaré a ella si lo creo prudente.

Julia fingió no conocer la acritud de aquellas palabras, porque tenia un fin al querer preguntar a Fortunato lo que deseaba saber. Dió a su rostro su mas suave espresion y con su voz mas dulce dijo:

—Iba a preguntarle si Vd. ama todavía a Amelia.

—Y Vd. me permitirá que calle sobre este punto.

—Bien; pero podrá Vd. entonces decirme si ella lo ama a Vd. como antes.

—No lo sé.

A estas palabras siguió un nuevo silencio, que interrumpió Fortunato despidiéndose de Julia.

Apenas el jóven habia salido de la casa, Julia llamó a un muchacho de trece a catorce años que estaba en un rincon del patio.

—Corre a llamarme a Pedro, le dijo: que venga al momento.

Pedro era el mismo criado que habia entregado la carta a Fortunato y el que trasmitia a Julia todo lo que ocurría en casa de D. Anselmo.

Mientras el muchacho corria a desempeñar su comision, Julia se sentó al lado de una mesa y escribió la carta siguiente:

«Querida Amelia:

No creo que mi desgracia haya borrado en su corazon el recuerdo de nuestra reciente y sincera amistad. En nombre de esta, la suplico a Vd. tenga la bondad de señalarme el punto donde pueda verme cuanto antes con Vd. De nuestra entrevista depende talvez la tranquilidad y la dicha de Fortunato. Confio en que Vd. no me dé un cruel desengaño, faltando a la entrevista que encarecidamente la pide su amiga afectísima

Julia Valverde.»

Pocos momentos despues que Julia firmaba la carta, llegó Pedro con el muchacho que habia ido a llamarle.

—Es necesario, le dijo Julia, que entregues al instante esta carta a Amelia. Debés hacerlo en mano propia y no como con la otra carta que fuiste a entregar a doña Petronila.

—Así lo haré, señorita, y al momento, contestó Pedro saliendo despues de la casa.

Pocos momentos despues de llegar a la de D. Anselmno, Amelia salió a pedir una limonada para el enfermo, y Pedro puso en sus manos la carta de Julia.

Amelia la leyó y reflexionó algunos instantes. El recuerdo de Fortunato que invocaba la carta era para ella un argumento irresistible.

Buscó un lápiz y puso al pié lo siguiente:

«Esta noche en casa, a las ocho.»

Pedro corrió a casa de Julia con esta contestacion y recibió por ella algunas monedas, lo que probaba que su ama concebía mui risueñas esperanzas de aquella cita.

XVIII.

Pocos momentos antes de la hora convenida, Amelia buscó un pretesto para ir a su casa en compañía de una criada, dejando a su madre al lado de D. Anselmo.

Julia la esperaba en la puerta y ambas entraron en una pieza.

—Ante todo, dijo Julia, estrechando con cariño una mano de Amelia, voi a referir a Vd. los hechos que han causado mi desgracia.

Relató entonces a la niña una historia

igual a la que conoce el lector por la carta que había interceptado doña Petronila. Amelia era inocente y jóven, dos cualidades que hacen juzgar las cosas del mundo revestidas de la pureza que engalana el corazon. Además, la voz de Julia era persuasiva y había en sus palabras tal acento de sinceridad y profundo pesar, que las lágrimas de la casta criatura se confundieron con las de la cómica consumada durante aquella relacion.

—Si Vd. consigue hacer leer a Anselmo una carta que le tengo escrita y se empeña en interceder por mí, estoy segura de que él reconocerá mi inocencia.

—Haré todo lo posible, contestó Amelia enjugando sus ojos.

—Si solo doña Petronila estuviese al lado de mi marido, repuso Julia, me habría resignado a mi desgracia porque sé que mis cartas no habrían llegado a sus manos. Vd. es jóven y no conoce los secretos del mundo. Esa familia me ha tratado siempre como a su mayor enemiga, porque esperaba heredar la fortuna de mi marido: ella es la que me ha deshonrado y jamás consentiría en facilitarme los medios de una reconciliacion.

Hasta entonces Julia no había tocado el punto que mas interesaba a Amelia, pues no se había ocupado mas que de sus propios intereses. La niña esperó aun algu-

nos momentos, y viendo que Julia nada decia, se aventuró a preguntar:

—¿Vd. me hablaba en su carta de Fortunato?

—Es verdad, dijo Julia, lo habia olvidado.

—Esplíqueme Vd. las palabras que don Anselmo le ha dicho sobre un documento.

Julia instruyó entonces a Amelia en la historia del documento que ella sabia por Bermudes.

—Pero, observó Amelia, D. Anselmo dice que hace poco le envió ese documento.

—Es verdad, pero Fortunato no lo ha recibido porque yo lo tengo: temí que se estraviase en el correo y lo guardé.

—Ah! exclamó Amelia, ¿Vd. va a dár-melo?

—Sí, con tal que Vd. me prometa reconciliarme con mi marido.

—Sin eso haré todo lo posible, y si Vd. me entrega ese papel, conservaré por Vd. un profundo reconocimiento.

Julia puso en manos de Amelia el pequeño papel, del que dependia la honra de Fortunato. Al entregarlo tan fácilmente, pensó en que ya de ninguna utilidad podia serle, mientras que entregándolo a la niña empeñaba su reconocimiento y aumentaba las probabilidades de reconciliacion con su marido.

Amelia tomó el documento con mas alegría que una novia al recibir un aderezo de brillantes y lo guardó cual si fuese una joya de ese precio.

—Aquí está la carta que Vd. me hará el favor de entregar a Anselmo.

Durante un largo rato continuaron las recomendaciones por parte de Julia y las promesas de Amelia. Julia desplegó todo el fuego de su elocuencia para interesarla por su causa, de modo que al tiempo de separarse, Amelia habria jurado que era tan pura como ella misma.

—Apenas tenga una contestacion que trasmitirme, dijo Julia abrazando a la niña, puede Vd. enviármela con Pedro.

—Difícil será que pueda hacerle leer la carta esta noche, observó Amelia; pero de todos modos, prometo a Vd. que la leerá mañana.

Abrazáronse nuevamente y se separaron, volviendo Amelia al lado de su madre.

Don Anselmo dormia cuando Amelia entró en la pieza, y la noche entera fué mui ajitada para el enfermo, cuyo mal parecia aumentar por momentos, a pesar de los incesantes cuidados que se le prodigaban.

A las diez doña Rosa y su hija se retiraron, dejando a D. Anselmo acompañado por dos médicos que debian velar a su

cabecera. Entre tanto, doña Petronila y sus hijas permanecían firmes en su puesto y abogaban por sus derechos en presencia de todos los que tenían entrada al cuarto del enfermo, dando al mismo tiempo mil recetas de remedios caseros, todos ellos de un efecto milagroso en los casos que a colación citaban a porfía, tratando de persuadir a los médicos de su eficacia, al propio tiempo que hacían alarde de su infatigable interés por la salud de D. Anselmo.

Al día siguiente, a la llegada de doña Rosa y su hija, D. Anselmo contestó que se creía mejor. Amelia se acercó entonces a su cama y le habló durante algunos momentos de las noticias de la ciudad y otros asuntos indiferentes por los cuales el enfermo pareció manifestar interés.

—Ahora, le dijo, me permitirá Vd. hablarle de dos asuntos mas serios y que espero le reconciliarán con personas que Vd. ha querido.

—Difícil será, contestó D. Anselmo, porque he sufrido ya mucho por la ingratitud de los que he amado.

—Tal vez por un error, replicó Amelia; Vd. cree, por ejemplo, que Fortunato cometió una mala acción cuando se sirvió de su firma? Confieso que el hecho es muy grave; pero además de mediar la circunstancia de ser Vd. a quien tomaba el nom-

bre y de cuyo cariño y jenerosidad nunca ha dudado, era por otra parte movido por un noble interes.

—¿Cuál? preguntó D. Anselmo cuyo ánimo se hallaba mejor dispuesto en favor de su sobrino desde que éste habia asegurado que eran falsas las primeras faltas imputadas a Julia por doña Petronila.

—El de salvar a mi padre, a quien los acreedores querian conducir a la cárcel, contestó Amelia iluminada por el entusiasmo y el reconocimiento.

—Bien, pero yo le habia dado dinero para esto, objetó D. Anselmo.

—Ese dinero lo perdió al juego en el paseo que Vd. dió en ese mismo dia: fué una locura de jóven que mui bien puede perdonarse. Llegó al dia siguiente a Santiago en circunstancias que no habia tiempo que perder, y para rescatar su falta y salvar a mi padre, firmó un nuevo documento con el nombre de Vd., esperando revelárselo tan luego como fuese posible. Despues no se atrevió a hacerlo y hé aquí su falta principal.

—¿Y Vd. que con tanto calor aboga por él, es parte imparcial en este asunto?

Amelia bajó los ojos ruborizada.

—¿Vd. lo ama? preguntó D. Anselmo.

—Sí, contestó Amelia levantando la vista llena de noble y majestuoso orgullo.

—Con esto solo que Vd. me hubiese dicho, repuso D. Anselmo, Fortunato estaba perdonado.

Alentada Amelia con el buen éxito de su primera negociacion, cobró nuevas fuerzas para entablar la segunda de mas dudoso resultado.

—Su bondad, le dijo, me alienta para hablar a Vd. del segundo asunto que le anuncié hace poco.

—Si Vd. aboga con el mismo interes que por el primero, no dudo que Vd. me convencerá.

—Este es mas delicado, replicó la niña, porque le afecta a Vd. mas de cerca y voi a principiar diciéndole lo que estoi segura de probarle a Vd. hasta la evidencia: Julia es inocente.

—¡Inocente! exclamó D. Anselmo alzando la cabeza de la almohada y mirando con el aire de un hombre que despierta de un sueño.

—Sí, es inocente, repitió Amelia: oiga Vd. esta carta.

Y leyó la que Julia le habia entregado, que contenia poco mas o menos lo que el lector conoce ya.

D. Anselmo oyó palpitante la lectura y ocultó su rostro entre las manos cuando Amelia hubo terminado.

—Oh! exclamó, si eso fuese cierto, creo que no moriría!

Abundantes lágrimas corrieron de sus ojos escaldados por la fiebre y el insomnio.

—Vd. que tiene compasion de mi dolor, asegúreme que no hai nada de falso en esa carta, dijo mirando a Amelia con suplicantes ojos. Esto seria mucha felicidad, Dios mio, despues del horrible martirio que me destroza.

Amelia, que creia evidentes los hechos que Julia referia en su carta, se sintió desconcertada por las dudas de D. Anselmo. El lamento de aquel corazon herido por un atroz desengaño, resonó en su pecho, haciéndolo reflexionar que no poseia ninguna prueba para convencer al que tenia derecho de dudar.

—Si Vd. viese como he visto, dijo tras breve pausa, el llanto de Julia y oyese el acento sincero de su dolor, creeria como yo.

—El golpe ha sido demasiado fuerte y mui terribles las apariencias, para que la duda no guie ahora mis pensamientos, replicó el enfermo secando su llanto.

—Abandone Vd. esas dudas y déjese guiar solamente por los impulsos de su corazon. Julia siente y ha sentido siempre por Vd. un amor tierno y verdadero; si las apariencias están fatalmente en su contra ¿por qué dudar de lo que ha dado a Vd. dias de tanta felicidad? Ademias,

en este mundo, a pesar de todo, es temerario condenar sin oír, y Vd. no ha oído aun a Julia.

—Imposible! imposible! exclamó don Anselmo; sus palabras no podrian arrojar de mi alma la certidumbre de mi deshonor y mi desgracia, asi como nada, segun creo, curará la herida hecha en mi corazon.

—En nombre del bondadoso cariño que Vd. me ha manifestado, dijo Amelia con voz suplicante, consienta Vd. en oírla, y si ella no le convence, entonces diré que me he engañado.

—Bien, consentiré; pero mas tarde, contestó D. Anselmo: ahora me seria imposible.

Pocos momentos despues, Amelia participó a Julia el resultado de sus súplicas, advirtiéndola que estuviese pronta para presentarse a su marido tan luego como ella diese el aviso.

En esos mismos momentos D. Diego se habia encontrado con Fortunato en la puerta de la casa de D. Anselmo. Despues de hablar algun tiempo de la enfermedad de éste, D. Diego dijo con la alegria de un padre que cree asegurada la suerte de su hija:

—Tengo una noticia que comunicarte, y que espero celebrarás, porque eres nuestro amigo.

—¿Qué noticia?

—Amelia se casa, contestó D. Diego en tono confidencial.

—¡Amelia! exclamó Fortunato sorprendido.

—Sí, con un jóven que no carece de fortuna; guárdame el secreto porque estas cosas no deben decirse sino a última hora.

Despidióse D. Diego, y Fortunato regresó al hotel donde se habia alojado. La idea de este casamiento le preocupaba y entristecía, pues a pesar de sus compromisos con Juana Selgas, sus ambiciosas aspiraciones habian desaparecido apenas volvió a ver a Amelia. A ella se ligaban los mas puros recuerdos de su vida, porque por ella habia latido su corazon, antes que los cálculos egoistas del positivismo hubiesen acallado en su pecho la voz de los afectos espontáneos y desinteresados. El roce con las jentes del mundo a quienes una incesante codicia de dinero preocupa en todos los actos de su vida, si bien habian echado en el corazon de nuestro héroe los jérmenes del profundo egoismo que caracteriza nuestra edad, no habia borrado la natural expansion de la juventud ácia lo bello y jeneroso que componian una gran parte de la múltiple organizacion de Fortunato. Desde que supo que otro iba a poseer el tesoro que él habia desdeñado, su amor se levantó

de nuevo arrojando orgulloso la ambicion, a la que iba sacrificando sus sentimientos, y el recuerdo de las dulces entrevistas que con Amelia habia tenido, acabó de exaltar su espíritu hasta el punto de hacerle maldecir su loca sed de dinero y de grandeza. Fortunato, por dicha suya, se hallaba en esa edad feliz en que el alma abandona una esperanza para acariciar otra distinta, sin combate sério que arroje la tristeza en el espíritu, como sucede en mas avanzada edad. Abandonar, pues, sus proyectos sobre Juana Selgas y desear ardientemente reconquistar el amor de Amelia, fué para él asunto de un instante. Gracias a su buen humor se puso a reir de buena gana de la vida de provincia, mientras trataba de encontrar un medio de acercarse a su antigua querida. El mas sencillo fué el que adoptó sin darse el tiempo necesario para buscar otro mejor: tomó su sombrero y se encaminó a casa de su tio. Allí, por medio de Pedro, hizo llamar a Amelia, llamado que en nada podia suscitar las sospechas de doña Rosa, porque los criados consultaban con frecuencia a su hija sobre los remedios o sobre asuntos de la casa, entregada a su direccion por órden de D. Anselmo. Amelia salió sin saber qué persona la esperaba: al ver a Fortunato, detúvola la turbacion y

la sorpresa. El jóven caminó ácia ella.

—Amelia, la dijo con voz turbada, acaba D. Diego de darme una noticia que apenas puedo creer: me ha dicho que vas a casarte.

Amelia palideció: solo la idea de que Fortunato sufriese la persuadia de que era amada y hacia palpitár con violencia su corazón. No obstante, conoció con el instinto natural de su sexo, que para fomentar ese amor de una naturaleza versátil y voluble como la de su amante, convenia ocultar sus verdaderos sentimientos.

—No veo nada de extraño en eso, contestó con frialdad, pues creo que bien puedo casarme como cualquiera otra.

—Es verdad, es mui natural. Además con esto no quebrantas ningun compromiso.

—Ninguno: los que contigo me ligaban, tú mismo los has roto. Yo fuí fiel a mi amor mientras me creí amada; pero cuando supe que burlabas mi constancia, me creí libre ya de todo compromiso.

Fortunato se sintió vencido al oír aquellas palabras, pues creia que sus amores con Juana Selgas eran ignorados en Santiago. Veia además que su causa era mui mala, porque la agravaba la circunstancia de ser un caso de reincidencia; pero quizá por esta misma razon y por la frialdad

dad con que Amelia hablaba de su amor, una especie de rabia amorosa se apoderó de su corazón y le hizo dar rienda suelta a su natural franqueza.

—Mui culpable soi, Amelia, dijo; pero mas bien debes acusarme de debilidad que de ingratitud. Rodeado de continuos y exigentes consejos, sin verte ni saber nada de tí, me dejé arrastrar por mis parientes, olvidando mis juramentos; pero te amo como siempre, y sin tratar de disculparme, pido tu perdón y que me vuelvas tu amor.

—Para volverte mi amor es tarde ya, contestó la niña haciendo un esfuerzo para hablar contra sus verdaderos sentimientos.

—¡Tarde! exclamó Fortunato con manifiesta tristeza. Con cuánta facilidad lo dices! Eso me hará creer que jamas me has amado, porque el corazón no puede condenar al que se muestra arrepentido. Es verdad que nada puedo alegar en mi favor y por eso solo invoco nuestra pasada felicidad.

—De tí solo ha dependido que no dure hasta ahora; yo tambien te diré que me he dejado guiar por los consejos de los que se interesan por mi felicidad y que ya es tarde para volver sobre mis pasos.

—¿Es decir que no amas al hombre con quien vas a casarte?

—Sobre esto nada te he dicho y no debes suponer lo que no has oído.

—Supongo lo que me haria feliz, porque el espíritu busca siempre la esperanza. Además, si tu hablastes con franqueza, me dirias el estado de tu corazon: si amas a ese hombre tendré que renunciar a tí; pero si cedes solamente al deseo de tus padres, yo iré a rogarles que te dejen libre y que bendigan mi amor. Es verdad que soi pobre; pero no tanto como antes, pues ahora tengo un destino regular. Al lado de tí tendria un estímulo, y a fuerza de constancia conseguiria mejorar de fortuna.

—Si hablas a mis padres será sin mi consentimiento, contestó Amelia. Dejemos este asunto y no acusemos a nadie: cada uno debe aceptar su suerte cuando no tiene a nadie a quien acusar.

—¿Es decir que me mandas renunciar a tí para siempre? ¡Harto cruelmente me haces espiar mis locuras!

—No hablemos tampoco de sufrimientos, porque en este punto tendria una larga cuenta que pedirte. Seamos amigos y abandonemos al olvido lo pasado.

—Yo nunca podré olvidarlo, dijo Fortunato conmovido. En cuanto a la amistad, mal puede nacer cuando el amor desdénado ocupa el corazon. Será preciso, ya que tú lo quieres, que me aleje para siem-

pre de tí. Una súplica te haré solamente. No, no temas que vaya a hablarte otra vez de un amor que parece ofenderte, exclamó interrumpiéndose al ver que Amelia volvía ácia otro lado el rostro para ocultar su turbacion; quiero hablarte de mi tio, ya que él me ha despedido de su lado. Dile que me perdone una falta de la que yo mismo me venia a acusar y que jamas olvidaré los beneficios que le debo.

Amelia no pudo contener sus lágrimas ni dejar de admirar al jóven, que por no vanagloriarse de una buena accion, callaba el motivo del paso que habia dado y de cuyas consecuencias perdía la amistad de su tio.

—Adios, Amelia, dijo Fortunato, sea Vd. feliz.

—Adios, dijo Amelia tratando de ocultar sus lágrimas.

Fortunato salió de la casa, y ella, en vez de volver al lado de su madre, se retiró a un cuarto apartado, donde pudo a solas dar libre curso a su llanto.

et

XIX.

Los escrúpulos que habian impedido a la niña manifestar a Fortunato el verdadero estado de su corazon, desaparecie-

ron ante el dolor de aquella despedida. La inquietud se apoderó de su alma al verse sola y creyó que si callaba aun, perderia a Fortunato, en cuya voz habia perfectamente conocido la desesperacion que le aflijia.

—Es preciso que le escriba, se dijo acercándose a una mesa; despues hablaré a mi madre.

Escribió en efecto una carta, en la que incluyó el documento que habia recibido de manos de Julia, y despues de enviarla al hotel que habitaba el jóven, fué a llamar a doña Rosa, a quien refirió lo ocurrido, manifestando su determinacion de romper el matrimonio a que habia accedido por despecho.

Entre tanto, Fortunato en su habitacion escribia tambien a su padre, diciéndole que, a pesar de no tener ningun compromiso, renunciaba a la mano de Juana Selgas y le encargaba disculparle como mejor pudiese con la familia.

«Cuando yo llegue allá, concluia diciendo, deseo que todo este asunto esté perfectamente terminado, porque mi determinacion es irrevocable.»

Pocos momentos despues de cerrar esta carta, llegó a sus manos la que Amelia acababa de escribirle. Fortunato leyó con indicible júbilo lo siguiente:

«Querido Fortunato:

»Olvidemos todo lo pasado, menos nuestro amor. Tu tío te recibirá y no puede dejar de perdonarte un descarrio cuyo móvil ha sido un jeneroso sentimiento. Siento un inmenso placer de poder enviarte ese fatal documento que debe haberte dado tantas horas de inquietud.

»*Amelia Almiro.*»

Nuestro héroe saltaba en su cuarto como un loco y releía aquella carta loco de alegría. Calmado el primer trasporte de felicidad, tomó el sombrero y corrió a casa de su tío.

Al entrar en la pieza que ocupaba doña Petronila notó en su tia y en sus primas una gran turbacion.

—Está haciendo su testamento, exclamó corriendo ácia él doña Petronila.

—¿Que se siente mal? preguntó alarmado nuestro héroe.

—Sí, y ha hecho llamar al escribano. ¡Qué desgracia, Dios mio, qué desgracia! exclamó doña Petronila dejándose caer sobre un sofá.

—Cálmese, tia, la dijo el jóven.

—Ah, fácil es decirlo, porque tú no tienes familia, ni necesidad de dar de comer a nadie, exclamó la señora con deses-

peracion; tú verás que no nos deja un centavo despues de lo que he hecho por él. Ya me lo esperaba, cuando no ha querido verme desde que cayó a la cama.

—Eh, dijo Fortunato indignado al descubrir el móvil del cariño que habia finjido su tia; cállese Vd. y guárdese de manifestar delante de otras personas sentimientos que la deshonran. Bien le sienta a Vd. el pensar en la herencia al lado de su hermano moribundo.

—Sí, cuando menos tú me querrás hacer creer que no piensas en lo que puede tocarte; de valde te vienes a hacer el santo; nadie vive del aire en este mundo, hijito, y cuando una tiene familia es preciso que piense en el dia de mañana.

—Mamá, mamá, exclamó Feliciano, siento como si me fuera a desmayar. ¡Ai, Jesus, qué fatiga!

—Anda, no seas tonta, exclamó la madre; buenas estamos para pensar en desmayos.

Don Tiburcio, a quien su mujer habia mandado llamar, entró en las puntas de los pies.

—Ai, hijo, exclamó al verlo doña Petronila, estoi segura que no nos va a dejar nada.

—¿Quién? preguntó el empleado.

—Siempre vienes con tus preguntas de lesos, contestó exasperada doña Petronila.

Quién ha de ser: Anselmo que está testando.

—¡Testando! pobre D. Anselmo! dijo D. Tiburcio.

—Sí, y pobres tambien de nosotros que nos quedaremos como estamos. Tú debías entrar a ver a Anselmo.

—¡Yo! ¿y qué quieres que le diga?

—Que te vea siquiera para que se acuerde de nosotros.

—Pero, mujer, dijo suplicante el tímido oficinista, eso no es natural.

Doña Petronila iba a dar a su marido una furibunda contestacion cuando Fortunato salió a su socorro.

—Tiene razon, D. Tiburcio, dijo, seria ridículo que diese un paso semejante.

—Nadie te pille tu opinion, replicó doña Petronila.

—Pero yo quiero darla, repuso el joven.

Abrióse en ese momento la puerta del cuarto y Julia entró en él con gran asombro de los circunstantes.

—Esta viene a la herencia, dijo entre dientes doña Petronila.

—Me dicen que Anselmo está mui malo, dijo Julia dirigiéndose a Fortunato.

—Tal vez no sea tanto, contestó éste.

—Mui malo está y por culpa de Vd., dijo a Julia doña Petronila; si se muere,

Vd. dará cuenta a Dios de esta desgracia.

—Señora, dijo Julia con el acento de la inocencia ofendida, mui mal elije Vd. el momento para sus injustas recriminaciones.

—Hablo lo que pienso, replicó la señora, y no puedo perdonar a la que nos arrebató a mi hermano, que aun tenia mucho que vivir.

—Tia, dijo Fortunato, deje Vd. para despues su encono y piense en la desgracia que nos amenaza.

—Mientras yo vea a esta mujer no podré moderarme, contestó doña Petronila.

—Pero, mujer, se aventuró a decir don Tiburcio.

—Cállate tú, que no sabes tu deber, le dijo ella.

Entre tanto reinaba en la casa la confusion y el desórden. Las criadas corrian en todas direcciones; los criados llegaban con remedios que nadie habia pedido y aconsejaba cada cual un método curativo de su invencion, y las hijas de doña Petronila amenazaban desmayarse a cada instante.

Amelia y su madre se habian retirado a una pieza apartada de la casa y eran tal vez las únicas que lloraban con sinceridad la inminencia del peligro en que parecia hallarse el enfermo.

Don Anselmo, sintiéndose cada vez

peor, habia querido dictar su testamento, y Frai Ciriaco, que durante toda la enfermedad no lo habia abandonado, llamó a un escribano, al que dictó el enfermo sus últimas disposiciones, despues de haberse confesado y recibido la estremauncion. Durante la escena que acabamos de presenciar en la pieza contigua, D. An elmo disponia de sus cuantiosos bienes segun su conciencia y desprendiéndose de toda humana preocupacion en cuanto creia justo. Terminado este acto, hizo llamar a D. Diego Almiro, a su mujer y a su hija, preguntando tambien por Fortunato.

—Ven, le dijo al jóven, dame un abrazo: te he querido como a un hijo.

—Y yo, exclamó el jóven estrechando en sus brazos a su tio y con el rostro bañado en lágrimas, si he faltado a veces, nunca he dejado de tener por Vd. un verdadero cariño.

—Sé mas feliz que yo, hijo mio, repuso D. Anselmo, y si encuentras una mujer que te ame, añadió mirando a Amelia, no dejes pasar los buenos años para llegar a la vejez soltero como yo lo hice.

Llamáronse en seguida a algunas personas que sirvieran de testigos para la entrega del testamento cerrado.

Doña Petronila quiso en este momento obligar a D. Tiburcio a penetrar al aposento del enfermo; pero el empleado ma-

nifestó entereza por la primera vez de su vida, negándose a semejante paso.

—Si quedamos sin nada, tú tendrás la culpa, díjole ella, añadiendo una calificación nada lisonjera para el pobre marido.

Terminado el acto de entregar el testamento, quedaron solos al lado del enfermo la familia de D. Diego y Fortunato.

—He ofrecido a Vd. recibir a Julia, dijo el enfermo a Amelia, y no crea Vd. que lo haya olvidado. A pesar del estado en que me encuentro puede llamarla.

Después de estas palabras, la calma que D. Anselmo había manifestado pareció abandonarle; hubiérase dicho que ardientes oleadas de sangre llegaban a su rostro, cuyo color encendido subía por momentos, haciéndose también más trabajosa su respiración.

Abrióse por fin la puerta de la pieza, en la que D. Anselmo fijaba los ojos con una expresión de indecible ansiedad, y Amelia apareció trayendo a Julia de la mano.

Julia corrió a arrojarse a los pies de su marido, con los ojos anegados en lágrimas y diciendo entre sollozos:

—¡Anselmo! Anselmo!

Este se incorporó sobre la cama; fijó sus ojos inmensamente dilatados sobre Julia; hizo un esfuerzo para hablar, mo-

viendo con agitacion la cabeza y cayó sobre el lecho, dando un jemido sordo y apretando con las dos manos su cerebro.

Todos se acercaron a él para socorrerlo; pero ya habia muerto.

XX.

Tras el llanto vino el consuelo para los pocos que lloraron a D. Anselmo, y pronto el recuerdo de sus virtudes cedió el puesto a la dulce expectativa de la herencia.

Algunas puertas cerradas; un hecho de la crónica de un periódico en que el compasivo cronista «acompañaba a la familia en su justo dolor;» algunas visitas de pésame y una composicion en verso de un poeta novel que ensayó su musa sobre los restos del difunto: hé aquí los signos con que la sociedad fué avisada de que uno de sus miembros habia pasado a mejor vida.

No habian trascurrido aun ocho dias despues de la muerte de D. Anselmo, cuando doña Petronila Rocaleal andaba *haciendo empeños* para que se abriese el testamento de su hermano.

—Tú debias verte con Fortunato para que sepamos de una vez a qué atenernos, decia a su esposo cada vez que este volvia de su oficina.

Esta recomendacion era apoyada por Raimunda y Feliciano, que con la esperanza de heredar algo, divisaban la forma vaga de un marido en sus ensueños de porvenir.

Fortunato se oponia a la apertura del testamento. Parecíale que era profanar la memoria de su tio, el dividirse sus despojos apenas acababa de cerrarse su tumba. Apremiado, sin embargo, por los demas presuntos herederos, convino en que aquel acto tendria lugar al cabo de un mes.

Este tiempo corrió para él con la velocidad que corre para los enamorados felices. Amelia, segura ya de su amor, le prodigaba su cariño, haciéndole arrepentirse sinceramente de sus pasadas debilidades. Al influjo del mágico poder que la mujer amante ejerce en el alma que avasalla, Fortunato llegó, en sus momentos de idolatría, a concebir un perfecto desprecio por la fortuna, con una magnanimidad digna de los antiguos filósofos y que demuestra una vez mas que en los corazones jóvenes vence el amor al positivismo, así como despues desaparece tan bello miraje, para dejar únicamente en el pecho recuerdos que parecen un sueño y ambiciones que jamas se sacian.

Al dia fijado para la lectura del testamento, cada heredero envió un comisionado para que le llevase pronta noticia del

resultado. Entre los legados hechos por D. Anselmo que merecen figurar en esta historia, se contaban diez mil pesos dejados a favor de frai Ciriaco Ayunales, y cinco mil a favor de doña Petronila; treinta mil pesos a Fortunato y setenta mil a Amelia, con encargo de que fuesen administrados por D. Diego mientras su hija permaneciese soltera.

Lo restante de la fortuna lo distribuia D. Anselmo entre otros parientes y algunas obras pias.

Julia quedaba completamente desheredada.

La carta que Fortunato escribió a su padre para romper sus compromisos con Juana Selgas y la noticia de la muerte de D. Anselmo llegaron casi a un tiempo a la ciudad de..... dando abundante pasto a la conversacion de las familias ansiosas de novedades. La noticia de la herencia y casamiento de Fortunato hizo llegar a su colmo la admiracion de los Selgas y desencadenarse las lenguas de los Ruipán, capitaneados por Natalio que, cansado de los suspiros tiernos de doña Remedio, habia emprendido la conquista de Juana.

.....
Seis meses despues de estos acontecimientos, que tan radicalmente cambiaron la posicion social de los principales personajes de esta historia, Fortunato y

Amelia se unian ante Dios y los hombres en medio del lujo a que nuestro héroe habia aspirado con tanto ardor: su herencia, unida a la de Amelia, componia la suma de cien mil pesos: esto y su amor bastaban para asegurarles una felicidad duradera en este valle de lágrimas y de risas.

Agosto 7 de 1860.

